
Emma G. Fraser
CORAZONES
EN
LLAMAS
CORAZONES OSCUROS III

CORAZONES EN LLAMAS

Corazones oscuros III



EMMA G. FRASER

©Todos los derechos reservados.
Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares de Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ni su incorporación a un sistema informático, sea este electrónico, mecánico, por fotocopias, por grabación y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público sin el permiso previo del autor.
Título: Corazones en llamas.
©Emma G. Fraser, 2026

A todas esas personas que, en algún momento de su vida, sintieron como una losa el peso de la culpa y lograron salir de ahí.

VALIENTES.

PRÓLOGO



1451, clan Chattan

La cúpula estrellada que los protegía a esa hora de la madrugada fue la que les indicó que llevaban el camino correcto hacia su destino. Las respiraciones de ambos, ligeramente aceleradas no solo por la necesidad de llegar al castillo del laird Chattan, sino también por el miedo y el pánico sembrado días antes en sus corazones, dibujaban suaves y fugaces estelas de vapor que salían de sus bocas debido al frío intenso de esa noche.

El invierno estaba en mitad de su estación y en los últimos días había nevado demasiado, tanto que sus huellas se marcaban en la nieve con fuerza, impidiéndoles seguir su camino con facilidad. Padre e hijo habían cabalgado durante varios días para llegar hasta allí. Habían salido de su hogar a escondidas, sin que nadie supiera hacia dónde se dirigían y sin apenas ser vistos por nadie. Debía ser así, pues así lo había decidido el progenitor después de tener en su poder una información crucial para mucha gente.

Tenía que poner a salvo a su hijo, como fuera, donde fuera… Y la primera persona en la que había pensado era precisamente la otra parte a la que debía contarle lo que estaba pasando.

El hombre, que acababa de cumplir apenas treinta y cinco años, miró hacia su hijo y sonrió con tristeza. Debía separarse de él en cuestión de horas. Era por un bien mayor, lo sabía, pero, aun así, no podía dejar de pensar en que era la mejor y, al mismo tiempo, la peor decisión de toda su vida. Sabía que no volvería a verlo, pero al menos tenía la certeza de que allí podría sobrevivir y convertirse en un hombre de honor.

—Estoy cansado, padre. ¿Cuándo vamos a llegar?

Desde que su hijo había nacido, había hecho todo lo posible para convertirlo en un futuro guerrero, pero tenía apenas seis años recién

cumplidos, por lo que no había logrado su cometido. Y tampoco podía exigirle más de lo que le debía pedir. Se dijo que, si pudiera alargar esa llegada al castillo, haría lo que fuera para pasar más tiempo con él, sin embargo, hacía frío y las vidas de ambos corrían peligro extremo.

—Queda muy poco, Alasdair. Ya vamos a llegar…

Su hijo era un niño. Un niño pequeño con el que le había faltado vida para compartir, pero si no lo llevaba allí, iba a morir. Lo sabía. Abandonar a su pequeño en un lugar desconocido era lo más difícil que iba a hacer en toda su vida, y no podía dejar de mirarlo.

Su rostro pálido y ligeramente pecoso mostraba la niñez en la que se encontraba. La inocencia se encontraba marcada en sus ojos de un color azul demasiado intenso. Su pelo moreno, tan revoltoso como él, se encontraba ligeramente húmedo por la nieve que había caído tan solo una hora antes. A pesar de su corta edad, Alasdair ya apuntaba a que su altura sería realmente llamativa y, sin lugar a dudas, era su viva imagen. Desde que el niño había nacido, se vio reflejado en él. Alasdair poseía su mismo rostro, algo que podría traerle problemas en un futuro si ese parecido seguía siendo tan evidente, pero no podía hacer nada para remediarlo.

El hombre suspiró largamente y sonrió al ver que en la noche se dibujaba la silueta del castillo del laird Chattan. Por fin habían llegado a su destino y podría respirar tranquilo al dejar a su hijo en la protección que le brindaba un clan alejado del suyo.

—Mira, el castillo de los Chattan está a poca distancia.

Alasdair levantó la cabeza de sus propias manos, las cuales estaban totalmente rojas por el frío, y suspiró con alivio. Tenía demasiado frío y solo deseaba tomar algo caliente y meterse en la cama para dormir. Antes de salir de su hogar, su padre le había contado algo que no había logrado entender con totalidad, pero sí sabía que era lo suficientemente peligroso como para tener que abandonar su hogar. Y aunque no le había dicho nada a su padre, estaba realmente aterrado. No conocía a los Chattan, ni siquiera había oído hablar de ellos, pero tenía miedo de alejarse de la seguridad de su padre.

Lo miró con cierto temor reflejado en sus ojos de niño y este le devolvió una sonrisa triste.

—Estoy seguro de que aquí vas a ser feliz, Alasdair.

—¿Y por qué en casa corro peligro?

—Pueden matarte, hijo. Prefiero saber que estás vivo y lejos de mí a verte muerto entre mis brazos. Eso no podría soportarlo. Los Chattan te cuidarán bien y te darán un futuro. Tal vez dentro de unos años, solo si el destino lo decide, volveremos a estar juntos.

Alasdair asintió, no muy convencido, e intentó tragarse las lágrimas que de repente sentía en las comisuras de los ojos. Las manos le temblaron insistentemente y tuvo que respirar hondo para no orinarse encima. Su vida iba a cambiar para siempre y se alejaría de su padre, el único referente que había tenido en la vida.

A medida que se acercaban a la fortaleza oscura que se levantaba frente a ellos en medio de la noche, Alasdair miró de reojo a su padre. A pesar de que no había luz, sí pudo ver el reflejo de una lágrima surcando la mejilla de su progenitor. Él tampoco quería dejarlo allí, pero no había más remedio. Y se dijo que debía mostrar fortaleza y frialdad para que su padre no se marchara de allí tan apenado.

A pesar de su corta edad, Alasdair respiró hondo, tragó sus lágrimas y frunció el ceño. Dentro de su ser, todo su cuerpo temblaba de miedo, pero su rostro mostraba algo totalmente diferente.

Desde lo alto de la muralla, los guerreros apostados en ella los apuntaron con los arcos, provocando que los caballos de ambos se quedaran completamente quietos mientras el padre de Alasdair bajaba la capucha de su capa.

—Vengo en son de paz, amigos. Necesito hablar con vuestro laird, a solas.

—Decidnos vuestro nombre.

—Mi nombre solo se lo revelaré a él cuando lo tenga delante. No puedo arriesgarme a que alguien me reconozca.

Los guerreros Chattan dudaron un instante para después dar la orden y abrir el portón.

—Nuestro laird está descansando ahora. Puedes hablar con él mañana.

Alasdair miró a su padre mientras desmontaba cuando llegaron al centro del patio. Lo vio negar con la cabeza.

—Lo siento, pero es una cuestión de vida o muerte. Debo hablar con él

ahora. La vida de mi hijo corre peligro.

El segundo al mando del clan Chattan dudó un instante, pero acabó asintiendo y pidiéndole que entraran con él en el interior del castillo.

—Iré a avisarlo inmediatamente. Mientras tanto, esperen aquí. No sé si querrá verlos con tanto misterio de por medio…

El guerrero del clan Chattan los miró de arriba abajo, especialmente a Alasdair, que mantuvo el mentón elevado y las manos a la espalda, mostrando casi un desafío a pesar de que sus piernas temblaban con tanta fuerza que estaba a punto de caerse de bruces contra el suelo.

Su padre asintió y ambos esperaron en mitad de un pasillo casi a oscuras, con un par de guerreros apostados en la puerta de entrada al castillo, como si estuvieran vigilando que no hacían nada extraño.

La espera no se hizo demasiado larga, pues en cuestión de cinco minutos, Liam Chattan se encontraba frente a ellos. En el momento en el que el padre de Alasdair se giró hacia él para recibirlo, Liam se quedó estupefacto en medio del pasillo. Su boca se abrió por la sorpresa, mientras que sus ojos parecieron perder cualquier rastro de sueño que albergaba aún en ellos.

—Pero ¿qué demonios…?

Liam miró a sus hombres rápidamente y les ordenó que se retiraran de allí, dejándolos solos. Sin embargo, aquella reunión a esas horas de la noche no podía mantenerla en medio de un pasillo.

—Acompañadme a un salón cercano.

Liam los guio por los oscuros pasillos hasta llegar a la puerta de un salón. Rápidamente la abrió y los hizo entrar.

—Pero ¿qué haces aquí?

El padre de Alasdair sonrió con cierta timidez.

—Han pasado muchos años, ¿verdad, Liam?

—Tal vez demasiados —dijo con voz aún sorprendida—. De haber sabido que venías os habría preparado unas habitaciones.

—No me puedo demorar mucho en esto, Liam. Debo ser breve y regresar a mi hogar cuanto antes. Necesito pedirte algo. Por supuesto, no es obligatorio, pero quiero que me escuches.

—Adelante, amigo.

—Acabo de recibir una información que me ha confirmado que la vida de mi hijo está en peligro.

Liam dirigió entonces la mirada hacia el pequeño Alasdair. Este se había sentado en un sillón y apoyaba la cabeza en la mano. Sus ojos habían comenzado a cerrarse por el cansancio y el laird Chattan volvió a mirar a su antiguo amigo con curiosidad.

—¿A qué te refieres?

—A que hay alguien que intentará matarlo, por lo que no puede estar más tiempo en nuestro hogar. Mi petición es que se quede entre tus muros y que nadie sepa que está aquí.

—De acuerdo. Tienes mi juramento de que la seguridad de su hijo será como la de mis propios hijos. Puedes quedarte tranquilo.

El padre de Alasdair sonrió y asintió antes de girarse hacia el niño.

—Hijo, ven aquí.

Alasdair, que había cerrado los ojos, se despertó de golpe y se sobresaltó. Rápidamente, se levantó de su asiento y se acercó a ellos. Su padre se agachó a su lado y metió la mano por su cuello, entre sus ropajes mojados.

—Liam Chattan se encargará de tu educación y, a partir de ahora, será tu laird. Debes hacer caso en todo lo que te enseñe y espero que te convierta en un buen guerrero.

—Seré el mejor, padre —le aseguró el niño arrancándole una sonrisa triste.

Entonces, este sacó de entre sus ropajes un colgante. Lo pasó por encima de su cabeza para quitárselo y se lo colgó a Alasdair del cuello.

—Toma, mi colgante ahora es tuyo. Quiero que, aunque pases aquí muchos años, no olvides jamás de dónde vienes y quién es tu padre. No te lo quites nunca. Llévalo como un amuleto que te dará suerte con tu propósito de vida. Y recuerda siempre lo que te he contado antes de salir de nuestra casa.

—No lo olvidaré jamás, padre.

Este asintió y volvió a incorporarse para mirar a Liam a la cara.

—Gracias por este inmenso favor, amigo.

—Sabes que estoy encantado de hacerlo.

—Por eso mismo me veo en la obligación de contarte algo más. No solo corre peligro Alasdair, amigo…

Año 1461, clan Chattan

Cora caminaba por el pasillo del castillo con la espada de madera que su padre le había regalado el día anterior y con la que había practicado junto a su progenitor en una cabaña contra un hombre de madera que había hecho expresamente para ella, para que practicara tranquilamente y sin la presión del resto de guerreros del clan. Se había propuesto convertirla en una guerrera desde muy pequeña y ahora, con sus diez años recién cumplidos, la joven parecía apuntar maneras.

Sin embargo, por otro lado, a pesar de que estaba hecha para ser una guerrera, no dejaba de ser una niña aún, por lo que siempre solía ir con un viejo muñeco de trapo que le había quitado el miedo en numerosas noches desde que tenía uso de razón. A pesar de que ya no jugaba como cuando era más pequeña, le gustaba caminar con él entre sus brazos, pues le recordaba buenos momentos. Por ello, en ese instante caminaba dando saltitos con la espada en la mano derecha y su muñeco en la izquierda.

El día estaba a punto de finalizar, pero no por ello deseaba meterse ya en su dormitorio a descansar. Al contrario, siempre la descubrían en mitad de la noche paseando por los solitarios pasillos o en lo alto de la torre más alta del castillo, disfrutando de la soledad que le ofrecía ese momento. Y ese instante no era diferente.

Los pasillos estaban vacíos y no se escuchaba nada a su alrededor, pero a medida que se aproximaba a la sala de armas podía oír el ruido de las espadas al ser colocadas o usadas. Se dijo que lo mejor sería volver por donde había venido, pero al ver que dentro de ese lugar se encontraba Alasdair Mackay no pudo resistirse a observarlo.

Lo conocía desde que tenía uso de razón, aunque siempre le habían dicho que se encontraba en el castillo desde poco después de su nacimiento. Y a pesar de que todos lo trataban como un hijo más, para ella había una diferencia clara: no llevaba su sangre. Y eso se lo hacía saber cada vez que los demás lo trataban como si fuera alguien más de la familia. Sin embargo, había algo en él que le llamaba poderosamente la atención.

Cora siempre había visto a Alasdair como alguien realmente guapo. A

pesar de su seriedad, autocontrol y disciplina, Cora se sentía atraída por él, pero sabía que no debía sentir eso, ya que ella tan solo tenía diez años mientras que él ya tenía dieciséis. Y lo peor de todo era que siempre la trataba con más seriedad que a los demás, como si la culpara de algo que ella desconocía.

Desde su posición, Cora observaba, ligeramente escondida, al joven guerrero. Este se encontraba en medio de la sala de armas haciendo movimientos de muñeca con varias espadas que después colocaba en las paredes de la habitación. Los ojos verdes de la joven recorrían su fuerte brazo y deseó tener la misma fuerza que él en un futuro. Pero no solo eso, también quería que todos los guerreros del clan la admiraran como habían llegado a admirar a Alasdair a pesar de no ser un Chattan, sino un Mackay.

Se preguntó una vez más por qué estaba él en ese castillo en lugar de vivir en su propio clan. Cada vez que le preguntaba a su padre, este le decía que Alasdair tenía que estar allí porque no podía estar entre los Mackay, pero no le daba más explicaciones. Cora sabía que su padre guardaba cierta información que ella desconocía, y lo peor de todo era que estaba segura de que su madre también conocía esa información y no la contaba. ¿Tan grave era lo que había sucedido en el clan Mackay para que Alasdair tuviera que vivir con ellos?

Cora suspiró y siguió observándolo. Admiró una vez más ese juego de muñecas que su padre le estaba enseñando entonces a ella, pero que el guerrero había adquirido ya años atrás. Lo que la niña no sabía era que Alasdair se encontraba realmente enfadado en ese instante. El día había sido realmente agotador y había tenido ciertos problemas con dos de los guerreros del clan tras echarle estos en cara que tenía cierto trato preferente a pesar de no ser del clan. Pero no solo eso. Le habían comunicado algo que lo había dejado sorprendido, iracundo y triste, y eso lo hacía realmente peligroso. Por ello, había aprovechado la soledad que le ofrecía la sala de armas en ese instante para intentar calmarse y recuperar el sosiego.

Mientras hacía esos movimientos de muñeca con las espadas, Alasdair no pudo evitar recordar el día en el que llegó al castillo. Esa noche había visto por última vez a su padre y no había vuelto a verlo. Inconscientemente, con la mano libre tocó el colgante que le había dado aquella noche y que no se quitaba jamás. Era un mínimo recordatorio de quién era y de dónde venía realmente, pues temía perder su identidad para siempre.

El motivo por el que su padre lo había llevado allí también apareció de repente en su mente, provocando que torciera el gesto y apretara con saña la espada. Hacía diez años que su vida había dado un giro radical, cambiando sus posibles planes y haciendo que estuviera en tensión a cada instante. Jamás olvidaría el motivo, especialmente después de que su padre le hubiera dado aquella charla antes de abandonar su hogar y ser llevado junto a los Chattan. Y desde entonces habían pasado tantas cosas que a veces pensaba que jamás podría regresar a su hogar.

Alasdair suspiró y se giró para colgar en la pared la espada, sin embargo, un movimiento junto a la puerta llamó poderosamente su atención. Una melena pelirroja, salvaje y despeinada, junto con unos ojos intensamente verdes lo observaban ligeramente escondidos tras la puerta de la sala de armas, haciendo que Alasdair rodara los ojos. No era el mejor momento para que precisamente ella estuviera cerca de él. No estaba de humor para aguantarla, y menos después de que la hubiera descubierto infinidad de veces persiguiéndolo por el castillo o el patio, observándolo, como si esperara algo de él.

—Te he visto, Cora.

Con una sonrisa ligeramente tímida, la niña apareció de detrás de la puerta y se acercó a él lentamente. Alasdair reparó en el muñeco que tenía en una mano y en la espada que portaba en la otra. Evitó hacer un gesto de contrariedad, pues la niña se encontraba en esa etapa intermedia de la vida en la que seguía siendo niña, pero ya se iba desarrollando hacia la pubertad, aunque el guerrero no pudo evitar fruncir el ceño.

Alasdair la miró de arriba abajo. A pesar de tener diez años, Cora era más alta que las niñas de su edad y su esbelta figura potenciaba el efecto que provocaba en los demás, ya que había escuchado a varios niños decir que era realmente hermosa. Y no se equivocaban. Desde su nacimiento, Cora había mostrado su belleza, que sería arrebatadora cuando se convirtiera en adulta. Sus ojos verdes, totalmente llamativos, poseían una viveza, atención y curiosidad que no podía ocultar. Su pelo rebelde, jamás peinado, ondeaba cada vez que se movía y caía por su espalda libremente. Sus pasos se mostraban seguros a pesar de su corta edad y, según lo que decía Liam Chattan, estaba llamada a ser una de las mejores guerreras del clan, pues aprendía pronto los movimientos de la espada.

Y, sin embargo, ese muñeco de trapo seguía estando en su mano.

Alasdair se acercó a la pared para colgar otra espada y se giró hacia ella con los brazos en jarras.

—¿Qué haces aquí en lugar de haberte ido a descansar?

La niña torció los labios en un gracioso mohín que solía hacer cuando algo la contrariaba.

—Aún es temprano y no tengo sueño. Estaba paseando por el castillo cuando te he visto aquí. ¿Qué haces?

—Solo estoy colocando las espadas. Los chicos hoy no han recogido nada.

Sin perder su sonrisa, Cora le mostró la espada nueva de madera que le había regalado su padre como si fuera un trofeo para ella, pero apenas causó nada en Alasdair.

—Mira, me la ha regalado mi padre y hoy hemos estado entrenando con ella. Voy a ser una guerrera, como tú.

—¿Es lo que te gustaría de verdad?

Cora asintió y se acercó más a él.

—Seremos guerreros los dos. ¿Te imaginas que incluso nos casamos cuando seamos mayores?

Los ojos de Alasdair se abrieron desmesuradamente por el espanto. El joven resopló y dio un paso atrás, alejándose de ella, pues no estaba de humor para hablar de esas cosas en ese momento, y menos con Cora.

—No digas sandeces. Soy seis años mayor que tú, Cora. Además, jamás me casaría contigo. Eres una mocosa.

La sonrisa de la niña se desvaneció de golpe, no por el hecho de que se hubiera negado a casarse con ella en un futuro, sino por sus últimas palabras. Esas sí le habían dolido en lo más hondo.

—Eso no es cierto. No soy tan pequeña. Tengo diez años.

—No te separas nunca de ese muñeco. Sigues siendo una mocosa. Además, yo no estoy en este castillo para enamorarme de nadie. Déjame en paz de una maldita vez y vete a jugar con ese muñeco y tu espada nueva.

Cora dio un paso atrás, como si hubiera sido golpeada por él. No fue consciente del ligero arrepentimiento que apareció en los ojos de Alasdair al ver lo que había provocado en ella, pero no se quedó a verlo. Simplemente,

Cora se giró y salió corriendo de la sala de armas rumbo a su dormitorio. Sus ojos se llenaron de lágrimas por el camino y comenzó a derramarlas antes de lo que esperaba, impidiéndole ver con claridad el suelo que pisaba. Pero no le importaba caerse en ese instante. Solo deseaba llegar a su dormitorio y encerrarse para que nadie viera el dolor que le habían provocado las palabras de Alasdair.

Y cuando por fin llegó, cerró la puerta con un sonoro portazo y se apoyó contra ella con lágrimas en los ojos. Sus sollozos comenzaron a llenar el espacio, pero no le importó al estar sola. Con gesto iracundo, la niña dejó a un lado su espada nueva y aferró con fuerza su muñeco. La había acompañada durante toda su vida y ahora le echaban en cara que lo llevaba a todas partes. El muñeco la hacía sentirse segura cuando lo tenía cerca, pero que Alasdair se riera de ella por llevarlo le había hecho demasiado daño.

Por ello, le dio un beso de despedida al muñeco y, sin pensárselo mucho, corrió hacia el fuego y lo tiró. Limpiándose las lágrimas de las mejillas, Cora observó cómo el muñeco de trapo comenzaba a quemarse y a desparecer de su vista, provocando que lo último que quedaba de su niñez desapareciera para siempre.

Al día siguiente, Cora bajó a desayunar como cualquier otro día. Se había colgado un cinto de la cadera y de él pendía la espada de madera con la que iría a entrenar con su padre. A partir de ese momento, quería ser una guerrera más, no una niña. Deseaba que la viera como lo que quería en su vida, no lo que fue. Ya no era una niña y nadie más volvería a burlarse de ella como lo había hecho Alasdair el día anterior.

Cora entró en el salón, donde los demás ya estaban sentados. Torció el gesto al comprobar que era la última en llegar, pero su madre le dedicó una amplia sonrisa.

—Estaba empezando a pensar que te habías quedado dormida, hija —dijo Amelia.

Cora le intentó devolver la sonrisa, pero le salió una mueca. La atención de todos estaba puesta sobre ella, pero la niña se sentó en su lugar y comenzó a servirse avena para desayunar.

—Qué raro verte sin tu muñeco en la mano, hermana —apostilló Kester —. ¿Estás bien?

Cora tragó saliva cuando la mirada de Alasdair se levantó de su plato y la clavó sobre ella. Había tenido la mala suerte de que el joven siempre se sentaba justo frente a ella, por lo que su mirada fue rápida en recorrerla.

—No creo que lo veas más, Kester. Ahora está reducido a cenizas.

Alasdair arqueó una ceja al escucharla, pero Cora se limitó a mirar su plato o a su hermano.

—¿Y eso? ¿A qué se debe?

—A que voy a ser una guerrera del clan. Y ya no soy una mocosa, como otros piensan.

Rowan frunció el ceño al escucharla.

—¿Quién te ha llamado mocosa? Dímelo y le partiremos la cara…

Cora sonrió ligeramente, tentada a responder la verdad cuando Alasdair se tensó frente a ella.

—Eso da igual. Me puedo defender yo sola de ese imbécil.

Cora fue consciente de la tensión con la que Alasdair apretaba los cubiertos y la miraba con auténtico odio, pero decidió ignorarlo. Si él la veía como una mocosa, ella no haría nada más para demostrarle que estaba equivocado.

Y, sin ser conscientes de ello, esa fue la semilla que más tarde germinaría para provocar la guerra entre ambos.

Tres años después…

El tiempo siguió pasando dentro de los muros del clan Chattan mientras que la tensión entre ellos parecía ir a mayores. Tanto Cora como Alasdair intentaban ignorarse, pero siempre se descubrían mirándose el uno al otro, especialmente Alasdair, que parecía estar atento a sus movimientos y siempre aparecía cuando menos lo esperaba.

Ese día, en el clan se celebraba el cumpleaños del padre de la joven. El laird cumplía un año más y siempre le gustaba celebrar con su familia y los guerreros del clan para estrechar lazos los unos con los otros.

Los hermanos de Cora parecían haberse perdido entre los guerreros y apenas hacían caso a la joven. Esta buscó a su madre para estar con ella un instante, pero la vio sentada junto a su padre, hablando animadamente, por

lo que decidió quedarse donde estaba.

Después de tres años en los que había practicado mucho con la espada de madera, hacía varios meses que su padre le había regalado una espada de acero, forjada especialmente para ella. Regalo que la había emocionado y la llevaba con orgullo colgando de su cadera.

Raro era el día que no la llevaba consigo, incluso en esa fiesta la tenía colgada de su cadera, al igual que el resto de guerreros. A sus trece años, Cora bebió una copa de vino que tenía entre las manos. Lo hizo de un solo trago, aprovechando que nadie de su familia estaba atento a lo que estaba haciendo. Imitaba el gesto de cada uno de los guerreros. Los observaba y quería llegar a convertirse en uno más de ese grupo algún día para proteger su castillo como los demás.

En ese instante, alguien se acercó por detrás, provocando que se sobresaltara.

—Tienes suerte de que sea yo y no otro quien se haya fijado en esa copa que tenías en las manos.

Cora lanzó una carcajada y puso una mano sobre el hombro de su amigo Nic. Hacía tiempo que se conocían y habían conectado prácticamente desde el primer momento, por lo que se habían convertido en amigos desde entonces. Practicaban juntos con la espada y el arco y solían quedarse hasta tarde hablando de temas sin importancia, pero que lograban hacer de su vida algo más interesante de lo que podía ser.

—Ya tenemos edad para beber como los demás.

Nic sonrió y se encogió de hombros.

—Es cierto que, si miramos a los demás, también están bebiendo como si fuera el último día de sus vidas, pero es la primera vez que he visto a una mujer beberse un trago así de golpe.

Cora sonrió aún más.

—¿Preferirías verme bordar sentada en una esquina del salón?

Nic fingió meditarlo.

—Tal vez sí…

Cora le propinó un suave codazo.

—¡Eh! Espero que te prepares para el siguiente entrenamiento. Pienso

hacerte morder el polvo por lo que acabas de decir.

Sin perder la sonrisa, Nic miró a su alrededor y al comprobar que nadie más los miraba rellenó la copa de Cora.

—¿Brindas conmigo?

La joven asintió.

—¿Por qué quieres brindar?

—Por nuestra amistad.

—Magnífico motivo…

Ambos bebieron el contenido de la copa de golpe y volvieron a llenarla seguidamente.

—Cualquiera que te vea dirá que quieres emborrachar a la hija del laird.

—Tal vez es mi intención, amiga. Una mujer no es una verdadera guerrera hasta que no atraviesa su primera borrachera…

Cora lanzó una carcajada.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Me lo acabo de inventar, pero no me digas que no es cierto…

La joven bebió de nuevo.

—Tienes toda la razón, amigo.

Ambos siguieron bebiendo y hablando durante un buen rato, hasta que Cora comenzó a sentir que todo el salón se movía demasiado deprisa a su alrededor. Dejó la copa sobre la mesa más cercana y no pudo evitar trastabillar al regresar junto a Nic. Este la cogió y la ayudó a incorporarse antes de caer al suelo.

—Al final he logrado emborrachar a la hija del laird.

Cora le guiñó un ojo.

—Y por tu bien espero que nadie se dé cuenta o te echarán del clan por hacerlo.

Nic rio y dejó la copa a un lado.

—Supongo que no puedo pedirte ahora un baile.

—¿Ahora? Todo el mundo se daría cuenta de que apenas puedo mantenerme en pie. Creo que es mejor que me vaya a descansar.

—Te veo mañana en el entrenamiento…

Cora asintió y se dirigió hacia la puerta de salida del salón. En más de una ocasión, trastabilló cuando el salón daba vueltas más deprisa. Miró a su alrededor para comprobar que sus padres o hermanos no la habían visto y siguió adelante, pero un par de ojos sí estaba pendiente de cada movimiento suyo, especialmente desde que Nicolas se había acercado a ella.

Alasdair la observaba desde el otro extremo del salón. Se encontraba hablando con Kester y Arran, pero su atención realmente estaba puesta sobre la joven. La había visto beber sin parar y ahora se marchaba intentando disimular su estado.

—¿Estás con nosotros o te has ido a algún lado?

La voz de Arran lo distrajo, atrayendo su atención.

—Estoy aquí.

—Sí, claro. Pues tus ojos parecen estar en otro lugar. ¿Dónde, por cierto?

Alasdair agradeció que justo en ese instante Cora saliera del salón y no la vieran en ese estado, aunque también que no descubrieran que era ella la persona que atraía su atención, pues no quería problemas.

Alasdair estaba a punto de cumplir veinte años y llevaba más tiempo allí que en su verdadero hogar, por lo que ya consideraba a todos como sus hermanos, excepto a Cora, a quien había comenzado a odiar por todo lo que le hacía sentir cada vez que lo miraba.

—No es nadie.

Kester le dio un manotazo en la espalda.

—¿Alguna mujer requiere de tu atención, Alasdair?

El aludido puso mala cara y negó con la cabeza.

—Prefiero estar solo antes de dejar que alguien me obnubile la mente.

Kester le guiñó un ojo.

—Eres muy aburrido.

—Tal vez… Y ahora lo seré más porque prefiero irme a descansar.

Arran lanzó una carcajada.

—¿Lo dices en serio? Aún queda tiempo para que termine la fiesta.

Alasdair le dio una palmada en la espalda.

—Prefiero marcharme ya…

—Tú mismo…

El guerrero dejó la copa a un lado y se dirigió directamente hacia la salida. No sabía exactamente hacia dónde dirigirse, pero sí tras de quién iba a ir…

Cora caminó por el pasillo apoyándose contra la pared. Pensaba que no había bebido tanto hasta que se movió del sitio y todo comenzó a darle vueltas. Pero se lo había pasado realmente bien en compañía de Nic.

La joven subió las escaleras casi rezando para que ni su madre ni su padre hubieran decidido salir del salón y la vieran en ese estado, por lo que tampoco se dirigió hacia su dormitorio cuando terminó de subir las escaleras. Caminó lentamente hacia las escaleras que la llevaban a lo alto de la torre. Necesitaba sentir contra su rostro el frío viento del norte que seguramente soplaba en ese momento, pues solo eso podría despejar su mente embotada por el alcohol. Por ello, subió como pudo la estrecha escalinata y salió al exterior.

Rápidamente, el viento movió su pelo rojo y el frío provocó que tuviera que entornar ligeramente los ojos. Sin embargo, logró sentir cierta claridad en su mente a medida que se aproximaba a las almenas que decoraban toda la torre. El vino provocaba que no fuera consciente de la peligrosidad de subir a la torre en ese estado, por lo que se acercó al borde.

Cuando llegó a él, cerró los ojos unos instantes sin darse cuenta de que estaba perdiendo el equilibrio y caía hacia adelante, al abismo. Al instante, sintió una fuerte mano en su brazo y tiró de ella hacia atrás.

Cora lanzó un grito y abrió los ojos de golpe, topándose con los de Alasdair, que la observaba con furia.

—¿Estabas intentando quitarte la vida? —le preguntó el guerrero.

Cora se deshizo de sus dedos y dio un paso atrás, alejándose de él y del oscuro abismo de la torre.

—¿Qué dices? Solo estaba disfrutando del viento.

—Pero ¿acaso no te has dado cuenta de que estabas cayendo hacia adelante?

Cora frunció el ceño y miró hacia el borde de la torre.

—Eso no es cierto…

Alasdair dio un paso hacia ella.

—No deberías haber subido aquí borracha.

—Yo no estoy borracha.

—Oh, por favor, Cora, no has parado de beber.

—¿Tú qué sabrás?

—Te he estado observando.

La joven se quedó paralizada y lo miró de arriba abajo, sorprendida.

—¿Por qué?

Alasdair se mostró incómodo y evitó responder.

—Te he visto beber, y la hija de un laird no debería beber así. ¿Por qué lo has hecho?

La joven resopló y se tambaleó ligeramente.

—¿Y a ti qué te importa? ¿Y por qué siempre apareces donde estoy yo?

Alasdair apretó los puños y evitó responder a la última cuestión.

—Me importa que bebas porque eres la hija del laird y porque eres demasiado pequeña para hacerlo.

Cora frunció el ceño y rechinó los dientes. De nuevo, aquella maldita palabra asociada a ella.

—¿Pequeña? —Sonrió con tristeza—. Ya no soy una niña. Tengo trece años. ¿Aún no te has dado cuenta? Pensaba que, después de seguirme a todos lados, lo habrías visto.

Alasdair se acercó a ella y esta lo encaró.

—Beber tanto como has bebido y subir a la torre más alta del castillo indica que aún sigues siendo una niña que no es consciente del peligro.

La joven arrugó el rostro.

—Yo no soy una maldita niña…

Y antes de que Alasdair pudiera responder, Cora lo besó. Fue algo fugaz, pero lo suficientemente húmedo como para que el guerrero pudiera sentir completamente el fuego que había en el interior de la joven a pesar de su edad. Rápidamente, la apartó de él y puso distancia entre ellos. La miró con el ceño fruncido y renegó entre dientes.

—Una niña no besa como yo.

—Espero que sea la primera y última vez que haces algo así, Cora. No vuelvas a besarme.

—¿Tanto te ha gustado?

Alasdair se obligó a mostrar disgusto en el rostro.

—Al contrario, he sentido auténtico asco.

Cora sintió esas palabras como un mazazo, un duro golpe para su orgullo que la obligó a dar un paso atrás.

—Te detesto, Alasdair Mackay. Y espero que te prepares porque a partir de este momento te declaro la guerra. Desearás que tu padre no te hubiera traído jamás a este castillo.

CAPÍTULO 1



Año 1472, clan Chattan

Cinco días después del ataque de los Ross al castillo Chattan, en el que murieron numerosos guerreros, la madre del laird y Kester, la fortaleza seguía sumida en el más absoluto y desconsolador silencio. Los hermanos que habían quedado vivos seguían sin hablar entre ellos, enfadados por los acontecimientos y la forma de gestionar el dolor y la pérdida de Amelia y Kester. Pero algo que Cora aún no había podido encajar era la incredulidad de Rowan y Alasdair respecto al verdadero culpable del ataque y de la guerra que había llevado a los clanes a la ruina.

Había visto cómo Rowan y Alasdair cuchicheaban entre ellos a cada momento, incapaces de creer que fueran los Ross los culpables de eso. Por otro lado, Arran estaba tan sumido en su propio dolor que apenas era consciente del resto de cosas que pasaban en el clan. Parecía no haber despertado aún de su letargo para buscar venganza por la muerte de su hermano gemelo. Sloan se mostraba iracundo en cada esquina del castillo tras hablar con Rowan y este darle largas sobre lo que tanto ella como él pensaban. Y Cora… Esta aún no había podido olvidar los últimos estertores de su madre mientras agonizaba en el suelo de su dormitorio tras ser atravesada por la espada del mercenario.

En ese instante, la joven se encontraba en lo alto de la torre más alta del castillo. Desde que era una niña le gustaba subir allí para pensar con claridad, pero desde hacía cinco días no encontraba consuelo en ningún rincón del castillo, ni siquiera allí.

Cora levantó su mano y miró el corte que se había hecho días antes, noche en la que juró vengarse de los Ross por lo que estos habían hecho a su familia. Se había quitado ya la venda que se había puesto justo después, pero no había dejado de dolerle. Y eso la hacía sentir viva, pues tenía la

impresión de que estaba muerta por dentro.

La joven suspiró y levantó entonces la mirada al cielo. Estaba ligeramente despejado, aunque el horizonte marcaba algo totalmente contrario. Pero no le importó que lloviera a lo largo del día. De hecho, ya nada le importaba tanto como la venganza que necesitaba llevar a cabo. Desde hacía cinco días sentía que el peso de la guerra había aumentado sobre sus hombros, amenazando con hacerla caer si no ponía remedio rápidamente. Por ello, en ese instante, mientras observaba el horizonte, juró que iba a prepararse para luchar. No se quedaría quieta por más tiempo, esperando a que Rowan por fin reaccionara y dejara de negar que habían sido los Ross.

En ese momento, un fuerte pinchazo atravesó su pecho, obligándola a doblarse sobre sí misma. El ahogo volvía a su cuerpo, impidiéndole respirar con normalidad. Desde el ataque, había sufrido mucho más aquellos episodios de asfixia en los que apenas podía respirar. Intentó controlarlos, pero algunos de ellos la habían llevado al extremo de estar a punto de hacerle perder el conocimiento.

Cora sentía rabia, culpa, pero, sobre todo, deseo de venganza y, aunque nadie la ayudara en ese proceso, lo haría ella sola.

Cuando por fin esa sensación logró calmarse de nuevo, la joven miró hacia el patio. Desde lo alto de la torre podía ver todo con extrema claridad. Sus ojos verdes se dirigieron hacia el centro del patio, justo al lugar donde habían encontrado el cuerpo de Kester. Aún podía escuchar los gritos de desesperación de Arran mientras abrazaba a su gemelo intentando despertarlo de la muerte. Y se le hizo un nudo en la garganta que la obligó a mirar hacia otro lado.

Jamás lo olvidaría. Nunca lograría sacar de su mente el recuerdo de Arran en ese estado, ni siquiera podría dejar a un lado el ser andante en el que este se había convertido. Su hermano había dejado de ser el hombre alegre que había conocido y había dado paso a un ser fantasmal que apenas hablaba y ni siquiera levantaba la mirada del suelo. Y eso no podía permitirlo. No había perdido únicamente a su madre y a Kester, también a Arran.

Cora respiró hondo y decidió dejar la torre para bajar a las cocinas a comer algo. Necesitaba recuperar las fuerzas perdidas durante esos días para así luchar con firmeza y brutalidad cuando por fin se cruzara en el camino de los Ross. Sin lugar a dudas, habían despertado a la bestia que habitaba en su interior, provocando que rugiera y luchara por salir a flote

para acabar con todos. Y Cora sabía que en el momento en el que le permitiera salir de ella, arrasaría con todo. Pero ya no le importaba.

Lentamente, bajó la torre y se dirigió hacia las cocinas. Los pasillos estaban repletos de sirvientes, algunos de los que ya estaban antes del ataque y otros que habían entrado a trabajar los días posteriores a este. Pero apenas la miraban. Ni siquiera hacían ruido. Parecían haberse sumido en la misma oscuridad que el resto del castillo. Sin embargo, Cora tenía la impresión de que la miraban de reojo cuando ella pasaba por su lado y seguía su camino. No podía jurarlo, pero tampoco tenía dudas de ello.

Sentía que la culpaban a pesar de que aún nadie conocía la verdad de lo que buscaban. Y deseó tener la libertad suficiente como para confesar que la buscaban a ella y que los matarían a todos hasta que cayera por fin en las redes del enemigo. Pero estaba segura de que Rowan pondría el grito en el cielo si contaba algo así sin su permiso.

Cora caminó por los pasillos hasta llegar a las cocinas. Estas se encontraban vacías, algo que la hizo suspirar de alivio, por lo que podría disfrutar de unos momentos de tranquilidad sin sentir que estaba siendo observada. Echó un vistazo a su alrededor y no pudo evitar recordar el momento en el que cinco días antes había bajado con la esperanza de encontrar a Faith para que confesara que los Ross eran los culpables de todo aquello. Evocó que todo estaba revuelto cuando ella llegó, la comida tirada por el suelo, platos rotos, pero, sobre todo, la sangre y el olor a podredumbre y muerte.

Ahora había cambiado por completo. Los sirvientes que habían sobrevivido dejaron todo realmente limpio tras el ataque, por lo que parecía que jamás había ocurrido nada extraño en ese lugar.

Cora suspiró y se acercó a la encimera. Allí vio un plato con un trozo de queso. Lo tomó entre sus dedos y lo mordió. Necesitaba recuperar fuerzas después de haberse secado por dentro llorando la muerte no solo de su madre y hermano, sino la de todos aquellos guerreros que habían fallecido por defender el castillo y, por ende, también a ella.

La joven volvió a morder el pequeño trozo de queso y lo terminó en cuestión de segundos, justo cuando la puerta de la cocina se abrió tras ella. Tenía la seguridad de que se trataba de algún sirviente que llegaba para seguir con su trabajo, sin embargo, el silencio siguió a la llegada de aquella persona. Con gesto curioso, la pelirroja se giró y dio un respingo al

descubrir que se trataba de Alasdair. Intentó disimular para que no se le notara el nerviosismo, sin embargo, supo que era demasiado tarde. Lo vio reflejado en los ojos azules del guerrero y simplemente se limitó a observarlo, tal y como hacía él mismo.

—Yo… solo he venido a comer algo —tuvo la necesidad de explicarse, aunque rápidamente se golpeó mentalmente por haber hecho semejante comentario.

Cora frunció el ceño. Jamás había tenido la necesidad de darle explicaciones a Alasdair, pero en ese instante la incomodidad la obligó a hacerlo.

—Respecto a lo del otro día… ¿aún sigues pensando que no son los Ross?

Había sentido la imperiosa necesidad de hacerle esa pregunta. Desde que había sucedido el ataque todos se habían sumido en un silencio sepulcral y no habían sacado el tema, al menos en su presencia, pues le constaba que Sloan y Morag lo habían intentado en más de una ocasión. No obstante, lo único que habían recibido había sido la negativa de Rowan. Pero necesitaba saber qué seguía pensando Alasdair de todo eso, pues albergaba la esperanza de que tal vez había cambiado de opinión y podría ayudarlos a que Rowan también lo hiciera.

—No veo motivo alguno para pensar lo contrario.

Aquellas simples palabras hicieron que el mundo de Cora se viniera debajo de nuevo. La joven chasqueó la lengua y desvió la mirada, no solo porque se sintió enfadada, sino porque no podía sostenerle por más tiempo aquella mirada tan fija y penetrante. Los ojos de Alasdair parecían tener vida propia. Siempre lo había pensado, como si tuvieran el don de ver más allá de lo puramente superficial. O al menos eso era lo que sentía hacia ella.

—¿Y por qué no quieres cambiar de opinión? Por Dios, Alasdair, la propia Lottie me lo confirmó en el dormitorio antes de cortarse las muñecas.

—¿O antes de que la mataras? Nunca te cayó bien.

Cora arqueó una ceja. ¿De verdad volvía a esa misma pregunta?

—Tienes razón. Nunca me cayó bien; jamás deseé que pisara este castillo y nunca me habría caído bien. Sin embargo, nada tiene que ver con lo que

yo misma escuché de su propia boca hablando con Faith.

—Otra que también murió, por cierto… Si esos mercenarios que nos atacaron estuvieran bajo el mando de los Ross, ambas se encontrarían vivas.

Cora lanzó un gruñido y se apartó de la encimera para caminar por las cocinas con los brazos en jarras.

—Si yo fuera uno de los guerreros del clan, estoy segura de que me creeríais. Ambos. Pero soy la hermana pequeña de la familia. Supongo que mi palabra no tiene tanto valor, ¿verdad?

—Tú lo has dicho. Eres la pequeña… no deberías meterte en estos menesteres.

Cora dio un manotazo sobre la encimera. Lo hizo con tanta fuerza que la palma de la mano comenzó a picarle con fuerza, pero no le importó. Se habría roto la mano con gusto si después Alasdair y Rowan la creían.

—Ya está bien con esa tontería, Mackay. Quien no debería meterse en esto eres tú, que no eres del clan.

—Para no ser del clan, me vi envuelto en ello teniendo que casarme con Lottie Ross por tu maldita culpa.

Cora sintió sus palabras como una puñalada, por lo que se enfureció con él.

—¡Yo no te obligué a casarte con ella!

—¡No importa que no fuera tu mano la que eligió por mí! —vociferó el guerrero sin poder contenerse por más tiempo—. ¡Todo es por ti, Cora! ¡Eres tú la que siempre está en el centro de todo! ¡Eres una maldita carga desde que te conocí, joder!

Alasdair se dio cuenta al instante que se había dejado llevar por los nervios y su propia boca lo había traicionado. Lo supo antes de volver a mirar a los ojos de la joven, que se llenaron de lágrimas al escucharlo. Vio la decepción, la rabia, la frustración y la pena en aquellas esmeraldas que lo miraban a tan solo dos metros de distancia. El guerrero intentó acercarse a ella, pero Cora dio un paso atrás para alejarse de él. Rápidamente, y sin esperar ni un solo segundo más, la joven se lanzó contra la puerta de las cocinas, dejándolo completamente solo.

Alasdair suspiró largamente y se llevó las manos a la cara. Durante esos últimos cinco días apenas había dormido o probado bocado alguno. Ni

siquiera había soportado la presencia de nadie cerca de él. Sus nervios habían tomado el control de su cuerpo y de su vida, algo que jamás había dejado. Él siempre se había caracterizado por tener un carácter frío, pero sosegado. Sin embargo, en ese momento se había dejado llevar por todos los sentimientos que había tenido a lo largo de los años y por los demonios que guardaba dentro de él desde que tan solo era un niño. Había pagado con Cora su propia frustración al creer que todo se iba al traste. Y tenía la certeza de que la joven jamás lo perdonaría.

Alasdair se apoyó contra la encimera y fijó su mirada en el cesto de fruta que había a su lado. Necesitó hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no lanzarlo al otro lado de la cocina. Estaba iracundo consigo mismo, pero más aún con Rowan. Por primera vez en su vida no estaba de acuerdo con las órdenes de su amigo. Y esperaba hacérselo ver pronto.

Esa misma tarde, Cora fue en busca de Sloan y Morag. El matrimonio había levantado una muralla a su alrededor para evitar contagiarse de la incredulidad de los demás. Por ello, apenas se dejaban ver por el resto de la familia y murmuraban a cada instante entre ellos, como si, de alguna manera, estuvieran a punto de levantarse en armas contra el propio Rowan en cualquier momento.

Por ello, Cora los buscó por todo el castillo hasta que dio con ellos en un pequeño salón del ala este.

—Os he buscado por todas partes.

Morag le sonrió. La joven esposa de Sloan parecía haberse recuperado de sus heridas y volvía a tener la misma fuerza de antes. O al menos esa era la sensación que tenía Cora, que no había vuelto a verla a punto de desmayarse de puro cansancio y dolor.

—¿Ocurre algo?

Cora suspiró y se dejó caer sobre uno de los sofás.

—Sí, que tu hermano mayor y Alasdair han perdido el juicio. No los soporto.

Sloan arqueó una ceja.

—¿Has vuelto a intentar hablar con ellos para convencerlos?

La joven lo miró y negó con la cabeza.

—No he vuelto a hablar con Rowan y con Alasdair… no he hablado, he discutido, que no es lo mismo. No es capaz de ver la verdad. Y, para colmo, me ha culpado de las muertes… Como si yo ya no tuviera bastante culpa sobre mis hombros…

Sloan resopló y apoyó los codos en las rodillas.

—No le hagas caso. Tú no tienes culpa de nada.

Cora lo miró con las mejillas rosadas y un ligero mohín en los labios.

—¿Vas a creer a Alasdair? —preguntó Sloan con mala cara—. No tienes la maldita culpa de nada, Cora. Quien empuñó el arma o dio la orden es el responsable.

La joven desvió la mirada y carraspeó, incómoda. Después, Morag tomó la palabra.

—Me estoy cansando del camino que ha tomado esto. Le daré un día más a Rowan para que decida qué hacer. No solo vuestra gente es quien corre peligro con los Ross sueltos.

Cora la miró con curiosidad.

—¿Qué quieres hacer?

—Si vuestro hermano continúa así, tendré que avisar a mi laird. Solo somos tres contra un clan entero. Con la ayuda de Jacob tendremos más posibilidades de vencer.

Cora asintió.

—Estoy de acuerdo contigo, Morag. Rowan ha perdido el norte o simplemente no quiere seguir liderando el clan.

Sloan suspiró largamente y las miró.

—¿Sois conscientes de que ese plan se considera una traición al laird de los Chattan? Está penado con la muerte o, en el mejor de los casos, la expulsión del clan.

—Por favor, Sloan, no me digas que incluso ahora eres fiel seguidor de las normas. Es el mejor momento para saltárselas.

El guerrero respiró hondo.

—No me has dejado terminar, esposa. Estoy con vosotras…

Morag sonrió ampliamente y le dio una palmada en la espalda.

—¿Sientes la excitación al saltarte las normas?

—Lo que siento es que ya podemos ir buscando un clan al que marchar cuando Rowan nos destierre de este…

Al día siguiente, Cora se prometió hablar con su hermano mayor en cuanto tuviera una oportunidad. Le había permitido unos días a todo el mundo para que se repusieran de las pérdidas, pero no podía dejar que las cosas siguieran como estaban. Tenían que tomar una decisión cuanto antes, y sería a primera hora de la mañana.

La joven se vistió y, por primera vez en su vida, peinó su cabello en una trenza. Colgó al espada de su cadera y salió del dormitorio con la intención de buscar a su hermano mayor incluso debajo de las piedras. Sin embargo, la fortuna estaba de su parte cuando, tras bajar las escaleras y dirigirse hacia la salida del castillo, lo vio entrar en este junto a Alasdair.

Cora estuvo a punto de lanzar un resoplo al ver al guerrero Mackay junto a su hermano, no obstante, logró contenerse y fingió que no le importaba su presencia. Tenía que hablar con Rowan cuanto antes, y no pensaba dejar escapar esa oportunidad.

—Te andaba buscando, hermano…

Rowan levantó la mirada hacia ella y asintió.

—Si lo prefieres, podemos ir a mi despacho para hablar…

Cora negó con la cabeza y, contrariamente a lo que pensaba, sus ojos miraron fugazmente a Alasdair, que mantenía la atención sobre ella. La joven aún no había olvidado lo que le había gritado el día anterior, y probablemente no lo olvidaría jamás, pero no pensaba mostrarle el dolor que le produjeron sus palabras. No obstante, una parte de ella deseaba alargar la mano hacia el pelo moreno y revuelto de Alasdair y tirar de él hasta hacerlo gritar de dolor.

La joven carraspeó.

—No hace falta. Podemos hablar aquí. No me voy a demorar mucho…

Rowan se cruzó de brazos.

—Pues tú dirás…

—Quiero preguntarte cuándo demonios vamos a salir del castillo a buscar

a los Ross.

Su hermano arqueó una ceja ante la seguridad que mostró la joven.

—¿De verdad sigues con eso, Cora? Los Ross nos trajeron a Lottie como muestra de su inocencia. Y fue asesinada por los mercenarios.

Cora frunció el ceño.

—¡Que fue ella la que se cortó las muñecas, por Dios! ¿Es que no has oído hablar nunca de alguien que se haya quitado la vida, Rowan?

—Tampoco le encuentro mucho sentido a que se quite la vida si son los Ross quienes tienen la culpa de todo. Si fuera así, habría hecho lo posible para vivir y seguir adelante hasta acabar con todos nosotros.

—Pero ¿por qué no eres capaz de ver que esa desgraciada llegó a este castillo para recabar información para su padre?

—Cuidado con tus palabras. La joven a la que te refieres era la esposa de Alasdair…

Cora llevó su mirada hacia el aludido, que apretó los puños con fuerza y la miró elevando el mentón. Sin embargo, en su mirada vio algo extraño que no logró adivinar.

—No me importa, Rowan. Si lo deseas, puedes expulsarme del castillo y del clan por dirigirme así a mis enemigos, sean esposas de alguien del clan o no.

—Tus palabras podrían llevarnos a la guerra con los Ross.

—Pero ¿no te das cuenta, Rowan? Iremos igualmente a la guerra. ¿Tú te llamas laird de los Chattan? No mereces el cargo que tienes. Seguramente padre estará revolviéndose en su tumba…

Rowan dio un paso adelante para enfrentarse a Cora, pero la mano de Alasdair se interpuso.

—No merece la pena, Rowan.

El aludido clavó su penetrante mirada en Cora, pero no causó el efecto deseado, pues la joven elevó el mentón con orgullo y lo retó con la mirada a que dijera algo contra ella.

—Desaparece ahora mismo de mi vista, Cora, o tendrás problemas más fuertes que el simple hecho de que te persiga un laird para matarte…

La joven rechinó los dientes, mordiéndose la lengua para evitar decir lo

que pensaba en ese momento de él. Por ello, resopló y acabó alejándose de ellos hacia el patio.

Alasdair se giró, clavó su mirada en la espalda de la joven y acabó suspirando en medio del patio.

—Ven a mi despacho —ordenó Rowan con voz tensa.

El guerrero asintió y siguió a su amigo hasta esa estancia en la que podrían hablar sin que otros oídos pudieran escucharlos. Al llegar, Rowan se dirigió hacia la mesa y apoyó las manos sobre esta, dejando caer los hombros, derrotado.

—Dime que no me he equivocado en esta decisión…

Alasdair suspiró y tardó más de la cuenta en responder. Se cruzó de brazos y chasqueó la lengua.

—Lamento ser yo quien te lo diga, pero creo que esta es la peor decisión que has tomado en tu vida. No está funcionando. Te van a odiar todos.

Rowan cerró los ojos un instante y se giró hacia su amigo con el sufrimiento reflejado en sus ojos.

—A ti también te van a odiar.

Alasdair se encogió de hombros.

—No me importa. Al fin y al cabo, yo no soy de esta familia.

—Pero es como si lo fueras… Estar conmigo en esto ha hecho que Cora te odie aún más.

—Ya me odia lo suficiente. No creo que pueda hacerlo más…

Rowan suspiró y se frotó las sienes mientras pensaba.

—Tal vez tomé esta decisión de manera demasiado rápida, pero no quería que nadie de mi familia corriera tras los Ross cuando el cuerpo de mi madre y mi hermano estaban aún calientes.

Alasdair comprendió su sufrimiento y se apoyó contra la mesa a su lado. Lo miró largamente antes de responder.

—Reconozco que tienes razón. Conociendo a Sloan o viendo el dolor de Arran, sé que habrían salido detrás de los Ross para acabar con ellos. Pero de ahí a idear un plan para engañarlos a todos y hacerles pensar que no crees que fueron los Ross es ir demasiado lejos si me permites la apreciación. Cora está que echa fuego por el cuerpo. De hecho, me

sorprende que tu hermana aún no haya salido del castillo rumbo a tierras Ross para retarlos.

Rowan se cruzó de brazos.

—Fue por ella por la que se me ocurrió esta maldita idea. Conozco a Sloan y sé que si no hay una orden de por medio no marchará a por el enemigo. Arran está demasiado dolido por la muerte de Kester como para enfrentarse a ellos él solo. Pero Cora… a ella la veo capaz de abandonarnos para entregarse.

Alasdair sintió que su corazón se encogía ante la mención de ese posible hecho. El guerrero tragó saliva ruidosamente y frunció el ceño. Pensar en que ya no vería más las pecas de su rostro, su pelo rojo como el fuego, el brillo y la valentía en esas esmeraldas… Simplemente, no podía pensarlo.

—Pero con ella has conseguido el efecto contrario, Rowan. Está cada vez más iracunda. Es como si tu negativa le diera alas contra los Ross.

—Lo sé. Por eso necesito que a partir de ahora no le quites el ojo de encima.

—¿Y por qué no dejas este absurdo plan y les das la razón a todos? Tú y yo sabemos que fueron los Ross. Lo mejor es comenzar a organizarnos antes que ellos.

—¿Crees que los hombres están preparados para luchar después de las pérdidas del otro día?

—Por supuesto. Están deseando vengarse.

Rowan lo miró y dudó un instante.

—Sinceramente, creo que es la primera vez que no sé qué hacer. Por una parte, deseo seguir con esta pantomima y que todos piensen que no creo que sean los Ross. Pero, por otra, sueño cada noche con el llanto de Arran al ver a Kester.

—Date unas horas para pensarlo. Mientras tanto, ¿qué hago?

Rowan respiró hondo y carraspeó.

—Sigue a Cora. No me fío de lo que pueda hacer. He visto el odio en sus palabras.

Alasdair torció la cabeza. Desde que se había enfrentado a ella en las cocinas, lo único que deseaba era alejarse todo lo que pudiera. Y descubrió

que eso se reflejaba en su mente cuando vio que Rowan lo miraba atentamente.

—¿Qué pasa con ella?

—¿Con Cora? Lo mismo de siempre.

Rowan esperó unos segundos para preguntarle:

—¿Qué ocurrió para que empezarais a llevaros mal? Recuerdo que, cuando era muy pequeña, te seguía a todos lados…

Alasdair se mostró incómodo, especialmente cuando se alejó de él y se incorporó para evitar que lo mirara a los ojos y descubriera lo que realmente había pasado. Aún no había podido olvidar el beso que la joven de trece años le dio la noche de aquella fiesta en la que él estaba a punto de cumplir veinte.

El guerrero se encogió de hombros.

—Nada. ¿Qué va a pasar? Ella nunca aceptó mi presencia en el castillo.

Rowan lo miró y acabó asintiendo.

—Bueno… no le quites el ojo de encima…

Después de discutir con Rowan y Alasdair en la entrada del castillo, Cora se dirigió directamente hacia el portón de la muralla. Necesitaba salir de allí antes de levantarse en armas contra su propio hermano e incitar al resto de guerreros a que la siguieran a la guerra contra los Ross. Tenía que calmarse primero o sabía que haría cualquier tontería de la que se arrepentiría durante toda la vida.

En el momento en el que llegó junto al portón y vio a uno de los guerreros, señaló la puerta y le pidió que la abriera.

—No estoy seguro de que sea la mejor opción.

Cora frunció el ceño.

—Mira, hoy no tengo un buen día, así que abre el portón, apártate y déjame seguir mi camino antes de que decida pagar contigo todas mis frustraciones.

El guerrero resopló y abrió lentamente el portón.

—Si Rowan pregunta por qué te hemos dejado salir, le diré que me has amenazado.

Cora lo miró a medida que cruzaba el portón.

—Estoy de acuerdo con eso… —respondió mostrándole su indiferencia.

Cuando se vio libre, Cora caminó hacia el bosque. Solo deseaba dejar atrás el ruido del castillo para intentar escuchar únicamente sus pensamientos. Nada más. No era capaz de pensar con claridad teniendo en cuenta el odio y la rabia que rezumaba la fortaleza por cada recoveco. Allí se sentía encerrada, vigilada, triste, rabiosa… Necesitaba desquitarse un poco y relajarse para poder pensar con claridad y no hacer una locura.

Aquella última semana había sido verdaderamente difícil. Nadie podía imaginar el dolor que sentía. Comprendía el sentimiento de los demás, por supuesto, pero nadie imaginaba lo que ella soportaba, el peso de la culpa que llevaba sobre sus hombros. Este era realmente abrumador. Aún escuchaba los gritos de Arran, el dolor que mostraron los demás, pero, sobre todo, podía sentir la amargura de las lágrimas que ella misma se había obligado a tragar. Días antes juró que no volvería a llorar hasta que no hubiera acabado con el hombre que le había arrebatado a parte de su familia. Y así pensaba hacer. El día que Ruairidh Ross exhalara su último aliento de vida haría una fiesta y, al terminar, lloraría como nunca.

Los pasos de la joven la llevaron al bosque. Allí se sintió ajena a las miradas de los guardias del castillo, que no podían verla desde donde se encontraba. Una sonrisa triste se dibujó en sus labios. Por fin había silencio y pudo cerrar los ojos unos instantes. Nadie podía imaginar el sosiego que sintió en su alma en ese momento. Pero no podía perder el tiempo.

Cora desenvainó la espada y comenzó a hacer movimientos con ella para entrenar. Necesitaba estar fuerte para enfrentarse a sus enemigos, así que empezó a realizar movimientos con la espada y el juego de pies que su padre le había enseñado cuando era pequeña.

El tiempo transcurrió sin que se diera cuenta. Disfrutaba tanto luchando que siempre perdía la noción del tiempo, pues era algo que le recordaba a su padre y a un tiempo mejor dentro del castillo.

—Si me acerco a ti, ¿me vas a morder?

Cora se sobresaltó y se giró hacia el recién llegado. Nic le sonreía apoyado contra el tronco de un árbol mientras la observaba con los brazos cruzados. La joven se incorporó y respiró hondo para intentar recuperar el aliento. Finalmente, Nic logró sacarle una sonrisa. Lo que sentía por él

parecía haber traspasado su amistad y era cada vez más fuerte. Cuando lo veía frente a ella se sentía ligeramente nerviosa, como si temiera hacer algo mal que pudiera molestarlo. Nic era una de las pocas personas que la conocía en profundidad. Siempre había estado ahí para ella, la había apoyado, comprendido y escuchado cuando nadie más parecía hacerlo.

Envainando la espada, se acercó a él.

—Tal vez acabes mordido.

—Al menos has alejado el filo de tu espada. Sé que no me vas a atravesar con ella.

La sonrisa de Cora se ensanchó y se apoyó junto a él en el mismo árbol.

—Te he visto salir del castillo. Parecías estar hecha una furia…

La joven asintió.

—Acababa de discutir con Rowan y Alasdair. Mi hermano no hace nada para vengar la muerte de mi madre y Kester.

—Es el laird. Supongo que tendrá sus motivos.

Cora arqueó una ceja.

—Un laird debe estar siempre dispuesto a proteger a su gente. Y mientras los Ross sigan sueltos, corremos peligro.

La mirada de Nic barrió el bosque.

—No he visto que estuvieras muy preocupada por si te atacaban ahora.

La joven sonrió con tristeza.

—Tal vez mi muerte simbolice la paz.

Nic la miró como si le hubieran salido dos cabezas.

—¿Qué dices?

—Que los Ross me quieren a mí.

El guerrero la miró con seriedad, de repente preocupado por lo que pudiera ocurrirle.

—¿Es una broma?

Cora negó con la cabeza.

—Mi hermano no quiere deciros que los Ross me buscan a mí por culpa de una profecía. Toda la guerra, todas las muertes y todo lo que ha pasado es porque yo aún sigo viva.

Nic arrugó el rostro.

—¿Por qué no me lo has contado antes? Te habría ayudado…

—Porque Rowan lo prohibió. Ahora ya me da igual que todo el mundo lo sepa. De hecho, considero que es una forma de hacer justicia a los que han muerto.

—¿Y Rowan no se enfurecerá contigo por contármelo?

—No me importa, Nic. Que haga lo que considere. Tal vez si me expulsa de este clan todo acabe.

Nic suspiró y arqueó ambas cejas, sorprendido.

—Me has dejado de piedra, Cora. No pensaba que corrieras peligro. Te ayudaré en lo que necesites.

Cora sonrió con tristeza.

—¿Sabes que esa profecía hablaba de que había alguien que me ayudaría? El "gato mayor"…

Nic la miró sin comprender.

—¿Eso qué quiere decir?

Cora se encogió de hombros.

—No tengo ni idea, pero creemos que puede ser algún MacGillivray. El símbolo de ese clan es un gato.

Nic sonrió ampliamente.

—¿Sabes que mi madre perteneció al clan MacGillivray?

El corazón de Cora se sobresaltó y lo miró, sorprendida.

—¿Lo dices en serio?

El guerrero asintió.

—Sí, adoptó el apellido de mi padre cuando se casó con él. Por eso nadie sabe que soy un MacGillivray por parte de madre. Así que, si esa profecía se refiere a un MacGillivray, déjame decirte que pienso ayudarte en lo que haga falta.

La joven dejó de apoyarse contra el árbol y lo abrazó.

—Sé que lo harás, Nic.

El guerrero la aceptó entre sus brazos y le acarició la espalda sin ser consciente de que un par de ojos más los observaba desde los límites del

bosque y apretaba con tanta fuerza la empuñadura de la espada que estaba a punto de atravesarse la piel de la palma de la mano. Pero, sobre todo, al ver que Cora se separaba de Nic para besarlo.

En ese instante, un fuerte relámpago de rabia sacudió el cuerpo de Alasdair. Desde la distancia los vio besarse y acariciarse como si estuvieran prometidos, como si fueran realmente algo, como si ella ya le perteneciera a Nic.

Y eso no pudo soportarlo.

CAPÍTULO 2



Esa misma noche, Cora no dejaba de dar vueltas en la cama. Era incapaz de dormir al pensar que estaban perdiendo un tiempo crucial para acabar con los Ross. Su mente vagaba de ese instante al momento del ataque del castillo y la muerte de Kester y su madre. Después, regresaba al presente, y así sucesivamente. Su mente le estaba jugando una mala pasada, impidiéndole dormir y seguir adelante con su vida.

Por ello, apartó las sábanas de golpe y lanzó un gruñido mientras se incorporaba. El camisón se le había subido hasta los muslos, mostrando algunos moratones que se había hecho en los entrenamientos de los días anteriores. Anteriormente, no los había visto. Ni siquiera recordaba el momento en el que se había golpeado, pues había estado sumida en un dolor tan profundo de su alma que el dolor físico no había logrado sentirlo.

La joven se levantó y se calzó los mocasines para dirigirse hacia la ventana. Desde allí se asomó, pero la oscuridad de la noche no le mostró absolutamente nada. Todo eran sombras y peligro, y eso aumentó su desasosiego de esa noche. Por ello, Cora suspiró y decidió salir de su dormitorio para dar un paseo por el castillo. Necesitaba alejarse de ese encierro en el que únicamente podía pensar en lo mismo una y otra vez. No se molestó en ponerse una bata ligera sobre el camisón, ya que estaba segura de que todo el mundo estaría durmiendo a esas altas horas de la noche.

Caminó por el pasillo con los brazos cruzados sobre el pecho. Recordó el momento en el bosque cuando Nic la había besado. Aún podía sentir ese nerviosismo en su estómago tras haberlo hecho. Y agradeció que no hubiera nadie a su alrededor para que vieran el sonrojo de sus pecosas mejillas.

Sus pies la llevaron hacia las escaleras, las cuales descendió con lentitud mientras inspiraba con fuerza para intentar sosegar su cuerpo. Cora miró a

un lado y a otro y se sorprendió al ver el castillo completamente vacío. Hacía demasiado tiempo que no veía a nadie al bajar las escaleras ni se dejaba envolver por ese silencio, algo que su alma agradeció profundamente.

Cora suspiró y caminó sin un rumbo fijo por el silencioso y vacío pasillo. En ese instante, y sin saber muy bien por qué, su mente la llevó a muchos años atrás, justo el último día que pasó con aquel muñeco de trapo que la había acompañado desde que era tan solo una niña. Recordó lo mal que se había sentido cuando Alasdair la llamó mocosa por conservar y llevar consigo ese mismo muñeco. Y aún podía sentir en lo más profundo de su ser la rabia y la tristeza que le produjo tirarlo al fuego. Recordaba a la perfección cómo las llamas devoraron la tela del muñeco y lo sola y vacía que se sintió al día siguiente cuando salió de su dormitorio sin él. Habían pasado apenas diez años, pero lo seguía recordando como si hubiera sido el día anterior.

Se le formó un nudo en la garganta al recordar lo mal que se sintió cuando Alasdair la llamó de esa manera. Le había dolido terriblemente y sabía, a la perfección, que ese fue el inicio de su particular guerra contra él, aunque lo peor llegó cuando se atrevió a besarlo unos años después de ese momento. Sus mejillas volvieron a teñirse de rojo al pensar en ese instante en la torre del castillo. ¿Cómo es posible que se atreviera a besarlo? Ella misma se respondió: había bebido demasiado. Pero incluso así no podía evitar golpearse mentalmente por haberse dejado llevar. A pesar de su corta edad en ese instante, Cora se había sentido atraída por él. Cuando lo besó, él tenía casi veinte años, por lo que se había desarrollado de una forma muy atractiva y varonil. Lo veía realmente guapo y simplemente se había dejado llevar por el sentimiento de una joven que estaba comenzando a experimentar con lo que sentía en su interior.

Y ahora, muchos años después, a pesar de que se había dejado llevar por el odio a Alasdair debido a su rechazo, en lo más profundo de su corazón sabía que ese sentimiento seguía latente, aunque bajo llave.

Cora se retorció las manos con nerviosismo. ¿Cómo era posible que su propio corazón la traicionara de esa manera? Ese mismo día, Nic la había besado y había sentido muchísimas cosas por él, pero no se había acercado a lo que había sentido años atrás cuando besó a Alasdair.

La joven negó con la cabeza para apartar esos pensamientos. Debía

dejarlos de nuevo bajo llave y no volver a sacarlos jamás. Alasdair la odiaba, y ella también a él. Así estaban las cosas y así debían seguir.

Sus pasos la llevaron hacia la sala de armas. Desde el otro lado del pasillo vio que había luz en su interior y que una sombra parecía pulular de un lado a otro. Cora se quedó parada en mitad del pasillo, preguntándose quién demonios había despierto a esas horas o si tal vez alguien había entrado en el castillo como una semana atrás. Su corazón se sobresaltó, provocando que pudiera escuchar sus rápidos y furiosos latidos en el centro de su pecho. Durante un instante, la joven se dijo que debía marcharse de allí, sin embargo, la curiosidad pudo con ella y siguió hacia adelante.

Inconscientemente, llevó la mano a la cadera para tomar la empuñadura de su espada, olvidando que estaba en camisón y no llevaba con ella ningún arma. No obstante, a pesar de la sensación de peligro, continuó hacia la puerta de la sala de armas. Conteniendo el aliento, Cora se asomó ligeramente para ver quién demonios había dentro de ese lugar a esas horas y sus ojos se abrieron desmesuradamente al ver a Alasdair. Este se encontraba entrenando con la espada completamente solo contra un contrincante invisible. Se movía deprisa, como si realmente estuviera furioso por algo y no podía contenerse.

La joven salió de su escondite y se acercó unos pasos sin darse cuenta, pues de haberlo hecho, se habría cubierto el cuerpo con los brazos, ya que el camisón que llevaba puesto dejaba poco a la imaginación debido a la finura de su tela. Sin embargo, no era la única, pues el guerrero se había desprendido de su camisa y se encontraba únicamente con sus pantalones puestos, mostrando la amplitud de su espalda.

Alasdair estaba de espaldas a la puerta, por lo que no la veía en ese momento, y siguió con su entrenamiento. Cora se preguntó por qué no estaba durmiendo y descansando en lugar de estar allí, ya que tenía tiempo suficiente para entrenar al día siguiente con los demás.

Durante unos momentos, la vista de Cora la traicionó y recorrió la anatomía de Alasdair con libertad. Hacía mucho tiempo que no lo hacía y no se había dado cuenta de sus cambios. Su anatomía parecía haber aumentado, puesto que sus músculos sobresalían más que antes. Desde la puerta, Cora podía ver la tensión en ellos, sus movimientos, las contracciones y relajación de estos a medida que realizaba una maniobra u otra. También pudo comprobar la tensión en los fuertes muslos del guerrero,

que en lugar de su habitual kilt llevaba unos pantalones negros que hacían resaltar la blancura de su piel, al igual que el sudor de su espalda.

A pesar de encontrarse dentro del castillo, el pelo del guerrero, siempre rebelde e indomable, se movía con cada estocada que daba a su enemigo invisible y, aunque no podía verle la cara, Cora estaba segura de que sus increíbles ojos azules miraban profunda y penetrantemente a la nada.

Su mente le gritó que no debía estar allí en ese momento, que tenía que dejarlo solo. Pero no podía dejar de observarlo. Y lo peor de todo era que se le había secado la boca al instante.

Un momento después, Alasdair giró sobre sí mismo para seguir con su entrenamiento y fue entonces cuando la vio junto a la puerta. Rápidamente, se giró de nuevo hacia ella para mirarla, provocando que los hombros de Cora se sacudieran al saberse descubierta. Sin decir nada, la joven se giró para marcharse de allí, pero la voz de Alasdair y sus pasos acercándose a ella la detuvieron.

—¿Ahora me evitas?

Cora apretó los puños y se obligó a girarse hacia él.

—Antes buscabas cualquier momento para enfrentarte a mí.

Alasdair rechinó los dientes y se quedó parado a un metro de ella. Se obligó a mantener la mirada elevada y clavada en los ojos de la joven, pues de soslayo había visto perfectamente su anatomía a través del fino camisón, y había estado a punto de quedarse perplejo ante esa visión de ella. El guerrero necesitó de toda su fuerza de voluntad para mantenerse quieto y con la mirada sobre la joven, mientras el destino estaba en su contra y movía ligeramente el camisón de Cora, provocándolo, especialmente cuando esta deshizo el cruce de brazos, sin ser consciente de que sus pechos resaltaban demasiado a través de la tela.

—No tengo ganas de discutir, Alasdair. Es muy tarde.

—No tanto como para que pasees por el castillo.

Cora frunció el ceño.

—Estoy en mi casa y hago lo que me da la gana.

—¿Y eso incluye observar a un guerrero mientras entrena?

—No son horas para andar entrenando en ningún lugar del castillo. La culpa es tuya.

Alasdair dio un paso más hacia ella y levantó una mano. Cora, al pensar que iba a tocarla a ella, dio un paso atrás, pero lo que hizo fue dejar el camino libre para que el guerrero pudiera cerrar la puerta, impidiendo que tuviera un solo resquicio por el que marcharse. Y dio un paso más, acercándose a ella y acorralándola contra la pared.

La mano que ya tenía levantada quedó apoyada justo al lado de la cabeza de Cora, que estaba visiblemente nerviosa, a pesar de que mantenía erguido su mentón con orgullo.

—Cualquier otra señorita como tú habría estado metida en su cama ahora, durmiendo plácidamente.

—Te equivocas. Yo no soy una señorita que espera que un hombre la salve. Yo soy una guerrera.

—Una guerrera no viste un camisón tan fino.

Y sin poder contenerse por más tiempo, los ojos azules de Alasdair descendieron por el cuello de la joven para posarse sobre la fina tela. A esa corta distancia pudo ver reflejados los pezones, que presionaban contra la tela con firmeza cuando la respiración de Cora se alteró. Y a pesar de su inagotable contención, Alasdair sintió que todo su ser vibraba con demasiada fuerza.

—A ti no debería importarte cómo visto.

—Me importa si provocas que alguno de los guerreros te persiga por el castillo para hacerte… algo.

Cora arqueó una ceja.

—Todos en este castillo me respetan. Bueno, todos salvo tú.

—Con esa vestimenta es muy difícil mantener un respeto.

Cora lo empujó lejos de ella.

—Eres un maldito imbécil, Alasdair.

El guerrero gruñó por lo bajo y frunció el ceño. Sus ojos se entrecerraron al mirarla de nuevo, provocando que Cora de repente se sintiera ligeramente pequeña frente a él.

—Supongo que Nicolas es menos imbécil que yo o tal vez más por acercarse tanto a ti.

Cora lo miró sin comprender.

—¿A qué te refieres?

Alasdair sonrió de lado al ser consciente de su nerviosismo.

—A lo que ha pasado hoy en el bosque —le respondió.

Los ojos de Cora la traicionaron cuando miró hacia la puerta para marcharse de allí y evitar responder a eso. Sin embargo, su orgullo pudo con ella.

—No sé de qué me hablas.

Alasdair volvió a acercarse lentamente a ella. La tensión entre ambos era palpable en ese instante, tanto que las manos de Cora comenzaron a temblar al ver que el guerrero se acercaba aún más y volvía a acorralarla contra la pared.

—¿Y por qué te ruborizas?

—No lo he hecho —le aseguró a pesar de que sentía que sus mejillas ardían de auténtica vergüenza.

Sin embargo, lo que Alasdair desconocía era que no se había ruborizado por lo que él le estaba preguntando, sino por haberse aproximado a ella con el torso completamente desnudo.

—He visto cómo te ha besado —continuó Alasdair, ajeno a los verdaderos pensamientos de la joven.

Cora tragó saliva ruidosamente.

—¿Y a ti qué más te da?

Inconscientemente, el guerrero acercó su rostro un poco más al de la joven.

—Así que admites que te ha besado…

Cora resopló.

—Soy libre, Alasdair, y no todos los hombres me consideran una mocosa. Los hay que ven en mí a la mujer que soy… —le espetó con firmeza a pesar de su nerviosismo.

Alasdair apretó los dedos contra la pared. Lo único en lo que pensó en ese instante fue en besarla, algo que necesitaba hacer para bajar ese orgullo. Pero se contuvo a duras penas. Cora acababa de recordarle sus propias palabras.

—No quiero que ese desgraciado te bese otra vez.

Cora acercó también su rostro al del guerrero, quedándose a escasos centímetros de distancia.

—Haré lo que yo quiera, Alasdair.

—Tu hermano no aprobaría tu relación con Nic.

—Me importa una mierda lo que mi hermano piense sobre eso. Y tú deberías meterte en tus asuntos en lugar de en mi vida.

Cora levantó un dedo y lo clavó en el pecho del guerrero al pronunciar esa última frase. Jamás pensó que sería un error hacerlo, pero al tocarlo sintió algo extraño en su cuerpo. Era la primera vez que tocaba su pecho desnudo, y había sido una auténtica equivocación.

—Podría contárselo para que te prohíba verlo de nuevo.

Cora arrugó el rostro y lo empujó lejos de ella.

—Vete al infierno, Alasdair.

Sin perder más tiempo, Cora abrió la puerta y se marchó de la sala de armas como alma que lleva al diablo. No miró atrás en ningún momento, pero si lo hubiera hecho, habría visto la mirada de Alasdair fija sobre ella hasta que se perdió en la siguiente esquina del pasillo.

Al día siguiente, Alasdair recorrió el pasillo a una hora realmente temprana para no perder tiempo y hablar con Rowan. Después de haberse encontrado a Cora en la sala de armas, no había dejado de pensar en ella durante el resto de la noche. A pesar de haberse ido a descansar poco tiempo después de que la joven lo dejara allí, Alasdair no había podido pegar ojo. Por una parte, ese insomnio lo achacaba al hecho de que Rowan aún no había contado a nadie que realmente sabía que el culpable era Ross y que simplemente había ideado un plan que estaba abocado al fracaso desde el primer momento con la única intención de protegerlos.

Sin embargo, unos pensamientos diferentes siempre lograban interrumpir los anteriores, provocando que su mente saltara una y otra vez al recuerdo de Cora en medio de la sala de armas con un camisón que dejaba poco a la imaginación. Había podido ver cada curva de su cuerpo, casi la textura de su aterciopelada piel, la cúspide de sus pechos… Todo en ella le había arrebatado el sueño esa noche, y nadie podía imaginar el mal humor que tenía en ese instante. Pero no solo por ese recuerdo de la noche anterior,

sino por los pensamientos recurrentes que había tenido a lo largo de toda la noche. Su mente se había imaginado a Cora desnuda en su cama, acariciándola, besándola para borrar los labios de otros hombres, le había hecho el amor infinidad de veces, la había escuchado gritar su nombre en un fuerte gemido de placer… Y no debería ser así. Tenía que odiarla, no desearla.

Alasdair inspiró con fuerza para alejar esos recuerdos de la noche y encontró a Rowan en mitad de un pasillo.

—Tienes mala cara… —fue lo primero que este le dijo al ver sus ojeras.

—No he dormido bien.

—¿Algo que yo no sepa?

Alasdair tragó saliva.

—No, nada. Preocupaciones…

El guerrero esperó haber sonado seguro porque en su interior se notó demasiado la mentira. Casi suspiró al ver asentir a Rowan, y lo invitó a entrar en una sala cercana.

—Tengo la impresión de que me quieres decir algo.

—Sí, aunque no creo que te sorprenda lo que me gustaría pedirte.

Rowan se cruzó de brazos.

—Tú dirás.

—He estado pensando durante la noche y creo que lo mejor es contarle a todos la verdad para ir preparándonos contra los Ross.

—¿Por qué ahora no dejas de pensar en eso?

—Porque no quiero seguir mintiendo a nadie. Nosotros no somos así, y es un juego peligroso que podría romper la familia. Ya has visto cómo están Sloan o Cora.

Rowan arqueó una ceja.

—Nunca has sido demasiado cercano con Sloan y, por lo que sé, no te llevas bien con Cora. ¿Por qué ahora te preocupas por lo que piensen de nosotros?

Alasdair carraspeó y miró hacia otro lado.

—No es que me preocupe que ahora Cora piense mal de mí. Ya lo hace,

pero a ti siempre te ha admirado. Te va a odiar. Creo que no deberíamos alargar esta situación. Incluso los hombres se están poniendo nerviosos.

Rowan se mantuvo callado y clavó su mirada en Alasdair. Tenía claro que su amigo le estaba ocultando algo para pedirle eso, pero no sabía qué exactamente. Lo miró de forma penetrante, intentando adivinar qué estaba pasando y que él aún no sabía, sin embargo, lo único que logró descifrar fue la incomodidad que desprendía Alasdair en ese instante. No obstante, no quiso indagar más de lo necesario.

—Está bien, amigo.

El guerrero arqueó ambas cejas.

—¿Lo dices en serio?

—¿Prefieres que me eche para atrás?

—¡No! Es la mejor elección.

Rowan asintió.

—Estoy de acuerdo contigo. Ni siquiera Gillian se ha dado cuenta del engaño. Me va a matar…

A esa misma hora temprana, Sloan y Morag se encontraban en el salón principal esperando para desayunar mientras discutían sobre la carta que la joven le había escrito a su laird para enviarla cuanto antes.

—Dijiste que estabas conmigo, Sloan —susurró.

El guerrero puso los ojos en blanco.

—Y lo estoy, Morag, por Dios. Solo te pido que me des una oportunidad más para hablar con Rowan antes de traicionarlo. No me gusta dar un paso en falso. ¿Y si logro convencerlo de que son los Ross?

—No tenemos tiempo.

Sloan rugió y se dejó caer contra el respaldo de la silla mientras se frotaba las sienes.

—Morag, no te he dicho que esperes a la semana que viene para enviar la carta. Simplemente, unas horas. Hablaré con él esta tarde y, si logro convencerlo, enviarás esa nota enseguida con uno de los hombres. Si no, tendré que ser yo quien lo haga a espaldas de Rowan. Y tendría que pensar en una excusa para marcharme y dejarte aquí.

Morag arqueó una ceja y sonrió de lado.

—¿Dejarme aquí para ir tú a mi clan? ¿Has bebido esta mañana sin que yo me dé cuenta? No voy a dejar que vayas tú solo.

—¿Y arriesgarme a que te intenten matar de nuevo? Ni hablar.

La seguridad con la que pronunció esas palabras conmovió a Morag, que sonrió ampliamente.

—Yo también te quiero, guerrero.

Aquella simple frase logró desarmar a Sloan, que se quedó sin palabras. Necesitó tragar saliva para continuar, pero la risa de Morag ya llenaba el espacio.

—Te has quedado atónito, ¿eh?

—No me desvíes el tema —gruñó el guerrero.

Morag le guiñó un ojo.

—Volviendo a él… Yo la he escrito y yo la voy a llevar si tu querido hermano sigue demostrando su incompetencia como laird.

Sloan le chistó y miró hacia la puerta.

—No lo digas tan alto. ¿Quieres que nos acusen de traición?

—Lo harán igualmente.

—Sí, pero no quiero que sea antes de tiempo…

Morag rodó los ojos.

—Debemos ser nosotros quienes demos el siguiente paso o nos van a masacrar a todos.

Sloan abrió la boca para responder, pero la puerta del salón se abrió y dio paso a Cora, cuyo rostro mostraba signos visibles de falta de sueño.

—¿Tú tampoco has podido dormir? —preguntó Sloan.

—¿Alguien en este castillo lo hace? —le devolvió la pregunta, sentándose en su habitual silla—. ¿De qué habláis?

Sloan y Morag se miraron entre ellos.

—De la carta que he escrito a mi laird. No podemos dejar que la locura de tu hermano continúe mientras nuestra gente sigue muriendo.

Cora asintió.

—Estoy contigo.

—Pero Sloan piensa que es una traición y quiere intentarlo una vez más con Rowan.

Cora arqueó una ceja.

—No valdrá de nada. Rowan no es el mismo. Si vas a tu clan, cuenta conmigo para ir.

Sloan apoyó los codos en la mesa.

—¿Para qué te vas a exponer tanto?

—¿Crees que a estas alturas me importa un poco mi vida después de todo lo que nos han hecho? Ya no soy la misma, hermano. Todo esto ha sido porque estoy viva, así que no me voy a quedar escondida mientras los demás arriesgáis vuestras vidas. La semana pasada lo hice porque madre me obligó a esconderme. Ya no hay nadie sobre la Tierra que pueda exigir nada.

Sloan y ella se sostuvieron la mirada, hasta que el guerrero comenzó a asentir lentamente.

—Padre estaría muy orgulloso de ti si te viera…

Cora sonrió con tristeza, pero no le dio tiempo a responder, pues Gillian entró en el gran salón con paso seguro. Rápidamente, la tensión en el mismo aumentó, pues apenas habían hablado con ella y no estaban seguros del todo de qué parte estaba la esposa de Rowan. No obstante, al ver lo que había provocado su presencia en el lugar a su entrada, Gillian los miró a todos.

—¿Os he hecho algo?

Ninguno se atrevió a responder rápidamente, aunque al cabo de unos segundos fue Cora la que abrió la boca para hacerlo.

—Sí, que estás casada con Rowan y no quiere admitir la verdad.

Sloan y Morag se miraron entre ellos con incomodidad y cierto temor a las represalias de Gillian contra ellos por decirle aquello.

—Eso no implica que me miréis así. ¿He hecho algo que os haya molestado?

—Sí, que seguramente estás del lado de Rowan. Aún no sabemos qué opinas de lo que han hecho los Ross.

Gillian clavó su mirada en Cora. Por primera vez desde que se conocían,

mantuvieron una lucha interna de miradas, hasta que la esposa de Rowan finalmente abrió la boca y los sorprendió a todos con sus palabras.

—Tienes razón. No he dicho nada porque le estaba dando tiempo a Rowan para que se diera cuenta de la verdad.

Los tres se quedaron de piedra.

—¿Piensas lo mismo que nosotros? —preguntó Sloan.

—¿Te sorprende, querido cuñado?

—Por supuesto que sí.

Gillian sonrió ligeramente.

—Eso es porque nunca te has preocupado de conocerme más. Sinceramente, no sé qué le está pasando a Rowan y por qué no cree que son los Ross. Cora, te creí desde el primer momento. Sé que son ellos, pero no sé qué podemos hacer para convencerlo.

—Alasdair también lo cree.

Morag arrugó el rostro.

—¿Y Arran? ¿Alguien sabe qué opina él?

Cora siseó.

—Creo que está sumido en tanto dolor que aún no ha pensado en vengarse, por lo que ni siquiera pensará en quién es el culpable.

Morag asintió y suspiró.

—Mira, Gillian, tal vez no debería contarte esto, pero he escrito una carta a mi laird para pedir ayuda. Si tu esposo no nos ayuda, los MacBean iremos a la guerra contra los Ross. Estaría muy bien que todos los Chattan también vinieran a luchar.

La esposa del laird meditó sus palabras y asintió.

—Hablaré con él para convencerlo, y no me separaré hasta que lo admita.

Cora asintió.

—Gracias, Gillian.

La joven sonrió con cierta tristeza.

—Es una pena que los Comyn no estén en el mismo bando.

Sloan abrió mucho los ojos.

—¿Rowan te ha contado lo que piensa de tu hermano?

—No hace falta que hable con él para darme cuenta de que mi hermano es un traidor. Ni siquiera ha hablado conmigo desde la muerte de nuestro padre. Está claro de qué parte está.

Sloan asintió.

—Lo siento.

Gillian sonrió y miró a Morag.

—No sé qué le has hecho a tu esposo, pero me sorprende que él mismo me dedique esas palabras.

Morag rio y se dejó caer contra el respaldo de la silla.

—Tengo mis tácticas…

CAPÍTULO 3



Gillian abandonó rápidamente el gran salón para hablar con Rowan. No estaba dispuesta a esperar más tiempo porque este corría en su contra. Necesitaba convencerlo de que eran los Ross los culpables de todo, así que fue directamente al despacho para buscarlo.

Al llegar junto a la puerta y levantar el puño para llamar, esta se abrió de golpe, dejando salir a Alasdair, que se sobresaltó cuando estuvo a punto de pisarla.

—Lo siento, no te he visto, Gillian.

La joven le sonrió y lo dejó salir.

—No pasa nada. Parece que todo el mundo queremos hablar con Rowan esta mañana…

Alasdair asintió.

—Me temo que tiene entonces mucho trabajo por delante.

Gillian lo dejó marchar y respiró hondo antes de entrar en el despacho. Cerró la puerta tras de sí y se acercó a él para besarlo.

—Algo me ha dicho en tu mirada que me das este beso porque vas a hablar sobre algo realmente importante.

Gillian rio suavemente y se separó de él.

—¿No puedo besar a mi marido simplemente porque me apetece?

Rowan torció la cabeza en entrecerró los ojos.

—Claro que sí, pero después de la conversación con Alasdair estoy con los nervios de punta, por lo que te he descubierto antes de decir algo…

Gillian se dejó caer sobre una silla y sonrió ampliamente.

—Pensaba que dirías que lo sabías porque me conoces a fondo, no porque

estás nervioso…

—Así que vas a decirme algo que no me va a gustar…

La joven se encogió de hombros.

—Supongo que es algo que te ha pedido más de una persona en este castillo durante una semana.

—¿Tiene algo que ver con los Ross?

—Tiene que ver todo…

El laird suspiró y se dejó caer sobre la silla que había al lado de Gillian. Después levantó la mirada con la cabeza ligeramente agachada.

—¿Qué pasa?

—Eso digo yo… ¿qué pasa?

Rowan entornó los ojos.

—No te entiendo.

—Tu hermana Cora escuchó a Lottie confesar que su padre era el que había organizado todo esto. La esposa de Alasdair se cortó las muñecas delante de ella. El propio laird Ross fue el que envió a los mercenarios para que propinaran una paliza a Morag, a la cual se lo confesaron, eso sin contar con que ese desgraciado la violó siendo una niña… Podría decir más cosas, pero tú ya las conoces, y, aun así, ¿por qué demonios no crees que fuera Ruairidh Ross el culpable de todo esto?

Rowan asintió y suspiró, metido en sus pensamientos antes de responder.

—Ha sido todo una pantomima de Alasdair y mía, Gillian.

La joven se quedó pasmada ante esas palabras, por lo que le preguntó:

—¿Te importaría explicarte?

—Que sí creo que sea el laird Ross. Si mi hermana lo escuchó y luego Lottie se lo confesó es verdad. Mi hermana jamás mentiría en algo así.

—¿Y por qué demonios no has hecho nada?

—Para proteger a todo el mundo. Y porque no sé cómo cojones enfrentar este maldito giro en nuestras vidas. No puedo evitar culparme de la muerte de Kester y de mi madre porque no estábamos en el castillo. Debí dejar a más guerreros como protección, pero jamás pensé que nos atacarían en nuestras propias puertas.

—Pero de ahí a no creer a tu hermana y a Morag…

Rowan se atusó el cabello, incómodo.

—Conozco a Cora. Tenía que hacerle pensar que no creíamos sus palabras o habría salido a luchar al día siguiente cuando los cuerpos de mi madre y mi hermano seguían calientes. Y sé que Sloan y Morag habrían hecho lo mismo.

—Pero no me parece justo, Rowan —Gillian se levantó de la silla y comenzó a caminar de un lado a otro del despacho—. Estás haciendo sufrir a Cora a propósito. ¿No fue suficiente lo que soportó en el ataque? Vio morir a tu madre y a Kester…

—Lo sé, pero todo esto lo he hecho para salvarla.

—Está a punto de perder el juicio. Piensa que esta familia se ha roto. No sois los mismos. Arran parece una aparición y Sloan… Sloan y Morag están dispuestos a traicionarte para salir en busca de los Ross. Y Cora está con ellos.

Rowan frunció el ceño.

—¿Cómo dices? —preguntó levantándose de la silla y acercándose a ella.

—Que piensan que has perdido el juicio y Morag ha escrito una misiva para Jacob MacBean solicitando ayuda para marchar contra los Ross, quieras tú o no.

—Eso los pondría aún más en peligro.

—¿Por qué crees que estoy aquí? Tienes que contarles enseguida que era todo un engaño. Eso sí, Sloan te va a odiar por no haberle contado nada.

—No quise hacerlo para que fuera más creíble. Es que…

Rowan resopló.

—Todos esperan que haga algo, pero ¿qué? No sé qué hacer después de ver cómo mi familia se ha roto por completo. Pero, al mismo tiempo, sé que, como laird, tengo que dar órdenes y seguir con nuestros planes. Sin embargo, algo dentro de mí teme perder a otro miembro más de nuestra familia. Jamás he visto llorar a Arran y la semana pasada… no supe qué decirle porque a él nunca he tenido que darle ánimos de nada. Siempre eran ellos quienes lo hacían. Y ahora… no queda nada de eso, Gillian. ¿A quién me puedo aferrar? Siento que hemos perdido esta guerra antes de empezarla. Aunque marchemos a luchar contra los Ross, mi madre y Kester

seguirán muertos. Todos estarán muertos. Maté a tu hermano siendo tan inocente como cualquier otra persona de los clanes.

Rowan desvió la mirada y se alejó de ella con el rostro contraído.

—Aunque todo esto se solucione, nada borrará lo que hemos hecho unos y otros. Nada limpiará la sangre inocente de nuestras manos.

Gillian se acercó a él y levantó las manos para sujetarlo del rostro.

—Tienes razón. Todo lo que hemos hecho, dicho o sentido durante estos años no va a borrarse. Pero lo que hemos construido después de eso tampoco se borrará. Lo que siento por ti seguirá intacto, Rowan. Tú no podías saber esto desde el principio. Nadie lo sabía. Tan solo él. Y sé que ahora mi hermano también lo sabe.

Rowan entrecerró los ojos.

—¿También crees eso?

Gillian asintió.

—Es un traidor, Rowan. No solo lo creo porque no me ha escrito tras la muerte de nuestro padre, sino porque hablé con Cora y me lo confirmó. Tal y como estaban las cosas, ninguno hemos querido hablar sobre eso con nadie.

Rowan la abrazó.

—Si vamos contra los Ross, puede que tu hermano acuda en su ayuda.

Gillian lo meditó y acabó encogiéndose de hombros.

—Es él quien ha decidido su destino, no yo.

Rowan asintió y la besó suavemente. Después, apoyó la frente contra ella y le sonrió.

—Dime que estarás a mi lado cuando cuente todo esto a los demás…

Gillian asintió.

—Jamás te dejaría solo, Rowan.

Al mediodía, justo a la hora de la comida, Rowan reunió en el gran salón no solo a su familia, sino a gran parte de los guerreros del clan para explicarles qué había pasado durante esos días. Antes de que el laird llegara al salón el ambiente en este era realmente tenso. Muchos hablaban en voz

baja sobre lo que Rowan tendría que comunicarles, mientras que Sloan y Morag, por ejemplo, se miraban en silencio, preguntándose si habría descubierto lo que planeaban hacer.

Cora, por su parte, se encontraba cruzada de brazos, mirando hacia el tablero de la mesa sin saber que la mirada de Alasdair estaba puesta completamente sobre ella. Este la observaba de forma penetrante, intentando adivinar qué estaba pensando y en el momento en el que su mente lo traicionó y le revivió el cuerpo de Cora con ese camisón que describía su anatomía a la perfección, carraspeó y apartó su mirada.

En ese instante, Rowan entró en el salón junto a Gillian. Ambos se dirigieron hacia sus asientos, pero Rowan se quedó de pie para mirar a los ojos a sus hombres.

—Supongo que os estáis preguntando por qué os he reunido a todos aquí, así que voy a ir al grano.

Rowan miró momentáneamente a Cora, cuya mirada no pasó desapercibida a la joven, que frunció el ceño y puso toda su atención sobre él.

—Hace ya una semana que fuimos atacados por mercenarios que respondían a las órdenes un laird. Ese mismo laird que llevamos buscando desde hace tiempo.

En ese momento, Rowan volvió a mirar a Cora, como si una parte de él tuviera la esperanza de que la joven lo ayudara y volviera a repetir el apellido Ross. Sin embargo, su hermana se quedó callada, mirándolo seriamente.

—Desde un primer momento, mi hermana Cora juró una y mil veces que ese laird que los había enviado aquí era Ruairidh Ross, padre de Lottie, la mujer que se casó con Alasdair el mismo día del ataque. Cora dijo que había escuchado que el laird Ross pretendía atacarnos el día de la boda, y así fue. Morag, la esposa de Sloan, salió del castillo para buscar a los que estábamos cazando como motivo de celebración por esa boda. Y, mientras tanto, el castillo fue atacado por los mercenarios, logrando matar a muchos de nosotros, incluida mi madre y mi hermano Kester.

Rowan miró fugazmente a Arran, que apretó los dedos contra la mesa y se mantuvo quieto y serio, apartando la mirada de él. El laird suspiró y volvió a tomar aire con fuerza.

—Desde ese día, he repetido hasta la saciedad algo que ya no puedo hacer por más tiempo. Y lo peor de todo es que obligué a Alasdair a que me siguiera…

Las miradas de todos fueron directas hacia el aludido, que se mantuvo sereno y con la mirada puesta en Rowan al tiempo que se cruzaba de brazos. Sin embargo, al sentir sobre él la mirada de Cora, no pudo evitar mirarla de reojo.

—¿Qué quieres decir exactamente, Rowan? —preguntó Sloan.

—Lo que quiero decir es que mentí y obligué a mentir a Alasdair sobre el verdadero culpable de todo esto. Dije y repetí que no podían ser los Ross quienes nos habían atacado, pero era mentira. Creí las palabras de Cora y Morag desde el primer momento, pero, por precaución y protección hacia los míos, decidí que lo mejor era negarlo.

Un murmullo se elevó desde todo el salón. No obstante, Cora no se sumó a este, sino que se quedó pasmada, mirando alternativamente a Rowan y Alasdair. ¿De verdad se habían pasado una semana fingiendo que no la creían?

—¿En qué nos protegería esa mentira? —preguntó Morag—. Los Ross podrían habernos atacado mientras tanto… Y no estaríamos reordenados ni preparados para ello. Ha sido una completa locura que podría habernos llevado a una masacre aún mayor… Nos has puesto en peligro a todos.

—Morag… —susurró Sloan desde su asiento.

—¡Tiene razón! —exclamó Cora mirando fijamente a Sloan—. ¡No lo defiendas! ¡Podríamos haber muerto todos si nos hubieran atacado de nuevo! Por Dios, Rowan, es una completa locura. A mí ya no me importada nada si me crees o no. Esta semana ha sido la peor de mi vida y no he podido apoyarme en ti por culpa de tu maldito plan de mierda.

Cora miró a Alasdair.

—¿Protección? ¿Qué clase de protección me puede dar algo que me puede llevar a una muerte asegurada? No quiero esa clase de protección, Rowan.

—No fue fácil llevarlo a cabo.

La joven arqueó una ceja.

—Ah, ¿no? Yo vi a Alasdair disfrutar de lo lindo mientras negaba lo de

los Ross mirándome a los ojos.

—Si tu hermano está contando esto ahora es porque se ha dado cuenta de que era un error —le espetó Alasdair.

—¿Tú también lo consideras un error?

—Desde el primer momento. Yo siempre he pensado que no hace falta proteger a una persona que puede hacerlo por sí misma.

Cora sintió un pinchazo en el corazón al escuchar sus palabras. ¿Era su forma de decirle que la consideraba una guerrera y no una mocosa? No tuvo tiempo de seguir pensando nada, pues rápidamente Sloan interrumpió.

—¿Y por qué no me dijiste nada? Soy tu segundo al mando. ¿O ahora es Alasdair?

—Lo sigues siendo, Sloan. Pero necesitaba que esto fuera creíble. Contigo en mi contra sería más fácil.

—¿Y en algún momento has pensado que podríamos perder el respeto por ti? —preguntó Morag.

Rowan sonrió de lado.

—¿Lo dices por la carta que le has escrito a tu laird?

Morag rápidamente miró a Gillian, que de repente se sintió muy atraída por el estado de sus uñas.

—Ya veo que no se puede confiar en todo el mundo… —renegó la joven.

—Gillian me lo ha contado para hacerme reaccionar, no para traicionarte —respondió Rowan.

Morag apartó la mirada y suspiró, callada, mientras Rowan continuaba con su explicación.

—De igual modo, quiero contaros algo que aún no sabéis y que mi familia y yo hemos estado manteniendo en secreto durante semanas… Todos sabéis que hace unos años comenzó la guerra entre estos siete clanes y que todos nos culpaban de haberlos atacado a pesar de que nosotros no habíamos hecho nada. Mi madre… mi madre nos contó algo que nos dejó petrificados y que, durante estas semanas, hemos preferido mantener en secreto antes de contarlo. Pero creo que ya es el momento de hacerlo.

Rowan miró a Cora un instante para después continuar.

—Mi madre sabía el motivo real de toda esta guerra. Nosotros

pensábamos que lo hacían para conseguir tierras o intentar destruirnos, pero no era así. Lo que pretendían era conseguir a mi hermana Cora.

Un nuevo murmullo se elevó en el salón, pero Rowan lo acalló levantando las manos para que lo dejaran continuar.

—No se trata de un simple secuestro para hacernos daño, sino algo más macabro y perverso. Ahora sabemos que los Ross la quieren porque alguien tuvo una visión sobre ella y la vio destruyendo ese clan. De ahí mi interés en protegerla a toda costa. Hasta ahora solo lo sabía mi familia, pero creo que vosotros también formáis parte de ella y debo contároslo. Espero que podáis entender el motivo que me llevó a guardar ese secreto.

Sus hombres asintieron, aún sorprendidos por la revelación de ese secreto. Miraban a Rowan y Cora alternativamente, y la joven se sintió ligeramente incómoda por ello.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Arran, hablando por primera vez y sorprendiendo a los demás con su voz completamente rota por el dolor de esos días—. ¿Qué vas a hacer?

—Morag va a enviar esa carta a su laird para que todos los MacBean nos ayuden. Mientras tanto, nosotros nos organizaremos para luchar y esperaremos a que vengan. La muerte de nuestros familiares y compañeros no quedará impune.

Esa misma tarde, antes del anochecer, Rowan reunió a todos los hombres en el patio para un entrenamiento más profundo. Para su sorpresa, Cora también había sido convocada, al igual que Gillian y Morag. Su hermano dijo que todo aquel que pudiera portar una espada y quisiera defender a su clan podía coger un arma y unirse a ellos. Por ese motivo, algunos de los miembros más jóvenes del clan que vivían en el pueblo aceptaron la invitación y fueron con ellos a entrenar. Los Chattan necesitaban a todo aquel que tuviera fuego en el cuerpo y quisiera vengar a sus familiares asesinados por los Ross.

Por ese motivo, gran parte del patio del castillo se encontraba repleto de gente que comenzaría a entrenar para estar preparados contra los Ross.

Rowan se encontraba al lado de su familia y dio las instrucciones necesarias para que todos pudieran entrenar con seguridad y sin hacerse daño. Asimismo, ordenó a varios de sus hombres que entrenaran poco a

poco con los jóvenes que no eran guerreros y se habían unido a ellos para luchar. Carecían de conocimientos sobre la lucha y no podían enfrentarse al resto de guerreros como si fueran profesionales.

Y tras unas palabras, dio la orden para que comenzaran el entrenamiento. Y ninguno de ellos perdió el tiempo para ello. Ordenarse les tomó unos minutos, hasta que todo el mundo tuvo pareja contra la que luchar. Cora, por su parte, miró a un lado y a otro intentando divisar a Nic, pues no lo había visto en toda la tarde, y frunció el ceño al verse completamente sola y sin nadie con quien entrenar.

—¿No tienes contrincante? —preguntó una voz a su espalda.

La joven se dio la vuelta y vio a Arran, mirándola. Incómoda, miró hacia otro lado. Antes prefería luchar contra Alasdair que hacerlo contra él y sentir su mirada inquietante, triste y rota sobre ella. A pesar de que siempre había buscado la risa de Arran en muchas ocasiones, ahora prefería alejarse de él, pues no podía con el peso de esa penetrante mirada. Sin embargo, Alasdair se encontraba con otro guerrero del clan.

Cora no tenía escapatoria, por lo que tendría que enfrentarse a la mirada de Arran por primera vez desde el ataque y la muerte de Kester. La joven tragó saliva y negó con la cabeza.

—No, no tengo pareja para entrenar.

Arran sonrió ligeramente.

—Ahora sí —le respondió haciendo un giro de muñeca con la espada en la mano.

Cora asintió e intentó sonreír, pero solo le salió una mueca extraña. Desenvainó su espada y clavó los talones en el suelo con fuerza. Dobló ligeramente las rodillas y aferró la espada con ambas manos. Durante un instante, prefirió tener frente a sí al laird Ross en lugar de Arran. No habían cruzado ni una sola palabra durante esa semana, incluso lo había evitado para no tener que soportar el dolor de su hermano, ya que apenas podía con el suyo propio. Pero ahora que todos estaban pendientes de sus parejas para luchar, ella solo podía enfrentarse a esa mirada de acero.

—¿Alguna vez te has preguntado qué se siente cuando te falta una parte de ti misma, Cora?

Aquella pregunta descolocó a la joven. Esta frunció el ceño y miró a

Arran cuando todos los demás ya estaban metidos en sus respectivos entrenamientos.

—Yo nunca he estado completa, Arran. Todos habéis hecho vuestra vida y yo era un complemento más en la familia.

—Eso no es cierto, Cora. Eras el ojo derecho de padre.

—¿Yo? Lo éramos todos. Nos amaba a todos por igual. Siempre dedicaba un momento a todos.

—Pero contigo siempre estuvo más tiempo. Incluso fue él mismo el que te entrenó para ser una guerrera.

La joven arrugó el rostro.

—¿A qué viene eso ahora, Arran?

Lo vio tragar saliva y prepararse para atacar. La espalda de Cora se tensó de golpe al saber que tenía que prepararse. Arran aún no había soltado a Kester dentro de él, y eso podía ser muy peligroso.

—A que siempre has sido tú, Cora. La protagonista de todo. Solo tú.

La joven dio un paso atrás, deseando terminar con el entrenamiento antes incluso de empezarlo.

—¿Y crees que eso es fácil?

—Yo ya no creo en nada…

Cora abrió la boca para responder, pero Arran se lanzó contra ella con la espada en alto. Rápidamente, ella describió un arco con la mano y logró parar su estocada con maestría.

—¡Siempre has sido tú! —vociferó Arran.

Cora tragó saliva y dio un salto atrás para escapar del filo de su espada. La joven frunció el ceño y rechinó los dientes con fuerza.

—¡No soy tu enemiga, Arran! Soy tu hermana…

Pero el guerrero no le respondió, sino que atacó con todas sus fuerzas mientras los demás eran ajenos a aquella batalla entre ellos. Cora ni siquiera tuvo un instante de libertad para poder pedir ayuda con la mirada a alguien que hubiera cerca. Para Arran no parecía ser un entrenamiento normal, sino que quería pagar con ella la frustración de su alma, todo su dolor y todo lo que había sufrido desde la pérdida de Kester. Era un completo y total ajuste de cuentas con ella a pesar de que Cora no era la culpable de nada.

La joven se dijo que no hablaría más, pues necesitaba todas sus fuerzas para frenar las estocadas de Arran, que la miraba como si tuviera ante sí a la peor de sus enemigas.

El guerrero imprimía en cada golpe toda su fuerza, logrando desviar la espada de Cora en cada ocasión, pero también empujándola fuera del resto de guerreros y acercándola a la entrada del castillo.

En un momento dado, Cora aferró con su mano libre la punta de la espada para formar un arco protector sobre ella, pues Arran no tenía piedad alguna. En ese instante, la joven levantó una pierna y lo pateó con fuerza para empujarlo lejos. Tenía que ganar tiempo y espacio como fuera, pues estaba perdiendo claramente contra su hermano. Hasta ese momento, no había querido hacerle daño porque lo amaba con toda su alma, pero debía escoger entre su seguridad o la de Arran. Y si él prefería convertir el entrenamiento en un combate de verdad, le daría ese gusto.

—Venga, ya, Arran. ¡Soy tu hermana!

Pero el guerrero siguió sin responder. Volvió a lanzarse contra ella, pero Cora giró sobre sí misma y logró apartarse hacia un lado. Le puso la zancadilla y le hizo caer de bruces contra el suelo, gesto que enfureció a Arran aún más. Cora aprovechó ese momento para inspirar con fuerza y recuperar el aliento, pero su hermano se levantó con rapidez del suelo y tiró la espada a un lado. La miró imprimiendo en sus ojos todo el odio y el dolor que sentía y se lanzó contra ella con las manos desnudas.

Al ver ese gesto, Cora hizo lo mismo y tiró su espada a un lado, ya que no estaba dispuesta a luchar con él en condiciones superiores. La joven dobló ligeramente las rodillas, pero lo que no esperaba era que Arran se agachara y la tomara de la cintura para empujarla contra el suelo. Primero la levantó y después ambos cayeron.

Cora lanzó un gemido de dolor cuando todos sus huesos se dieron de bruces contra las piedras, pero no tenía tiempo para quejas. La joven rodó por el suelo, intentando alejarse de Arran, sin embargo, su hermano volvió a lanzarse contra ella y la golpeó en el rostro.

Cora lanzó un gruñido de dolor y le devolvió el golpe, pero Arran se recuperó pronto y le propinó un puñetazo en el estómago que logró dejarla sin aliento. Cora intentó arrastrarse hacia atrás, pero Arran le agarró un pie y tiró de ella hacia él. La joven acertó a propinarle una patada en el hombro

para que la soltara y cuando logró liberarse, se puso en pie de nuevo. Se intentó acercar al lugar donde estaban los demás, aunque no llegó a tiempo, ya que Arran la agarró del brazo y tiró de ella con fuerza, logrando arrancarle un fuerte grito que por fin llamó la atención de los más cercanos.

Cora acertó a alejar el rostro de Arran al ver que este tenía una daga en su mano y la llevó hacia ella, pero no fue lo suficientemente rápida y logró abrirle una herida en el hombro. Sin perder tiempo, se lanzó contra ella y la hizo trastabillar y caer de espaldas. El guerrero se arrodilló sobre ella y le puso la daga en el cuello.

—¡Arran, no! —escuchó la joven que gritaba alguien.

Cora no vio a quien lo hizo, pero sí vio las manos que aferraron a su hermano por los hombros y lo empujaron hacia atrás. Sloan y Alasdair levantaron a Arran y lo alejaron de ella mientras este comenzó a gritar con la mirada enfurecida sobre ella.

—¡Siempre has sido tú, Cora! ¡Kester está muerto por tu maldita culpa!

Cora sintió sus palabras como la peor de las puñaladas. Aún desde el suelo y respirando con cierta dificultad, la joven se incorporó como pudo y lo miró a los ojos, incrédula.

—¿Qué demonios te pasa, Arran? —preguntó Sloan.

—Ella no te ha hecho nada —le dijo Alasdair con voz que intentó que fuera calmada.

—¡Mentira! Los mercenarios venían a por ella. Si ella estuviera muerta, Kester estaría vivo.

—¡No digas sandeces, Arran! —vociferó Alasdair fuera de sí—. ¡Tu hermana no empuñó el arma que mató a Kester! ¿Has perdido el juicio?

—¡Tú tienes la culpa, Cora! —vociferó de nuevo su hermano.

Sloan le propinó un puñetazo en el vientre que lo obligó a doblarse sobre sí mismo.

—Creo que estás demasiado dolido como para hablar contigo ahora mismo.

—¡Dejadme en paz! —gritó Arran.

Rowan se acercó a él y lo obligó a que lo mirara.

—Entiendo tu dolor, Arran. Kester también era mi hermano y lo amaba

con locura, pero no puedes culpar a uno de nosotros por su muerte. No es justo.

—¡Ella sí es la culpable!

—¡Ya está bien! —se desgañitó Cora con lágrimas en los ojos.

El escozor de su hombro no era nada comparado con el dolor de su alma en ese instante. Habría preferido que Ross la matara antes que escuchar las palabras de Arran. Se acercó a él sin dejar de mirarlo mientras Sloan y Alasdair seguían sujetándolo, pues intentaba soltarse a toda costa.

—Eres libre de pensar lo que quieras de mí, Arran. No voy a condicionar tus pensamientos, pues creo que tienes suficiente con el dolor por Kester, pero esto… —Se señaló la herida y los golpes del rostro—. Espero que estés orgulloso de lo que has conseguido, porque estoy segura de que eres el único. Y si crees que Kester estaría orgulloso al ver lo que has hecho es porque no lo conocías lo suficiente.

Y sin esperar una respuesta por su parte, la joven se giró y caminó con paso cansado hacia el interior del castillo sin poder evitar que las lágrimas rodaran libremente por sus mejillas.

CAPÍTULO 4



A pesar de que sabía que lo primero que debía hacer nada más entrar en la fortaleza era ir a curarse la herida del hombro que le había abierto Arran, Cora no era capaz de enfrentarse a nadie en ese instante. Necesitaba estar sola durante unos minutos antes de dar las explicaciones oportunas a aquellas personas que le preguntaran el motivo de la herida.

Cora limpió con rabia las lágrimas de sus mejillas, sin poder evitar un gemido de dolor cuando tocó los lugares en los que su propio hermano la había golpeado. Aún no podía creerlo. Siempre había tenido una excelente relación con Arran y Kester. Le había dolido terriblemente la pérdida del segundo, pero ver el odio en el primero le dolió aún más.

Sentía que se le rompía nuevamente el corazón, como hacía una semana. No solo había perdido a Kester y a su madre. Había perdido también a Arran. Y, tal y como él mismo le había dicho, era culpa suya.

Cora apretó los puños y subió las escaleras rumbo a la torre más alta del castillo. Sabía que allí no la encontraría nadie en varios minutos y era el único lugar donde siempre había logrado encontrar sosiego y tranquilidad.

Cuando Cora subió el último escalón y salió a la superficie, necesitó llevarse una mano al pecho y se dobló en dos. La asfixia que siempre aparecía en momentos así le dio de lleno, provocándole un intenso dolor en el pecho. La joven cerró los ojos y los apretó con fuerza al tiempo que luchaba incansablemente por llenar sus pulmones de aire que le parecía negado en ese instante.

¿En qué momento se había convertido en enemiga de su propia familia? ¿Pensarían todos lo mismo? El hermano y el padre de Gillian habían muerto en esa guerra provocada por su presencia en el mundo; la propia Morag se había visto abocada a un matrimonio que no había deseado; Kester y su madre murieron terriblemente por defenderla… Eso sin contar con todas las

vidas perdidas de seis clanes más, aparte del suyo. ¿Todos la culparían como había hecho Arran minutos antes?

En ese instante, pudo sentir más que nunca el peso de todas esas muertes. Cora se apoyó contra la pared y se dobló sobre sí misma mientras seguía luchando por respirar, hasta que, en un instante, la imagen del rostro de Alasdair apareció en su mente, como otras veces, y comenzó a sosegarla. Poco a poco, el dolor de su pecho disminuyó y su respiración se hizo más regular.

Cora sentía que su cabeza iba a explotar allí mismo. Tenía la impresión de que iba a echar fuego en cualquier momento. Una gota de sudor recorrió su espalda, hasta perderse entre su ropa. Y cuando por fin logró recuperar el aliento, miró hacia el cielo y respiró hondo con fuerza, agradeciendo a este, una vez más, que no le arrebatara la vida antes de enfrentarse ella sola a los Ross.

Las manos y las piernas le temblaban con demasiada fuerza, aunque lentamente volvieron a serenarse.

En el instante en el que se sintió mejor, el dolor de la herida en su hombro se hizo más acuciante, reclamando atención. Pero aún no se sentía preparada para enfrentarse a la gente del castillo.

Separándose de la pared, Cora se acercó al borde de la torre. Desde allí podía ver con claridad el patio y comprobó que los guerreros habían seguido con su entrenamiento. Sin embargo, sus hermanos y Alasdair ya no estaban allí. Supuso que Rowan había llevado a Arran al despacho para amonestarlo por haberla golpeado de esa manera sin un motivo aparente. Sin embargo, no quiso saber más de lo que había pasado en el patio. Necesitaba llevar su mente lejos de allí, y no pudo evitar que esta viajara hacia el clan Ross.

Cora miró hacia el horizonte, justo donde sabía que estaba el camino que la llevaría a esas tierras, y se preguntó qué debía hacer. No podía quedarse por más tiempo esperando, pues no podría aguantar las miradas de los demás sobre ella; miradas que, aunque no fueran acusadoras, igualmente le molestaban al ser incómodas. Su padre siempre la preparó no como un guerrero más, sino como si él ya supiera que su vida pendería de un hilo y que mucha gente estaría en su contra. Siempre se preocupó de que fuera independiente y no necesitara de nadie para llevar a cabo su vida. Y fue entonces cuando lo entendió: debía marcharse de allí y enfrentarse a su

destino.

Sabía que los Ross jamás los dejarían en paz, pues mientras ella siguiera viva, sufrirían por si se presentaba en sus tierras a matarlos a todos. Por lo tanto, si ese era el mayor temor de los Ross, ¿por qué no hacerlo? Ya no tenía miedo a la muerte, ni a lo que pensaran de ella… Y para colmo se estaba quedando sin gente que pudiera defenderla. Estaba sola. Su padre siempre lo supo y por ello la educó para que estuviera preparada.

Con lágrimas en los ojos nuevamente, Cora miró hacia el cielo y preguntó a su padre qué debía hacer; qué le tenía preparado el destino y qué consideraba que era mejor para todos. No quería que nadie más de su familia sufriera por ella, ni mucho menos que volvieran a culparla de más muertes. Por ello, cuando encontró la respuesta en su corazón, se dijo que debía ir a por ello. Tenía que ir a por los Ross y desviar la atención de estos del resto del clan Chattan. Pero ¿cómo? Debía prepararse físicamente para enfrentarse a ellos, pero, sobre todo, a la muerte, pues sabía que no podría acabar con un clan entero ella sola.

—Pensaba que estarías curándote esas heridas…

La voz de Alasdair la sobresaltó y la sacó de sus pensamientos de golpe. La joven se giró hacia él y lo vio llegar con un gesto sereno y amistoso. El guerrero se acercó a ella con las manos a la espalda y pasos lentos. Acabó poniéndose a su lado, frente al abismo de la torre, y miró al horizonte.

—Esa herida del hombro es muy profunda…

Cora tragó saliva.

—Hay heridas más profundas que no tienen la capacidad de sangrar como esta… —respondió la joven.

—Y ambas hay que curarlas y cuidarlas o emponzoñarán tu cuerpo y tu alma…

Cora lo miró de nuevo y Alasdair le devolvió la mirada. Aquellos ojos de un azul tan profundo como el mar la miraron. Fue una mirada limpia, carente de ironía u odio. Era la primera vez que la joven veía ese sentimiento en Alasdair, especialmente si estaba dedicado a ella. Vio una emoción extraña reflejada en su iris que logró embrujarla. Cora sentía que no podía apartar la mirada de él y que este parecía leer su alma con facilidad.

—Deberías estar abajo con los demás, entrenando… —acabó diciéndole —. Supongo que has podido comprobar que no soy la mejor compañía.

—Soy yo quien decide quién es la mejor compañía para mí, no los demás.

Cora sintió que las piernas volvían a temblarle ante aquella afirmación mirándola directamente a los ojos. Pero con Alasdair nunca había miradas normales. Parecía que el guerrero le miraba el alma cada vez que la observaba. Esos ojos eran como una caricia en lo más profundo de su ser y, aunque había intentado olvidarlo con los años, no podía.

—Creo que aún no has entendido que todo aquel que se acerca a mí, acaba muerto, Alasdair.

—Yo creo que lo que tú no has entendido es que aún no ha nacido la persona que se atreva a alejarme de ti. Ni vivo, ni muerto… Estoy donde quiero estar. Si no, me habría quedado abajo con los demás.

Cora frunció el ceño.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es la verdad.

La joven sonrió con tristeza.

—Pensaba que era una maldita carga… para todos.

Alasdair chasqueó la lengua.

—Lo dije enfadado.

—Las conversaciones más sinceras son las que se hacen enfadados. Sale lo que realmente piensas de esa persona.

Alasdair se giró por completo hacia ella.

—Ahora mismo estoy enfadado. No, estoy furioso, ¿puedo ser sincero, entonces?

Cora asintió.

—Quiero pedir disculpas… —le dijo el guerrero con tono suave—. Esa es la verdad.

La joven lo miró sin comprender y se giró también hacia él.

—¿Por qué?

—Por todo lo que te dicho estos días. Estaba enfadado con Rowan por su maldito plan y solo quería apartarte de mí para evitar que lo descubrieras

porque habría acabado contándotelo.

Las cejas de la joven se alzaron de golpe por la sorpresa.

—¿Lo dices en serio?

—Yo nunca bromeo.

Cora lo miró largamente en silencio. Se le hizo un nudo en la garganta que aplacó, en parte, el dolor de su hombro.

—No me esperaba eso de ti, Alasdair.

—Supongo que hay muchas cosas de mí que ni sabes ni esperas…

Cora se quedó sin palabras. Se limitó a mirar a Alasdair y a ver la verdad en sus ojos. Era la primera vez que mantenían una conversación sin intentar matarse o insultarse, y no sabía exactamente qué debía hacer a continuación.

—Arran se ha comportado como un gilipollas —acabó diciéndole él.

—Ha dicho la mayor verdad de toda su vida.

Alasdair frunció el ceño y dio un paso hacia ella.

—¿A qué te refieres?

—A que es verdad que todos han muerto por mi culpa. Es algo que ya pensaba antes, pero él me lo ha confirmado.

Los ojos de Cora se dirigieron hacia el abismo que había a menos de un metro frente a ella.

—Sería tan fácil acabar con todo esto…

El guerrero siguió sus ojos y comprendió al instante a qué se refería. Su corazón se sobresaltó y apretó los puños con fuerza. Dio otro paso hacia la joven, quedándose a escasos centímetros de ella y con la seguridad de que, si hacía lo que pensaba, podría agarrarla para evitar que lo llevara a cabo.

—Tú no eres una cobarde, Cora —le dijo con suavidad mirando las pecas que surcaban su precioso rostro.

Varios mechones que habían escapado de su trenza ondeaban con el viento, dándole un aspecto salvaje, atractivo y, al mismo tiempo, inocente.

—Eres valiente, pelirroja.

Aquel cumplido hizo que Cora levantara la cabeza hacia él. Descubrió que Alasdair se encontraba a escasos centímetros de ella. Logró ver con

claridad el azul de sus ojos y las pequeñas motas marrones que había en ellos y que apenas se notaban al estar más alejados. Desde ahí podía sentir la fuerza que manaba de su cuerpo, el deseo y casi la posesión que parecía sentir por ella. Lo notaba. Nadie podría negarlo, ni siquiera él y, aun así, siempre la había rechazado.

—Tienes razón —acabó diciendo—. Una persona valiente es aquella que se entrega a quien la busca tan solo para defender a los suyos de una muerte segura…

Vio cómo Alasdair fruncía el ceño y clavaba su penetrante mirada en ella. Cora no se molestó en levantar un muro entre ellos en ese momento, pues no le importaba que el guerrero viera lo que realmente pensaba. Por ello, lo escuchó rechinar los dientes y arrugar la frente.

—Supongo que eso es solo un pensamiento y no una maldita intención, Cora —susurró con voz ronca.

Y a pesar de ese tono, sintió su voz como una caricia. Nadie podía imaginar las veces que había soñado con él, con sus caricias, sus besos, la forma en la que le haría el amor… Todo. Pero siempre se lo había tenido que guardar para sí, enmascarando lo que sentía con odio y rencor. Pero Alasdair tampoco era para ella. Tenía la impresión de que todo se le negaba, pues su destino ya estaba marcado. Y en ese destino no había nada más que ella. Estaba completamente sola.

—Claro… —mintió—. Cuando estoy enfadada y triste, digo tonterías.

Alasdair arqueó una ceja y la miró intentando adivinar si era cierto o no, pero no logró adivinar nada, así que se juró que estaría más pendiente de ella que de costumbre.

—Deberías bajar a curarte eso…

Cora se encogió de hombros.

—No me apetece ver a nadie.

—Si quieres, puedo hacerlo yo.

La joven giró la cabeza en su dirección como si de repente hubiera dicho la mayor de las locuras. Descubrió que hablaba en serio y no pudo evitar esbozar una sonrisa.

—¿Con quién has entrenado que te ha golpeado en la cabeza?

Alasdair le devolvió una sonrisa sincera.

—Te equivocas. Perdí el juicio en el momento en el que entré en este castillo y me crucé contigo la primera vez…

Media hora después, Gillian se encontraba curando la herida del hombro de Cora en un pequeño salón, alejadas del resto del ruido del castillo. Desde allí no podían escuchar absolutamente nada, como si todo se hubiera quedado en silencio. Sin embargo, la incomodidad y la tensión se respiraba por cada rincón de la fortaleza. Cora podía sentirlo. Era la misma sensación que había experimentado después del ataque.

Durante el entrenamiento, todos habían podido ver cómo su propio hermano le echaba la culpa no solo de la muerte de Kester, sino de todas las demás, pues en aquella acusación estaba implícita la muerte de gente del clan. Por ello, Cora no había dejado de pensar en lo que eso conllevaba. ¿Cómo la mirarían después de ese momento? ¿La tratarían igual que antes o tal vez cambiarían y serían más fríos con ella? ¿Y si pensaban en que era mejor que se marchara de allí y evitara ponerlos en peligro?

—Creo que es la primera vez que te he visto tan pensativa…

La voz de Gillian la sacó de sus pensamientos y la joven levantó la mirada. La esposa de su hermano mayor la miraba con una sonrisa suave, sin juicios, sin acusaciones… Era una mirada limpia, pero, aun así, no logró sentirse mejor.

—Lo siento, tal vez me estabas hablando…

Gillian lanzó una carcajada.

—No, pero me ha llamado la atención que no te has quejado ni silbado mientras curaba la herida, así que me imagino que estabas realmente metida en tus pensamientos…

La joven se encogió mientras volvía a ponerse la camisa y miró la sangre que esta tenía.

—Tampoco me duele tanto.

Gillian arqueó una ceja.

—Debes de tener una herida emocional aún más fuerte que la herida del hombro para que apenas notes el dolor de esta.

Cora la miró de nuevo, hasta que desvió sus ojos.

—No es nada.

—Es por Arran, ¿verdad?

Cora estuvo a punto de negar y marcharse, pero sus ojos se llenaron de lágrimas ante el desprecio de su propio hermano y no pudo escapar.

—No pensaba que Arran guardaría ese rencor hacia mí.

Gillian suspiró y le tomó la mano.

—Solo está dolido. No le hagas caso. Necesitaba alguien a quien culpar de su dolor, y tú te has puesto en su camino. Es simple.

—Pero no puedo dejar de pensar en que tiene razón. Lo he pensado muchas veces… Debí haber salido del escondite donde me metió mi madre y luchar para matarlos a todos. Sin embargo, me quedé encerrada, viendo cómo moría mi madre…

—Ella te ayudó porque sabía que iban a por ti. Dio su vida para protegerte, al igual que Kester y los demás. Me parece muy bonito por su parte.

Cora la miró largamente, casi sin parpadear, hasta que finalmente le dijo:

—¿También te parece bonito que tu hermano se haya convertido en un traidor por mi existencia?

Gillian le dedicó una sonrisa triste.

—Hay cosas que no se pueden cambiar. Caleb habría sido un traidor igualmente de no haber habido guerra. Simplemente, esta lo ha obligado a sacar esa parte de él antes de tiempo. Le habría hecho lo mismo a nuestro padre tan solo para obtener el cargo, Cora. Quien es un traidor o un asesino, finalmente acaba sacándolo, sea la circunstancia que sea.

La joven asintió levemente y suspiró, levantándose del sofá para marcharse. Sin embargo, la pregunta de Gillian la dejó estupefacta.

—¿Cómo te sientes? Dime la verdad.

Cora arqueó una ceja.

—Ya te lo he dicho.

—Escucha, mi padre siempre decía que todo el mundo recuerda al muerto cuando este se va, pero nadie pregunta al vivo cómo se siente ante la muerte. Sé que estás triste por la pérdida de tu madre y Kester, además de lo sucedido con Arran. Pero, independientemente de eso, ¿qué sientes

realmente?

La joven dudó un instante, mientras se hacía esa pregunta a sí misma.

—Te lo pregunto porque todo el mundo está pendiente de los Ross, de los ataques, de una nueva guerra, de protegerte… Pero nadie pregunta cómo te sientes de verdad ante todo esto o qué piensas…

—Eres la primera que me pregunta eso.

Gillian sonrió.

—Lo hago porque te veo agobiada, como si te hubieran dado vueltas y te sueltan de repente y tú no puedes sostenerte en pie, pero tampoco tienes un lugar al que aferrarte.

Cora sonrió de lado.

—Lo has descrito a la perfección. Me siento así. Todo parece temblar y no puedo hacer nada. Nadie me pregunta qué pienso de todo esto o qué me gustaría hacer. Todo depende de mi existencia, pero soy la única a la que no tienen en cuenta, Gillian. A Rowan se le ocurre un plan y la primera en la que piensa para no contárselo es a mí; si mañana marcharan a la guerra, yo sería la última en enterarme; si me quiere poner protección, no piensa en que yo ya puedo protegerme a mí misma; ni siquiera me pregunta si la quiero. Simplemente, lo hace y yo debo obedecer. No me importa hacerlo porque es mi hermano mayor y mi laird, pero no tiene en cuenta que mi padre ya me educó para ser una guerrera. Soy la última en todo en este castillo. Y estoy harta.

Gillian se puso en pie y le colocó una mano sobre el hombro sano.

—Te entiendo a la perfección, Cora. Las mujeres siempre hemos sido una moneda de cambio, algo con lo que pagar ciertas cosas. Yo misma estoy aquí por algo parecido. Pero quiero que sepas que, en mi caso, no todo fue malo. Conocí en profundidad a tu hermano y me enamoré de él. Dentro de algo que no queremos o deseamos podemos encontrar la felicidad.

Cora lo dudó, pero se obligó a asentir. Únicamente, deseaba estar sola y salir de allí cuanto antes. No quería hablar más, tan solo pensar en lo que pretendía hacer a partir de ese momento. Días atrás había hecho un juramento de sangre, y pensaba cumplirlo. Y ni siquiera las órdenes de su hermano Rowan podrían con ella.

—A veces, sí se puede encontrar. Otras veces, la única salida que ves no

es la que todo el mundo espera de ti. Vuestro caso, Gillian, es excepcional. Incluso el de Sloan, algo que aún me sigue sorprendiendo. Pero yo… mi caso es diferente. No es a ti a quien buscan, no es a ti a quien quieren matar, no es a ti a quien vieron en aquella maldita visión, sino a mí. Todo gira en torno a mí. Si yo no hubiera nacido, tu hermano y tu padre no habrían muerto; los míos estarían vivos, y toda esa gente también lo estaría. Y, sin embargo…

—Tenía que ser así, Cora —insistió Gillian—. Ross está loco y nos llevó a todos a la guerra. Tal vez, incluso aunque tú no existieras, lo habría hecho igualmente porque habría buscado otro motivo para eso. No debes asumir una culpa que no es tuya, Cora, sino de ese desgraciado. Todos los que han muerto lo han hecho por su culpa.

Cora acabó asintiendo y sonriendo.

—No me hagas caso, Gillian. Hoy no es mi día y no soy la mejor compañía…

Y sin darle tiempo a replicar, la joven se marchó del salón rumbo a su dormitorio para lavarse y quitarse la sangre seca. A cada instante que pasaba tenía más claro su destino. Y no podía demorarse demasiado en llevarlo a cabo.

CAPÍTULO 5



A la mañana siguiente, Cora se levantó con el ánimo diferente. Había podido descansar a pesar de lo ocurrido en el día anterior, y se sentía ligeramente más animada. Se vistió como siempre y dejó su pelo completamente suelto. Se miró en el espejo y vio que, a pesar de su ánimo, estaba ligeramente más pálida, ya que las pecas de sus mejillas eran más visibles.

La joven siseó cuando se colgó la espada de la cadera e hizo un movimiento con el hombro herido. Casi había olvidado lo que Arran le había hecho el día anterior, lo cual le recordó su intención en los días posteriores, a menos que todo cambiara en el clan.

Cora salió del dormitorio y caminó hacia la escalera. La joven iba tan metida en sus pensamientos que no vio a Alasdair hasta que casi se dio de bruces contra él.

—¿Qué tal el hombro?

La amabilidad con la que el guerrero le había hablado volvió a sorprenderla. La conversación que habían mantenido en la torre el día anterior ya la había dejado pasmada, pues era la primera vez en su vida que mantenían un intercambio de frases en el que no se insultaran. Cora no pudo evitar que la sorpresa se viera reflejada en sus ojos, por lo que carraspeó para disimular.

—Está mejor, gracias.

Alasdair asintió con seriedad.

—¿Has podido dormir algo?

Y ahí estaba de nuevo el guerrero con una amabilidad que desconocía por completo y que logró descolocarla.

—Todo lo que se puede dormir después de lo que ha pasado en la última

semana…

—Sí, dudo mucho que haya alguien que duerma bien en el castillo después de estos días…

Cora señaló las escaleras abajo.

—¿Vas a desayunar?

Alasdair clavó sus ojos azules en ella, provocando que la joven tuviera que tragar saliva con fuerza.

—Sí, me disponía a ello…

—Si quieres… —Cora dudó—, podemos bajar juntos. Yo también voy…

—Sí, claro.

Ambos comenzaron a bajar las escaleras. Cora no pudo evitar mirarlo de reojo, preguntándose qué pasaba por su cabeza para haber cambiado su actitud hacia ella. Pensó que tal vez lo ocurrido con Arran el día anterior no le gustó y se prometió tratarla de otra manera, ya que no tenía ni idea de qué había podido pasar para mostrarse de una manera diferente.

—¿Te importa si te hago una pregunta?

Alasdair levantó la mirada hacia ella mientras terminaban de bajar el resto de escaleras. Asintió con curiosidad, aunque su mirada era tan profunda y seria como siempre.

—¿Por qué nunca vas a las tierras Mackay para visitar a tu familia?

El guerrero alzó una ceja.

—¿Me quieres echar otra vez?

Cora sonrió ligeramente.

—¡No! Es… simple curiosidad. He perdido a mucha gente estos días y me preguntaba por qué tú no visitas a los tuyos.

Alasdair se encogió de hombros, tan serio como antes, aunque ligeramente tenso.

—Mis padres murieron hace tiempo. No tengo a nadie a quien visitar.

—¿Tampoco hermanos?

—La única familia que tengo es la que he podido hacer aquí —respondió evitando responder de forma clara—. No tengo a nadie en el clan Mackay.

—¿Y por qué tu padre nunca te visitó antes de morir?

Alasdair se quedó parado en mitad del pasillo con la mirada fija sobre ella. Al sentirla, Cora paró también y se giró hacia él, sorprendida por aquella profundidad.

—¿Por qué me haces esas preguntas?

La joven se encogió de hombros.

—Simple curiosidad.

—No lo creo.

Cora dejó escapar una risa.

—¿Y por qué motivo te preguntaría nada si no es por curiosidad?

—Nunca has sentido curiosidad por mí.

La sonrisa de la joven desapareció de golpe, y dio un paso más.

—Me temo que en eso te equivocas, Alasdair. Hubo un tiempo en el que sí la tuve, pero a ti te molestó que una mocosa mostrara interés.

Rechinando los dientes y golpeándose mentalmente por haberse mostrado amable con él, Cora retomó el camino hacia el salón, dejándolo solo en mitad del pasillo. Le molestó que Alasdair le respondiera con tono defensivo, por lo que se dijo que lo mejor era mostrar la misma indiferencia de siempre con él.

Desde su posición, el guerrero miró la espalda de Cora mientras caminaba alejándose de él. Se sentía iracundo consigo mismo. Nunca le había gustado que le preguntaran por su antigua vida antes de llegar allí, por lo que se había puesto nervioso cuando Cora comenzó a hacerle preguntas. Levantó una mano y tocó el colgante de su padre por encima de la ropa. Era el único recuerdo que poseía de él, lo único que le recordaba que él no era un Chattan y que pertenecía a otro clan, que nunca había tenido familia y su verdadero padre no había podido enseñarle todo lo necesario para la vida.

Suspiró cuando Cora desapareció de su vista. No había sabido gestionar ese nerviosismo que la joven le provocaba con su sola presencia, y mucho menos al mostrar interés por él, algo que jamás había hecho.

Chasqueando la lengua, Alasdair siguió los pasos de Cora por el pasillo hasta que llegó al salón, donde ya estaban todos los demás reunidos para desayunar. Sus pies lo llevaron hacia su habitual asiento, justo frente a Cora, que clavó su mirada iracunda en él, aunque no le dijo absolutamente nada. El guerrero le devolvió el mismo gesto, pero cuando se dio cuenta de

que se estaba comenzando a perder entre las pecas de Cora, y que había comenzado a contarlas, desvió sus ojos, maldiciéndose a sí mismo por ese pequeño momento de debilidad.

En cuestión de minutos, todos comenzaron a desayunar. Las conversaciones se elevaron por encima del silencio provocado por la llegada de ambos, y el tiempo transcurrió demasiado lento para ellos.

Desde su posición, Cora comía la avena casi obligatoriamente. No sentía hambre, pues tener frente a sí a Arran le había puesto los nervios de punta. A medida que pasaban los minutos, su hermano le dedicaba miradas desde su asiento. Y a pesar de que la joven intentaba fingir que no era consciente, todo su ser estaba en tensión y se mostraba incómoda. Se preguntó qué demonios estaría pensando Arran para dedicarle esas miradas.

Durante un instante, creyó que le lanzaría un cuchillo, pero después descubrió que las miradas de Rowan y Sloan se encontraban puestas sobre el gemelo que había quedado vivo, por lo que estaban pendientes en todo momento de sus movimientos. Se preguntó si Rowan lo habría amonestado o castigado por lo que le había hecho el día anterior, pero después se dijo que lo mejor era no pensar en eso y no preocuparse, ya que ella tenía sus propios problemas y preocupaciones como para estar pendiente de Arran. Se repitió que no le había hecho nada, por lo que tenía que ignorarlo. No obstante, el amor que siempre había sentido por él la obligaba a levantar la mirada continuamente hacia Arran, hasta que este se levantó cuando terminó su desayuno.

Sin poder evitarlo, Cora se sobresaltó al ver que se movía de esa forma tan rápida, por lo que llamó la atención de Alasdair, que se tensó al instante y levantó la mirada hacia ella, como si hubiera estado esperando que la atacaran y él estuviera atento para protegerla.

Ambos se miraron durante un par de segundos, sorprendidos por la reacción del otro. Sin embargo, rápidamente, la atención se centró en Arran, que, a pesar de haberse levantado, se había quedado de pie, mirándolos con profundidad.

—Ahora que estamos todos reunidos aquí me gustaría deciros algo.

Rowan apoyó los codos en la mesa y dirigió su cuerpo hacia adelante para escucharlo con atención. Los demás lo miraron sorprendidos.

—Tú dirás, Arran.

El aludido tragó saliva y miró fugazmente a Cora, que se tensó aún más. Al lado de Arran, Alasdair lo miraba atentamente, con los ojos puestos en cada uno de sus movimientos, creyendo que atacaría de nuevo a la joven.

—Después de lo que pasó ayer, he tomado una decisión…

Cora sintió un nudo en la garganta y se cruzó de brazos al tiempo que se dejaba caer contra el respaldo de la silla. No estaba segura de querer escuchar sus palabras, aunque Arran continuó hablando.

—Creo que lo mejor es que me marche del castillo y del clan.

Todos se quedaron petrificados al escucharlo, aunque Rowan se obligó a reaccionar con rapidez.

—Nadie ha pensado en expulsarte del clan, Arran.

—No he tomado esa decisión pensando en que podríais echarme. Si me voy es porque yo lo deseo. No quiero estar en un lugar que me recuerda todo el rato a Kester y en… lo que ha pasado.

Desde su asiento, Cora sintió tal nudo en la garganta que necesitó carraspear suavemente para apartarlo. Sus ojos amenazaron con llenarse de lágrimas, pero logró contenerse a tiempo. La joven simplemente miraba a Arran, hasta que sintió una mirada diferente sobre ella y llevó sus ojos al frente. Alasdair la observaba con atención, como si quisiera adivinar lo que pasaba por su pensamiento.

—Pero te marchas ahora que vamos a ir a por los Ross. ¿Por qué no te quedas y luchas?

La voz de Sloan provocó que la mirada entre Alasdair y Cora se rompiera, pues llamó la atención sobre él.

—Creo que ahora mismo no soy la persona más indicada para marchar a una guerra, ni tampoco para soportar… ciertas presencias.

Esas dos últimas palabras las pronunció mirando a Cora. La atención de todos volvió a recaer en la joven, que apretó los puños contra su cuerpo. No solo pudo sentir el dolor de Arran, sino que el suyo propio aumentó hasta límites que no había aguantado anteriormente. Volvía a culparla con la mirada de nuevo ante todos, y esa vez, Cora ya no pudo aguantarlo.

Si su propio hermano quería ponerla a prueba y recordarle el juramento que había hecho días atrás, lo había conseguido. Cora dio un manotazo sobre la mesa y se levantó de golpe, tan deprisa que logró tirar la silla al

suelo.

La joven se dijo que debía encontrar el momento propicio para llevar a cabo su propio plan, ajeno al de Rowan, pues su vida, al igual que la de Arran, ya no debía depender de aquellos muros del castillo.

Esa misma tarde, y sin esperar más tiempo para cambiar de opinión, Arran recogió sus pocas pertenencias y decidió marcharse. En el patio se habían reunido sus amigos y compañeros de lucha, pero también lo que quedaba de la familia. Rowan, Gillian, Sloan y Morag se encontraban en el centro del patio para despedirlo. Habían llevado su caballo hasta allí con la montura puesta y, mientras colgaba las alforjas, hablaban de algo que Cora no lograba adivinar desde la puerta de salida del castillo.

Apoyada en la jamba, la joven observaba a su familia, obligándose a sí misma a permanecer apartada, pues Arran no querría aguantar su presencia en ese momento. Los vio abrazarse, y una parte de ella se rompió al no despedirse de su hermano, ya que sentía que lo había perdido para siempre.

—¿No te acercas?

La voz de Alasdair pareció retumbar en el pasillo. Había aparecido de repente y se quedó parado a su lado.

—He tomado la decisión de no volver a acercarme a aquellos que no me quieren.

—Sabia decisión.

Cora lo miró con una ceja arqueada.

—¿Y tú? Deberías estar despidiéndote de un amigo.

—El amigo dejó de serlo en el momento en el que perdió el juicio y le hizo daño a una persona aún más importante que él.

La seguridad en su voz provocó que Cora lo mirara una vez más, curiosa. Se preguntó a quién se refería, y en el momento en el que Alasdair giró la cabeza hacia ella, descubrió la respuesta que necesitaba. De repente, la joven sintió que las piernas le temblaban y que todo su ser vibraba bajo aquella mirada azulada. Ambos se mantuvieron quietos y en silencio, ya que Cora no supo qué responder a eso.

Cora se salvó de contestar cuando el sonido del portón llegó hasta ellos y los obligó a romper la conexión entre las miradas. Rápidamente, giró la

cabeza en dirección a Arran y lo vio partir del castillo sin mirar atrás. Un profundo dolor en el pecho se abrió paso, instigándola para llorar. Sin embargo, logró contenerse con todas sus fuerzas y en el momento en el que vio que Arran atravesaba la muralla, Cora no pudo evitar mirar fugazmente a Alasdair y comenzó a caminar sola hacia el centro del patio. Desde allí, casi corrió hacia las escaleras de subida a la muralla.

Apartó a los guerreros que había allí y observó cómo su hermano se alejaba del castillo y se acercaba al bosque. La joven apretó los puños contra su costado y se contuvo de gritar, pues habría vociferado con fuerza para insultarlo y llamarlo cobarde. Sin embargo, algo en su garganta se atravesó, impidiéndole hablar. Cora sabía que las miradas de todos estaban puestas sobre ella. Especialmente, sentía la de Alasdair desde el otro lado del patio, apoyado contra la jamba de la puerta de entrada. Pero ninguna le importaba más que la del propio Arran en ese instante. Le habría gustado ver que la miraba una última vez en lugar de fingir que ella ya no existía para él.

Y como si hubiera leído sus pensamientos, antes de penetrar en los límites del bosque, Arran giró la cabeza y clavó su mirada de acero sobre ella. Ambos la sostuvieron durante unos segundos, hasta que el guerrero se volvió hacia su camino y desapareció entre los árboles.

Cora supo entonces que aquella mirada era la última que le dedicaba su hermano. Lo había perdido para siempre, y ahora era su turno para tomar las riendas de su vida y de su destino.

La joven se giró en la muralla y miró al centro del patio. Comprobó que sus hermanos se habían marchado y que ya no estaban allí. Supuso que prefirieron dejarle ese momento a solas para evitar la vergüenza de tener que mirarlos a la cara tras el rechazo de Arran. Sin embargo, unos ojos de color azul intenso la observaban desde la entrada al castillo. Sorprendentemente, Alasdair no se había movido de donde se encontraba antes de que ella corriera hacia la muralla. Seguía con la mirada puesta sobre la joven, provocando que Cora se quedara paralizada en lo alto de la escalera. ¿Qué hacía él allí? ¿Por qué no se había marchado junto a los demás? ¿Por qué la miraba como si fuera un lobo a punto de saltar sobre ella?

Cora siempre había sentido las miradas de Alasdair como algo extraño, como si él siempre supiera dónde estaba, qué sentía o qué estaba a punto de

suceder, pero nunca había logrado adivinar por qué, ni tampoco Alasdair la dejaba entrar en él.

La joven rezó para que el guerrero dejara de observarla de esa manera. Y al ver que Alasdair no apartaba su mirada, Cora descendió las escaleras y continuó con sus planes. Se dijo que debía seguir adelante lo antes posible y tomar las riendas de su destino. Si la querían a ella, la tendrían… Pero primero debía prepararse, tenía que entrenar para aguantar la muerte, que, indudablemente, estaba cerca.

Ignorando la mirada de Alasdair, que sentía sobre su espalda como puro fuego, Cora caminó hasta el portón. Se acercó al guerrero que había al lado de este, y le pidió que abriera.

—El laird ha extremado las precauciones, y es más complicado salir de aquí.

—¿Complicado? Solo tienes que levantar ese tronco de madera para dejarme salir. Es igual de difícil que antes…

Lo vio rodar los ojos.

—Sabes a lo que me refiero, Cora.

—Y tú sabes tan bien como yo que, si no me abres tú el portón, pienso descender por la muralla con una cuerda. Si esta se rompe y me parto el cuello, llevarás sobre tus hombros el peso de mi muerte.

—Tú lo ves fácil.

Cora frunció el ceño. ¿Fácil? Acababa de marcharse su hermano porque no soportaba su presencia y la culpaba de la muerte de Kester. ¿De verdad pensaba que era fácil?

—Mi hermano tiene sus planes, pero yo tengo los míos.

Lo vio suspirar y acabó aceptando.

—Está bien, Cora. Bajo tu responsabilidad…

La joven sonrió de lado y asintió. Todo era bajo su responsabilidad y culpabilidad, pero quedaba poco para que siguieran mirándola de esa forma.

En el momento en el que portón se abrió, Cora salió del castillo y se dirigió hacia un lugar donde su padre solía llevarla a entrenar. Este solía visitar diferentes lugares cercanos al castillo para entrenarla, ya que tenía la certeza de que debía prepararse en los diferentes terrenos. Dejó atrás el

castillo sin mirar ni tan siquiera de reojo, pues no quería saber si la estaban siguiendo con la mirada. Necesitaba alejarse del ruido, como días atrás.

Cuando por fin llegó, desenvainó la espada y comenzó a hacer movimientos al mismo tiempo que se movía entre las piedras y ramas caídas. Hacía demasiado tiempo que no entrenaba en un terreno así, con desniveles y obstáculos que dificultaran su entrenamiento. Desde la muerte de su padre, se había acostumbrado a entrenar en el patio del castillo, sobre un terreno llano y sin apenas obstáculos. Y para llevar a cabo su plan necesitaba volver a tener la agilidad de antes.

El tiempo pasó y, poco a poco, su cuerpo comenzó a sentirse cansado. Cora notaba cómo una gota de sudor bajaba por su espalda a medida que saltaba de una piedra a otra al tiempo que fingía atacar a algún enemigo. Su respiración era acelerada y en su mente no solo estaba lo que se encontraba haciendo en ese instante, sino también Ruairidh Ross. Imaginaba que estaba luchando contra él, aunque sabía que todo su clan se echaría sobre ella cuando acabara con el laird.

En un momento, Cora paró unos segundos para tomar aire y tranquilizar su respiración. Estaba realmente cansada, pero su ánimo no había decaído. Al contrario, hacía tanto tiempo que no luchaba así que había recordado de nuevo cómo se sentía cada vez que luchaba contra su padre. Una sonrisa se dibujó en sus labios y cerró los ojos unos instantes mientras elevaba la cabeza hacia arriba.

En ese momento, Cora escuchó el crujido de una pequeña rama al partirse justo detrás de ella. Aferrando con fuerza la espada, se giró con rapidez y elevó la punta de esta para ponerla justo en el cuello del recién llegado. Con la mirada fija sobre él, Cora frunció el ceño, pero no dijo nada, sino que se quedó mirándolo de una forma tan profunda como él.

Alasdair se encontraba tenso, esperando el siguiente movimiento de la joven. La había estado observando desde un lugar escondido detrás de un seto y no pudo sino quedarse impresionado por la habilidad de Cora. Únicamente la había visto luchar en los entrenamientos y, aun así, la consideraba una muy buena guerrera. Pero ese día… se había quedado sin palabras. La había visto correr de un lado a otro, saltar de las piedras sin miedo, moverse con rapidez al tiempo que hacía arcos con la espada para atacar a un enemigo invisible. Al verla así, su propio cuerpo se había comenzado a moverse desde donde se encontraba escondido para acercarse

a ella. No se había dado cuenta de que se estaba moviendo hasta que la tuvo frente a sí en cuestión de segundos.

El guerrero tragó saliva y Cora apartó la espada de su cuello, no así su mirada, que la mantuvo clavada en él.

—Pensaba que me conocías un poco para saber que si vengo al bosque es porque quiero estar sola.

Alasdair arqueó una ceja cuando la joven dio un paso atrás para alejarse de él.

—Y yo pensaba que me conocías y sabías que si te veo ir al bosque iré detrás porque mi obligación es protegerte.

Cora arqueó una ceja.

—Sabes que hoy no soy la mejor compañía del mundo.

—Ayer tampoco lo eras y, aun así, me quedé.

La joven sintió un nudo en la garganta, por lo que se alejó aún más de él. Quería poner distancia, ya que lo que sentía por Alasdair a veces le hacía demasiado daño. Apartó la mirada y envainó la espada, gesto que provocó que el guerrero se cruzara de brazos con una mirada ligeramente brillante.

—Qué decepción. Pensaba que querrías cruzar la espada conmigo.

Cora volvió a mirarlo y arqueó una ceja.

—¿Has venido hasta aquí para luchar contra mí? Te advierto que hoy estoy deseando hacerle morder el polvo a alguien después de lo que ha pasado con Arran.

Alasdair esbozó media sonrisa, algo que llamó la atención de Cora. El guerrero no solía sonreír, pero cuando lo hacía, todo su rostro parecía iluminarse. Perdía aquella seriedad y tensión que parecía tener en todo momento, haciéndolo más cercano, más humano, más… atractivo.

La joven tragó saliva y carraspeó.

—La verdad es que me ha gustado ver cómo corrías de un lado a otro. No estaría mal hacerte morder el polvo a ti entre las ramas caídas de esos árboles.

Cora desenvainó de nuevo la espada, al mismo tiempo que él.

—¿Me estás retando? Lo pregunto porque no pienso parar hasta vencer. Necesito romper algo, y no estaría de más rasgar tu camisa.

—¿Para ver mi pecho desnudo?

Cora se quedó estupefacta sin darse cuenta de que había sido una estratagema de Alasdair para desviar su atención. En ese momento, el guerrero cruzó su espada con ella y se lanzó contra la joven para atacarla. Rápidamente, y obligándose a reaccionar, Cora dio un salto hacia atrás y levantó su espada para atajar el ataque de Alasdair. Sus pies chocaron contra una piedra cercana, pero en lugar de trastabillar, la joven se subió sobre ella y saltó hacia un lado, provocando un silbido del guerrero.

Cora estaba aún sorprendida por la actitud de Alasdair. En sus ojos veía admiración profunda, pero no lograba creérsela después de todo lo vivido con él. Mientras seguían luchando, Cora se preguntó qué le había pasado a Alasdair para que, de repente, tuviera sentimientos diferentes hacia ella. Hasta entonces, no habían hecho más que pelear y odiarse, pero desde el ataque al castillo y la muerte de su madre y Kester, Alasdair parecía estar pendiente de ella en todo momento. Cora lo sabía, lo sentía en lo más profundo de su ser. Incluso tenía la impresión de que el guerrero sabía dónde estaba ella a pesar de que no se veían. Y eso en parte le gustaba, pero también le hacía daño. Le hacía recordar aquel maldito beso que le dio esa noche muchos años atrás, aunque también su rechazo. Y a pesar de que ahora no parecía haber ese rechazo, Cora seguía sintiéndose extraña en su presencia.

En un momento dado, Alasdair hizo un movimiento diferente. Giró sobre sí mismo y logró ponerse detrás de Cora cuando la joven intentó escapar. Pero él fue más rápido y logró pasar un brazo por los hombros de ella y la empujó contra su pecho. Con la mano libre, colocó su espada en el cuello de la joven y sonrió contra su oreja. Al instante, los nervios de Cora saltaron por los aires. Tener tan cerca a Alasdair la exaltaba y la hacía temblar. Siempre le había pasado, pero había logrado fingir y ocultarlo detrás del odio. Pero en ese instante no le salía.

Su corazón se aceleró al sentirlo tras ella. Aquel amplio pecho la recibió con calor y cuando sintió los labios del guerrero contra su oreja, la espada estuvo a punto de escurrirse de entre sus dedos.

—Si yo fuera un enemigo, estarías muerta…

Cora necesitó de toda su fuerza de voluntad para no responder lo que realmente deseaba decirle. Giró la cabeza hacia él y clavó su mirada en aquellos ojos azules que la miraban a escasos centímetros de los suyos. La

joven podía sentir en su hombro la fuerte mano de Alasdair y el poderoso calor que manaba de sus dedos, pero también sintió las cosquillas de su propio cuerpo al tenerlo tan cerca de ella.

—Entonces, debo dar gracias por que no lo seas… —susurró casi sin voz.

En ese instante, los ojos de Alasdair lo traicionaron y se dirigieron hacia sus labios. El propio guerrero no pudo evitar morderse los suyos mientras parecía besar los de la joven en su mente. Y cuando aquellos zafiros volvieron a ascender para mirar sus esmeraldas, Cora se dio cuenta de que lo que sentía por él seguía siendo igual de fuerte que años atrás, que no sabía en qué momento se enamoró de él y que era una maldita imbécil por no haber podido olvidarlo.

Los dedos de Alasdair se apretaron más contra ella cuando sintió un poderoso deseo que le era casi imposible de retener para sí. Sabía que Rowan lo mataría si se fijaba en su hermana después de todo, pero no podía arrancar de su corazón lo que sentía por ella desde hacía demasiados años. Había sido un fuerte golpe, muy duro, pero en el momento en el que vio la increíble mujer en la que se había convertido y la sensualidad que derrochaba, sin saberlo, todo su ser acabó a los pies de Cora. Y a cada instante que pasaba lo sentía más fuerte. Y por eso la odiaba.

Inconscientemente, Cora comenzó a acercarse más a él, pero en ese instante, el miedo lo engulló por completo, obligándolo a separarse de ella y a seguir luchando en ese lugar con tantos obstáculos.

Vio la ira reflejada en los ojos de la joven ante su rechazo, pero sabía que era mejor así. Prefería que lo odiara por rechazarla a amarla libremente y acabar odiado por todos los demás del clan.

Cora lograba parar sus estocadas con maestría, haciendo que ambos pudieran encontrar diversión en lo que estaban haciendo, hasta que la joven consiguió sacar el colgante que estaba escondido entre sus ropas y esbozó una sonrisa.

—¿Qué es ese colgante? Nunca te lo quitas.

Rápidamente, Alasdair apartó la punta de la espada de Cora y volvió a esconderlo entre el cuello de su camisa.

—De acuerdo, no debo hacer preguntas del misterioso pasado del guerrero… —acabó diciendo la joven al ver la rapidez con la que lo escondía de nuevo.

—La curiosidad mató al gato… —respondió Alasdair con ese mismo aire misterioso que ella había descrito.

Cora sonrió y envainó la espada.

—Y hablando de ellos… Creo que el gato del que habla la profecía es Nic.

La breve sonrisa de Alasdair se desvaneció de golpe. La joven fue consciente de la tensión que generaron sus palabras en el guerrero, aunque la escuchó con atención.

—¿Por qué crees eso? Ninguno hemos logrado adivinar a quién se refiere…

Cora se encogió de hombros.

—Nic me dijo hace unos días que tiene sangre MacGillivray. Tal vez sea él la persona a la que se refiere la profecía.

Alasdair lo meditó y acabó encogiéndose de hombros.

—Aunque Nicolas es un buen guerrero, no lo veo muy capaz de protegerte frente a los Ross. Y si lo hace, acabaría muerto.

—Tienes muy poca fe en él. ¿Por qué te cae tan mal?

Alasdair se mordió la lengua para evitar confesarle la verdad. En su defecto, hizo un gesto con el rostro, restándole importancia.

—No me cae mal. Simplemente, no creo que sea él la persona a la que se refiere esa visión. De todas formas, tampoco creo demasiado en visiones. Aunque alguien sea capaz de ver ese futuro, este puede cambiar.

—Entonces, ¿no crees en los videntes?

—Creo en lo que yo puedo ver y hacer. Nada más.

Cora sonrió, provocando que Alasdair se quedara embobado mirando la luz que apareció de repente en el rostro de la joven. Siempre que esta sonreía, parecía quitarse la amargura de encima, haciendo que su belleza fuera extremadamente peculiar y llamativa. Sus pecas incluso parecían destacar en su bello y blanco rostro. Y a él le encantaba perderse en eso.

—Sabía que dirías eso…

—¿Tan evidente resulto? —preguntó el guerrero con una sonrisa ligera.

Cora se encogió de hombros.

—No, pero te conozco bien.

—Así que estos años no solo me has odiado, sino que también me has estudiado…

La joven sonrió aún más.

—Hay que estudiar bien a tus enemigos todos los sentidos…

El guerrero contuvo una sonrisa y la recorrió con la mirada.

—En todos los sentidos… —susurró con voz ronca.

Cora se puso de repente igual de nerviosa que antes, cuando la había estrechado contra su pecho. La joven tragó saliva y apartó la mirada, pues se sintió desnuda ante él y no quería que descubriera lo que sentía.

—Creo que es hora de volver al castillo.

Alasdair la miró de nuevo a los ojos y acabó asintiendo.

—Sí, es lo mejor.

Para su sorpresa, Alasdair le sonrió y le indicó el camino con una mano, pidiéndole que iniciara la marcha. Con las piernas ligeramente temblorosas, Cora se movió y deshizo el camino hasta el castillo. Junto a ella estaba la imponente y segura presencia de Alasdair, que caminaba con las manos atrás y la mirada puesta al frente, pero ella desconocía que su interés y su atención estaban únicamente puestas sobre su persona.

CAPÍTULO 6



Al día siguiente, Cora se levantó ligeramente más tarde. Había caído rendida al sueño después de la medianoche y no había sido consciente del inicio del día hasta que una de las sirvientas entró en el dormitorio pensando que ya se habría despertado.

Se había vestido y aseado con rapidez y bajó las escaleras para ir a tomar algo a la cocina, pues estaba segura de que su familia habría desayunado ya y no quería estar sola en ese inmenso salón. Sin embargo, la fortuna quiso que, mientras caminaba por el pasillo, se cruzara con alguien a quien llevaba varios días sin ver, por lo que en sus labios se dibujó una amplia sonrisa, que secundó él:

—¡Nic! ¿Dónde te has metido?

—Me parece que no en la cama, de donde tú vienes. Aún tienes la marca de las sábanas en la cara…

Cora se sonrojó y se tocó la mejilla, provocando la risa del guerrero.

—Lo siento, es que me dormí tarde.

—No tienes que darme explicaciones… y menos pedir disculpas, Cora. Pero, respondiendo a tu pregunta, sí, hemos estado sin vernos varios días.

La joven miró hacia una de las puertas del pasillo.

—¿Qué te parece si entramos en un salón y me cuentas?

—Claro que sí. Vamos…

Ninguno de ellos fue consciente de que un par de ojos los miraban desde el otro lado del pasillo con los brazos cruzados y un gesto iracundo en el rostro. Durante unos días, Nic no había estado en el castillo y no se había convertido en un rival para él, pero ahora que había vuelto sentía que los celos lo comían por dentro…

Mientras tanto, en el salón, Cora miró al guerrero con ansiedad. Quería saber qué había pasado para que desapareciera sin avisar, por lo que cuando la puerta se cerró tras él, este suspiró y comenzó a explicar.

—Tu hermano Rowan me envió al clan MacBean para avisar al laird sobre lo que habíamos descubierto y lo que había pasado en el castillo. Le he llevado la carta de Morag en la que solicita su ayuda para luchar contra los Ross. Y he tenido que esperar allí mientras el laird deliberaba con sus hombres y escribía una respuesta. De ahí que no haya podido estar aquí…

Cora asintió y suspiró.

—¿Y acabas de llegar?

Nic asintió.

—Entonces, no sabrás que Arran se ha marchado del castillo.

En el rostro del guerrero se dibujó una expresión de sorpresa.

—No, nadie me ha dicho nada. De hecho, he llegado a primera hora y apenas he hablado con nadie. Tan solo con Rowan, y este no me ha contado nada.

—Sí, ha decidido marcharse del clan porque no podía soportar ciertas presencias… Y lo dijo mirándome…

Nic silbó y se acercó a ella para poner las manos sobre sus hombros.

—¿Y cómo te sientes?

La joven ladeó la cabeza.

—Todo lo bien o todo lo mal que te puedes sentir después de que tu propio hermano te desprecie así y te culpe de la muerte de otro. La verdad es que lo único que deseo es escapar de aquí e ir contra los Ross. No quiero que nadie me mire ni me señale como culpable.

Nic negó con la cabeza.

—Te puedo asegurar que entre los guerreros nadie cree que seas culpable de esto. Es cierto que se sorprendieron cuando Rowan contó la verdad a todos, pero es normal. Yo también me sorprendí cuando lo hiciste. Por lo demás, tienen lealtad hacia ti.

Nic la atrajo hacia él y la miró a escasos centímetros de su boca.

—Pues es una pena que Arran sí me considere culpable.

—Piensa que en parte es normal. Tiene mucho dolor dentro. Que un

hermano muera es muy complicado, pero que este sea gemelo… Es aún más difícil de asimilar. Y no pienses más en eso. Arran ha decidido tomar su camino.

El guerrero besó la nariz de Cora al tiempo que apretaba sus dedos alrededor de su cintura, haciéndole cosquillas, y provocando que esta se riera suavemente.

—Al menos he conseguido que te rías…

—Gracias. Siempre has estado ahí para mí.

Nic se encogió de hombros y acercó lentamente su rostro al de Cora. Esta se mantuvo quieta, mirándolo a los ojos aún con la sonrisa dibujada en sus labios. Durante un instante, la imagen que le vino a la mente fue la de Alasdair el día anterior en el bosque cuando la miró con deseo, pero cuando pensó que lo mejor era apartarse de Nic, este ya la estaba besando.

Los labios del guerrero fueron suaves, armoniosos. La besó como cualquier otra mujer hubiera deseado, casi con adoración. Lo hizo despacio, disfrutando de cada milímetro de sus labios. No había prisa, tan solo la atención absoluta del uno en el otro.

Poco a poco, el beso comenzó a sentirse más seguro, pero también más urgente. Tanto uno como otro había esperado ese momento de nuevo y no lo pensaban desaprovechar. Las manos de Nic se aferraron con fuerza a la cintura de Cora, como si se tratara del lugar exacto donde querían quedarse. Las de la joven ascendieron por los brazos del guerrero hasta sus hombros, a los que se aferraron con seguridad.

Y durante unos instantes, el resto del mundo pareció perder interés en ellos, como si estuvieran solos y nadie más existiera fuera de allí.

Las manos de Nic se volvieron nerviosas, logrando descolocar la ropa de la joven al sacar su camisa de entre sus pantalones. En ese instante, la mente de Cora le jugó una mala pasada, poniendo la imagen de Alasdair en el centro de todo. La joven se sobresaltó al pensar en él y en el deseo que siempre había sentido por el guerrero, pero que nunca había sido correspondido.

Se separó abruptamente de Nic y lo miró con cierta vergüenza. ¿Cómo era posible que la imagen de Alasdair se hubiera filtrado en sus pensamientos mientras besaba a Nic? Junto a él siempre se había sentido bien, su amistad había ido a mayores con el tiempo y este la apoyaba en

todo. Entonces, si Alasdair la rechazaba, ¿qué problema había en que ella se divirtiera junto a Nicolas?

—Lo siento, tal vez he ido demasiado deprisa, Cora.

La joven negó con la cabeza y sonrió, avergonzada.

—No, no es eso. Tranquilo. Es solo que no me sentía cómoda ahora.

Nic sonrió y asintió.

—Disculpa. No lo he notado. Será mejor que te deje sola para que te arregles la ropa. Nos vemos en otro momento…

Cora asintió y lo miró mientras se marchaba y la dejaba sola. Únicamente en ese momento, se permitió soltar el aire contenido. Se había puesto realmente nerviosa y no había sabido controlar el momento, por lo que agradeció que Nic no se hubiera dado cuenta de que se había separado de él porque la imagen de otro había aparecido en su mente.

Cora se llevó las manos al rostro y se frotó las sienes. No podía dejar que Alasdair controlara su vida si este la despreciaba. Debía odiarlo y seguir con la misma relación que habían mantenido durante años y que no había cambiado nunca, hasta los días anteriores. Desde el ataque al castillo, Cora había sentido su relación con él de una forma diferente. A veces se seguían odiando, pero otras parecían tener una tregua entre ellos. Y eso había provocado que todo su ser dudara.

Con la vacilación aún sobre ella, Cora decidió salir del salón y dirigirse a un lugar donde poder pensar con claridad. Caminó por el pasillo sin darse cuenta de que no era la única en este, sino que Alasdair se encontraba en el mismo lugar donde había estado minutos antes cuando la vio entrar al salón con Nic. La joven se colocó la ropa lentamente mientras pensaba en lo sucedido. Y estaba tan metida en sus pensamientos que estuvo a punto de darse de bruces con el problema que tenía en mente.

Los ojos del guerrero la miraban de forma iracunda, tan penetrante que estuvo a punto de darse la vuelta y caminar hacia otro lado del pasillo. Sin embargo, se quedó parada, encarándolo, mientras terminaba de colocar su ropa, gesto que no pasó desapercibido a Alasdair.

—Acabo de ver a Nic salir del mismo salón que tú…

Cora arqueó una ceja.

—¿Y?

Alasdair rechinó los dientes.

—¿Te has entregado a él?

Cora no pudo evitar que sus mejillas se tiñeran de rojo por la vergüenza ante semejante pregunta tan impropia e íntima.

—¿Qué? No digas tonterías…

Cora intentó rodearlo, pero Alasdair le cortó el paso, provocando que la joven chocara contra su pecho.

—Podrían haberos visto…

Ella lo miró a los ojos y frunció el ceño.

—No es asunto tuyo —le espetó al ser consciente de que los había estado espiando.

La joven finalmente acabó rodeándolo y se marchó por el pasillo. Necesitaba encerrarse en su dormitorio para que nadie más viera la vergüenza que sentía de repente. Sin embargo, Alasdair no había dado por finalizada su conversación y la siguió por el pasillo. Cora escuchaba sus pasos tras ella, pero tenía la esperanza de que, al llegar a su dormitorio, la dejaría en paz.

No obstante, no fue así. Cuando la joven intentó cerrar la puerta tras ella, Alasdair alargó una mano e impidió que esta se cerrara. Entró en el dormitorio y la cerró tras él, acercándose a Cora, que se marchó al otro extremo de la habitación.

—¿Se puede saber por qué has entrado? No te he dado permiso.

—Estábamos hablando.

Cora resopló y se cruzó de brazos.

—Yo he dado por terminada la conversación.

—En eso te equivocas porque yo no.

La joven arrugó el rostro.

—No tienes derecho a meterte en mi vida, Alasdair. Soy una mocosa, ¿recuerdas?

—Así es como te comportas al entregarte a Nic en un salón.

Cora se acercó a él, quedándose a escasos centímetros.

—Yo no me he entregado a nadie. Y, si lo hubiera hecho, eres el menos

indicado para preguntar y pedirme explicaciones.

—Eres la hermana del laird. No puedes hacer eso con Nic.

—Entonces, ¿con otro sí?

Alasdair rugió de rabia y la acorraló contra la pared con la mano en la barbilla, elevándosela. Ese movimiento provocó que los labios de ambos se quedaran a escasos centímetros.

—No eres de Nic.

Cora lo miró con ojos retadores.

—Tienes razón. Soy mía. Pero si decido entregarme a alguien que no me vea como una niña, tengo derecho a hacerlo.

Alasdair rechinó los dientes y miró con deseo sus labios. Tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no tomarla allí mismo. Por ello, se separó abruptamente de ella y se marchó del dormitorio dando un sonoro portazo.

En el momento en el que Cora se quedó sola, dejó escapar el aire contenido en su pecho. Había estado tan cerca de Alasdair que le comenzaron a temblar las piernas. Su respiración se había agitado y en el centro de su estómago sentía algo tan extraño que no sabía realmente de qué se trataba.

Que Dios la perdonara, pero había rezado para que acabara besándola. La intensidad que había demostrado el guerrero con ella por su relación con Nic había logrado excitarla. Nunca había visto a Alasdair tan fuera de sí al ver cómo ella podría entregarse a otro. No obstante, se dijo que eso no significaba nada respecto al guerrero, que solo quería amargarle la vida un poco más, no acercarse a ella de la manera que le habría gustado desde hacía años.

Cora suspiró mientras se sentaba en la jamba de la ventana. Desde que tenía uso de razón había visto a Alasdair en el castillo, pero nunca lo había sentido como un hermano. Lo había visto diferente a los demás, más serio, más solitario, más gruñón… Y eso había llamado su atención cuando la edad avanzó y comenzó a sentir cosas en el centro de su pecho. Sus gustos se habían despertado hacía tiempo y se había fijado en que Alasdair había cambiado radicalmente, convirtiéndose en uno de los jóvenes más atractivos del clan. Eso era indudable. Pero después de que este la llamara

mocosa había tenido que esconder sus sentimientos bajo llave. Los había tenido así durante años, hasta que en los últimos días Alasdair había cambiado. Ahora parecía seguirla a todos lados, la buscaba, conocía todo sobre ella y… parecía celoso de su relación con Nic. O al menos eso creía ver ella.

La joven apoyó la cabeza contra la pared fría y cerró los ojos unos instantes. Amaba a Nic por encima de todo. Era su amigo del alma desde que tenía uso de razón, pero lo que sentía por él no era tan profundo como lo que sentía por Alasdair. Y se odió a sí misma por no saber manejar ni olvidar al amigo de su hermano Rowan. Tenía que hacerlo, pues era la única manera de seguir adelante con su vida. Aunque en el momento en el que pensó en lo que tenía planeado, una sonrisa triste se dibujó en sus labios. Ella no tenía futuro. Su destino estaba sellado desde hacía muchos años. Y no estaba dispuesta a que los Ross volvieran a aparecer en tierras Chattan. Era ella quien debía presentarse en tierras enemigas.

Cora miró a su alrededor con interés después de que Rowan reuniera a todo el clan en el gran salón del castillo para comunicarles algo importante. Algunos de ellos se veían nerviosos por la nueva comunicación, ya que sabían que seguramente tendría algo que ver con la guerra que se avecinaba.

A pesar de que la joven intentaba ignorar la mirada que había frente a ella y que apenas le quitaba el ojo de encima, le resultaba casi imposible. Alasdair clavaba su mirada en ella después de haber estado a punto de besarla en su dormitorio y Cora no estaba segura de hacia dónde iban sus pensamientos cuando la observaba de esa manera.

La joven tragó saliva y desvió su mirada, pero siempre acababa mirándolo de nuevo casi con el mismo interés que él. Y estuvo a punto de dar gracias a Rowan cuando este comenzó a hablar, llevando hacia él la atención de todo el mundo, incluido Alasdair. En ese instante, Cora soltó el aire contenido en su pecho y elevó la mirada hacia su hermano.

—Ya sé que os estáis preguntando por qué os he convocado de nuevo aquí. En los días anteriores, envié a Nic a tierras MacBean para llevar la carta escrita por mi cuñada Morag. Ha tardado varios días en regresar y ya tenemos una respuesta de nuestros aliados.

La propia Morag apoyó los brazos en la mesa, completamente interesada

en aquella conversación, aunque también ligeramente nerviosa ante la posibilidad de que su laird decidiera no ayudarlos.

—Después de leer la misiva de regreso, Jacob MacBean nos ha pedido unos días para reorganizarse y dejar todo atado y seguro en su clan. Nos ha comunicado que necesita una semana para llevarlo a cabo antes de venir al castillo y marchar, junto a nosotros, a tierras del clan Ross para declararles la guerra.

Un ligero murmullo se extendió por el salón, aunque la primera en resoplar fue la propia Morag, que acabó dejándose caer contra el respaldo de la silla, ligeramente enfadada.

—¿Por qué una semana? ¿Dice algo más la carta?

—No. Solo que necesita organizarse. Y es normal, Morag. Es un gran clan y Jacob quiere dejarlo seguro antes de partir. ¿Y si lo atacan antes?

—¿Y si nos atacan antes a nosotros?

Rowan arqueó una ceja.

—¿Estás en contra de la decisión de tu laird?

Morag perdió el color del rostro y rechinó los dientes.

—No en contra, simplemente pienso que, si hubiera ido yo, tal vez el tiempo se habría acortado.

Sloan arqueó una ceja también.

—Se necesita tiempo para reorganizarse. Nosotros mismos también lo necesitamos.

—Pero los Ross están muy bien organizados. Tienen a los mercenarios.

—Razón de más para dejar todo bien atado en ambos clanes antes de partir a la guerra —dijo Rowan mirándola fijamente—. Sé que el ánimo entre todos está caldeado porque hemos sufrido bajas muy importantes y queridas por todos nosotros. Pero no podemos ir sin un rumbo fijo o pereceremos en el primer ataque al castillo Ross. Ruairidh debe de ser un hombre realmente inteligente como para haber llevado a cabo esto durante demasiados años.

—Debemos tener también cuidado con los Comyn —dijo Gillian con una seguridad pasmosa mientras todos a su alrededor se quedaban sin palabras al escuchar lo que dijo sobre su propio clan—. Si mi hermano es un traidor

y está con Ross, puede acudir a su llamada, y entonces estaríamos perdidos. Debemos tener cuidado.

Rowan frunció el ceño, pero fue Alasdair el que habló por él.

—¿Crees que tu hermano tiene demasiados aliados en su propio clan?

—Lo que yo pienso es que ni siquiera mi gente sabe que es un traidor. Lo hizo todo demasiado bien, y él no se manchó las manos con la sangre de mi padre. Puede que ni sus hombres conozcan su verdadera cara y los envíe a una muerte segura sin saber contra quién tienen que luchar.

—¿Y si le enviaras una misiva a alguien cercano a tu hermano? —preguntó Sloan.

—Esa persona moriría en cuanto tuviera la carta entre las manos. No quiero tener el peso de su muerte sobre mis hombros.

A medida que todos hablaban, Cora se internó en sus propios pensamientos. No podía esperar una semana para que los MacBean y los Chattan marcharan a la guerra, pues no quería ver cómo moría más gente por una causa en la que ella era la protagonista. Necesitaba marcharse ya antes de que la guerra acabara con todos los allí presentes. Era a ella a la que querían y era quien debía enfrentarse a sus enemigos. Días atrás hizo un juramento de sangre y no pensaba permitir que los demás volvieran a poner su vida en riesgo por ella. Tenía que irse antes, entregarse a los Ross para evitar esas muertes. Pero cuando levantó la mirada hacia Alasdair y vio que este la observaba… parecía perder el norte y su propio objetivo en la vida. El guerrero tenía algo en su mirada que la elevaba, que la hacía olvidar todo, que la manejaba a su antojo, como un extraño brujo que hacía lo que quería con ella, incluso poner en duda su relación con Nic.

—Tú estás muy callada. ¿Por qué no opinas?

La voz de Alasdair se elevó por encima de las demás y, curiosamente, todo el mundo dejó de hablar para conocer lo que ella opinaba de todo eso. Cora tragó saliva y lo odió una vez más por ponerla en un aprieto, ya que no quería que nadie se diera cuenta de lo que realmente estaba pensando.

—Yo no quiero que os juguéis la vida por mí. Aún no sabemos quién es ese “gato mayor” que me va a ayudar. Incluso puede que ya esté muerto. Lo que creo es que todo esto es una completa locura ideada por alguien que carece de juicio. Y, ante todo esto, estamos solos.

Cora suspiró y miró a Rowan.

—Esta familia está completamente rota. Hasta Arran se ha ido por mi culpa.

Rowan suspiró y negó con la cabeza.

—No ha sido por tu culpa.

—¿Acaso no lo miraste a los ojos? ¿No lo escuchaste el día del entrenamiento cuando se lanzó contra mí? Me culpa de la muerte de Kester, de la misma forma que Sloan se culpó a sí mismo por la muerte de Craig.

El aludido frunció el ceño e intervino.

—No es lo mismo.

—¡Sí, lo es! —exclamó dando un manotazo sobre la mesa y levantándose de golpe.

Sin embargo, en ese instante, sintió un pinchazo en el corazón, el mismo que siempre le indicaba que estaba a punto de perder el control sobre sus sentimientos y se iba a ahogar. Rápidamente, se llevó la mano al pecho, provocando que Alasdair se levantara de la silla de un salto con la mirada fija sobre ella.

—¿Qué pasa? —preguntó en voz baja.

Cora se obligó a incorporarse y a mirarlo.

—No es nada.

La joven respiró hondo y les dio la espalda, cruzándose de brazos.

—Mientras yo siga aquí, atacarán el castillo.

—Esta es tu casa, Cora —intervino Rowan.

—En mi casa deberían estar mis padres y mis hermanos. Y ya faltan muchos de ellos…

Rowan suspiró y la miró cuando la joven se giró de nuevo.

—Solo debemos aguantar una semana. Después, iremos a la guerra.

CAPÍTULO 7



Antes del anochecer, Rowan y Alasdair se encontraban solos en el despacho del primero. Tras hablar con los demás guerreros y saber lo que el laird MacBean pensaba de todo eso, los nervios de todos parecieron templarse ligeramente, ya que disponían de una semana para prepararse física y mentalmente.

—Algo debe de preocuparte mucho para que estés así de callado —dijo Rowan.

—Sabes que igualmente no soy muy hablador…

Rowan sonrió y se apoyó contra la mesa al tiempo que se cruzaba de brazos. Su amigo estaba sentado en una de las sillas y desde que había entrado se había quedado completamente callado, metido en sus pensamientos.

—Tal vez otro creerá tus palabras. Sabes que yo no lo haré… Te conozco bastante bien.

Alasdair se cruzó también de brazos.

—Y ahora te pones a la defensiva.

Tras la mirada de su amigo, Alasdair deshizo el cruce de brazos y renegó entre dientes.

—¿Me vas a decir qué ocurre o te lo tengo que sacar a la fuerza?

El guerrero dudó un instante, pero después comenzó a hablar.

—Creo que Cora tiene la intención de marcharse —soltó de repente.

Rowan frunció el ceño.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Su comportamiento, sus palabras, lo solitaria que ha estado estos días… Todo.

Rowan se sentó al lado de Alasdair y lo miró.

—¿Crees, entonces, que va a marcharse del clan como Arran?

—No. No me refiero eso. Pienso que va a ir a enfrentarse sola a Ross.

Rowan se quedó estupefacto.

—Cora no haría tal cosa. Sabe que moriría.

—No parece tener muchas ganas de vivir.

—Me da la sensación de que la conoces demasiado bien…

El tono de voz empleado por el laird hizo que Alasdair levantara la cabeza hacia él. Lo miró fijamente y, de repente, sintió que la mirada de Rowan parecía ir más allá de lo superficial, como si pudiera leer dentro de él.

—No es eso —se obligó a responder—. Me pediste que la vigilara, y eso he hecho. He visto cómo se comporta con otros, su mirada, sus gestos… Todo en ella está tenso.

—Pero es normal teniendo en cuenta lo que se aproxima…

Alasdair suspiró y acabó encogiéndose de hombros.

—No sé… Da igual, no me hagas caso.

Rowan sonrió y le puso una mano en la pierna.

—Sigue vigilándola para evitar que haga locuras.

Alasdair arrugó el rostro.

—¿No puede hacerlo otro?

—Eres en quien más confío respecto a Cora.

Alasdair estuvo a punto de decirle que no debía confiar tanto porque lo que sentía por ella y lo que deseaba hacerle tal vez no lo aprobaría jamás.

—¿Ha pasado algo con ella?

El guerrero no pudo evitar sobresaltarse, temeroso de que hubiera leído sus pensamientos.

—No, nada fuera de lo normal.

Rowan esperó unos segundos hasta asentir.

—Entonces, confío plenamente en ti, amigo.

Este asintió y se levantó de la silla para marcharse. Necesitaba alejarse de

él y quedarse solo unos instantes. Por ello, recorrió con prisa el pasillo hasta llegar a uno que no solía ser transitado ni tan siquiera por los sirvientes. En el momento en el que llegó a él, se quedó completamente parado. Con rabia, le dio un puñetazo a la pared y lanzó un gemido de dolor cuando sintió crujir todos sus dedos, aunque la fortuna no quiso que se rompiera alguno.

Apoyando las manos contra la pared, Alasdair suspiró. Su mente no dejaba de pensar en Cora. La había visto a punto de ahogarse en mitad del salón. Ella pareció decírselo con una mirada, por ello se había levantado tan rápidamente de su asiento. No quería que nadie más la tocara o ayudara. Quería ser él quien estuviera a su lado, cuidándola como siempre, hablándole, incluso peleando. Pero nadie más, ni siquiera Nicolas.

Alasdair apenas podía contener los celos que sentía cada vez que ese guerrero se acercaba a Cora. Los había visto crecer juntos y ser amigos, pero ahora parecían haber cruzado la frontera de la amistad, y eso no podía permitirlo. Sin embargo, su orgullo le impedía acercarse a ella con otras intenciones.

Alasdair se mordió el labio inferior al pensar en esas intenciones. Lo que más clamaba su cuerpo era acortar la distancia con ella, tocar su cuerpo con adoración, besarla como si fuera el último aliento de vida, abrazarla, hacerla suya mientras gritaba su nombre una y otra vez. Quería hacerle perder el sentido entre sus brazos mientras le hacía el amor y acariciaba su hermoso cuerpo. Pero Cora estaba prohibida para él. No podía hacer eso. Habían crecido juntos, aunque él fuera varios años mayor. Los hermanos de la joven lo consideraban uno más de la familia. Por ello, ¿cómo podía atreverse a desear de esa manera a Cora?

Aún podía recordar el beso que la joven le dio hacía ya muchos años. Había sido casto, casi infantil, pero para él había sido el mejor de su vida. Había sido real, inocente y lleno de puro sentimiento. Y él la había rechazado por miedo, provocando que, a partir de ese instante, Cora lo viera como un enemigo, una cucaracha a la que aplastar mientras él se consumía de deseo por ella.

Alasdair apoyó la frente en la fría piedra de la pared. Necesitaba calmar su interior, pero no podía. Tenía que olvidarla, pero siempre la seguía a todos lados. Entonces, ¿qué debía hacer? La agonía de su pecho se abrió paso. Quería protegerla desde la distancia, pero también amarla libremente.

Lo primero podía hacerlo. Lo segundo… lo tenía prohibido.

El guerrero vio que su colgante asomaba entre la ropa y lo observó con cierta rabia. Lo sacó por encima de su cabeza para mirarlo mejor y lo apretó con tanta fuerza entre sus dedos que logró traspasar la carne.

—Maldita sea… —murmuró—. Maldita sea mi vida, mi destino y mi estirpe…

Lo primero que deseó el guerrero fue tirarlo al fuego más cercano, pero no podía hacerlo. Era el único recuerdo de su familia, de sus antepasados, de su vida anterior a esa…

—La amo con toda mi alma, padre —susurró—. No soy digno de este colgante…

El guerrero suspiró largamente y volvió a colgárselo del cuello. Se giró y se apoyó completamente en la pared, dejando caer la cabeza contra esta y cerrando los ojos un instante. Le dolía terriblemente el pecho. Sentía que se encontraba en una cruzada consigo mismo, por lo que sentía por Cora y por lo no que no debía sentir. Ese amor lo hacía enloquecer por ella, pero la odiaba al mismo tiempo al verla en brazos de otro hombre. Y ese odio provocaba que la tratara como siempre, con indiferencia, pero, al mismo tiempo, con ardor y siempre vigilante.

Alasdair se pasó las manos por el rostro. No podía cambiar lo que sentía. Lo había intentado infinidad de veces, sin éxito. Lo único que le quedaba era esperar a que todo finalizara y, cuando acabaran con los Ross, él se marcharía del castillo.

Al día siguiente, lo primero que hizo Cora cuando se levantó fue pensar en su caballo. Necesitaba saber cómo se encontraba y si debía hacerle algo antes de escapar de allí. Tenía que idear algo para sacarlo del castillo sin levantar sospechas, así que lo mejor era comenzar por conocer su estado en ese momento.

Se vistió y bajó las escaleras con prisa. Cruzó el patio sin apenas reparar en nadie más que en la puerta de las caballerizas y se metió en ella con el deseo de estar un rato a solas. Sin embargo, había alguien más allí, y era Nic.

En sus labios se dibujó una sonrisa al tiempo que se aproximaba a él.

Aunque no quería hablar con nadie, Nic siempre era un gran amigo con el que había pasado muy buenos ratos a lo largo de toda su vida. Y con él sí que le apetecía estar, pues a su lado siempre lograba sentir que todo estaba bien y que no había peligro cerca.

—No esperaba encontrarte aquí —le dijo al llegar junto a él.

—Y yo pensaba que hoy te despertarías con ganas de amargarle la vida a Mackay…

Cora sonrió, aunque se mostró ligeramente incómoda al pensar en Alasdair.

—No lo nombres, por favor. Siempre aparece cuando menos lo esperas.

Nic se rio y la abrazó fugazmente.

—¿Cómo te sientes hoy? Ayer parecías… enferma.

Cora se encogió de hombros, restándole importancia.

—Estoy bien. Ayer me molesté demasiado y cuando me altero, me duele el pecho. No están siendo unos días espléndidos, la verdad. Está todo roto.

—Todo no. Nuestra amistad sigue intacta. ¿O ya no quieres ser mi amiga?

—Sabes que sí, Nic. Respecto a lo que ocurrió ayer en el salón…

—No hace falta que me expliques nada, Cora. Sé que me sobrepasé y no debí intentar quitarte la ropa. Por Dios, eres la hermana del laird. Rowan me mataría si se enterara de ello.

Cora frunció el ceño.

—Rowan tendría que aceptar si decidimos convertirnos en una pareja oficial.

Nic la miró con una sonrisa.

—¿Y le tendría que pedir tu mano y esas cosas? Me va a matar.

La joven se carcajeó.

—Creo que primero deberíamos sobrevivir en esta contienda…

La sonrisa de la joven se volvió triste a medida que pronunciaba aquellas palabras. Si Nic moría también en la batalla, aunque no fuera su pareja, sino su amigo, iba a culparse el resto de su existencia.

—Lo haremos.

—Estás muy seguro.

—En la vida hay que estar muy seguro de lo que haces. Y si sale mal, la culpa es del destino.

—Ojalá yo pensara igual.

Nic sonrió ampliamente y alargó una mano para posarla en su cintura y atraerla hacia él mientras se mordía el labio inferior. La vio realmente hermosa, con su piel pálida llena de pecas que parecían mirarlo con orgullo. Sus ojos verdes eran retadores siempre, pero con él eran inocentes. Y eso era lo que le gustaba de ella, que con él siempre había sido diferente respecto a los demás.

Cora subió sus manos a sus hombros mientras Nic la besaba con suavidad. No quería espantarla como el día anterior. Al contrario, deseaba hacerle ver que advertía en ella algo más que una amistad. Sin embargo, una voz profunda e iracunda interrumpió rápidamente aquel beso.

—¿Piensas que besando a la hermana del laird vas a escalar en sus filas, Nic?

Ambos se soltaron como si de repente el otro quemara. Cora no pudo evitar sonrojarse al levantar la mirada hacia la única salida de las caballerizas y ver entrar lentamente a Alasdair. Este clavaba su mirada en Nic, a quien miraba con excesivo odio que no podía ocultar.

A su lado, Nic carraspeó y llevó sus manos a la espalda, cuadrando los hombros.

—Jamás se me ocurriría semejante estupidez, Alasdair —acabó respondiendo—. Siempre he querido a Cora. Es mi mejor amiga.

—Tú lo has dicho: amiga. Pero los amigos no se besan.

—Los amigos hacen lo que les dé la gana —intervino Cora con furia mientras lo observaba acercarse con pasos lentos y pequeños, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo.

—Creo que no deberías meterte en esto, Alasdair, puesto que yo tampoco me meto en lo que haces con tu vida —repuso Nic.

—En eso te equivocas. Cora es mi protegida y no quiero que te acerques a ella de esa manera o acabaré contándoselo a Rowan.

La joven apretó los puños con fuerza.

—Esto no es asunto tuyo, Alasdair.

El guerrero la miró fugazmente, pero lo suficiente como para que Cora se diera cuenta de los celos que reflejaban sus ojos. Estaba realmente iracundo, algo que no muchas veces había visto en él. Y no pudo evitar preguntarse qué demonios le ocurría para que hiciera aquello.

—Claro que es asunto mío.

—Estoy harto de que siempre nos separes, Mackay —replicó Nic con enfado—. Siempre nos interrumpes, siempre estás en medio, siempre apareces, pero lo único que haces por ella es enfurecerla y amargarle la vida. ¿Por qué no te vas al infierno y nos dejas en paz? Búscate una vida, Mackay.

Nic dio un paso al frente para encararlo.

—¿Cuándo te vas a dar cuenta de que lo único que siente Cora por ti es asco?

Sin poder contenerse, Alasdair le propinó un puñetazo que arrancó una exclamación de sorpresa de Cora. La joven se llevó las manos a la cara al ver que Nic se veía impulsado hacia un lado y se chocaba contra las cuadras de los caballos.

—Pero ¿qué demonios te pasa?

La joven tuvo que hacer acopio de toda su fuerza para empujar lejos a Nic, ya que cuando este se recuperó de su golpe, intentó lanzarse contra Alasdair, que parecía esperarlo para atacarlo de nuevo.

—Nic, mírame —le pidió la joven—. Vete y déjame con él.

—Eso es lo que quiere, Cora. Siempre consigue echarme.

La joven negó con la cabeza.

—Esta guerra es entre él y yo. No quiero meterte en medio.

El guerrero la miró en silencio y acabó asintiendo. Sin perder de vista a Alasdair, Nic lo rodeó y se marchó con la tensión reflejada en todo su cuerpo. Y en el momento en el que estuvieron solos, Cora no pudo contenerse y le propinó una bofetada a Alasdair. Este giró su rostro y se llevó una mano a la mejilla, escuchando la respiración fuerte de la joven.

—Debería contarle a Rowan que te has excedido con él.

En ese instante, el guerrero levantó la mirada hacia ella.

—Supongo que le contarás también que te estabas besando con él…

La joven apretó los puños contra su cuerpo y lo miró, iracunda.

—Lo que yo haga con mi vida no debería ser motivo de chismes en el castillo.

Alasdair se acercó más a ella, logrando acorralarla contra una de las cuadras.

—Creo que no conoces bien los entresijos de un castillo.

—Creo que eres tú quien no me conoce y sabe que realmente me importa una mierda.

El guerrero elevó las manos, colocándolas a ambos lados de la cabeza de la pelirroja. Desde esa corta distancia, casi podía contar sus pecas, pero fueron sus labios retadores los que más llamaron su atención.

—Hace tiempo que dejé de ser la mocosa que tú pensabas… —le espetó la joven.

Los ojos de Alasdair se elevaron hacia las esmeraldas de Cora.

—Eso hay que comprobarlo —dijo con voz ronca.

Y antes de que la joven pudiera decir algo más, acortó la poca distancia que los separaba y acabó besándola. No fue un beso breve, ni inocente como solía hacer con Nic. Fue algo mucho más profundo, casi como un castigo. Parecía que realmente Alasdair deseaba descubrir si era cierto que había dejado de ser aquella mocosa que lo seguía a todas partes para ser una mujer.

Lo que ella desconocía era que si Alasdair la estaba besando era porque no había podido contener por más tiempo sus ansias por hacerlo. La deseaba de una forma que dolía, pues hacía ya mucho tiempo que se había dado cuenta de que ya no era la niña que él pensaba cuando era más joven. Sabía que se había convertido en una mujer verdaderamente hermosa y atractiva que lograba arrebatarle el sueño casi todas las noches. Saber que el dormitorio de Cora estaba tan cerca del suyo lo hacía enloquecer, pues solo deseaba recorrer el pasillo y hacerla suya una y otra vez.

Y en ese momento, dejó que todo su deseo saliera por fin de su pecho. Las manos de Alasdair se dirigieron directamente al trasero de Cora, el cual apretó con fuerza contra él mismo, mostrándole que estaba realmente excitado por ella. Quería demostrarle que ya no pensaba que era una niña y que lograba despertar en él sus más bajos instintos.

Cora gimió y él sonrió ligeramente sin dejar de besarla. La penetró con la lengua mientras la aplastaba contra las maderas de la cuadra. Apenas quedaba un resquicio entre ambos cuerpos por el que pudiera correr el aire. El guerrero sentía contra su cuerpo los aplastados pechos de Cora, que se aferraba a su cuello como si estuviera a punto de caer al suelo.

Deseó hacerla suya allí mismo, hacerla gritar su nombre y que olvidara para siempre a Nicolas o a cualquier otro hombre del clan, pues solo la quería para él. En ese momento, ni siquiera le importaba que Rowan lo expulsara del clan si descubría que la había besado. Al menos, se marcharía de allí con el mayor sueño de su vida cumplido.

Cora volvió a gemir cuando sintió contra ella el miembro erecto de Alasdair. Este restregó su cuerpo contra el suyo, encendiéndola. Había esperado durante demasiados años para ese momento y una parte de ella no podía creerlo. Se entregó a él por completo, dejando que la tocara, que la besara, que le hiciera el amor con la boca. Aquel era un momento tan deseado que las piernas apenas la sostenían, por lo que habría dejado que le hiciera lo que deseaba.

Ambos parecieron olvidar el odio de años atrás, sus peleas, su particular guerra... Eran tan solo un hombre y una mujer que se deseaban en silencio durante demasiado tiempo y que sus cuerpos por fin habían explotado. Sin embargo, aquella felicidad en Cora fue momentánea, ya que Alasdair acabó separándose de ella para mirarla a los ojos.

La joven tardó unos segundos en abrir sus ojos y clavar su mirada en él, momento que aprovechó Alasdair para admirar sus mejillas rosadas y volver a desearla de nuevo. No obstante, se obligó a contenerse. Y el odio hacia sí mismo que surgió en ese momento por haberse dejado llevar provocó que odiara también a Cora. Era la primera vez que se dejaba llevar por un sentimiento, ya que siempre había podido presumir de ser un hombre que sabía manejar sus instintos. Pero no en ese momento, por lo que le espetó contra sus labios:

—¿Nicolas también te besa así?

Rápidamente, la mirada de Cora cambió y lo empujó lejos de ella. En sus ojos vio el rencor y el dolor, y no pudo evitar abofetearlo de nuevo.

—Eres un ser despreciable, Alasdair Mackay.

Esa misma tarde, Alasdair no podía contener la ira que recorría su cuerpo de arriba abajo. Se odiaba a sí mismo por haberle hecho a Cora aquella pregunta tan maliciosa, pero no había podido contener su boca. Quería hacerle ver que Nic jamás la besaría con la misma pasión que él porque llevaba años guardándola en su pecho. Y en el momento en el que le diera rienda suelta a esa pasión y deseo sería casi devastador para ambos.

Se reconoció a sí mismo que la había besado de esa manera para vengarse de la joven por atreverse a entregarse a Nic, pero también por lo que sentía por ella. Era su manera de demostrarle que ya no la veía como una niña, sino como la mujer en la que se había convertido y a la que deseaba con todas sus fuerzas.

A medida que avanzaba por el pasillo con gesto meditativo, Alasdair tocó su colgante. El joven rechinó los dientes al recordar las últimas palabras que le había dedicado su padre y que no había podido cumplir.

El guerrero suspiró y salió al exterior del castillo. Necesitaba sentir sobre su rostro el viento fresco, pues tenía la impresión de que solo así podía lograr sentirse mejor. Sin embargo, su intento de relajación se vio frustrado cuando la primera persona a la que vio en medio del patio fue a Nic. A pesar de que se había jurado alejarse de él, no pudo conseguirlo y sus pies lo llevaron directamente hacia él.

Quería que dejara en paz a Cora, que no la tocara más, que no la mirara de la forma en que lo hacía… Simplemente, deseaba que desapareciera de su vida para siempre, pues sus celos lo estaban consumiendo.

—¿Qué quieres, Mackay? —le preguntó el guerrero cuando lo vio llegar —. No estoy de humor para aguantar tus tonterías.

Alasdair apretó los puños y se encaró a él. A su alrededor, la actividad en el castillo siguió su curso. Nadie estaba atento a la conversación entre ellos. Cerca de allí vio a Sloan y Morag hablando con Cora, pero esta se encontraba de espaldas a ellos, por lo que no lo vería hablar con Nic.

—Quiero que la dejes en paz.

Nic se incorporó y lo miró a los ojos, elevando el mentón con orgullo y chulería.

—¿Te refieres a Cora? No pienso hacerlo. Es amiga mía desde que éramos pequeños.

—No me refiero a vuestra amistad. Ya lo sabes…

Nic sonrió de lado sin perder su pose jactanciosa.

—¿Y quién eres tú para impedir que estemos juntos?

Alasdair se acercó más a él.

—Soy el que la protege, y tú no eres el indicado para estar con ella.

Nic también dio un paso hacia él y torció ligeramente la cabeza.

—¿Tal vez el indicado eres tú, Mackay? Tengo la impresión de que no quieres que esté conmigo porque la quieres para ti…

Sin poder contenerse, Alasdair lo golpeó en la cara, provocando que Nic se viera impulsado hacia atrás. Pero este se recuperó rápidamente del golpe y se lanzó contra él. Esta vez no estaba Cora delante para impedirle que le partiera la cara a Mackay. Además, llevaba mucho tiempo deseando poder hacerlo.

En cuestión de segundos, ambos guerreros acabaron en el suelo, enzarzados en una pelea en la que únicamente necesitaban sus puños. Los dos eran ajenos a su alrededor, por lo que no vieron que los demás se lanzaron contra ellos para intentar separarlos. Sin embargo, en los momentos en los que aún estaban solos, se golpearon con fuerza en el rostro. Nic logró partir el labio inferior de Alasdair y clavar su puño en el estómago del guerrero. Pero él mismo recibió un fuerte golpe en la mejilla y la nariz, que provocó que saliera un fuerte chorro de sangre de ella.

Rápidamente, fueron separados por varios guerreros, entre los que se incluían Sloan y Morag, que aferraban con fuerza a Alasdair. Este trataba soltarse por todos los medios, al igual que Nic, que no dejaba de insultarlo.

Instantáneamente, Cora se interpuso entre ellos con una expresión de sorpresa en sus ojos. Aún no podía creer que ambos se hubieran enzarzado en una pelea como aquella. Había escuchado los gritos y vio los rostros de Sloan y Morag mientras miraban algo detrás de ella, pero en el momento en el que se giró y los vio sintió que todo su cuerpo se enfurecía tanto con Alasdair como con Nic.

—¡Basta ya! —vociferó cuando escuchó el insulto de Nic hacia Alasdair —. Parecéis dos malditos niños pequeños peleándoos como si el otro os hubiera quitado un muñeco.

—Ha empezado él —exclamó Nic señalando a Alasdair, que lanzó un

gruñido de rabia.

Cora lo miró y se acercó a él, señalándolo con el dedo.

—¿Se puede saber cuándo vas a dejarme en paz? Estoy harta de que te metas en mi vida, Alasdair. Olvídate de mí.

Los ojos azules del guerrero se clavaron en ella y rechinó los dientes. Estuvo a punto de gritarle que eso era imposible, que jamás podría olvidarse de ella, pues toda su vida había girado en torno a su persona.

—¡Parece que quieres que me quede sola!

Morag y Sloan apartaron a Alasdair y lo llevaron hacia la entrada del castillo mientras ella se quedó parada mirándolos. Después desvió su mirada hacia Nic, pero también se encontraba enfadada con él. Por ello, caminó hacia las caballerizas y tomó su caballo, sin ensillar, y se dirigió hacia el portón de salida.

—Ábrelo.

—No sé si es lo mejor…

—¡Abre! —vociferó la joven—. Lo que no es mejor ahora mismo es que te pongas en mi camino o la pelea entre Nic y Alasdair no será la única del día.

El guerrero asintió y se limitó a abrir el portón, dejando que se marchara. Cora cabalgó con rapidez, alejándose del castillo y de todo el dolor que le provocaba ese lugar en ese instante. Se sentía más sola que nunca, con más enemigos, con más angustia y con más desorden que en toda su vida. Parecía que todo lo que conocía temblaba bajo sus pies, provocando que se volviera en su contra; la gente se peleaba a su alrededor; algunos la odiaban; otros la querían muerta; otros habían muerto por ella… Hiciera lo que hiciera, tenía la impresión de que había entrado en una espiral de la que ya no podía salir. Y no podía permitir que eso siguiera así. No quería que se pelearan por ella, así que tomó una decisión respecto a su relación con Nic. Pero tampoco quería que Alasdair decidiera por ella, así que pensó que lo mejor era alejarse. Y debía hacerlo cuanto antes.

Cora cabalgó por las tierras de su hermano con la furia reflejada en el rostro. Todo se había precipitado, pero era lo mejor. Debía salir de allí cuanto antes y terminar con el trabajo que Ross había comenzado o todas las personas a las que conocía seguirían sufriendo o peleándose.

Cora tiró de las riendas del caballo, provocando que este se levantara sobre sus patas traseras. La joven miró al cielo con lágrimas en los ojos. Estaba cansada y la bestia que habían despertado en su interior le dijo que era el mejor momento para tomar las riendas de su vida. Por ello, cabalgó hacia una cabaña donde su padre solía llevarla para entrenar. Allí habían dejado un muñeco de madera con el que habían entrenado con la espada como si fuera un guerrero de verdad. Tenía que entrenar muy duro y, cuando viera el momento propicio, abandonaría el castillo para marchar a tierras de los Ross y enfrentarse a su destino.

Cuando llegó allí, desmontó de un salto y desenvainó la espada. Había tenido que regresar sobre sus pasos, pues esa cabaña estaba relativamente cerca del castillo, pero al menos había podido soltar algo del odio que corría por sus venas. Cabalgar tan deprisa siempre le había gustado. Sentía una libertad que dentro del castillo no tenía. Era el único momento en el que podía dar rienda suelta a la verdadera Cora, sin restricciones, sin buenas palabras, sin leyes de por medio. Eran solo su caballo y ella.

Pero ahora se encontraba en la puerta de la cabaña. No había regresado desde que murió su padre, al igual que ese lugar del bosque en el que había estado días antes. Siempre había tenido cierto miedo a regresar porque los recuerdos se arremolinaban en su mente. Pero ahora no. En ese instante solo podía pensar en el odio que corría por sus venas, en su destino y en sus propios planes de vida.

Cora abrió la puerta de una patada y entró en ella. El muñeco de madera con el que había entrenado años antes seguía en la misma esquina donde su padre solía dejarlo. No obstante, el paso del tiempo había sido realmente negativo para este, provocando que algunas zonas se vieran ligeramente negras por la carcoma. Pero no le importó. Lo colocó en el centro de la cabaña, desenvainó y comenzó a atacarlo con toda la furia que habitaba en su cuerpo. Dejó que esa bestia, ese animal, su propio yo interior arrasara con todo, sin piedad, tal y como haría con Ruairidh Ross. Ya no podía con todo el peso de sus hombros, ni con su vida, ni con todo lo que estaba pasando en el castillo. Y mientras golpeaba al muñeco de madera deseó desaparecer, pero desaparecer para siempre.

CAPÍTULO 8



Morag soltó a Alasdair cuando Sloan le pidió que los dejara solos tras entrar en el castillo. Sin dejar de aferrarlo, Sloan lo condujo por el pasillo mientras su amigo, y al que consideraba uno más de la familia, se tapaba el labio inferior, totalmente abierto tras el golpe de Nic. La sangre goteaba entre sus dedos, y Sloan no dejaba de observarlo entre sorprendido e iracundo. Alasdair jamás había dado problemas en el clan, y, de hecho, se llevaba bien con todo el mundo, por lo que no lograba entender qué había pasado con Nic para que respondiera de esa manera tan salvaje.

Los dedos de Sloan se apretaron más contra el brazo de Alasdair, pero este intentó apartarlo.

—Suéltame, sé caminar solo.

El guerrero lo soltó y se quedó parado, mirándolo, en medio del pasillo.

—Lo que parece que no sabes hacer es contenerte.

Alasdair resopló y lo miró de arriba abajo.

—¿Y me lo dices tú?

Sloan lo empujó contra la pared.

—Pero ¿qué demonios te pasa con todos, Alasdair? No somos tus enemigos.

El guerrero limpió de nuevo la sangre de su labio.

—Vete al infierno…

Sloan frunció el ceño y lo encaró.

—¿Me vas a golpear a mí también como a Nic? Por Dios, Alasdair, eres como mi hermano.

El aludido apartó la mirada y continuó caminando hacia adelante.

—Supongo que me llevas al despacho de Rowan, ¿no?

El tono oscuro del guerrero hizo renegar a Sloan, que se preguntó de nuevo qué demonios estaba pasando, pues estaba seguro de que ocurrían cosas y él aún no se había enterado de nada.

—En eso tienes razón…

Ambos llegaron en cuestión de segundos frente a la puerta del despacho. Sloan se adelantó y llamó con insistencia, y solo entraron cuando Rowan dio la orden desde el otro lado. El segundo al mando la abrió y le dio paso a Alasdair, que no pudo evitar pasar delante de él mirándolo fijamente a los ojos.

—Pero ¿qué demonios ha pasado? —preguntó Rowan levantándose de la silla al ver el estado de Alasdair.

Los recién llegados caminaron hacia el frente, mirando al laird, que rodeó la mesa con la mirada clavada en las heridas de su amigo. Este miró de reojo a Sloan, que carraspeó con incomodidad.

—Te resumiré lo que ha pasado —comenzó explicando su hermano—. Estábamos en el patio y, de repente, hemos visto cómo Alasdair se lanzaba contra Nic para golpearlo.

Rowan arrugó la frente.

—¿Es eso cierto, Alasdair?

El aludido llevó las manos atrás, sin importarle que el labio siguiera sangrando.

—Sí.

El laird arqueó una ceja ante la sinceridad del guerrero.

—¿Puedo preguntar por qué has hecho eso?

—Porque es un maldito prepotente que se me ha encarado… Hay algo que no sabéis y es que Cora está con él. Los he descubierto besándose más de una vez.

Sloan lanzó una exclamación de sorpresa, mientras que Rowan siguió observando a Alasdair con gesto sereno y frío.

—¿Y por eso te has enzarzado con él?

El guerrero se mostró incómodo.

—Solo protejo a tu hermana.

—Pues a mí me ha dado la sensación de que Cora no quería que lo hicieras —señaló Sloan, estupefacto.

—Vuestra hermana merece algo mejor que Nicolas.

Rowan dio un par de pasos hacia él y se quedó parado a menos de un metro. Su mirada profunda, tan fría como el acero, quiso meterse dentro de él para intentar averiguar más cosas de lo sucedido y, cuando no pudo hacerlo, le cuestionó:

—¿Puedo hacerte una pregunta, Alasdair?

El aludido asintió.

—Sabes que sí.

—¿Estás enamorado de Cora?

A su lado, Sloan abrió mucho los ojos y se giró directamente hacia Alasdair. Este mantuvo una pose quieta, fría, pero no pudo evitar que el labio inferior temblara ligeramente. El guerrero frunció el ceño y tragó saliva visiblemente, pues la nuez de su garganta subió y bajó claramente.

—Pero ¿qué dices? —se obligó a preguntar con la voz ligeramente susurrante.

—Lo que has oído —respondió Rowan.

—¿Estás de broma?

Rowan se encogió de hombros.

—Creo que la situación no admite broma alguna…

Alasdair apretó la mandíbula.

—¿Qué te hace pensar eso?

—El comportamiento que tienes últimamente, tu tensión, tu nerviosismo, tu rodeo para responder algo a lo que simplemente dirías que no rotundamente…

Alasdair resopló, ligeramente nervioso.

—Eso es una locura.

—Sigues sin negarlo.

—Tampoco lo he afirmado.

—Pues haz algo…

Rowan vio con claridad el nerviosismo de su amigo. Llevaba un tiempo

viendo cosas raras entre Cora y él, y no estaba seguro de lo que estaba pasando, pero el comportamiento de Alasdair en ese momento se lo confirmó, aunque él aún no hubiera dicho nada. La duda se reflejó en el color azul intenso del guerrero, pero acabó negando con la cabeza.

—No la amo.

Rowan lo miró largamente, antes de añadir:

—Entonces, ve y cúrate esa herida y pide disculpas a Nic.

Alasdair resopló.

—¿Es necesario?

—Es una orden.

El guerrero suspiró largamente y acabó marchándose del despacho, dejándolos solos. En el momento en el que la puerta se cerró a su espalda, Sloan dirigió sus ojos hacia Rowan.

—¿A qué ha venido esa pregunta?

—¿Cuál?

Sloan arqueó una ceja y se cruzó de brazos.

—La de que si está enamorado de Cora.

Rowan se encogió de hombros.

—Simple curiosidad.

—Me parece bien que le mientas a otro. A mí, no.

Rowan suspiró largamente.

—Llevan a la gresca toda la vida y no me parece normal. Ninguno ha confesado lo que les ocurrió para llevarse tan mal. Y solo dos personas que están enamoradas se preocupan tanto en hacerle ver al otro lo mucho que lo odian.

Sloan dudó.

—Eso no es del todo cierto.

Rowan arqueó una ceja.

—Es eso precisamente lo que te ha ocurrido a ti con Morag…

—Tampoco es cierto —negó Sloan con molestia.

—Vaya, a Morag no le hará mucha gracia saber algo así.

—Rowan…

—¿Qué?

—Vete a la mierda…

Alasdair salió del castillo realmente enfurecido. La sangre que salía de su labio parecía haberse cortado, por lo que ya no tenía que estar pendiente de lo que sangraba. Sin embargo, seguía sintiendo los latidos de dolor. Se dijo que necesitaba serenarse antes de llevar a cabo la orden de Rowan, la cual no estaba seguro de cómo hacerla. ¿De qué manera podría pedirle perdón a Nic si realmente no lo sentía? Lo único que sí podía sentir era la rabia contra él, que no había menguado en absoluto.

Y en ese instante pensó en Cora. Había visto el odio reflejado en sus ojos. Un odio que claramente estaba dedicado a él por lo que le había hecho a Nic. Estaba seguro de que la joven tardaría mucho tiempo en perdonar algo así, si es que lograba perdonarlo, pero ya no había vuelta atrás.

Alasdair suspiró y fijó su mirada al frente, descubriendo a Gillian y Nicolas en medio del patio mientras la primera curaba la nariz al segundo. Este levantó la mirada, como si hubiera sentido su presencia en el patio, y Alasdair tuvo que ahogar una sonrisa entre sus labios al ver lo que provocaba en el guerrero. Lo miró fijamente y apretó los puños. Debía pedirle disculpas por lo sucedido y sabía que era el mejor momento debido a que la esposa de Rowan se encontraba justo al lado. De esta forma, nadie podría negar que no había acatado la orden.

Respirando hondo y armándose de valor, Alasdair se acercó a ellos lentamente, con la mirada de Nic pegada en cada uno de sus movimientos. Lo vio tensarse rápidamente, gesto que Gillian vio al instante y elevó sus ojos hacia atrás, levantando las cejas al ver que Alasdair se acercaba a ellos.

La joven se levantó de la piedra sobre la que estaba sentada y se pudo en medio de ambos.

—Si vienes a continuar lo que has empezado… —dijo Gillian.

—Estoy aquí por orden de tu marido…

Gillian frunció el ceño y lo miró sin comprender.

—¿A qué te refieres?

Alasdair tragó saliva y respiró hondo.

—Te agradecería que te apartaras para verlo por tus propios ojos.

Tras la joven, Nic se levantó también. Alrededor de su nariz se había formado un cerco casi negro debido al golpe que le había dado y del que realmente no se arrepentía. Y cuando Gillian se apartó de delante del guerrero, Alasdair pudo comprobar que tenía tanta tensión que estaba temblando de auténtica ira.

—¿Qué quieres, Mackay? ¿Buscas pelea de nuevo?

—No te emociones, Nicolas. Si estoy aquí es por Rowan, que desea que te pida disculpas. Como podrás imaginar, no me arrepiento de nada, pero yo siempre cumplo una maldita orden desde que estoy en este clan.

—Tal vez deberías regresar al tuyo —le espetó Nic—. ¿O es que tu papá ya no te quiere?

Alasdair necesitó hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no saltar de nuevo sobre él. En los labios de Nic se dibujó una sonrisa, sabía que lo estaba provocando para que lo atacara de nuevo y lo expulsaran del clan, pero no iba a conseguirlo. Alasdair recordó el colgante que pendía de su cuello y las últimas palabras de su padre antes de dejarlo allí.

—Tal vez eres tú quien desea regresar al de tu madre… Me dijo Cora que eras un MacGillivray por parte de madre…

Nic sonrió al tiempo que Gillian lo miró con sorpresa al darse cuenta de lo que podría significar eso.

—No puedo. ¿Y si soy yo el que ayudará a Cora en esta guerra?

Alasdair resopló y apretó los puños con fuerza.

—¿Tú qué vas a ayudar?

—Tal vez tenga razón —intervino Gillian—. Puede que sea el MacGillivray que lo haga. Y lleva junto a Cora toda la vida.

—Cualquiera de este clan lleva a su lado toda la vida, Gillian —respondió Alasdair sin apartar la mirada de Nic, que no dejaba de sonreír.

—Pero no todos en este clan son MacGillivray —siguió pinchando el guerrero—. Tú, por ejemplo, eres un Mackay, querido Alasdair. Y Cora te odia. Jamás aceptaría tu maldita ayuda, aunque fueras un MacGillivray.

El aludido se obligó a sonreír.

—En ningún momento he dicho que quiera ayudarla.

Nic ladeó la cabeza.

—Pues aléjate de ella, entonces.

—Ten cuidado, Nicolas. Las únicas órdenes que acepto son las de mi laird. Y se llama Rowan. No te equivoques, porque, con esas palabras, parece que quieras quitarle el puesto.

Y sin darle opción a réplica, Alasdair se alejó de ellos aún más iracundo que antes. Se dirigió hacia el portón de la fortaleza. Quería apartarse de allí un par de horas para quitarse las ansias de sacarle las entrañas a Nicolas por sus continuas provocaciones, ya que, si no lo hacía, estaba seguro de que iba a hacerlo, aunque se ganara la expulsión definitiva de esas tierras.

—¿Buscas a Cora?

La voz del guerrero apostado al lado del portón llamó su atención. Levantó la mirada del suelo y frunció el ceño. No esperaba que nadie le recordara a Cora, ya que en ese instante no quería ver a nadie, sino quedarse solo un rato para serenarse. Sin embargo, aquella mirada que vio en el guerrero llamó su atención.

—¿Cómo dices?

—Pregunto si buscas a Cora. Hace rato que salió del castillo con el caballo.

El corazón de Alasdair se sobresaltó al escucharlo.

—¿Con el caballo?

—Con el caballo y un cabreo de mil demonios. Estoy seguro de que habría sido capaz de saltar por encima de la muralla tan solo para alejarse de aquí.

Alasdair sintió que todo su ser se exaltaba ante esa información. Las piernas comenzaron a temblarle y la preocupación se abrió paso en medio de su cuerpo.

—¿Y hace mucho de eso?

—Fue justo después de tu pelea con Nic.

—¿Y por qué demonios no le cortaste el paso?

—Preferiría enfrentarme yo solo a un ejército de Ross... —le respondió con sinceridad.

Alasdair resopló y se giró para correr hacia las caballerizas. Sin detenerse

a ensillar su caballo, el guerrero lo montó y salió de la fortaleza sin saber qué rumbo debía tomar. No estaba seguro de que Cora hubiera cometido una locura y se hubiera marchado al clan Ross para enfrentarse a ellos, por ello, se dejó llevar por su instinto. Primero la buscó cerca del lago y en algunos lugares donde la había divisado en otras ocasiones. Sin embargo, se detuvo en mitad de un estrecho camino y comenzó a pensar como lo haría ella. La conocía a la perfección, por lo que estaba seguro de que se habría marchado a un lugar donde no querría que la vieran y donde pudiera refugiarse del ruido del castillo.

Su mente lo llevó a un recuerdo de años atrás, cuando la joven comenzó su formación como guerrera. El padre de Rowan había llegado presumiendo de las habilidades de la joven con la espada contra un muñeco de madera. Él mismo se había visto peleando en ese lugar antes que ella, por lo que el recuerdo de la cabaña llevó a su mente a preguntarse si tal vez estaría allí.

Alasdair tiró de las riendas hacia la izquierda y cabalgó con rapidez hacia ese lugar, pero a medida que se acercaba redujo tanto la velocidad que apenas se escuchaban los cascos del caballo retumbando contra el suelo. Cuando por fin divisó la cabaña, se dio cuenta de que el caballo de la joven se encontraba en la puerta, pastando libremente. En ese instante, Alasdair no pudo evitar soltar un suspiro de alivio, ya que por fin la había encontrado. Se llevó una mano al pecho para frenar los rápidos latidos de su corazón al pensar que tal vez la había perdido, pero estaba seguro de que simplemente había acudido allí para alejarse de todo y todos.

Desmontando del caballo a pesar de que aún quedaban más de una veintena de metros para llegar a la cabaña, Alasdair dejó solo al animal y caminó lentamente hacia la cabaña. No quería asustar a Cora, pero tampoco deseaba llegar y que esta pudiera escapar de él una vez más.

Cuando le faltaba una decena de metros para llegar a la cabaña, escuchó el ruido en su interior. Pudo escuchar a Cora luchando contra algo de madera, y estuvo a punto de sonreír al ser consciente de que el muñeco con el que habían luchado años atrás seguía allí. Sin embargo, se contuvo y siguió avanzando, hasta llegar a una de las ventanas. Se escondió ligeramente y la observó desde allí.

Cora tenía el pelo despeinado y la ropa descolocada por los continuos movimientos con la espada. Su pálido rostro se encontraba rojo por el esfuerzo y desde la distancia pudo ver que estaba realmente cansada. Su

pecho subía y bajaba con rapidez, exhausta. Y, aun así, la joven seguía luchando con todas sus fuerzas y la rabia reflejada en su rostro.

Cora no lo vio en un principio. Estaba tan enfurecida y tan metida en sus pensamientos que apenas era consciente de lo que sucedía a su alrededor. Ni siquiera tenía miedo de que alguien pudiera atacarla y matarla. Tan solo quería liberar parte de esa tensión que había acumulado durante demasiado tiempo y que había colmado el vaso con la pelea entre Alasdair y Nic. En su interior, sabía que lo suyo con Nic era una completa locura y tal vez un problema, pero se había aferrado al guerrero tan solo para llevarle la contraria a Alasdair. Lo sabía. Lo sentía en su interior. Se habría lanzado a los brazos de cualquiera tan solo para intentar olvidarlo. Pero no podía. Y eso la enfurecía aún más.

La joven clavó la espada una vez más en el muñeco de madera, sintiendo cómo su brazo derecho tembló ante la potencia del ataque. Pero estaba demasiado enfadada como para dejarlo ahora. Quería hacerle pagar a alguien todo lo que había en su interior, por lo que lo mejor era hacerlo con ese muñeco que no podía quejarse o mostrarse contrario a ello.

Respirando con cierta dificultad, la joven dio un paso atrás y miró la figura de madera. En más de una ocasión había imaginado a Alasdair en su puesto, atacándolo, haciéndole sentir todo lo que ella había sentido por su culpa. Lo amaba. Lo hacía desde tantos años atrás que había perdido la cuenta. Pero él siempre la había visto como un problema, llegando a confirmárselo. Y eso le dolía más que el rechazo de cualquier otra persona, incluso más que saber que estaba siendo perseguida por los Ross para acabar con ella.

Y eso la hizo sentir sola. Todo lo vivido durante el ataque de los mercenarios al castillo, la muerte de su madre, la de Kester, los gritos de los guerreros antes de morir, la búsqueda antes de huir de ahí, la llegada de Rowan y los demás… Todo volvió a su mente y sintió que colapsaba. Sus ojos se llenaron de lágrimas que no pudo contener por más tiempo en su cuerpo.

A pesar de su llanto, Cora levantó de nuevo su espada contra el muñeco de madera. Sus sollozos comenzaron a llenar el espacio de la cabaña, pero se encontraba sola, por lo que nadie la escucharía. Sin embargo, unos minutos después escuchó un crujido en la puerta. Esto provocó que se sobresaltara y, sin dejar de llorar, se giró hacia la sombra que había entrado

en la cabaña.

—Ya ni siquiera me sorprendes, Alasdair —fue lo primero que le dijo—. Me extraña que no hayas llegado antes…

Y a pesar de que intentó darle la espalda, este respondió con rapidez.

—He venido después de pedirle disculpas a Nic por lo sucedido.

Cora dejó escapar el aire, pero sin sorprenderse. Le dio la espalda y aferró su espada con fuerza.

—Por una maldita vez en tu vida, déjame en paz, por favor.

La joven escuchó sus pasos a su espalda y cuando lo primero que cruzó por su mente fue levantar su espada contra él, abrió los dedos alrededor de la empuñadura y dejó caer el arma al suelo, incapaz de hacerle daño a pesar de todo.

—Aún no ha nacido la persona que me aleje de ti, Cora —dijo con voz suave.

Pero la joven no se encontraba en condiciones de iniciar una guerra contra él nuevamente. Estaba realmente dolida y rabiosa. Por ello, se giró de nuevo hacia él y lo atravesó con la mirada. De sus ojos escapaban lágrimas sin contención, y sin esperar a que el guerrero dijera algo más, lo golpeó en el pecho con furia.

—¡Siempre estás en medio, Alasdair! Déjame en paz de una maldita vez.

Cora volvió a golpearlo, pero el guerrero se quedó con los brazos caídos a ambos lados del cuerpo, mostrándole que no iba a defenderse.

—Para ti soy una simple mocosa, pero no dejas de alejarme de las pocas personas que muestran interés en mí.

Alasdair la miraba a los ojos desde esa distancia tan corta, provocando que Cora aumentara su rabia al ver la frialdad que mostraba en ese instante. Lo golpeó de nuevo en el pecho, haciendo que el guerrero se viera impulsado ligeramente hacia atrás. Al ver ese pequeño logro, esta lo golpeó de nuevo casi sin ver dónde lo hacía, pues no podía dejar de llorar.

—Prefiero enfrentarme a Ross antes que tener que aguantar tus continuos ataques…

—Yo no te ataco, te protejo —susurró el guerrero.

—¡No! —exclamó la joven sin dejar de llorar.

Estaba tan cansada que se habría dejado caer de rodillas frente a él. No quería sufrir más, por lo que acabó con las manos en el rostro y su cuerpo sacudiéndose debido al llanto. Al instante, sintió las manos de Alasdair alrededor de su cuerpo, abrazándola y estrechándola contra él en silencio. No la juzgó, no se rio, no le pidió absolutamente nada. Tan solo se limitó a abrazarla y a intentar calmar lo que había en su interior.

Alasdair podía imaginarse el terrible dolor y angustia que arrastraba la joven desde el ataque al castillo, aunque también desde mucho antes. El guerrero la acunó entre sus brazos, recogiendo cada lágrima, cada temblor y cada lamento. Cora guardaba el mismo dolor que él, solo que ella no lo sabía. De la misma forma que tampoco conocía que él estaría ahí siempre para ella y jamás permitiría que nadie le hiciera daño.

CAPÍTULO 9



Aún no sabía cómo había llegado al castillo desde que Alasdair dejara de abrazarla, pero este le prometió que no volvería a hacer algo así, y a pesar de todo, ella lo creyó. Habían regresado juntos, pero le costó creerlo. No obstante, apenas recordaba el recorrido hasta allí debido al dolor que asolaba su pecho en ese instante.

Dejó que Alasdair llevara los caballos a las cuadras y ella se limitó a quedarse en medio del patio. Desde allí, giró la cabeza hacia su derecha y descubrió que Nic se encontraba en un lado de la muralla, vigilando. Él no se había percatado de su presencia, pero ella no podía apartar la mirada de él.

En ese momento, vio salir a Alasdair de las caballerizas y dirigirse hacia el castillo tras una mirada. Frente a ella se encontraban los dos hombres que habían logrado despertar en ella ciertos sentimientos, pero lo que sentía por Alasdair era demasiado fuerte como para seguir mintiéndose a sí misma. Por ello, respiró hondo y miró al cielo. Este se encontraba encapotado y amenazaba lluvia. De hecho, el intenso olor a tierra mojada llenaba completamente el ambiente.

Cora sintió que se ponía nerviosa, pero no podía dejarlo pasar por más tiempo. Clavando la mirada de nuevo en Nic, puso rumbo a las escaleras más cercanas de la muralla. Las subió casi con los pies a rastras y se acercó a él, sorteando a los guerreros que había en cada puesto.

Nic se encontraba de espaldas a ella cuando llegó junto a él. Cora carraspeó ligeramente y este se volvió hacia ella. Hizo todo lo posible para que en su rostro no se viera reflejada la sorpresa al ver que su rostro se había vuelto casi negro en su totalidad debido a los golpes de Alasdair, por lo que apartó ligeramente la mirada hacia sus manos.

—Cora…

La joven se armó de valor y volvió a levantar los ojos hacia él.

—Creo que después de lo que ha pasado hoy tenemos que hablar… —comenzó diciendo.

Nic asintió y miró a uno de sus compañeros en la muralla para pedirle que le diera unos minutos para hablar con la joven. Tras eso, ambos descendieron de la muralla y se dirigieron hacia un lugar apartado donde poder hablar con tranquilidad y sin más ojos sobre ellos.

—Tú dirás…

Cora sonrió ligeramente.

—Lo primero que debo hacer es pedirte disculpas por los golpes de Alasdair.

—¿Lo estás excusando?

—¡No! Es solo que sé que os peleasteis por mí, así que debo pedir disculpas yo también.

Nic suspiró y asintió.

—Yo tampoco debí reaccionar así.

—Supongo que todos estamos muy tensos…

El guerrero asintió.

—Pero no has venido solo a eso…

La joven sonrió de nuevo y negó con la cabeza.

—Creo que me conoces demasiado.

Nic intentó sonreír, pero solo le salió una mueca por el dolor de su nariz.

—Y como me conoces bastante bien, he de decir que iré directa al grano… He estado pensando en lo que ha pasado estos días y creo que lo mejor que podemos hacer es dejar lo que hemos comenzado tú y yo y seguir siendo amigos. Creo que eso dejará de hacernos daño mutuamente…

Nic la miró unos segundos en silencio que para Cora parecieron ser milenios, hasta que acabó respondiendo.

—Lo que ha pasado con Alasdair es lo que te ha hecho tomar la decisión…

Cora asintió.

—Sí, creo que siendo amigos no habrá problemas…

—Entonces, todo esto lo haces por él… —Cora afirmó—. Lo amas, ¿verdad?

La joven sintió que su corazón se paraba de golpe ante aquellas simples palabras. Inconscientemente, dio un paso atrás y miró a un lado y a otro a su alrededor, temerosa de que alguien pudiera haber escuchado a Nic. Sin embargo, estaban completamente solos y nadie los había oído. Aun así, siguió conteniendo el aliento.

—¿Qué dices? ¡Claro que no!

A pesar de que intentó sonar segura de sí misma, la voz se le quebró ligeramente y el temblor de esta le indicó a Nic la verdad sin necesidad de que Cora expresara lo que sentía por él.

—No es eso lo que me transmites, Cora. Se te nota demasiado.

La joven sintió un nudo en la garganta. ¿Eso era cierto? ¿De verdad se le notaba tanto como para que él se hubiera dado cuenta? ¿Qué le hacía pensar eso? Cora se retorció las manos y sintió que su pecho se quedaba sin aliento, amenazando con asfixiarla. No obstante, logró contenerse.

—Eso no es cierto, Nic.

No supo si sus palabras sonaron ciertas o no, pues lo siguiente que dijo Nic también la dejó sin palabras y con la mente en otro lugar.

—Pero lo que más me molesta es que él también te ama.

Cora clavó su mirada en Nic y vio la verdad en sus ojos, por lo que no eran unas palabras inventadas en un momento de dolor o humillación, sino que estaba realmente seguro de lo que estaba diciendo. Pero ¿qué le hacía pensar que Alasdair estaba enamorado de ella? Solo había visto dolor y rencor en su mirada cuando la miraba, pero jamás un rastro de algo parecido al amor, ni siquiera un poco de cariño.

—Te equivocas, Nic. Él no me ama.

El guerrero sonrió ligeramente de lado.

—Debes de estar demasiado ciega para no darte cuenta, Cora. Siempre está a tu lado, aparece cuando menos lo esperas; parece que estuviera siguiéndote con la mirada en todo momento; parece saber lo que sientes y se ha enfrentado a mí para que me aparte. Eso solo lo hace alguien enamorado.

La joven sintió que, si seguía así, acabaría llorando, pues sentía el picor

en sus ojos. Eso no podía ser cierto. Ella era un problema para él, una carga. No la amaba, ni lo haría nunca. Nic estaba equivocado. Por ello, sonrió con cierta timidez.

—Después de lo de hoy, yo también pienso que lo mejor es apartarme, Cora, pero lo que siento no se acaba aquí. Sin embargo, no puedo competir con alguien como Mackay, que parece estar hecho para ti en todos los sentidos.

—No, Nic. Eso no es cierto. Siempre estamos a la gresca. Y no es por amor.

Nic sonrió con tristeza.

—Llegará el día en el que me des la razón, aunque ahora no sepas verlo. Y me alegro de que sea él y no otro quien esté a tu lado porque sé que él jamás dejará que te hagan daño. Él hará que sobrevivas.

Cora no sabía qué decir. Se había quedado sin palabras, por lo que solo dejó que Nic la besara en la mejilla y se marchara hacia la muralla nuevamente al mismo tiempo que sobre sus cabezas parecía desatarse una tormenta. Numerosos truenos comenzaron a escucharse mientras el viento se levantaba con fuerza a su alrededor. Abrazándose a sí misma y sin poder despertar de ese letargo en el que había sumido tras las palabras de Nic, Cora se encaminó hacia la entrada del castillo.

Estaba realmente sorprendida. Ni siquiera era capaz de pensar en algo que no fuera el hecho de que Nic pensaba que Alasdair también la amaba. ¿Sería eso posible? ¿Tal vez por ese motivo había acudido a la cabaña después de lo que le había hecho a Nic? Recordó que no hizo movimiento alguno mientras ella lo golpeaba, incluso después la acunó entre su pecho… Y sus miradas al volver… No podía ser cierto, pero tampoco podía negarlo.

Algo dentro de ella pareció despertar, una poderosa ilusión que hizo revivir sus primeros deseos hacia Alasdair muchos años atrás. Pero su razón la obligó a pararse y no ilusionarse por algo así. Tal vez Nic estaba confundido y veía amor en la protección que Alasdair estaba obligado a proporcionarle.

Cora suspiró y miró hacia el cielo antes de internarse en la fortaleza. Las primeras gotas de lluvia caían ya sobre su cabeza y solo pudo preguntarse si el destino, en algún momento, estaba dispuesto a darle una buena oportunidad en la vida después de tanto sufrimiento. Y al no encontrar

respuesta, decidió entrar y olvidar lo que Nic le acababa de decir.

Durante la cena de ese día, una extraña sensación parecía extenderse por el camino. Así era como lo sentía Cora, aunque los demás parecían no notarlo. Por ello, se dijo que aún pendían sobre su cabeza las palabras de Nic y que por eso veía a todos de una manera extraña, incluso a ella misma.

La joven había acudido a cenar como todos los días, sin cambiar nada de su atuendo o su carácter, pero sentía lo mismo que alguien podía sentir en su interior cuando un secreto salía a la luz. Observó a toda su familia, descubriéndolos como cualquier otro día, hablando sobre los Ross y lo que querían hacer.

Pero cuando sus ojos verdes se posaron sobre Alasdair algo pareció cambiar entre ellos. Las murallas que siempre había levantado a su alrededor para que el guerrero no pudiera entrar en ellas se resquebrajaron de golpe. ¿Cómo era posible que Alasdair fuera capaz de provocar eso en ella con tan solo una simple mirada? Aquellos ojos azules parecían intuir algo en ella, como si supiera qué pensaba, qué opinaba o qué estaba a punto de hacer. Y eso la hacía sentir desnuda. Era la única persona que conocía que provocaba esos sentimientos en ella. Y, para colmo, lo odiaba desde hacía demasiado tiempo atrás.

Alasdair la miraba con tanta profundidad que Cora llegó a preguntarse qué demonios pensaba cada vez que tenía su vista sobre ella. Aquella mirada no era normal. Parecía un lobo a punto de saltar sobre su presa y comérsela, como si el guerrero depositara una especie de llama dentro de ella que lograba hacerla arder.

—Creo que tal vez podríamos avisar a los demás clanes implicados, excepto los Comyn, por lo que ya sabemos… —decía Morag cerca de ellos.

—No nos hace especial ilusión avisar a los Urqhart, por ejemplo… —gruñó Sloan.

Morag sonrió.

—A mí tampoco me gusta. ¿Crees que me apetece ver a los Gunn después de lo que ocurrió en su clan? Me produce más asco que ilusión. Pero tal vez querrían ayudarnos.

Rowan negó con la cabeza.

—Si alguno de ellos se atreve a quejarse, tenemos la excusa perfecta con el ataque al castillo. No podríamos esperar a que todos se organizaran. Los MacGillivray tampoco son objeto de mi devoción. A pesar de que ninguno de ellos tiene nada que ver con los Ross, sigo sin fiarme. Mira los Comyn…

Gillian rasgó el plato con el tenedor por la rabia que le produjo el hecho de que su hermano fuera un traidor.

—Rowan tiene razón —acabó diciendo—. Alguien podría irse de la lengua e informar a Caleb. Y este, lógicamente, le diría algo a los Ross. Debemos ser más inteligentes que ellos.

Morag miró de reojo a Cora, que mantenía su atención sobre un Alasdair que estaba ligeramente rojo con la mirada también clavada sobre su cuñada.

—¿Vosotros qué pensáis? No habéis dicho nada…

Pero ninguno de ellos respondió, provocando que la atención del resto se posara sobre ellos.

Morag carraspeó y tocó el brazo de Cora, que se sobresaltó al sentir los dedos de su cuñada sobre ella. Desde su asiento, Rowan intentó ocultar una sonrisa tras su mano. Alasdair le había mentido en la cara cuando le preguntó si amaba a Cora, pues aquella mirada embobada era suficiente respuesta.

—¿Decías?

Morag le dedicó una sonrisa amable y tranquila.

—¿Vosotros pensáis que estaría bien avisar al resto de clanes implicados o no?

Cora lo meditó unos segundos, hasta que acabó negando.

—Creo que lo mejor es dejar todo como está porque tal vez alguien puede irse de la lengua y contar lo que estamos tramando.

—O tal vez aparecería el MacGillivray que va a ayudarte —sugirió Morag con una sonrisa, provocando que Alasdair crujiera todos sus dedos.

—Las únicas personas que necesitamos para llevar a cabo todo esto somos nosotros y tu clan —dijo el guerrero—. No hace falta que venga ningún MacGillivray o Urqhart para acabar con los Ross.

Morag asintió y desvió su mirada hacia Sloan, que fruncía ligeramente el ceño mirando alternativamente a Cora y Alasdair. Si todos los presentes

habían tenido sus sentidos atentos, seguramente se habrían dado cuenta de la tensión que desprendían Cora y Alasdair en ese instante, pero ninguno quiso decir absolutamente nada para evitar exaltarlos. No obstante, lo que pasaba entre ellos era tan evidente que hasta el propio Sloan se quedó estupefacto ante lo que acababa de descubrir. Hasta entonces, jamás se había percatado de ello, pero ahora era demasiado notorio como para negarlo.

Morag le dio una patada por debajo de la mesa, llamando su atención. No se había dado cuenta de que miraba a su hermana y Alasdair con gesto asqueado y sorprendido. Por ello, bajó la mirada hacia su plato y se dedicó a remover su comida. Alasdair y Cora estaban enamorados. De eso no le cabía duda alguna, pero le parecía algo tan extraño que ya no pudo tomar absolutamente nada más del resto de la cena.

El castillo se había visto envuelto en una especie de bruma que le impedía llegar a él. A su alrededor, llovía como nunca. Parecía que la ferocidad de la vida se cernía sobre los Chattan y descargaba sobre ellos su ira. Los ojos se le llenaban de gotas de lluvia, mientras que sobre su cabeza podía escuchar una infinidad de truenos que lograron arrebatarle la seguridad que solía mostrar siempre.

Alasdair miraba hacia el castillo ligeramente apartado de este. Había salido una hora antes porque Rowan deseaba que llevara al herrero varias armas que quedaron rotas tras la última batalla entre los clanes. Según le había dicho, su intención era prepararlas para la siguiente batalla, cuando llegaran los MacBean y marcharan todos a la guerra contra los Ross.

Había tardado un poco en el pueblo, ya que se había encontrado con varias peleas entre comerciantes que había intentado sofocar. Por ello, su retorno al castillo fue más tardío de lo que esperaba. Sin embargo, jamás imaginó lo que le esperaba dentro de este.

Se acercó poco a poco. A su alrededor, la intensa bruma provocaba que no pudiera ver con claridad, pero los gritos no dejaban ni una sola duda en su corazón: estaban siendo atacados de nuevo. Sus pies se clavaban en el fango en el que se había convertido la tierra bajo sus botas. La lluvia había provocado que todo estuviera realmente embarrado, por lo que a cada paso que daba sentía que sus pies se metían demasiado en la tierra.

Intentaba caminar lo más deprisa posible, pero los gritos en el castillo no cesaban en ningún momento. Su respiración se hizo más intensa y su sufrimiento aumentó a medida que pasaban los minutos y él apenas se acercaba al castillo. ¿En qué momento había comenzado a llover de esa manera tan rara?

Alasdair lanzó un gruñido de rabia y desenvainó la espada. Esperaba que sus compañeros se encontraran bien con ese ataque, pero, sobre todo, su mente se centró en la mujer que acaparaba sus pensamientos desde hacía demasiado tiempo. Necesitaba saber que Cora se encontraba bien, que no la habían secuestrado o que nadie se habría atrevido a matarla, porque, en el caso de ser así, acabaría con todos ellos con un par de estocadas de su espada.

Cuando por fin llegó al castillo, Alasdair corrió hacia la entrada de la fortaleza. El portón había caído a un lado y numerosos cuerpos de compañeros y mercenarios se hallaban en mitad del patio. La sangre de estos se confundía con la lluvia que caía sobre sus cabezas, pero él no se dio por vencido y siguió hacia adelante.

El joven penetró en la fortaleza lanzando un grito de rabia y frustración. La imagen de Cora aparecía una y otra vez en su mente, al mismo tiempo que la voz de su padre y sus últimas palabras se repetían incansablemente dentro de su cabeza, provocando que se sintiera abrumado por tantos sentimientos diferentes.

Se preguntó dónde demonios estaría la joven, hasta que de repente escuchó un fuerte grito de Cora en el piso superior. En ese mismo instante, Alasdair corrió todo lo que pudo hacia las escaleras. Sus pies iban dejando un reguero de barro, pero no le importó lo más mínimo. Cuando se lanzó contra las escaleras, vio de reojo a Sloan y Morag luchando en uno de los pasillos, pero no podía ayudarlos en ese instante. Subió las escaleras de dos en dos y corrió después hacia el dormitorio de Cora. Allí vio el reflejo rojo de su pelo moverse, pero no estaba sola en la sala. Un mercenario la acababa de empujar contra la cama y forcejeaba contra ella.

Alasdair intentó lanzarse contra él para ayudarla, pero sus pies parecían haberse quedado pegados al suelo. Miró hacia abajo y vio unas manos negras aferrándolo con fuerza, impidiéndole seguir y hacer su cometido.

—¡Alasdair! —vociferó Cora con desesperación.

El aludido levantó su mirada azul hacia ella y vio el dolor y el miedo. Era la primera vez que veía el segundo sentimiento en los ojos de la joven.

—¡Cora! —gritó con desesperanza.

En ese instante, la joven golpeó al mercenario y logró incorporarse y ponerse en pie. Cora intentó acercarse a él, pero su enemigo se recuperó enseguida y tiró del brazo de la joven. La giró con rapidez y clavó una daga en el centro del pecho de esta. Los ojos de Cora se abrieron desmesuradamente y se giró hacia él con la daga clavada hasta el fondo. La sangre comenzó a salir de la herida y cubrir su ropa. Alasdair gritó, pero no salió voz de su garganta. Y en el momento en el que Cora caía al suelo, muerta, el guerrero se despertó totalmente empapado en sudor.

Alasdair se escuchó a sí mismo gritando algo que no logró saber qué era. Se había sentado en la cama con la respiración acelerada y una mano en el pecho, como si tuviera algo que le doliera allí, y no era más que la posible pérdida de Cora.

Por primera vez en su vida, Alasdair sintió miedo. Tenía la impresión de que todo su mundo se venía abajo; de que su vida cambiaría por completo y de que nada tendría sentido si la perdía. Simplemente, no podía. El guerrero bajó la mirada hacia sus manos y las vio temblar como nunca. Incluso bajo las sábanas las piernas temblaban demasiado. Su pecho estaba brillante debido al sudor que lo recorría. Sentía varias gotas escurriéndose por su espalda, hasta acabar contra las sábanas. Y a pesar de que los minutos seguían corriendo, todo su ser seguía asustado.

Alasdair apartó las sábanas. Acababa de tener el peor sueño de su vida. Desde hacía demasiados años temía perder a Cora, pero nunca lo había visto tan cercano como ahora. Y no solo temía perderla por culpa de los Ross, que la perseguían, también por lo que él mismo había hecho para hacerle daño y alejarla de él con la intención de olvidarla. Pero todo lo que había hecho no había servido para nada, pues siempre se sentía atraído por ella; sabía cómo se sentía, dónde estaba, qué decir para hacerla sentir mejor… Para él, Cora era una extensión de su corazón y de su brazo porque no solo era la mujer a la que amaba, era la guerrera con la que deseaba luchar en una batalla. Era su mayor orgullo y nunca había podido decírselo.

Alasdair se levantó con piernas temblorosas y únicamente vestido con unas calzas. Necesitaba verla. Saber que se encontraba bien y no con una daga clavada en el pecho hasta la empuñadura. Su mente bullía de imágenes

vividas en el sueño y que habían sido tan reales que aún no era capaz de discernir entre la realidad y lo onírico.

Respirando con cierta dificultad, Alasdair se lanzó contra la puerta. Su nerviosismo no podía esperar a verla hasta el día siguiente. Por ello, caminó con paso rápido por el pasillo, hasta su dormitorio. Agradeció que la joven durmiera cerca de él, ya que así no tendría que pasar delante del dormitorio de Rowan o Sloan, pues tendría que dar muchas explicaciones.

Cuando llegó junto a la puerta tras la que esperaba encontrar a Cora, no llamó, ni siquiera se planteó hacerlo. Simplemente, su mano se elevó y abrió. Entró en el dormitorio como una exhalación y no pudo evitar dejar una exclamación de horror al ver que la cama de la joven estaba completamente vacía.

—¡Alasdair!

En ese momento, la voz de la joven sonó como algo angelical, un soplo de aire fresco en medio de un fuego eterno… Alasdair cerró la puerta tras de sí y llevó su mirada hacia la ventana. Sentada sobre la jamba se encontraba Cora, que lo miraba con el camisón puesto y una expresión de sorpresa dibujaba en la cara.

A pesar de ser un hombre que podía presumir de su contención, en los últimos días había demostrado que estaba perdiendo facultades, por lo que dejó escapar un profundo suspiro de alivio. Momentáneamente, pensó que el sueño que había tenido se había hecho realidad, pero ahora que volvía a ver brillar el pelo de la joven y sus ojos mirándolo con curiosidad solo pudo llevarse una mano al pecho desnudo y respirar hondo.

—¿Ocurre algo? ¿Qué haces aquí?

Otra vez esa preciosa voz… Alasdair siempre había pensado que Cora poseía la apariencia de una guerrera y el espíritu de un hada, pues su voz no parecía pertenecer a este mundo.

La vio levantarse de la jamba de la ventana para acercarse a él con la preocupación reflejada en los ojos. Pero el guerrero aún no había encontrado la voz en su garganta para responder, tal y como le había ocurrido en esa pesadilla. Se había quedado sin poder hablar por primera vez en su vida, y eso lo había provocado el alivio al verla con vida y a salvo en el castillo.

Cora paró sus pies cuando llegó junto a él y se preguntó qué estaba

pasando para que Alasdair hubiera aparecido a esas altas horas de la madrugada en su dormitorio. No podía dormir, por lo que se había levantado hacía ya un rato. Pero lo que no habría imaginado jamás era que este abriría de esa forma tan abrupta la puerta de su dormitorio, sobresaltándola, sorprendiéndola y preocupándola sobremanera, especialmente por su silencio.

Al llegar junto a él se dio cuenta de que Alasdair temblaba de forma incontrolable. Nunca lo había visto así, ya que él era un hombre que solía tener todo el control de sus sentimientos. Pero en ese momento no lo era. Al contrario, parecía un niño que se había alejado de sus padres y se había perdido.

Lo vio sudar, y al escuchar la respiración trabajosa de su pecho, a Cora solo se le ocurrió hacer una cosa. Elevó ambas manos y las posó sobre su mentón. La barba de este le pinchó, pero no le importó. Alasdair no se encontraba bien y estaba dispuesta a dejar a un lado su guerra para ayudarlo. Era la primera vez que lo tocaba así y, a pesar de que era simplemente una caricia en la cara, Cora no pudo evitar ponerse nerviosa.

En ese momento, como si el guerrero hubiera reaccionado y la viera por primera vez, se sobresaltó y la miró de forma penetrante. La joven dejó que la observara como deseaba, haciéndole ver que no estaba solo, sino con ella.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó con voz suave.

—Estás aquí —respondió él con voz ligeramente ronca.

—Sí, es mi dormitorio —dijo la joven sin saber realmente qué esperaba escuchar de sus labios. Sin embargo, al ser consciente de lo que realmente quería Alasdair, añadió—: ¿Dónde creías que estaba?

—Muerta —respondió él con simpleza—, con un puñal clavado en el pecho.

Cora frunció el ceño y lo miró sin comprender. Dio un paso más hacia él, dejando que su cuerpo rozara el pecho desnudo de Alasdair para hacerle ver que realmente estaba viva. Supuso que había tenido una pesadilla y por eso se había presentado de esa manera en su dormitorio. Pero no estaba segura de si lo que más la sorprendía era el miedo que parecía haber pasado o que se hubiera atrevido a ir allí a comprobarlo.

El guerrero la miraba con intensidad, más que nunca. Su cuerpo seguía temblando, aunque no con tanta fuerza como segundos atrás. Su respiración

se había calmado ligeramente y el miedo en sus ojos parecía desaparecer con el paso del tiempo. Sin embargo, dentro de él seguía habiendo un sentimiento que no era capaz de descifrar. A su mente llegó el recuerdo de la conversación que había mantenido con Nic y la seguridad con la que este le había dicho que Alasdair también la amaba. Intentó descubrirlo en ese momento, y lo que vio en él logró sobresaltarla.

El silencio se extendió en el dormitorio y Cora no sabía exactamente qué debía hacer, por lo que intentó apartar las manos de la barbilla de Alasdair ahora que parecía sentirse mejor. No obstante, con un movimiento rápido, este apresó sus muñecas y le pidió en silencio que las mantuviera donde estaban. Ella obedeció, pero no pudo evitar ponerse realmente nerviosa al ver que él acortaba aún más la distancia. El pecho de ambos se unió y, aunque Cora tenía puesto el camisón, la tela de este era tan fina que parecía estar completamente desnuda ante él.

Esa cercanía, esa mirada, ese increíble atractivo de Alasdair y el poder que rezumaba por cada poro de su piel provocaron que fuera Cora quien ahora temblara ante él, aunque por motivos diferentes.

Al pensar que no haría nada más, Alasdair la sorprendió de nuevo elevando una mano para posarla en su mejilla, tal y como ella hacía. Cora hizo todo lo posible para que su respiración no se acelerara, pero estaba segura de que iba a fracasar estrepitosamente.

—Eres tan hermosa… —susurró el guerrero—. La mujer más hermosa que he visto jamás.

En ese instante, Cora creyó que iba a desmayarse. La respiración se le entrecortó y las piernas comenzaron a temblar tanto que estaba segura de que Alasdair se daría cuenta de inmediato. Quiso creer que aún estaba ligeramente imbuido por el sueño que había tenido, pero sus ojos reflejaban algo muy diferente a lo que mostraba hacía unos minutos. Vio deseo y una imperiosa necesidad de tenerla entre sus brazos, pero ella prefirió quedarse quieta y esperar el siguiente movimiento del guerrero, pues, esta vez, sería él y no ella quien diera el primer paso.

Alasdair acercó su rostro y elevó la otra mano para aferrarla totalmente. Cora sintió el calor de sus manos y dio gracias a que estas taparan sus mejillas, pues estaba tan sonrojada que temía hacer el ridículo una vez más frente a él.

—Pensaba que era una mocosa —susurró la joven sin poder evitarlo.

Pero Alasdair negó con la cabeza.

—La mayor de mis mentiras —respondió el guerrero con voz suave, casi ininteligible—. Esa mocosa se convirtió hace mucho tiempo en una mujer maravillosa; una guerrera; una mujer de la que debería alejarme, pero a la que deseo con todas las fuerzas de mi alma…

—¿Por qué dices eso? —preguntó sin aliento.

Alasdair unió su frente con la de la joven, dejando sus labios a escasos centímetros de su boca.

—Porque es la verdad, Cora. No te puedes imaginar la de veces que me he visto besándote, acariciándote, haciéndote el amor…

Los labios del guerrero rozaron los de la joven, que contuvo el aliento. Sus manos, que aún estaban sobre la barba de este, descendieron hacia su pecho, dejándose caer, incapaz de mantenerse firme. Cora sabía que estaba perdiendo la batalla contra él de nuevo, que iba a mostrar sus sentimientos hacia él una vez más, y sabía que era peligroso. Pero no podía evitarlo.

—Creía que me odiabas, no que me deseabas —susurró la joven.

Alasdair sonrió y negó con la cabeza.

—Tenía que enmascarar ese deseo con odio porque eres una mujer prohibida para mí, Cora. Te deseo, pero eres la hermana de Rowan y la hija del hombre que me acogió. Debería verte como una hermana y, sin embargo, te veo como la mujer más hermosa que he visto jamás; te veo como la mujer fuerte con la que me gustaría luchar a su lado; como mi amante; como la madre de mis hijos… Te veo en todos lados, Cora…

Alasdair gimió de forma lastimera contra sus labios.

—Pero estás prohibida.

La joven cerró los ojos unos instantes y volvió a rozar sus labios contra los de Alasdair. Sentía que estaba a punto de echar a arder, pues el calor recorría su cuerpo, amenazándola, posándose en el centro de su vientre y su entrepierna. Lo deseaba. Ella también lo deseaba y, que Dios la perdonara, pero si él quería, se entregaría a él para intentar poner freno a lo que sentía, pues iba a consumirla algún día. Y Alasdair le estaba demostrando que él profesaba exactamente lo mismo.

—No soy una prohibición, Alasdair —susurró con un gemido atascado en

la garganta.

El guerrero se mordió el labio inferior con fuerza, como si con ese gesto pudiera contenerse. Sin embargo, perdió irremediablemente.

—Soy tuya, Alasdair.

—Mía… —gimió el guerrero contra sus labios.

Este sentía que su cuerpo estaba a punto de explotar. La deseaba con todas las fuerzas de su alma, pero temía hacer algo que la alejara definitivamente de él. Sabía que estaba manteniendo una guerra consigo mismo, y supo que la había perdido cuando los labios de Cora volvieron a rozar los suyos. Su cuerpo se contrajo y los dedos que aferraban su rostro se tornaron más posesivos.

—Eres mía, Cora.

La joven respondió con un asentimiento de cabeza.

—Solo mía… —gimió antes de perder la batalla contra sí mismo y besarla.

Cora lo recibió con un leve gemido y lo aferró con fuerza de los hombros desnudos. Le temblaban tanto las piernas que estaba segura de que iba a caerse al suelo, pero Alasdair pareció percibirlo y le subió el camisón para quitárselo, separándose de ella ligeramente. La miró a los ojos y vio el deseo que ardía dentro de sus ojos. Eso le hizo perder el norte para entregarse completamente a ella. Notando su temblor, Alasdair la aferró de las nalgas y la elevó del suelo.

Cora rodeó su cadera con las piernas mientras las fuertes manos del guerrero se aferraban a su trasero desnudo. Jamás imaginó que pudiera estar en esa tesitura junto a él, pero en ese instante no quería pensar en eso, sino dejarse llevar por una vez en su vida. Por fin estaba donde quería estar con él y no podía pararse a pensar en todo lo vivido antes de eso.

Alasdair rugió de auténtico placer cuando la llevó junto a la pared, apoyándola en ella mientras seguía besándola sin parar. Una de sus manos abandonó su trasero para acariciar su muslo, disfrutando de la suavidad de su piel y sorprendiéndose por que una mujer con su fuerte carácter tuviera la piel de esa manera. Siempre se la había imaginado más dura, más tosca. Y, sin embargo, Cora poseía una piel con tanta suavidad que parecía terciopelo. El guerrero se dedicó varios minutos a disfrutar de esa sensación

mientras su lengua comenzó a jugar dentro de la boca de la joven.

No podía dejar de besarla. En su interior solo pensaba en devorarla, en dejar salir de una vez por todas lo que había escondido durante años. Ya era momento de mostrarlo y hacérselo ver a Cora. Por ello, el guerrero le abrió más la boca con la lengua y la penetró con ella al tiempo que sus pechos juguetones y cálidos reclamaban su atención. Sin embargo, no quería ir tan deprisa.

Durante varios minutos, la tuvo así, contra la pared, besándola con intensidad y acariciando su piel de una vez por todas. Al cabo de un tiempo, la cargó de nuevo sin soltarla hasta la cama, donde la dejó caer con suavidad y la cubrió rápidamente con su cuerpo. En ese momento, las piernas de la joven dejaron de rodearlo, pero no lo soltó. Las manos de esta lo abrazaron, acercándolo más a ella, pero Alasdair se limitó a besarla unos segundos para separarse después. La miró en completo silencio y sonrió de lado al ver sus mejillas totalmente rojas y sentir cómo su cuerpo ardía de deseo por él. Su respiración acelerada le indicaba que estaba deseosa de que siguiera besándola, pero Alasdair tenía otros planes.

No había esperado toda una vida ese momento para ahora ir rápido. Descendió la cabeza y la besó en el cuello, arrancándole gemidos de placer. Cora dejó caer la cabeza hacia atrás, mostrando más piel de su cuello, por lo que el guerrero se detuvo a devorarlo. Una de las manos de la joven apretaba su hombro contra ella, pero la otra había ascendido hasta su pelo, entre cuyos mechones enredó sus dedos y lo acercó más a ella.

Su espalda se arqueó de placer, pues se sentía incapaz de soportar tanto dentro de su cuerpo. Tenía la impresión de que iba a desmayarse, pero sabía que, esta vez, Alasdair la recogería por completo.

Poco a poco, el guerrero descendió por su cuerpo, hasta sus pechos, a los que les dedicó una gran cantidad de tiempo. Atrapó entre sus labios uno de los pezones mientras que, con la otra mano, la acariciaba con suavidad.

Las manos de Cora se dirigieron hacia las sábanas de la cama, las cuales apretó con fuerza al tiempo que todo su cuerpo temblaba de placer ante las caricias y los lametones de Alasdair. Este la estaba devorando mientras ella no dejaba de gemir. Jamás en toda su vida había sentido semejante placer y nunca había imaginado que en ese acto pudiera experimentar tanto como en ese momento.

Minutos atrás habían parecido olvidar lo que había sucedido ese día, sus peleas, su guerra particular para convertirse en un hombre y una mujer que hacía demasiado tiempo que se deseaban y necesitaban sacar de su cuerpo aquel deseo para evitar ser consumidos por el fuego que había en su interior.

—Por Dios, te he deseado tanto… —murmuró Alasdair contra la piel de sus pechos.

Su aliento consiguió hacerle cosquillas y sonrió. Cora descendió su mirada hacia él y lo vio sonreír con intensidad. Jamás lo había visto de esa forma tan desinhibida, tan seguro de sí mismo, tan ardiente… Siempre le había parecido demasiado serio, pero en ese instante creyó tener delante a un hombre diferente. Y temió obsesionarse con él después de conocerlo mejor.

Sin dejar de mirarla, Alasdair depositó besos en su vientre y siguió descendiendo. La joven apoyó los codos en la cama y lo observó. No podía dejar de mirarlo. El guerrero poseía un embrujo a su alrededor que le impedía hacerlo. Y cuando lo vio llegar a su entrepierna, este rodeó sus piernas con sus manos y estrechó la distancia con ella. Comenzó a besarla en la zona más íntima de su cuerpo, más ardiente y más delicada en ese instante. Sus ojos se cerraron de golpe, su cabeza cayó hacia atrás irremediablemente y su cuerpo comenzó a temblar de nuevo ante el batiburrillo de emociones y sentimientos que despertaron en su interior.

De su garganta volvió a escapar un gemido que llevaba el nombre del guerrero. Este sonrió contra su entrepierna y apretó los dedos alrededor del muslo de la joven. Una mano de esta viajó hasta su cabeza, donde agarró varios mechones de su pelo y lo apretó con fuerza contra ella mientras se retorcía de dolor. Y en el momento en el que pensaba que jamás podría sentir aún más, el placer aumentó cuando uno de los dedos juguetones de Alasdair se introdujo dentro de su cuerpo, explorando, acariciando, haciéndola desear aún más.

Su cadera se elevó, buscando más.

—Tranquila, pelirroja… —susurró contra su cuerpo—. Te escucharán.

—No me importa… —dijo con un gemido, arqueando más la espalda.

Alasdair rio y la penetró incansablemente con el dedo al tiempo que seguía devorando su entrepierna. Y en un momento dado, la joven se

entregó por completo al orgasmo, que él absorbió por completo.

Cuando el cuerpo de Cora comenzó a relajarse, Alasdair se incorporó. Limpió su boca con la mano y le sonrió al tiempo que se quitaba la poca ropa que aún vestía. La tiró a un lado de la cama y la cubrió con su cuerpo. Disfrutó mirándola a la cara, donde aún podían verse los restos de placer y el deseo de más, pero también lo que sentía por él. Por primera vez, Cora dejaba caer las murallas entre ellos y le enseñaba lo que había en su interior. Y le encantó saber que era lo mismo que él sentía.

Apoyando los codos en la cama y apretando su cuerpo contra ella, Alasdair no dejó de mirarla a los ojos. Deseaba hacerlo mientras la penetraba para ver su reacción. Y cuando sus ojos se abrieron un poco más, al recibirlo, el guerrero la besó tiernamente en la nariz. Sabía que estaba muy dotado y que podría hacerle daño, pero Cora parecía estar hecha para él y acabó gimiendo con fuerza cuando la penetró por completo.

Esta lo miró a los ojos, repleta de deseo. Alasdair sonrió tiernamente y salió de su cuerpo unos segundos, tan solo para volver a penetrarla lentamente, disfrutando de lo que le hacía sentir. Su miembro palpitaba con fuerza, reclamando su propio placer de una vez por todas, pero quería hacerla disfrutar para que jamás volviera a verlo como un enemigo, sino como el mejor amante que podría haber tenido nunca.

Los puños de Alasdair se apretaron contra las sábanas, conteniéndose. El joven cerró los ojos unos instantes, incapaz de hacerlo, pues su cuerpo temblaba con ferocidad, reclamando más, casi suplicándole que aumentara la velocidad. Y cuando por fin lo hizo, a petición de la propia Cora, que lo rodeó con las piernas y arqueó su espalda, lanzó un fuerte gemido que llevaba el nombre de la joven. Había esperado tantos años en su vida para tenerla entre sus brazos que deseaba alargar ese momento todo lo que estuviera en sus manos. No quería que se desvaneciera y fingieran no haber hecho nada entre ellos. Quería seguir así el resto de su vida. Deseaba tener a Cora para él, entregarse a ella cada día y hacerla suya, que disfrutara de esos momentos y se sintiera segura de una vez por todas.

—Alasdair… —gimió la joven contra sus labios.

El guerrero absorbió cada gemido, cada reclamación, cada instante y lo guardó para sí en lo más profundo de su ser para no olvidarlo jamás. Se dijo que lo atesoraría con mimo para desempolvar ese recuerdo cuando lo necesitara.

Comenzó a penetrarla con más fuerza poco a poco, aumentando el placer de ambos, hasta que por fin se derramó dentro de ella, al tiempo que Cora se aferraba con fuerza a sus nalgas y se dejaba ir en un poderoso y potente orgasmo que le arrebató la vista durante unos segundos.

Y mientras temblaba entre los brazos de la joven, Alasdair se dio cuenta de que había cometido el peor error de todos al hacerla suya. Se dijo que no debía haberlo hecho, que lo había prometido y que acababa de fallarle a la persona más importante de su vida. Pero su corazón había hablado, y no podía ignorarlo.

Se dejó caer junto a la joven, a la cual atrajo hacia él en cuestión de segundos. Ya que había fallado, no le importaba hacerlo un poco más. Y si moría después de todo, al menos lo haría con el corazón de Cora en sus manos, pues sabía que lo amaba tanto como él a ella.

En silencio, Alasdair suspiró. Sabía que había acelerado su muerte irremediablemente, pero se dijo que la aceptaba con gusto, pues lo que sentía por Cora era más fuerte que el miedo a la muerte.

CAPÍTULO 10



La primera en despertar al día siguiente fue Cora. En el momento en el que el cielo comenzó a tomar una tonalidad clara, indicando que un nuevo día se aproximaba, Cora abrió los ojos y se desperezó largamente sobre la cama. En sus labios se dibujó una sonrisa al darse cuenta de que era el mejor despertar de toda su vida.

Los recuerdos de la noche anterior aún seguían latentes en su mente y no podía creer que se hubiera entregado con esa pasión a Alasdair. Las barreras se habían borrado entre ellos, provocando que pudieran verse por fin como lo que eran: dos personas que se amaban en silencio y se deseaban con todas sus fuerzas. Rezó para que las cosas entre ellos siguieran así y pudiera tener una relación con él como sus hermanos habían logrado tener en los últimos meses.

Dirigiendo su mirada hacia su izquierda, Cora se fijó en la espalda de Alasdair. Este se encontraba girado hacia el otro lado, por lo que no podía verle la cara, aunque sí el resto de su poderoso cuerpo. Cora levantó ligeramente las sábanas y se detuvo a observar su impresionante anatomía. No sabía si él era consciente de ello, pero poseía una fuerza y una seguridad que era capaz de envolverla incluso estando dormido. Junto a él sentía que todo estaba bien, incluso a pesar de tener a todo un clan detrás de ella para acabar con su vida. Alasdair le aportaba la fuerza que le faltaba, la serenidad, la calma y la seguridad en sí misma. Y desde la noche anterior, Cora tenía la impresión de ser invencible.

Sin perder la sonrisa, la joven recorrió la espalda de Alasdair con la mirada hasta bajar a su trasero. El día anterior había descubierto que lo tenía tan duro como una piedra, y aún tenía la marca de sus uñas sobre su piel.

Cora bajó la sábana y se acercó a él. Pegó sus pechos a la espalda del

guerrero, que no se movió, ya que estaba profundamente dormido, y pasó una mano por encima de su cintura. Rezó para que ese momento durara eternamente, para que nada ni nadie los interrumpiera, para que todo lo demás desapareciera y no tuviera que dar explicaciones ni ir a la guerra. Solo quería quedarse con él, sin arrepentimientos, sin guerras entre ellos, sin dolor.

La joven inspiró con fuerza. El olor de Alasdair era particular y le arrancó una amplia sonrisa. De repente, se sentía como una niña pequeña a la que le regalan el muñeco de sus sueños, a la que le dejan saltar en los charcos sin importar las manchas del barro, a la que dejan ser completamente libre. A lo largo de su vida había tenido situaciones de felicidad que la habían hecho reír y sentirse bien, pero ninguna podía compararse con el hecho de haberse entregado al hombre al que amaba.

Y en ese instante, se dijo que había estado a punto de cometer la peor locura de su vida. Se había jurado ir ella sola ante los Ross para entregarse a ellos y morir para salvar a su gente, pero en ese instante veía la vida de otra manera. Parecía haber un horizonte para ella, un posible camino de vida en el que poder estar tranquila y disfrutar. Se preguntó si Alasdair también querría estar junto a ella y si, juntos, podrían derrotar a sus enemigos.

Los minutos pasaron y la joven no pudo resistirse a acariciar el cuerpo del guerrero. Poco a poco, este comenzó a despertar. Respiró hondo y giró su cuerpo hacia ella. Cora sonrió aún más mientras sus dedos recorrían el vello del pecho del guerrero. Lo acarició al tiempo que este se restregaba los ojos antes de abrirlos.

En ese momento, Cora se apartó ligeramente y lo observó, esperando a que dijera algo.

—Buenos días… —fue lo primero que salió de la garganta del guerrero.

Su voz sonó aún adormecida y tan enronquecida que Cora tuvo la sensación de que volvía a excitarse tan solo con escucharlo. La noche anterior se había quedado realmente saciada, pero tenía tantas ansias por sentirlo de nuevo dentro de ella que tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no subir sobre su vientre y hacerlo suyo una vez más.

—¿Has dormido bien? —le preguntó la joven sin poder evitar sonrojarse.

Alasdair asintió y le sonrió. Ver cómo sus pecas se hacían más visibles con ese sonrojo le gustaba en demasía. Levantó una mano y acarició una de

ellas. Con el pelo revuelto y la sábana ligeramente caída, mostrando parte de su cuerpo desnudo, Cora estaba realmente hermosa. De hecho, la habría hecho suya de nuevo de no ser porque no quería demorarse en levantarse. No quería dar demasiadas explicaciones a Rowan, a quien intentaría evitar a toda costa. Pero no quería pensar en eso en ese instante. Iba a disfrutar del momento y ya volvería a convertirse en el guerrero frío que todos esperaban.

—¿Te duele algo? —preguntó Alasdair.

Cora sonrió y negó con la cabeza, acercando su rostro al del guerrero para besarlo.

—Estoy bien.

Este la acogió entre sus brazos y le acarició la espalda con lentitud, disfrutando de cada centímetro de su piel. Se dijo que estaba dispuesto a acariciarla todo el tiempo del mundo, independiente de lo que estuviera pasando fuera de allí. Sin embargo, también sabía que lo iban a reclamar en cuestión de minutos. Por ello, la besó con rapidez y se incorporó en la cama.

—Podríamos quedarnos unos minutos más. Solo acaba de amanecer.

Alasdair la miró por encima del hombro con una sonrisa.

—Tengo que ir a mi dormitorio a vestirme y tardaré. Rowan sabe que soy de los primeros en levantarme, y sospechará que pasa algo.

Cora se sentó en la cama, completamente desnuda, pero no le importó que la sábana se escurriera y dejara expuesto su cuerpo desnudo. Con cualquier otro hombre sabía que se sentiría extraña, pero con Alasdair tenía la impresión de que lo había hecho durante toda su vida y no sentía vergüenza.

—Bueno, tal vez es lo que nos conviene, que se entere…

—¿Por qué dices eso?

—Porque así sería consciente cuanto antes de que su hermana y su mejor amigo se aman y tal vez acaben casados…

Cora fue consciente del significado de sus palabras cuando vio que Alasdair se tensaba al instante y se levantaba de la cama para girarse hacia ella. El guerrero la observó desde su posición y lo vio fruncir el ceño ligeramente.

—¿He dicho algo que no debía?

Alasdair carraspeó y rechinó los dientes. Una de las cosas que más deseaba en la vida era poder casarse con ella, tener una familia, amarla a diario y decir a los cuatro vientos que estaba enamorado de ella. Pero otra cosa muy diferente era poder hacerlo realidad. Alasdair era consciente de quién era él y quién era ella, y, tal y como le había dicho la noche anterior, era prohibida. Sabía que, después de eso, iba a morir, pero no quería exponerla a ella a una muerte segura.

—No es eso, Cora, es que ahora mismo no sé si lo mejor para ambos es iniciar una relación.

La joven frunció el ceño y se levantó de la cama totalmente desnuda. Lo miró desde el otro extremo y puso los brazos en jarras sin ser consciente de la excitación que sentía Alasdair al verla en ese estado.

—Pero anoche nos encamamos. Dijiste que me deseabas y me lo hiciste saber una y otra vez, Alasdair. ¿Eso no es compromiso?

El guerrero tragó saliva. Habría deseado mil veces no tener esa conversación justo al despertarse después de haberla hecho suya, ya que estaba seguro de que pensaría cosas que no eran ciertas.

—Y te sigo deseando, Cora, pero creo que lo mejor es dejar ahora las cosas como están.

La joven dejó escapar un resoplo.

—¿Acaso solo querías usar mi cuerpo? ¿Para eso me alejaste de Nic? ¿Querías tenerme solo para ti y así jugar conmigo?

—Lo de anoche no fue un juego para mí, Cora.

—Pues no lo parece, Alasdair. No te estoy pidiendo que te cases conmigo esta misma tarde, pero pensaba que lo que hemos hecho significaría algo para ti, algún tipo de compromiso conmigo. Si no, ¿por qué habrías irrumpido así en mi dormitorio y me habrías besado?

Cora sentía las mejillas totalmente rojas por la vergüenza. Y cuando se dio cuenta de que estaba completamente desnuda, se tapó con ambas manos como pudo.

—¿Crees que yo me entrego al primero que viene a mi dormitorio? Yo no soy así.

—Lo sé, Cora, porque, en caso de ser diferente, le habría roto las piernas al que se hubiera atrevido a tocarte.

La joven lo miró sin comprender.

—Entonces, ¿por qué me dices esto? ¿Por qué no quieres estar conmigo a pesar de que me deseas?

Alasdair apretó los puños.

—Porque creo que es lo mejor para los dos. Yo ya me he condenado, no quiero hacer lo mismo contigo.

—¿Quién te ha dado permiso para decidir por mí, Alasdair? Si yo elijo condenarme y quemarme es mi decisión.

—Me parece bien que lo hagas, Cora, pero no por mí. Jamás podría vivir con el peso de tu muerte a mi espalda. Después de lo de anoche, estoy condenado. Ojalá pudieras entenderlo.

—¡Explícamelo!

El guerrero dudó un instante, pero acabó negando con la cabeza. Las últimas palabras de su padre resonaron con más fuerza en su mente, ahogándolo, y no se atrevió a decir nada.

—Tal vez algún día lo entenderás.

Cora le dio la espalda y se acercó a la ventana.

—Siempre tan enigmático, Alasdair. Siempre tan metido en ti…

—Todo lo que hago es para protegerte, Cora.

La joven lo miró por encima de su hombro. En sus ojos volvía a ver el reflejo de la ira; un enfado que claramente estaba dedicado a él y que la noche anterior deseó no volver a ver jamás, pero sabía que lo que hacía era para protegerla y hacer que tuviera una vida plena, aunque fuera sin él. Sin embargo, en ese instante no podía explicar nada. Y solo le quedaba esperar a que la rabia y la frustración desaparecieran de nuevo de aquellas esmeraldas que lo atravesaban en ese instante. Los muros entre ellos volvían a elevarse, pero Alasdair sabía que era para siempre.

Por ello, suspiró y caminó hacia la puerta, pero la voz de Cora lo detuvo.

—Eres un maldito cobarde, Alasdair Mackay. Nunca has tenido los cojones suficientes para dejar a un lado las órdenes de los demás y poder vivir tu propia vida.

Alasdair la miró por encima del hombro con gesto apesadumbrado y la mano sobre el pomo de la puerta.

—Mi destino estaba sellado cuando aún era un niño, al igual que el tuyo… No tengo elección.

—Todo el mundo tiene elección —le espetó la joven con lágrimas en los ojos.

—Entonces, elijo protegerte, incluso de mí mismo.

Cora apretó los puños con fuerza y lo miró una última vez antes de que Alasdair la dejara completamente sola. En el momento en el que la puerta se cerró tras su marcha, la joven se dejó caer al suelo, llorando, sin importarle su desnudez, tan solo dejando que su corazón roto, una vez más, pudiera dejar salir todo el dolor.

Durante la noche anterior, que había sido mágica, había dejado volar su imaginación, había llegado a pensar que su vida por fin tendría un sentido y que podría vivir plena junto a él. Su mente también había decidido dejar a un lado la locura que había estado a punto de cometer, pues solo así podría tener un futuro junto a él. Pero ya no sería así. Mientras lloraba se juró que en el momento en el que limpiara la última lágrima de sus ojos se vestiría y prepararía para marcharse del castillo. Ahora ya no tenía un futuro, un camino, un propósito de vida. No. Volvía a quedarse sola, y tenía que cumplir con su destino. Mientras dejaba caer las lágrimas se dijo que ya no tenía a nadie que la retuviera en el castillo, pues Alasdair le había dejado claro que no estaría con ella jamás.

Y el dolor fue el que tomó la decisión. Su mirada cambió. Se hizo más dura, más profunda. La cicatriz de su mano picó ligeramente, como si le recordara que había hecho un juramento.

Cora se levantó del suelo, limpió su última lágrima y miró hacia su espada con el ceño fruncido.

—Ya es hora de acabar contigo, Ruairidh Ross.

Cora guardó la alforja con comida entre su capa para evitar que alguien pudiera verla. Salió por la puerta de atrás de las cocinas y así no cruzar por los pasillos más transitados. Cuando llegó a una de las esquinas del castillo, miró a su alrededor para comprobar si los guerreros estaban entrenando. Descubrió que aún no habían ido ni habían hecho el cambio de guardia. Por ello, caminó entre los obstáculos para evitar ser vista. Lo hizo con disimulo, intentando hacerles ver que simplemente se encontraba paseando antes del

desayuno. Tenía ante sí uno de los momentos más difíciles, pero si Sloan y Morag habían logrado entrar en el clan Gunn con mentiras, ella podría salir del suyo también con la misma táctica.

En el momento en el que pudo introducirse en las caballerizas y esconderse de posibles miradas, Cora dejó escapar un suspiro de alivio. Rezó para que esa vez Alasdair no la siguiera a ningún lado como solía hacer, ya que, si lograba alcanzarla antes de llegar a tierras Ross, estaría perdida. Su hermano Rowan le prohibiría luchar en la guerra, y no quería volver a quedarse en la retaguardia.

Casi voló hacia la cuadra en la que se encontraba su caballo. Entró en ella y cerró la puerta de madera para que nadie la viera. Tomó entre sus manos la montura y la colocó con precisión. Tras tenerla lista, Cora colgó las alforjas a un lado y a otro y se quedó apoyada sobre el lomo del animal mientras intentaba calmar los rápidos latidos de su corazón.

Cuando por fin lo logró, puso atención a los ruidos de su alrededor, pero no había nadie más que ella en las caballerizas. Salió de la cuadra y la cerró tras de sí. Debía disimular unos minutos antes de salir del castillo. Por ello, Cora se dirigió hacia el interior caminando como si nada, disimulando todo lo que su corazón le permitía y rezando para que nadie notara nada en su rostro o mirada.

La joven miró hacia el cielo antes de entrar por completo en la fortaleza y sonrió ampliamente. Estaba comenzando a llover y, probablemente, en cuestión de minutos el cielo descargaría bastante agua. Eso le gustó, ya que podría escapar del castillo con facilidad al no tener que dar demasiadas explicaciones.

La joven se internó en la fortaleza y caminó por el pasillo hacia el gran salón. Apenas se cruzó con un par de sirvientes que la saludaron, pero la joven siguió hacia su destino después de devolverles el gesto.

—¿De dónde vienes de tan buena mañana?

La voz de Rowan la sobresaltó y Cora agachó la mirada para darse cuenta de que se había dejado la capa puesta en lugar de en las cuadras. Disimulando, la joven sonrió y se encogió de hombros al tiempo que se aproximaba a su asiento y se dejaba caer contra la silla.

—De dar un paseo por el patio. Me he puesto la capa porque ha comenzado a llover y no me apetecía tener que cambiarme de ropa.

Cora miró a los ojos de Rowan para comprobar si su mentira había sido aceptada, y al ver que su hermano asentía, le devolvió una media sonrisa. Los demás comenzaron a desayunar, algo que agradeció, pues no le gustaba ser el centro de atención, especialmente en ese instante en el que pensaba abandonarlos y escapar de allí para enfrentarse ella sola a los Ross. Sin embargo, había una mirada que no dejaba de posarse sobre ella, una misma mirada a la que durante la noche le habría dado una parte de su alma para que la guardara con mimo y, al contrario de lo que esperaba, le había clavado un puñal en el corazón.

Cora levantó la mirada y vio que Alasdair la estaba mirando con cierta curiosidad, aunque una parte de él aún guardaba la rabia por su discusión de esa mañana. La joven hizo acopio de todas las oraciones que conocía para pedir no sonrojarse, pues aún podía sentir las callosas manos de Alasdair en su cuerpo y su lengua lamiendo… Cora carraspeó y apartó la mirada, incapaz de sostenérsela.

Se sirvió algo de comida a su tazón y comenzó a degustarla mientras escuchaba de fondo la conversación de los demás; una conversación que no le interesaba y que ni siquiera deseaba seguir.

Pero, a pesar de que su atención quería estar puesta sobre lo que estaba a punto de hacer, Cora no podía dejar de olvidar en el daño que le había hecho Alasdair. ¿Cómo era posible que la rechazara después de haberse entregado a él? ¿De verdad ese hecho no valía nada para el guerrero? Le había dado lo más íntimo de su ser, y ya no le quedaba nada por entregarle. Le había dado algo que no había cedido a nadie, pero parecía no haber valido nada para él. Y eso le dolió terriblemente.

Los ojos de Cora se llenaron de lágrimas que se obligó a apartar. Con disimulo, la joven se tapó la cara, fingiendo apoyar la cara sobre una mano, aburrida. Pero para Alasdair no había escapatoria y en el momento en el que se hartó de su mirada, dejó caer la cuchara contra la mesa con cuidado.

Si no la amaba ni quería estar con ella, ¿por qué demonios seguía mostrando interés? ¿Por qué la observaba? ¿Por qué parecía estar pendiente de ella como si estuviera a punto de saltar sobre la joven? Numerosas preguntas para ninguna respuesta. Pero ya no le importaba. Lo sucedido esa mañana le había dado alas para llevar a cabo su plan. Por él lo habría dejado, para tener una oportunidad, pero ya no.

Estaba dispuesta a morir. Y yo tendría miedo.

Cora se obligó a comer más deprisa para ser la primera en terminar su desayuno y escapar mientras los demás seguían en el salón. Por ello, tragaba casi sin masticar, aunque disimulando todo lo que podía. Agradeció al cielo que Alasdair hubiera apartado la mirada de ella para seguir la conversación de los demás, así que cuando la joven terminó su tazón, se levantó para marcharse.

—¿Ya te vas? Apenas has comido nada.

La voz de Gillian la sobresaltó, pero se giró con una sonrisa falsa en los labios. Los demás la observaban con atención y Cora sintió que su corazón se partía en mil pedazos al pensar que era la última vez que los veía.

—Sí, es que hoy la avena se me atraganta porque está más seca que en otras ocasiones.

—¿No te quedas para darnos tu opinión sobre el plan que estamos ideando para cuando podamos partir con los de mi clan? —preguntó Morag.

Cora tragó saliva y sonrió brevemente.

—Cualquier cosa que decidáis me parece bien. Si nos os importa, me he despertado con dolor de cabeza y me gustaría descansar.

Rowan asintió y la dejó marchar, aunque Cora los miró largamente unos segundos más. Tras esto, se obligó a moverse o comenzarían a sospechar sobre sus intenciones. En el momento en el que salió de allí se dijo que, si iban a hablar sobre los planes, tardarían un buen rato en salir de allí.

Por ese motivo, la joven recorrió con paso ligero el pasillo. Necesitaba llegar cuanto antes al caballo, inventar una excusa para salir de allí y escapar a toda prisa de las tierras que la habían visto nacer y crecer. Ya no había vuelta atrás. Así que salió al patio y, bajo la lluvia, caminó hacia las caballerizas al tiempo que se ponía la capucha sobre la cabeza y así protegerse del aguacero.

Casi voló hacia las cuadras cuando penetró en ellas, agarró las riendas de su caballo, montó sobre él y salió de las caballerizas con total serenidad.

—Por favor, que no me descubran… —susurró.

Con su capa, tapó las alforjas, por lo que nadie descubriría que las llevaba llenas de comida para un viaje sin retorno. Y en el momento en el que llegó al portón, esbozó una amable y falsa sonrisa.

—Siempre te toca vigilar en las peores horas, Henry.

El aludido le devolvió la sonrisa. Se conocían desde siempre y habían sido amigos, pero el guerrero nunca quiso ser demasiado cercano con ella por temor a meterse en problemas con Rowan. Sin embargo, sí era más amable que otros guerreros.

—Veo que tú también quieres mojarte… —fue la respuesta de este.

Cora se encogió de hombros.

—Tengo que ir al herrero para que me arregle el filo de mi espada —mintió descaradamente—. Quiero tenerlo a punto para el momento de marchar a la guerra.

—¿Por qué no vas en otro momento? Ahora llueve demasiado.

Cora sonrió aún más y miró hacia el cielo.

—¿Crees que unas simples gotas de lluvia me van a detener?

Henry sonrió y negó con la cabeza.

—Supongo que habrás avisado a tu hermano.

Cora tragó saliva, pero acabó asintiendo.

—Claro que sí. No tardaré en volver.

El guerrero abrió el portón y Cora estuvo a punto de lanzar un suspiro de alivio, aunque logró contenerlo para evitar ser descubierta. Estaba a punto de alcanzar su primera victoria en su plan. Y en el momento en el que atravesó el portón de la muralla y se alejó de allí, sus ojos se llenaron de lágrimas que lograron confundirse con gotas de lluvia. Estaba dando el mayor paso de su vida, y hacerlo por aquellas personas a las que amaba le llenaba el corazón de amor. Lo que más le dolía era la pérdida para siempre de Alasdair después de una maravillosa noche, pero ya no tendría que pelear más con él, soportar que la siguiera a todos lados o que pareciera saber qué pensaba en cada instante.

Ahora estaba ella sola consigo misma. Y haría lo posible para acabar con todos sus enemigos.

CAPÍTULO 11



Acababa de pasar el mediodía cuando Alasdair salió al patio del castillo para despejarse. Durante toda la mañana, no había podido parar de pensar en lo que había hablado con Cora. Se arrepentía por completo de cada una de sus palabras, pero más aún de haberle hecho daño a la joven. El mayor de sus deseos era pasar el resto de su vida con ella, pero no podía. Simplemente, era algo prohibido para ella, a menos que quisiera que la joven muriera.

Alasdair suspiró largamente y se pasó los dedos por las sienes, masajeándolas ligeramente al tiempo que cerraba los ojos unos instantes. Le dolía terriblemente la cabeza. A pesar de que había sido el mejor despertar de su vida, junto a Cora, ese día se había convertido en una auténtica pesadilla para él, pues sabía que la había perdido para siempre. Lo había visto en sus ojos. Había vuelto a ver el odio, la rabia y la frustración que siempre había provocado en la joven, pero esta vez había dolor por su nuevo rechazo, aunque ella aún no comprendía que la estaba salvando.

El joven lanzó un rugido de frustración y caminó bajo la lluvia. Su rostro se arrugó al ver que estaba lloviendo con intensidad, pero no estaba dispuesto a volver al interior del castillo y dejar que su mente volviera una y otra vez hacia Cora. Necesitaba despejarse y cambiar sus pensamientos hacia otro lugar. Lo que fuera tan solo para no pensar en la mujer que más amaba.

Alasdair se cruzó de brazos sobre el pecho y caminó mirando ligeramente hacia arriba para que las gotas de lluvia cayeran sobre su rostro y despejarse. Estaban realmente frías, pero no le importaba. Poco a poco, su camisa comenzó a pegarse a su piel debido a que se había mojado. El guerrero caminó con lentitud hacia el portón, donde vio a Henry.

Nuevamente, su recuerdo voló hacia Cora. Esta no se había presentado en

el salón para comer, y supuso que estaba enfadada con él, por lo que tal vez habría decidido comer en su dormitorio o incluso en las cocinas tan solo para no cruzarse y evitar verlo una vez más. Y en parte la comprendía. Él mismo estaba hecho pedazos por lo que se había visto abocado a hacer. No podía imaginar cómo se sentiría Cora después de su rechazo. Además de la furia, estaba seguro de que la joven no entendía absolutamente nada. Durante la noche anterior se había dedicado a demostrarle lo que sentía por ella. La había cuidado, mimado, acariciado en lo más profundo del alma, le había hecho el amor de la mejor manera que sabía para llevarla a lo más alto. Y, sin embargo, después de despertarse con una sonrisa y entre caricias, él la había vuelto a rechazar. Por ello, no podía culparla si lo odiaba por el resto de su vida.

—¿Qué tal, Henry, mucho trabajo? —le preguntó para alejar su mente de la joven.

El aludido suspiró y se encogió de hombros. En sus ojos vio un sentimiento de cierta preocupación, pero no quiso preguntar de momento.

—Como todos los días, pero más aburrido porque con la lluvia casi nadie quiere salir del castillo, salvo Cora.

Al escuchar el nombre de la joven, Alasdair se puso en alerta instantáneamente. Siempre la había seguido a todos lados, sabía dónde estaba y cómo se encontraba, pero después de lo ocurrido esa mañana no quiso seguirla y le dejó su espacio para que pudiera pensar sin él cerca de ella. Sin embargo, ahora que Henry le comunicaba que parecía haber salido, se golpeó mentalmente por no haber hecho bien su trabajo.

—¿A qué te refieres?

Alasdair vio que la preocupación de Henry aumentaba, por lo que estaba seguro de que lo que le iba a contar no le gustaría escucharlo. Apretó los puños con fuerza y rechinó los dientes hasta el punto de que se tuvo que obligar a relajarse para evitar partírselos.

—A que Cora salió bien temprano del castillo y aún no ha vuelto.

Alasdair frunció el ceño.

—¿Cómo de temprano?

El guerrero ladeó la cabeza mientras pensaba, hasta que respondió:

—Justo después del desayuno…

Alasdair recordó que les dijo que se marchaba a descansar porque no se sentía bien, no dijo nada de salir del castillo. Y que hubiera mentido no quería decir nada bueno.

—¿Dijo a dónde iba?

Henry asintió.

—Al herrero.

El ceño de Alasdair se unió aún más.

—¿Al herrero? —preguntó, estupefacto y ligeramente tembloroso al recordar el sueño que había tenido la noche anterior en el que él era quien regresaba del herrero y vio cómo la mataban.

Durante el desayuno, Cora no había nombrado al herrero en ningún momento. Y, si eso fuera cierto, no habría tenido reparo en decir a dónde iba, por lo que se había inventado una excusa para salir de allí. Y que no hubiera regresado no era precisamente una buena señal.

El corazón de Alasdair comenzó a palpitar con fuerza. Sus sienes, que ya latían con dolor anteriormente, ahora parecían martillear su cabeza con insistencia. Deseaba hacer más preguntas, pero no estaba seguro de querer saber la respuesta. Allí había algo que no le gustaba y no sabía en qué había podido pensar Cora para mentir de esa manera y escapar del castillo.

—¿Y dices que aún no ha regresado? —Henry asintió—. ¿Estás seguro de ello? Tal vez te has ausentado un instante y otro compañero le ha abierto el portón.

Henry, que se veía cada vez más preocupado, negó con la cabeza.

—No me he movido de aquí ni para mear, Alasdair.

El guerrero sintió cómo comenzaron a pitarle los oídos, las manos le temblaban y las piernas comenzaron a amenazar con tirarlo al suelo. Recordó una conversación que había mantenido con ella y esta había dejado caer que lo mejor que podía hacer por todos era entregarse a los Ross, pero jamás la creyó capaz de hacerlo. Sin embargo, su corazón le dijo que esa mañana acababa de romperle el suyo y que tal vez por eso había dejado a un lado la cordura y se había marchado a tierras del enemigo. Y si era así, estaba en peligro.

—¿Qué crees que ha hecho? —lo sacó de su ensimismamiento.

Alasdair lo miró con el ceño fruncido y paralizado por el miedo que le

suponía pensar en que Cora iba directa a la boca del lobo.

—Espero equivocarme, pero ha ido a buscar a Ruairidh Ross.

Henry abrió mucho los ojos, pero Alasdair ya no estaba pendiente de él ni quería continuar con la conversación. Se alejó de Henry y caminó hacia el castillo sin saber muy bien qué hacer. Era la primera vez que le ocurría algo así y tembló como la noche anterior. La había perdido. Eso solo podía significar una cosa: Cora iba a morir como en su sueño y él no podría hacer nada.

Recordó las manos negras que lo aferraban al suelo, impidiéndole moverse, y solo pudo temblar una y otra vez ante lo que se avecinaba. Se llevó las manos al rostro para esconderse. Había fracasado. Él mismo la había empujado al filo de la espada de Ruairidh Ross y, si moría, sería culpa suya. Jamás podría perdonarse algo así.

Por ello, una vez entró en el castillo, Alasdair se obligó a reaccionar. No podía pasarse el resto del día lamentándose mientras Cora le llevaba mediodía de adelanto en el camino. Tenía que encontrar la manera de cabalgar hacia ella, pero primero iba a comunicárselo a Rowan y a los demás.

Buscó desesperadamente a su amigo y al resto de su familia, pero no los encontró por ningún salón, ni siquiera en sus dormitorios, descansando tras la comida. Por ello, se dirigió hacia el despacho, que era el único lugar que le quedaba por mirar.

Bajó las escaleras de dos en dos y corrió hacia su destino. Y en el momento en el que llegó junto a la puerta, no se detuvo a llamar. Abrió esta sin pensar y se encontró allí a Rowan, junto a Gillian, Sloan y Morag.

Estos, al ver su rostro descompuesto, sabían que había ocurrido algo, por lo que respiró hondo para serenarse y cuadró los hombros.

—¿Qué pasa? —preguntó Rowan.

—Creo que Cora se ha marchado del castillo —soltó de golpe.

Gillian se levantó de la silla, mientras que Rowan rodeó la mesa con la mirada puesta sobre él. Sloan y Morag, que estaban de pie a un lado, cerca de la ventana, se tensaron de golpe.

—¿A qué te refieres con eso?

Alasdair tragó saliva.

—A lo que habéis oído. Henry me ha informado de que Cora salió esta mañana para ir al herrero y aún no ha vuelto.

Gillian arrugó el rostro.

—¿El herrero?

—Eso mismo he preguntado yo, sorprendido.

—Esta mañana dijo que iba a descansar, que se encontraba mal —terció Morag—. ¿Has mirado en su dormitorio?

—No la he buscado por el castillo, pero si Henry dice que salió y no ha vuelto, lo creo.

—¿Nos ha mentido para escapar? —preguntó Sloan, estupefacto—. ¿Por qué?

—Creo que tenía intención de entregarse a los Ross. Alguna vez lo ha sugerido, pero pensaba que eran solo sus cavilaciones dichas en voz alta…

Rowan se apoyó contra la mesa, tan sorprendido e iracundo que aún no había logrado decir palabra alguna.

—¿Y por qué querría entregarse a los Ross? Es una completa locura.

Alasdair suspiró y chasqueó la lengua.

—Porque Arran la culpó de la muerte de Kester, porque siempre había sentido que las muertes de los demás eran culpa suya, porque pensaba que así lograría protegeros a los que aún estáis vivos…

—¿Cómo sabes todo eso? —preguntó Sloan.

—Porque la conozco y estoy atento a sus palabras.

—¿Y por qué no has podido detenerla? —preguntó de nuevo Sloan con gesto cada vez más iracundo.

Alasdair se lo devolvió y apretó de nuevo los puños.

—De haber sabido que se iba a marchar después del desayuno, la habría parado. No tenía ni idea de lo que pretendía.

—No estamos en condiciones de echarnos la culpa los unos a los otros —irrumpió Rowan al ver que Sloan pensaba replicarle a Alasdair.

—Sin embargo, creo que la tengo —murmuró el guerrero.

Rowan fijó su mirada en su amigo y lo observó con atención. No estaba seguro de a qué se refería, pero no le gustó ver esa expresión en su rostro.

—No es culpa tuya, Alasdair. No siempre estás pendiente de ella.

El aludido rechazó su mirada y giró la cara, provocando que Morag diera un paso hacia él.

—No te refieres a eso, ¿verdad?

Alasdair la miró y negó con la cabeza.

—Creo que ha sido culpa mía porque esta mañana hemos discutido. Sin querer, tal vez la he empujado a los brazos de Ross.

Rowan y Sloan lo miraron fijamente. Ambos hermanos estaban ahora uno al lado del otro y se preguntaron en silencio qué estaba pasando.

—¿Por qué dices eso?

Alasdair tragó saliva.

—Preferiría no contar nada ahora.

Rowan arqueó una ceja.

—Si nuestra hermana se ha lanzado a buscar a Ross, tenemos derecho a saber qué ha pasado entre vosotros para que haya decidido marcharse.

Alasdair suspiró y se mostró incómodo. No quería contarles nada, pero el tiempo jugaba en su contra y quería salir a buscar a Cora cuanto antes. Sabía que mientras no les contara nada, no lo dejarían salir de allí. Por ello, tuvo que armarse de valor para decir la verdad. Estaba seguro de que lo odiarían a partir de ese momento, pero no podía callarse.

Levantó la mirada hacia Rowan y le dijo:

—Anoche me encamé con ella y esta mañana le dije que había sido un error.

Tanto Gillian como Morag arquearon sus cejas, sorprendidas por la tranquilidad con la que parecía contar aquello. Sin embargo, Rowan y Sloan tardaron más de un segundo en mostrar alguna reacción. Por su parte, el laird se sintió tan incómodo como él por saber aquella información. Era algo que ya se temía, pero jamás podría haber imaginado a Alasdair con su hermana en la misma cama.

Sin embargo, Sloan no se lo tomó de la misma manera. Rugiendo de rabia, el segundo de los hermanos se lanzó contra Alasdair y le propinó un puñetazo en la mejilla que logró lanzarlo hacia atrás. Alasdair gimió al sentir contra su espalda la puerta, pero no tuvo tiempo para recuperarse, ya

que Sloan volvió a golpearlo.

—¿Cómo te atreves a hacerle eso a nuestra hermana? —vociferó fuera de sí.

—¡Sloan! —gritó Rowan.

Pero el aludido no quiso hacerle caso. Volvió a golpear a Alasdair, que no se defendió en ningún momento, pero en cuestión de segundos, tanto Rowan como Morag lograron apartar a Sloan de Alasdair, cuyo labio se había vuelto a abrir.

—¿Te aprovechas de ella y después la alejas?

Alasdair negó con la cabeza.

—No me aproveché de ella, Sloan. La amo desde hace mucho tiempo.

Los cuatro lo miraron sorprendidos por la confesión de Alasdair, que no se había dado cuenta aún de lo que había soltado. Al instante, se arrepintió por completo y sintió cómo la vergüenza ascendía por su cuerpo. Tragó saliva y tembló ligeramente. ¿En qué momento su mente había decidido traicionarlo? Jamás se habría atrevido a decir semejantes palabras, y menos a la familia de Cora, que lo miraban como si le hubieran salido dos cabezas.

—¿Y por qué la has rechazado? —preguntó Rowan casi sin voz.

El aludido se limpió la sangre que salía de su labio antes de responder.

—Porque quería protegerla.

—¿Haciéndole daño? —preguntó Sloan, que aún estaba siendo sujetado por su hermano y su esposa.

—A mí no me importa morir si con ello logro salvarla. Pero ¿ella? No podría vivir con la seguridad de saber que ha muerto por mi culpa.

—Pues ahora por tu culpa se ha marchado… —le espetó Sloan.

Morag miró a su esposo y le dijo:

—No lo culpes más, Sloan. Todos sabemos lo difícil que es dejar a un lado nuestro orgullo y admitir que amamos a alguien.

Sloan la miró con gesto enojado.

—¿Para después dejarla como si nada?

—Eso no es cierto, Sloan —se defendió Alasdair—. Solo quiero protegerla.

—Pues no entiendo tu maldita protección.

Alasdair rechinó los dientes.

—No hace falta que lo comprendas aún. Supongo que algún día lo harás.

Rowan lo observó y supo que Alasdair guardaba algo en su interior que ni siquiera él conocía, pero ¿qué? La vida de su hermana corría peligro y no podía demorarse en preguntas que aún no tendrían respuesta. Por ello, se acercó a Alasdair, que dio un paso atrás, alejándose de él por temor a que él también lo golpeara. Sin embargo, Rowan elevó ambas manos en señal de paz.

—Tienes razón en algo: aún no lo entendemos, pero quiero que cuando todo esto acabe, me lo cuentes. De momento, solo tengo el pensamiento en mi hermana. Dices que tal vez la has empujado hacia Ross, pues serás tú quien salga a buscarla mientras nosotros esperamos a los MacBean. El laird no tardará en venir con sus hombres, pero iremos a buscaros en cuanto podamos.

Alasdair asintió y, sin poder evitarlo, dirigió una rápida mirada hacia Sloan. Los amaba como si fueran sus propios hermanos, y no le gustaba ver aquella mirada del segundo al mando sobre él. No obstante, aún no podía hacer nada para explicarlo. Suspiró. El suelo bajo sus pies no dejaba de temblar, no solo por el miedo que sentía por la mujer a la que amaba, sino por todo lo que tendría que contar después. Y, aun así, aceptó y salió del despacho rumbo a preparar sus alforjas y su caballo.

—¿Cómo es posible que confíes en él después de lo que nos ha contado? —preguntó Sloan sin poder evitarlo.

Rowan lo miró y suspiró.

—Porque, si es cierto lo que ha dicho, es el único capaz de salvar a la mujer que ama mientras nosotros nos preparamos…

Minutos después, cuando ya por fin pudo quedarse solo, Rowan se dejó caer contra el respaldo de la silla del despacho. Estaba realmente cansado y con la mente sin poder parar. Apoyó los codos en los brazos de la silla y dejó caer la cabeza hacia atrás mientras inspiraba con fuerza.

Una parte de él se encontraba rabiosa. Jamás habría imaginado que su hermana sufría tanto internamente que habría decidido entregarse a los Ross

tan solo para evitar que ellos lucharan y sufrieran por ella. ¿En qué momento se había ido la familia al traste? ¿Cuándo habían dejado de confiar los unos en los otros? Rowan sabía que todos habían sufrido mucho durante las semanas anteriores, pero nadie tanto como Cora. La había visto sufrir por la muerte de Kester y su madre, incluso varias semanas atrás vio el dolor en sus ojos por lo que estaba pasando en el clan, por lo que había guardado para sí antes de que su madre contara la verdad y por la boda de Alasdair con Lottie. En este último caso, logró ver una mirada entre su amigo y su hermana en la que le indicaron, sin querer, lo que había entre ellos. Por eso, lo había sospechado desde hacía varios días, aunque nunca imaginó que pudieran llegar a encamarse.

Rowan se sintió incómodo al pensar en eso. Para él, Cora aún era demasiado pequeña a pesar de sus veinte años. La había visto nacer, crecer y convertirse en una auténtica guerrera, pero de ahí a pensar en que ya tenía edad casadera parecía haber un abismo. Y tal vez ese había sido su gran error. No ver en ella a la mujer en la que se había convertido era no ver tampoco su sufrimiento y preocupaciones. Le había fallado, y no podía evitar sentirse realmente mal.

El guerrero suspiró y se masajeó las sienes mientras se golpeaba mentalmente por no haber sido capaz de ver las intenciones de Cora. Había estado tan pendiente del clan y otras cosas que no se había parado a pensar en ella y hablar de lo que sentía. Y ahora cabía la posibilidad de no volver a verla con vida jamás.

Rowan renegó entre dientes y miró a su alrededor. Era el laird de ese clan y a veces tenía la impresión de que le venía demasiado grande. Su padre lo había preparado desde muy pequeño, pero esa guerra lo estaba desgastando tanto que solo deseaba desaparecer durante un tiempo y no tener ese peso sobre sus hombros.

Y Alasdair… Su amigo del alma. Lo conocía desde hacía demasiados años. Ambos habían crecido juntos en el clan y como guerreros. Habían luchado hombro con hombro, entrenado, contado confesiones. Y, sin embargo, en ese momento tenía la impresión de no conocerlo. ¿Por qué le habían negado que amaba a su hermana? Creía que entre ellos había la suficiente confianza como para contarse esas cosas, pero Alasdair había tenido miedo. Lo vio en sus ojos mientras confesaba todo. ¿Acaso había llegado a pensar que él le negaría una boda con Cora si le confesaba lo que

sentía por ella? No, debía haber algo más para que Alasdair intentara alejarse de su hermana a toda costa. También lo había visto en sus ojos y no quiso ahondar, pues el tiempo corría en su contra.

Se dijo que ya le preguntaría qué le sucedía cuando todo eso acabara. Mantendría una seria conversación con él y le daría su bendición si deseaba casarse con Cora. Lo que no imaginaba Rowan por nada del mundo era que estaba a punto de descubrirlo él por su cuenta en cuestión de segundos.

En el silencio de su despacho, el laird intentó calmar su nerviosismo y se obligó a dejar de pensar en su amigo y en Cora. Como otras ocasiones, abrió los cajones de la mesa y comenzó a leer algunas cartas o papeles que aún conservaba de su padre y que no sabía a qué se referían. Su progenitor había guardado infinidad de misivas de amigos, familiares lejanos o incluso gente del clan que le escribía para pedirle ayuda. Rowan había necesitado hueco dentro de los cajones, por lo que muchas de esas cartas habían acabado en el fuego. Sabía que ese trabajo no era suyo, sino tal vez de algún sirviente o de alguno de sus hermanos, pero a él le gustaba hacerlo. Cuando podía y encontraba un pequeño hueco en su trabajo, solía leer las cartas, pero el tiempo siempre parecía correr en su contra, por lo que se le acumulaban las cartas de su padre junto a las que él mismo recibía.

Hacía tiempo que no había mirado entre ellas, así que abrió el tercer cajón, el más lleno de los tres y del que apenas había sacado cartas. Leyó por encima algunas de ellas, con el único interés de llevar su mente hacia otros lugares. Sin embargo, después de tirar una de ellas al fuego y regresar a la mesa para rebuscar entre ellas, divisó una carta con un lacre que llamó poderosamente su atención.

Con el ceño fruncido y el corazón ligeramente alterado, Rowan la tomó entre sus manos y lo observó con atención. Se preguntó en qué momento se había carteado su padre con ese clan, pero lo peor de todo estaba dentro de aquella misiva. Respirando hondo, la abrió y comenzó a leer. Jamás en su vida se habría esperado ver lo que sus ojos estaban leyendo en ese instante. De hecho, llegó a pensar que lo estaban engañando. Pero no era así. Tuvo que leerla un par de veces más para alcanzar a comprender la magnitud de lo que acababa de descubrir sin querer.

Todos esos años lo había tenido delante de sus narices y nunca se había dado cuenta. Su corazón latía deprisa, como un tambor en medio de una habitación llena de cristales. A su alrededor, todo era silencio. Y la mano

que sujetaba la carta comenzó a temblar. No. No podía ser verdad. Repasó todos y cada uno de sus recuerdos y poco a poco comenzó a entender qué había estado oculto ante sus ojos.

Durante un segundo, se preguntó si su madre, en algún momento de su existencia, habría llegado a conocer aquella información y se la había ocultado a todos. Y a pesar de que intentó descubrirlo con sus recuerdos, no logró sacar información.

Rowan estaba paralizado. En cualquier otra ocasión, se habría levantado de la silla y habría buscado a la persona que se nombraba en esa carta, pero la sorpresa provocó que se mantuviera sentado en su sitio, preguntándose por qué su padre jamás se atrevió a contarle eso.

Durante buena parte de la hora siguiente, Rowan se dedicó a odiar a todo el mundo por haberle guardado semejante secreto. No logró entender los motivos de unos y de otros. Y, sin embargo, se obligó a acabar cediendo a regañadientes, a pesar de que la furia seguía latente en su interior. Una especie de vocecilla llegó a decirle que era lo mejor para todos, para protegerlos, pero le costó entenderlo con facilidad.

Rowan dejó caer la carta sobre la mesa y sus ojos fueron directamente al lacre de la misma. Este estaba roto, lógicamente, pero podía verse con claridad. No pudo contener su furia y sus dedos se apretaron con fuerza en los brazos de la silla. Acababa de comprender muchas cosas extrañas del clan, pero ¿a qué costo?

—No puede ser verdad… —se repitió varias veces.

Su cabeza negaba una y otra veces, pero se dijo que ese día iba a descubrir toda la verdad. Y lo haría al precio que fuera necesario.

CAPÍTULO 12



Alasdair suspiró cuando por fin tuvo todo preparado para su marcha. Estaba realmente nervioso, pues temía que algo saliera mal y Cora perdiera la vida. Sin embargo, se juró traerla de vuelta al castillo, aunque la joven dedicara el resto de su vida a odiarlo por no haberla dejado entregarse a los Ross para salvarlos a todos.

El guerrero miró las alforjas con comida que había preparado, incluso llegó a meter algo de ropa para Cora y para él por si debían camuflarse para escapar de sus enemigos. Había pensado en todo durante la hora que estuvo preparando el viaje. Y ya solo le faltaba informar a Rowan sobre eso y su marcha. No quería perder más tiempo, pues no sabía si Cora cabalgaría a toda prisa o tal vez se demoraría ligeramente por la lluvia que había caído ese día.

Tras un largo suspiro, Alasdair retornó al interior del castillo con la intención de buscar a Rowan en su despacho y despedirse de él. A medida que avanzaba por el pasillo, un extraño nerviosismo se posó en su estómago y lo achacó a que estaba a punto de abandonar la seguridad del castillo para ir a buscar a la mujer a la que amaba. En el momento en el que llegó junto a la puerta, llamó y su amigo le dio paso desde el interior del despacho.

El guerrero se mostró incómodo al verlo de nuevo, pues haber confesado que se había encamado con Cora no era algo que fuera de su gusto. Sin embargo, Rowan era su amigo de toda la vida e intentó sonreír ligeramente. No obstante, este le dirigió una mirada seria y penetrante, la misma que solía dedicarle a sus enemigos.

Alasdair llevó sus manos a la espalda y cuadró los hombros. Vio que había una carta sobre la mesa de Rowan, pero no logró ver el lacre de la misma, y levantó la cabeza nuevamente hacia su amigo, que lo miraba con peligrosa serenidad en ese instante. Alasdair intentó mantener la calma,

pero el silencio de su amigo era peor que cualquier otra cosa.

—Perdona que te interrumpa, Rowan —comenzó diciendo—, pero ya tengo todo preparado para mi marcha.

Rowan tragó saliva y se incorporó en la silla. Sin saber por qué, Alasdair dio un paso atrás, como si temiera algo por su parte, aunque se dijo que era su amigo y no le haría nada. No obstante, había un ambiente extraño dentro del despacho, algo peligroso floraba por todas partes. Y eso no le gustó.

El laird rodeó la mesa lentamente, casi contando todos los segundos que pasaban desde que comenzó a moverse hasta que se quedó parado justo enfrente de Alasdair, a escasos dos metros.

—¿Te pasa algo, Rowan? —preguntó para aliviar una parte de la tensión que se respiraba.

El aludido levantó la mirada hacia él y el acero de sus ojos fue más lacerante que nunca. Alasdair lo miró con el ceño fruncido, preguntándose si había pasado algo que se le había escapado mientras se preparaba para marcharse.

—Alasdair… quiero hacerte una pregunta.

—Sabes que puedes hacerme la que quieras.

Rowan arqueó una ceja.

—Pero ¿me responderás con la verdad?

—Sabes que siempre lo he hecho.

—Eso no es cierto, amigo. Te pregunté si amabas a Cora y me respondiste que no mirándome a los ojos.

El guerrero carraspeó y torció la cabeza.

—Pensaba que, si te respondía afirmativamente, me echarías del clan por fijarme en tu hermana.

Rowan lo observó en silencio, provocando que la tensión entre ellos aumentara considerablemente.

—Te habría dado mi bendición porque eras mi amigo.

Para Alasdair no pasó desapercibido el pasado que usó Rowan al referirse a su amistad. Tragó saliva ruidosamente sin comprender qué estaba pasando.

—¿Ya no somos amigos? —no pudo evitar preguntar.

Rowan tardó un segundo en responder, pero no a esa pregunta, sino que él mismo hizo su propia cuestión:

—Alasdair, ¿cuántos años hace que nos conocemos?

—Algo más de veinte años —contestó el guerrero con rapidez, realmente nervioso por aquella mirada penetrante de su amigo.

Lo vio asentir.

—Has respondido con total sinceridad. Sí, hace poco más de veinte años que nos conocemos. Llegaste aquí con tan solo seis años y recuerdo que nos hicimos amigos rápidamente.

Alasdair sonrió de forma tensa y asintió.

—Sí, creo que fuiste el que más fácil me hizo mi adaptación a mi nueva vida.

—¿Y por qué te trajo tu padre?

Alasdair sintió un nudo en el pecho. De repente, el colgante que pendía de su cuello, y que estaba guardado entre su ropa, quemaba demasiado.

—Porque mi vida corría peligro. Eso es algo que ya sabes…

Rowan asintió de nuevo y se acercó lentamente a él sin parpadear para evitar perderse detalle alguno de las expresiones de su amigo.

—Y dime, Alasdair, después de conocernos durante veinte años, ¿por qué siento que me has traicionado y que solo hemos vivido una mentira?

El aludido tragó saliva y lo miró sin comprender.

—No sé a qué te refieres.

Rowan paró a solo unos centímetros de él y, por primera vez, Alasdair sintió cierto reparo a su presencia.

—Sí, lo sabes.

—Si te refieres a lo que ha pasado con Cora…

Pero Rowan no lo dejó terminar. Lo aferró con fuerza de la camisa y lo empujó contra la pared más cercana. Alasdair lanzó un gruñido de dolor e inconscientemente llevó sus manos a las de Rowan. Este lo observaba con ira, frustración y decepción. Apretaba con tanta fuerza la mandíbula que pudo escuchar el rechinar de sus dientes.

—Desde que estás aquí y me conoces, habrás podido comprobar que una

de las cosas que más odio es la mentira, Alasdair.

Este frunció el ceño y lo miró aún sin comprender.

—Solo te mentí cuando me preguntaste si amaba a tu hermana.

Rowan lo sacudió con fuerza.

—¡No me refiero a eso, maldita sea!

—Entonces ¿a qué? —preguntó con desesperación.

—A algo mucho más profundo, más perverso y más inexplicable que acabo de descubrir.

El laird lo soltó y lo miró un segundo más antes de girarse hacia la mesa y coger la carta entre sus manos. Se la tendió, dejándosela directamente en el pecho con un fuerte golpe. Antes de agarrarla y leerla, Alasdair miró a Rowan. Era la primera vez que lo veía fuera de sí de esa manera, y menos contra él. Con el gesto aún circunspecto, el guerrero aferró la carta entre sus manos y se paralizó por completo al ver el lacre de la misma. Intentó que sus manos no temblaran, pero no pudo evitarlo. Y Rowan fue consciente de ello.

—Supongo que no hace falta que la leas, ¿no? Ya sabes a lo que me refiero.

Con ojos ligeramente aterrados, Alasdair levantó la mirada hacia él. Su corazón latía a la misma velocidad de su mente, que intentaba pensar una respuesta coherente y creíble para explicar el motivo de esa carta, escrita muchos años atrás.

Y, sin embargo, sí la leyó.

—Esto no es lo que parece, Rowan.

El aludido resopló con ira y dio un paso atrás para evitar propinarle un fuerte puñetazo.

—No me vengas con esas, Alasdair. ¿Eres un traidor? Un maldito traidor.

Este lo miró con los ojos muy abiertos.

—Si me dejas, puedo explicarte absolutamente todo.

Alasdair suspiró cuando subió sobre su caballo. Cerró los ojos un instante y reprimió el gesto de dolor que pugnaba por dibujarse en su rostro. Llevó su mirada hacia la derecha, concretamente hacia la salida del castillo. Desde

allí lo miraban Sloan, Morag, Gillian y… Rowan. Las miradas de los demás eran las mismas de siempre. Pero algo había cambiado profundamente en la mirada de Rowan mientras este lo observaba.

Alasdair clavó su mirada en él. Durante más de media hora había estado explicándole absolutamente todo lo que quería decir esa carta, incluido el motivo por el que no podía estar con ella, pero el dolor y la muralla que había levantado Rowan a su alrededor aún le lastimaba. Antes de salir, Alasdair le juró que llevaría de vuelta a su hermana Cora, por lo que en ese instante clamó al cielo para que pudiera cumplir su promesa. Y después… ya vería.

Girando la cabeza hacia el frente, Alasdair inició la marcha. Llevaba consigo no solo comida para el camino y la esperanza de encontrar a Cora antes de que cometiera la peor de las decisiones, sino que cargaba sobre sus hombros un poderoso temor, algo que se había hecho aún mayor con el descubrimiento de Rowan y que no sabía exactamente cómo gestionar.

Saludó a sus compañeros cuando cruzó el portón al tiempo que volvía a comenzar a llover. Y antes de alejarse y perderse entre los árboles del bosque, miró una vez más hacia atrás, a la puerta del castillo. La mirada acerada de Rowan seguía clavada en él, penetrante, frustrada y rabiosa.

Alasdair suspiró y se giró hacia el frente. No podía pensar más en eso, sino en lo que tenía por delante, que era lo más difícil de toda su vida.

Desde su posición, Sloan miró de reojo a Rowan y después de nuevo a Alasdair. A pesar de la distancia que los separaba, logró ver con claridad la mirada de su amigo, que conectó con la de su hermano. La del primero era casi arrepentida; la del segundo… difícil de descifrar, pero había rabia en ella. Por ello, Sloan se cruzó de brazos y, sin mirar a Rowan, le preguntó:

—¿Puedo saber qué demonios ha pasado entre vosotros para que os miréis así?

En ese momento, su hermano rompió todo contacto visual con Alasdair y dirigió sus ojos hacia Sloan.

—Nada.

Este rodó los ojos.

—Guardáis demasiados secretos últimamente.

Rowan tragó saliva.

—Cuando él regrese, os contará todo.

—¿Y no me puedes dar una pista para saber a qué atenerme?

Su hermano torció el gesto.

—Sí. Hace un rato he estado a punto de matar a Alasdair.

Rowan se giró y se marchó con Gillian, dejando al resto con más preguntas que respuestas. La boca de Sloan se abrió por la sorpresa y Morag, a su lado, resopló.

—Cada día me sorprendéis más los Chattan. A veces, os amo. Otras, pienso en las incontables maneras de daros muerte.

Sloan la miró de reojo.

—Entonces, hazme hueco en tu clan porque a mí me pasa lo mismo.

Morag le guiñó un ojo.

—No sobrevivirías… Los MacBean tenemos el coraje suficiente para decir las cosas a la cara. Vosotros os lo pensáis dos veces antes de hacerlo.

—Eso delata nuestro autocontrol.

Morag resopló.

—A veces, eso no vale, Sloan —le dijo con una sonrisa en los labios al tiempo que descendía los pocos escalones del castillo—. ¿Entrenamos?

—Te voy a demostrar hasta dónde llega mi autocontrol.

Morag sonrió y se pasó la lengua por el labio inferior.

—Estos últimos días, querido, no rindes lo suficiente en la cama... —bromeó.

Sloan dejó escapar un rugido y se lanzó contra ella, que logró parar su estocada a tiempo.

—¿Ese es tu autocontrol? —se burló Morag con una carcajada.

Hacía ya más de un día que Cora había abandonado el castillo y ya se encontraba peligrosamente en tierras Ross. La joven sabía que a esas horas ya habrían descubierto en su castillo que había desaparecido. Se preguntó qué habría pensado cada uno de sus familiares y rezó para que no hubieran castigado a Henry por haberla dejado salir con una excusa.

Tuvo que repetirse que lo que estaba haciendo era lo mejor para todos,

pues el miedo la asoló de nuevo, pero su mente regresaba una y otra vez a su hogar. Deseó que Rowan, su hermano mayor, su laird, pudiera perdonarla algún día por haber hecho eso, pero ni siquiera ella misma lo conseguía. Por otro lado, su mente voló a Sloan. Él mejor que nadie podría entenderla. Él sabía lo que era llevar el peso de la culpa sobre sus hombros, y aunque no fuera por el mismo motivo, no podía evitar sentirse de esa manera.

Sin embargo, la opinión que más curiosidad y odio le generaba era la de la misma persona de siempre; aquel que no dejaba de estar en su mente; el que la seguía a todas partes; el que parecía saber en todo momento qué pensaba… Alasdair. A pesar de todo, Cora no podía arrancarlo de su mente ni de su corazón. El día anterior, le había dolido terriblemente lo que el guerrero le había dicho. Ella se había despertado con el ánimo mejor que nunca, feliz, plena, con esperanzas de futuro. Y, de repente, todo eso se había desmoronado por unas palabras de Alasdair. Vio el miedo en sus ojos, tal vez por lo que pudieran pensar sus hermanos, pero no creyó que volvería a sufrir otro rechazo después de lo que habían vivido la otra noche.

Cora había llegado a sentirse humillada, despreciada, poco amada. Y por eso se encontraba de camino al castillo Ross. Ya no podría aguantar más desprecios de nadie. Su destino era morir a manos de su enemigo para salvar a su gente. Y eso pensaba hacer.

La joven suspiró y dirigió su caballo hacia un montículo de piedras para descansar y comer algo, pues no había parado de cabalgar en toda la noche por temor a que Rowan hubiera enviado a alguien en su busca. Y lo peor de todo era que ya imaginaba el rostro de la persona que había tras ella. Casi podía olerlo, sentirlo… La mente de Alasdair parecía estar conectada a la suya desde hacía años y, por eso, sabía que era él y no otro quien había salido del castillo para buscarla.

La joven desmontó y miró en las alforjas. No había podido coger demasiada comida, por lo que había tenido que fraccionarla para que pudiera llegar al castillo Ross sin pasar hambre.

Cora miró a su alrededor mientras se dejaba caer contra la primera piedra que vio y su caballo pastaba tranquilamente por el prado. Desde ahí podía ver con claridad a mucha distancia. Sabía que no era el mejor lugar para descansar, pero no podía más. Necesitaba estirar las piernas y comer algo mientras todo su cuerpo se desentumecía. Durante la noche, había llovido y su ropa se había mojado, pero ahora que estaba casi seca necesitaba

moverse para evitar que el frío penetrara en sus huesos.

Cora movió los hombros y estiró su cuerpo sobre la piedra, lanzando un gemido de placer cuando sintió que todo su cuerpo parecía volver a relajarse. Mientras comía un trozo de pan con queso, la joven se dedicó a mirar el paisaje de los campos del clan Ross. A diferencia de los Chattan, sus enemigos no parecían cuidar la tierra como ellos, pues había numerosas hierbas salvajes por doquier. De la misma manera, se había cruzado con cabañas y granjas quemadas que no habían llegado a destruir del todo para evitar derrumbes y muertes innecesarias.

No se había cruzado con nadie, pero estaba segura de que la gente Ross también era muy diferente, seguramente huraña y desconfiada. Después de conocer a Lottie en sus dos versiones, la falsa y la real, había llegado a la conclusión de que sus enemigos eran personas realmente inteligentes. Habían esperado varios años para preparar la guerra entre todos los clanes y así disimular sus verdaderas intenciones. De la misma forma, enfrentar a siete clanes diferentes era una verdadera hazaña, ya que normalmente siempre había alguien que solo buscaba la paz y finalmente se desmarcaba de esa guerra. Pero los Ross habían logrado que todos los siguieran, metiéndose en una cruenta batalla en la que todos habían perdido.

Igualmente, se dijo que los Ross sabían cómo actuar, no solo para evitar que los descubrieran, sino también para que nadie contara su secreto. El mismo Caleb Comyn podría haber contado a su padre que los Ross querían que lo traicionara y, sin embargo, habían logrado que este estuviera de su parte, llegando a matar a su propio padre.

Mientras terminaba la poca comida que ingirió, Cora se preguntó si los dos clanes que les faltaban por conocer estarían del lado de Ross. Los Urqhart y los MacGillivray no habían estado en el punto de mira de Sloan y Morag cuando fueron al clan Gunn, pero para ella seguía habiendo preguntas en el aire. ¿Sería realmente un MacGillivray quien la ayudaría o estaban equivocados al pensar que ese “gato mayor” se refería al emblema de los MacGillivray? Cada vez que se reunían, los había visto de lejos y ningún clan logró proporcionarle la seguridad suficiente como para apartarlo de la lista de enemigos, pero había descubierto en Gillian y Morag a dos buenas amigas.

Cora suspiró y se pasó la mano por el rostro. Estaba realmente cansada de todo aquello. Quería terminar cuanto antes y dejar de pensar en los Gunn,

los Urqhart o el resto de clanes. Se recordó que ya nada debía importarle, tan solo la forma de acabar con Ruairidh Ross. Su único objetivo era el laird de ese clan y, aunque sabía que iba a morir en el intento, haría lo que fuera para llevárselo consigo al infierno.

La joven estiró sus brazos de nuevo por detrás de su espalda y se levantó de la piedra. Caminó unos segundos de un lado a otro para desentumecerse antes de volver a montar sobre el caballo y reiniciar la marcha. Según sus cálculos, quedaba poco más de mediodía para llegar al castillo Ross. Y una sonrisa triste se dibujó en sus labios.

Nadie de su familia sabía todo lo que su padre le había enseñado y le había pedido que guardara para sí. Ella jamás había ido a los clanes que habían participado en la guerra, pero su padre le había hecho un plano de cada uno, dándole explicaciones sobre qué caminos tomar para llegar a ellos, qué se encontraría por el camino, montañas, ríos e incluso árboles milenarios que llamarían su atención. Gracias a toda esa información, Cora había podido llegar hasta allí sin perderse y sin dar rodeos.

Se le hizo un nudo en la garganta al darse cuenta de nuevo de que su padre la había entrenado no solo con la espada, sino que la había preparado para su destino. Era ella y no el resto de la familia quien tendría que enfrentarse a su enemigo. Por ello, y como desconocían en un principio quién era el culpable, le había hecho un mapa de todos los clanes.

Le había costado darse cuenta de ello, pero ahora que lo sabía, no podía dejar que su familia siguiera corriendo peligro.

Mientras montaba sobre el caballo e iniciaba la marcha, Cora se preguntó dónde estaría Arran. Hacía ya varios días que los había dejado y seguramente habría llegado a algún lugar para vivir. Se entristeció una vez más, pues jamás olvidaría su mirada acusadora. Y cuando la última imagen de Kester apareció en su mente para atormentarla, Cora suspiró.

El viento le dio de nuevo en el rostro y levantó la mirada hacia el cielo. Se obligó a no pensar en ellos ni una sola vez más. Debía tener la mente clara en el momento de su llegada al castillo Ross y esos recuerdos únicamente le provocaban frustración y dolor, por lo que su mente no estaría todo lo concentrada que podría estar para la lucha.

Inconscientemente, llevó la mano a la empuñadura de la espada. Dentro de ella corría el fuego que había estado guardando durante años y los

últimos acontecimientos en el clan habían provocado que su corazón ardiera en llamas. Ya no era la joven a la que su familia tenía que proteger, sino la guerrera que había tomado las riendas de su vida para enfrentarse ella sola a sus enemigos. No quería que alguien la defendiera mientras ella se escondía, quería ser ella quien luchara al lado de esa persona, codo con codo.

El resto del camino pareció eterno para Cora. En varios tramos del mismo se detuvo unos instantes para volver a estirar el cuerpo. En otros, se dedicaba a canturrear, pero siempre atenta a lo que ocurría a su alrededor. Sus ojos no dejaban de moverse de un lado a otro del bosque, camino o prado que atravesara en ese momento. Y, sin embargo, no se cruzó con absolutamente nadie: ni comerciantes, mercenarios, gente del clan Ross… Cualquier persona que pudiera haberle causado algún problema. Durante unos minutos llegó a pensar que el clan se había quedado totalmente vacío. Sin embargo, cuando cruzaba cerca de alguna aldea, desde la lejanía sí podía ver las humeantes chimeneas, pero nadie parecía querer atravesar sus campos, tal vez por miedo a ser atacados por sus enemigos.

En un momento dado, Cora se preguntó si en el clan Ross todo el mundo conocía la visión que los había llevado a la guerra o si, por el contrario, les ocurría como al resto de clanes y no sabían absolutamente nada. En este último caso, el pueblo Ross no tenía la culpa de lo que había pasado, ya que eran meros juguetes en las manos de su laird y seguramente muchos de ellos habrían muerto en vano sin conocer la realidad de todo eso.

En parte, Cora sintió lástima por ellos. No quería hacer sufrir a nadie. De hecho, lo único que deseaba en la vida era dar media vuelta y regresar por donde había venido para intentar llevar una vida lo más digna posible después del rechazo de Alasdair. Pero sabía que esa clase de vida no estaba destinada a ella, sino a otros.

Por ello, se centró en su camino e intentó mantener la mente en blanco y no pensar en eso ahora. No obstante, lo peor de todo fue que su mente volvió a traicionarla y le mostró una imagen iracunda de Alasdair. Estaba segura de que, si el guerrero había salido en su busca, estaría realmente enfadado con ella. Pero ya no le importaba.

Cora respiró hondo y fijo su mirada en el cielo. Quedaban pocas horas del día, por lo que se dijo que lo mejor era apretar el paso para llegar antes de que la oscuridad se cerniera sobre ella. Por eso, clavó las espuelas en el

lomo de su caballo y este cabalgó más deprisa, llevándola hacia el cadalso que la esperaba a muy poca distancia de allí.

El tiempo fue pasando demasiado lento para su gusto. Si iba a morir, quería hacerlo cuanto antes y no alargar demasiado esa agonía que suponía para ella pensar en lo que estaba por venir.

Una hora después, la silueta del castillo Ross se dibujó en el horizonte. Había comenzado a llover de nuevo, provocando que parte de su cabello se pegara a su rostro y al cuello. Tan solo un pequeño banco de niebla la separaba del castillo. Y en ese momento, disminuyó la marcha sobre el caballo. Se acercó lentamente y con la mirada clavada en los guerreros apostados en la muralla de la fortaleza. Estos, vigilantes, cuando por fin la vieron acercarse, se quedaron estupefactos.

La mirada verde de Cora se clavó en ellos y, lentamente, dejó de sostener las riendas de su caballo, dejándolas caer, para abrir lentamente los brazos. La joven quería demostrar su valentía en ese instante, pidiendo, con ese gesto, que le abrieran la puerta de la muralla para entrar en la fortaleza. Los vio mirarse los unos a los otros, nerviosos, pero ella mantuvo sus brazos abiertos, lejos de la empuñadura de la espada, ya que temía que le lanzaran flechas si veían algún signo de que iba a atacarlos en ese instante.

Su corazón comenzó a latir con más fuerza. Su destino estaba frente a ella, y no pensaba escapar.

—Aquí me tenéis, desgraciados —susurró para sí al ver los rostros de incredulidad.

Su caballo se acercó aún más y en el momento en el que estuvo a las puertas del castillo, el animal paró, pero Cora no bajó sus brazos. Elevó la mirada hacia la muralla y la clavó en el primer guerrero que había sobre ella.

—Tengo entendido que el cobarde de vuestro laird lleva años buscándome. —La joven calló un instante—. Muy bien. Aquí me tiene.

CAPÍTULO 13



Rowan elevó la mirada hacia el guerrero del clan MacBean que se había presentado esa noche en su castillo. Llevaba una misiva del laird y, antes de leerla, había decidido llamar al resto de la familia para hacerlo junto a ellos. La que miraba casi con ansiedad la carta no era otra más que Morag, que se retorcía las manos, esperando a que dijera algo de una vez por todas, pues su silencio la estaba matando por dentro y estaba a punto de ponerse a gritar si no comenzaba a hablar.

Rowan dejó caer la carta sobre la mesa del salón. El guerrero MacBean se había presentado justo cuando estaban comenzando a cenar en una mesa cada vez más vacía debido a la ausencia de gran parte de la familia. Meses atrás, el sonido de los cubiertos contra los platos y las conversaciones interminables habían provocado que se sintiera realmente bien. Pero ahora que tan solo tenía a Sloan, Gillian y Morag junto a él tuvo la sensación de que su familia estaba más que muerta.

El joven carraspeó y miró al resto.

—El laird MacBean está a punto de llegar al castillo.

El recién llegado asintió mientras que Morag sonreía ampliamente.

—Exacto. Mi laird está a medio día de aquí, así que mañana a primera hora tal vez haya llegado. Me pidió que trajera esta carta para avisaros con antelación de la llegada, así que espero haber venido en buena hora.

—En la mejor —intervino Morag dedicándole una sonrisa.

El guerrero se la devolvió, pues se conocían desde hacía años, pero con un carraspeo y una mirada lacerante de Sloan, este bajó la mirada y la desvió a Rowan, provocando que Morag pusiera los ojos en blanco y mirara a su esposo. Este simplemente se encogió de hombros, fingiendo no saber a qué se refería, pero ganándose un pisotón de la joven, que volvió a sonreír

cuando este gruñó de dolor.

—La verdad es que la llegada de tu laird es realmente esperada. Hemos tenido unos problemas y mi hermana ha desaparecido. Tememos que ya esté en manos de Ross y no podamos hacer nada, pero queremos salir cuanto antes. ¿Vuestros hombres están cansados?

—No ha sido un viaje demasiado largo, así que estarán fuertes para seguir el camino hacia el clan Ross.

—No sabes lo que me alegra escuchar eso —dijo Rowan estrechándole la mano.

—Supongo que estarás hambriento —intervino Gillian—. Siéntate a cenar con nosotros.

El guerrero, que siempre se había mostrado ligeramente reacio a los demás clanes, dudó, pero Morag volvió a hablarle para que se relajara.

—Son muy serios, pero buena gente. A mí aún no me han envenenado…

Sloan le enseñó los dientes a la joven.

—Aún estoy a tiempo si no dejas de sonreírle —murmuró.

Sin embargo, Morag lo ignoró y le mostró la silla libre que había a su lado.

—Debes probar el estofado. Es buenísimo.

—¿Le harás también un hueco en nuestra cama? —preguntó Sloan después, provocando que el recién llegado se atragantara con la comida.

Morag sonrió y clavó su mirada en él.

—Pareces un poco… celoso.

—Le has sonreído más veces que a mí en todo el día. Y lleva cinco minutos aquí.

La joven se dejó caer contra el respaldo de la silla.

—¿Cuántas veces te has visto en la obligación de pasar un tiempo en algún clan que no era el tuyo?

—Ninguna.

—Pues cuando lleves semanas lejos de tu familia y amigos, y de repente te encuentres con alguno de ellos, tendremos esa conversación.

A su lado, Gillian sonrió.

—En eso debo darle la razón, Sloan.

El guerrero gruñó por lo bajo y les enseñó los dientes a ambas. Sabía que Morag tenía razón, pero no estaba dispuesto a ceder con el guerrero MacBean delante.

—No malgastes tu ira antes de tiempo, Sloan —le dijo Rowan—. Quiero que todos estéis preparados y en forma para cuando los MacBean lleguen. Tendremos que partir cuanto antes y acabar con los Ross.

—Como se atrevan a hacerle daño a Cora… —renegó Sloan.

—Quemaremos todas y cada una de sus casas —sentenció Rowan—. No saben con quién se han metido…

El fuerte y alto portón de la muralla se abrió lentamente. Los goznes del mismo chirriaron tan fuerte que la joven torció la cabeza con irritación. Sus brazos seguían abiertos y su caballo parecía saber en qué momento moverse o pararse y hacia dónde debía ir, porque cuando terminaron de abrir el portón, se movió de nuevo.

La joven fijó su mirada en el frente, incapaz de mostrar algún tipo de miedo o incertidumbre. Estaba tan cansada del peso de la culpa que bien se habría dejado caer de rodillas para que le clavaran un puñal en el pecho y acabaran con su sufrimiento. A medida que se aproximaba al castillo, había llegado a pensar en que tal vez en algún momento sentiría miedo o se arrepentiría de llegar allí, pero estaba donde sabía que debía estar.

Por ello, el caballo la llevó hacia el centro del patio, donde se había formado un gran grupo no solo de guerreros del clan Ross, sino también de mercenarios. Lo que no pudo ocultar fue su sorpresa al ver que uno de ellos era el que había capitaneado el ataque a su castillo, por lo que un potente odio ascendió por su cuerpo, provocando que la mano derecha le picara y la instara a tomar la empuñadura de la espada y matarlo allí mismo. Sin embargo, se obligó a recordar a Morag, quien le había enseñado una inmensa capacidad de aguante ante el enemigo.

Alrededor de los mercenarios se abrió un camino para cederle el paso a la persona a la que había ido a buscar: Ruairidh Ross. Al fijar la mirada en él, aún desde el caballo, Cora no pudo evitar arquear una ceja. ¿En qué momento ese hombre se había convertido en un monstruo? ¿Cómo era posible que alguien como él hubiera secuestrado y violado a Morag siendo

apenas una niña? En parte, podía llegar a comprender el odio y el miedo que sentía por ella, porque al fin y al cabo había una profecía sobre su cabeza. Pero Morag era solo una niña indefensa. E imaginarla en brazos de ese hombre estuvo a punto de provocarle arcadas.

—Cuando mis hombres me han comunicado que Cora Chattan se encontraba a las puertas del castillo, pensaba que habían bebido demasiado durante la tarde…

Antes de responder, la joven bajó lentamente los brazos y desmontó del caballo. Rápidamente, uno de los hombres del laird apartó al animal de ella para evitar que pudiera escapar de ellos y entre todos la rodearon.

Cora miró a su alrededor y vio los rostros sorprendidos de todos, algo que le produjo una sonrisa.

—¿Te hace gracia la situación, muchacha?

Cora finalmente fijo su mirada en Ruairidh Ross y sonrió aún más.

—Lo que me hace gracia es el recuerdo de tu hija cortándose las muñecas delante de mí —le espetó con saña.

Se dijo que no le importaba morir, pero si lo hacía, sería provocando todo el caos que pudiera.

—Maldita desgraciada… —siseó Ross dando un paso hacia ella, aunque logró contenerse—. Acabaré contigo…

—Supongo que te habría gustado verla una vez más… No hizo bien su trabajo. La descubrí hablando con Faith.

—Las dos tenían más arrestos que tú, muchacha del demonio, porque al menos murieron por su clan. Tú te has escondido hasta ahora como las ratas…

Aquellas palabras casi hicieron que la sonrisa de Cora se borrara de sus labios, pero logró contenerse a tiempo. Sabía que iban a intentar machacar su mente una y otra vez, pero se obligó a ser fuerte.

—Murieron por su clan, pero bajo engaños. Yo he venido aquí sola y de frente.

—Ya veremos lo valiente que eres cuando el dolor asole tu cuerpo, maldita Chattan.

Cora clavó su mirada verde en el laird Ross y entornó los ojos. A su

alrededor, los guerreros del clan estaban aún estupefactos al verla aparecer, por lo que se quedaron serios y atentos a todo lo que hablaban su laird y la joven recién llegada.

—Mi llegada aquí no es solo para acabar contigo, como habrás podido pensar…

Los guerreros estallaron en risas al escucharla hablar, pero Cora se mantuvo impasible ante ellos, con sus ojos sobre Ruairidh, que llevó las manos a la espalda y esperó a que todos callaran de una vez por todas.

—¿Y para qué querría venir una rata como tú a mi castillo?

Cora sonrió de lado, pero se notaba tanta tensión en el cuerpo que estaba segura de que podría lanzarse contra todos en cualquier momento.

—Para hacerte una pregunta.

Ruairidh Ross arqueó una ceja y no pudo evitar sonreír ante aquel mísero motivo. El laird se cruzó de brazos y separó ligeramente las piernas para demostrarle a Cora que quien mandaba en ese lugar era él. Sin embargo, el rostro de la joven siguió impasible.

—¿Y cuál es esa pregunta?

Cora se contuvo esta vez para sonreír, ya que sabía que sus palabras harían aún más daño que la expresión de su rostro.

—¿Cómo de profunda es la debilidad de Ruairidh Ross que tuvo que organizar una guerra para acabar con la que por aquel entonces era una simple niña recién nacida?

La seriedad y la rabia aparecieron en el rostro del laird, lo cual provocó que Cora siguiera preguntando:

—¿Cómo es posible que el laird de un clan tema a una niña antes que a un enemigo con espada? Si Ruairidh Ross fuera realmente un guerrero, digno jefe de su clan, no temería a una simple niña.

—¡Cállate! —exclamó el aludido.

—Y si Ruairidh Ross fuera verdaderamente un guerrero inteligente, se habría dado cuenta de que, si mataba a la familia de esa joven, esta se convertiría en una guerrera para venir a las puertas de su castillo a reclamar la vida de quien mató a aquellos a quienes amaba.

—Solo dices tonterías, muchacha.

—Si fuera una estupidez, no habrías perdido el color de tu cara. Si fuera una estupidez, tu hija seguiría viva. Pero aún no te has dado cuenta de que todo esto lo has provocado tú porque el miedo recorrió tu cuerpo al escuchar una simple y vana profecía.

—¡Yo no tengo miedo de una maldita niñata como tú!

Cora torció el gesto.

—Si no te hubieras metido en mi camino, yo habría seguido uno muy diferente a este. Me habría dedicado a bordar, a cocinar o cualquier otra cosa que no tuviera que ver con una espada. Pero fuiste un imbécil, Ruairidh Ross, y decidiste hacer caso a esa profecía, así que has despertado a la bestia que tengo dentro.

—Pienso acabar contigo y con toda tu familia.

—Eso ya lo has hecho, Ross. Te falta lo primero. Pero estás ante una persona que ya no tiene nada que perder, y esa es la persona más peligrosa de todas…

Ross dio un paso hacia ella y la miró de arriba abajo.

—Al igual que mi hija, acabarás bajo tierra.

La joven sonrió.

—Si quieres, puedo darle recuerdos de tu parte y decirle que murió por la locura de su padre.

Ross le propinó un puñetazo. Cora se vio ligeramente impulsada hacia atrás, ya que clavó los talones en el suelo y apenas se movió. Rápidamente, volvió a mirarlo y esbozó otra sonrisa.

—Vaya, Ross, parece que vas perdiendo el miedo a esta muchacha de la profecía. ¿Qué te parece si embrujo a todo tu clan para que se vuelva en tu contra?

En ese instante, Cora fue consciente de lo que en realidad hacía temer a Ruairidh Ross. En sus ojos se vio reflejado cierto temor, por lo que la joven llegó a la conclusión de que se encontraba justo enfrente de una persona que era demasiado supersticiosa, por lo que sería un gran punto a su favor para conseguir desestabilizarlo en cuestión de minutos. Ahora podía entender qué era lo que había llevado a Ross a idear un plan para aquella guerra. Una persona supersticiosa podía ser verdaderamente manejable y temerosa del futuro, aunque fuera incierto lo que alguien pudiera ver en una visión. Ese

miedo lo llevaría a hacer cosas que podrían considerarse una locura tan solo para liberarse de todo mal. Y Ross era uno de ellos.

—¿Tal vez prefieres que lance un hechizo sobre ti y mueras de algo extraño en mitad de la noche?

Al ser consciente de que se estaba poniendo pálido, Ross se acercó a ella y la agarró de la pechera de la camisa.

—¡Cállate ya!

—Vamos, Ross, ¿no me digas que tienes miedo de algo así?

—Esa maldita profecía nunca se va a cumplir. Jamás acabarás conmigo ni con los MacGillivray. Antes te mataré yo mismo.

Ahora fue el turno de la joven para quedarse pálida. ¿Los MacGillivray? ¿Qué demonios tenían que ver los MacGillivray en eso? Siempre habían pensado que tal vez uno de ellos sería quien la ayudara, pero ¿cómo que iba a matarlos también a ellos?

—¿Qué pasa, furcia, te sorprendes?

Ross la soltó y la miró con asco.

—¿Acaso no te han contado toda la profecía?

—Me importa una mierda la profecía —le espetó la joven intentando fingir que sus palabras eran ciertas—. He venido a matarte.

—Puede que me mates a mí, pero te quedarían los MacGillivray.

Ross dio un paso atrás y sonrió ligeramente. Desenvainó la espada y la miró con auténtico asco.

—Dices ser una guerrera, mocosa. Demuéstramelo. Me quiero divertir contigo un poco antes de matarte mañana a primera hora… Y es una pena porque para la noche espero a mis aliados y estoy seguro de que querrían verte morir…

Cora dio un paso atrás también y desenvainó la espada. El hecho de haber conocido algo más de la profecía la hizo ponerse realmente nerviosa. ¿Acaso su padre desconocía toda la verdad o habría prefería guardársela para no tener que contarle todo? ¿Y si su padre conocía al culpable desde el principio y siempre había fingido ante todos para no hacerles daño o así evitar que alguien pudiera hacérselo?

Fuera como fuera, la mente de la joven era un hervidero de pensamientos

y de preguntas que no tenían respuesta. Pero lo más real de ese momento fue el hecho de que estaba allí y que podía enfrentarse a su enemigo a pesar de estar rodeada de ellos. No había escapatoria. Lo sabía, pero al menos podía hacer todo el daño que pudiera a ese clan antes de caer en batalla.

La joven observó cada movimiento del laird Ross mientras caminaba de un lado a otro para intentar despistarla. Pero ella tenía toda su atención puesta sobre él, por lo que no iba a engañarla tan fácilmente. Lo que tampoco imaginaba era que su enemigo iba a luchar con ella nada más llegar al castillo en lugar de apresarla y tal vez intentar descubrir información de su familia y sus planes. Pero no le importaba. Se dijo que lucharía como fuera, y así hizo.

Dejó que fuera Ross el que diera la primera estocada para así comprobar cómo eran sus movimientos y sus puntos débiles. En ese momento, los ojos de la joven comenzaron a moverse con rapidez para intentar atisbar el siguiente movimiento o lo que el laird podría estar pensando en ese instante. Y eso la ayudó muchísimo.

A medida que la joven paraba las estocadas del laird Ross, fue siendo consciente de que este tal vez tenía ciertos problemas en la pierna izquierda, ya que no solía apoyarse demasiado sobre ella, y cuando lo hacía, un gesto de dolor se dibujaba en su rostro a pesar de que este intentaba disimularlo en todo momento. La joven no dijo nada, puesto que podría ser una información que podría venirle bien en un futuro.

Cora dibujó un arco con la espada al tiempo que giraba sobre sí misma hacia su derecha y, para sorpresa de todos, logró abrirle una herida a Ruairidh Ross en el pecho. Este lanzó un gruñido de dolor y dio un paso atrás al tiempo que se llevaba la mano libre a la zona. Bajó su mirada, sorprendida, hacia su pecho y después la miró a ella con furia.

—Debiste pensar aún más lo que podría pasar si despertabas al demonio que hay en mi interior después de hacerle daño a mi familia.

—Qué mal lo hizo tu padre al enseñarte todo esto…

Cora sonrió y jugó con la empuñadura de la espada, llevándola de una mano a otra.

—Sería mucho mejor estar con bordados, ¿verdad? Podría haber jugado con las agujas sobre tu maldito y asqueroso ombligo…

Ross rugió de rabia.

—Lo que se le olvidó enseñarte fue algo de inteligencia para que hubieras podido dilucidar que venir hasta aquí tú sola a entregarte no era lo más inteligente del mundo.

Cora rechinó los dientes.

—¿Quién ha dicho que estoy sola? —mintió para aumentar la preocupación en el clan—. Tal vez mi presencia aquí forma parte de un plan mayor en el que tu clan va a acabar hecho cenizas.

Un ligero murmullo se extendió por el patio, provocando que Cora estuviera a punto de esbozar una sonrisa. Puede que el laird Ross le hubiera dicho información que logró sobresaltarla, como lo de los MacGillivray, pero ella no iba a quedarse atrás. Y sabía que, con eso, lograría que varios guerreros Ross no durmieran tranquilos esa noche al pensar en que probablemente los Chattan estaban a punto de llegar a las puertas de su castillo para atacarlos.

Su enemigo volvió a atacarla, pero ella ya estaba preparada para ello. Logró que su contrincante tuviera que apoyarse sobre su pierna izquierda en muchas ocasiones, logrando que Cora tuviera un acceso más fácil hacia puntos débiles de su cuerpo. Varias heridas lograron abrirse en el cuerpo del Ruairidh Ross, que gruñó con furia.

Pero la victoria que se dibujó en el rostro de Cora duró poco, ya que, tras acercarse demasiado a un grupo de guerreros del clan, estos se lanzaron contra ella y lograron agarrarla por los brazos. La golpearon en el costado hasta que logró soltar su espada y la joven les dedicó una mirada cargada de auténtica furia. Estos le sonrieron con saña, pero Cora no mostró miedo, ni terror. Al contrario, fijó su mirada en el frente, justo a los ojos de Ross y lo vio sonreír de nuevo. Sin embargo, sintió cierta satisfacción al ver que era el único que estaba sangrando.

—Si pensabas que ibas a venir libremente aquí, me atacarías, herirías y no obtendrías tu castigo es porque, efectivamente, no eres la más inteligente de tu familia.

—Para lo que he venido es para cumplir esa profecía —lo interrumpió la joven intentando soltarse de las manos de los guerreros.

—Esa profecía no se cumplirá jamás y este clan vencerá la guerra.

A pesar de su situación, Cora se obligó a sonreír. Recordaba el miedo que había visto reflejado en los ojos de Ross, por lo que debía aprovecharse de

ese sentimiento e intentar minarle el ánimo.

—Lo único que sobrevolará sobre este clan es la muerte por todo lo que habéis provocado. Mucha gente sabe ya que sois vosotros, así que yo no estaría tan tranquilo.

La sonrisa en el rostro de Ross desapareció de golpe y se acercó a ella.

—¿Qué sabes?

—Que tú provocaste la guerra y tú le diste alas a la profecía por esa acción.

Ross negó con la cabeza y la golpeó en el rostro, girándole la cara. Pero Cora no se vino abajo, sino que se obligó una vez más a mostrar su lengua viperina contra él. Había esperado tanto tiempo ese momento que solo le quedaba disfrutar del daño que pudiera provocar.

—Eso no es cierto. Tú eres la culpable.

—No. Yo nací sin enemigos. Fueron estos quienes pusieron piedras en mi camino para verme caer.

Ross acortó la distancia y la agarró del cuello.

—Y te veré caer en todas ellas, muchacha. No te imaginas las veces que he imaginado tu muerte. Tantas que incluso tengo preparadas unas pruebas para ti antes de morir.

Una sonrisa sádica se dibujó en sus labios, pero la joven se mantuvo impasible, mostrando una expresión casi aburrida.

—Así que quieres que te demuestre que tengo más valor que tú…

—Tú no tienes nada…

—Parte de esas palabras son correctas: yo al menos no tengo el pánico que tienes tú, Ruairidh Ross. Yo no llevé a cabo una guerra por terror. Yo no asolé un clan y maté a su gente por miedo… Yo solo he vivido con paz interior, algo que tú no vas a tener jamás porque enviaste a la muerte a tu propia hija.

Ross la golpeó de nuevo con saña, provocando que el labio inferior de Cora se partiera, pero en ningún momento mostró lo que realmente sentía en su interior.

—Llevadla a las mazmorras. Mañana será un gran día para todos nosotros…

Sin apartar la mirada de él, Cora fue llevaba al interior del castillo, pero la joven siguió mirándolo mientras la empujaban, por lo que pudo ver cómo el propio laird se santiguaba de auténtico terror ante esa mirada. Rápidamente, Cora giró la cabeza hacia el frente y sonrió. Descubrir que su enemigo era tan supersticioso era algo que deseó haber conocido antes, pues habrían tenido infinidad de oportunidades para hacerlo caer. Sin embargo, ya era tarde y nadie podría salvarla.

Y al contrario de lo que esperaba en un principio, no tenía miedo. Había perdido a parte de su familia y la que quedaba estaba completamente rota. Pero también había perdido para siempre a Alasdair, pues le había quedado claro que él jamás tendría algo con ella. Siempre le había quedado una esperanza con él, pero ya tenía claro que no. Por ello, se había quedado sin nada por lo que luchar. Tan solo podía ofrecerse como moneda de cambio para acabar con aquella guerra. Muerta ella, todos los clanes respirarían, aunque una parte de ella temía que su familia continuara con esa locura durante más tiempo.

Cora respiró hondo a medida que la empujaban por el pasillo. No se resistió, no pidió clemencia, ni siquiera les dijo nada. Tan solo se limitó a seguir adelante y a pensar en que al día siguiente todo su sufrimiento habría acabado para siempre.

Cora gruñó de dolor cuando su cuerpo chocó contra la puerta de las mazmorras. La empujaron tan fuerte que estuvo a punto de caer rodando por las escaleras, pero logró aferrarse a la maltrecha barandilla que había a su derecha. Tras eso, fue llevaba hacia una de las celdas, que estaba casi en total oscuridad, y la dejaron allí sola.

En ningún momento le dirigieron la palabra, ni la insultaron, ni sabía si le llevarían algo para cenar… Nada. Usaron el silencio como castigo, pero Cora lo agradeció. Los vio marcharse, pero uno de ellos se quedó el último, mirándola en silencio. Ella le devolvió la mirada y elevó el mentón con orgullo. Moriría por su clan y su familia, y no le importaba. Este simplemente escupió al suelo, pero la expresión en el rostro de Cora apenas se modificó.

Y tan solo se relajó en el instante en el que por fin se quedó sola en aquella semioscuridad. Se permitió suspirar y dejar escapar el aire contenido. A pesar de lo que había pasado minutos antes, su llegada al castillo Ross había sido más fácil de lo que imaginaba. No le habían

importado los golpes, pues le recordaban que aún seguía con vida, ni los insultos, ni el odio en sus ojos.

Mientras se dejaba caer contra el suelo mugroso, Cora recordó a su padre. Estaba segura de que estaría orgulloso de ella, aunque probablemente creería que las formas no eran las correctas, puesto que él nunca habría querido verla morir.

Cora apoyó la cabeza contra la pared y observó el lugar en el que la habían metido ahora que sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad. Por un pequeño ventanuco vio un trozo de cielo, el cual le indicó que la luz estaba descendiendo en el exterior. Las paredes que la rodeaban estaban manchadas de algo oscuro que no quiso descifrar por temor al asco que seguramente le provocaría conocerlo. Varias cadenas colgaban del techo y se dejaban caer contra las paredes, aunque un par de ellas pendían del centro de la celda.

Se preguntó cuánta gente habría muerto en aquel lugar, pero acabó diciéndose que no quería saber la respuesta a esa cuestión. Un día. A ella tan solo le quedaba un día de vida y moriría como los antiguos gladiadores romanos, en medio de un maldito juego que había ideado su enemigo. Cora suspiró. Si Ruairidh Ross quería jugar, ella se lo daría para morir no solo con dignidad, sino con toda la gloria que un buen guerrero merecía.

CAPÍTULO 14



Aquella noche fue eterna para los miembros del clan Chattan. Durante esas últimas horas, habían dejado todo preparado para partir a la guerra en cuanto los guerreros del clan MacBean aparecieran en el horizonte. Apenas pudieron dormir, ya que sus mentes estaban puestas en Cora.

Rowan aún se sentía iracundo con su hermana por haber escapado de la seguridad del castillo para ir a enfrentarse a sus enemigos. ¿En qué momento había pensado que eso era buena idea? Una parte de él se repetía constantemente que, cuando volviera a verla de nuevo y supiera que estaba a salvo, la castigaría de por vida recluida en el castillo. Sin embargo, otra parte de él, la más guerrera, le decía que Cora únicamente había hecho lo que él mismo se habría atrevido a hacer para salvar al resto de la familia. Por ello, no podía castigarla.

El laird Chattan suspiró mientras se colgaba la espada de la cadera. A su lado, Gillian lo imitaba y frunció el ceño.

—No deberías venir con nosotros. Será peligroso.

La joven lo miró por encima de su hombro.

—Si piensas que voy a quedarme encerrada en el castillo mientras los demás vais a la guerra es porque no me conoces. Tal vez no soy la mejor espadachina, pero mi padre me enseñó algunos movimientos. Y no me separaré de ti.

Rowan suspiró largamente y se acercó a ella para abrazarla.

—No tienes que demostrarme nada. Sé que no tienes nada que ver con tu hermano.

Gillian puso los ojos en blanco.

—Es que no lo hago por eso. Si voy a esa batalla ante los Ross es para hacer honor a mi padre, no por lo que mi hermano ha hecho después con el

clan. Es un maldito traidor, sí, pero es mi padre en el que pienso.

Rowan sonrió y la besó lentamente.

—Espero que sea verdad eso de que no te vas a separar de mí o no daré abasto para cercenar tantos cuellos.

Gillian dejó escapar una risa.

—Eres un exagerado. Llevaremos a los MacBean y nuestros hombres. Los Ross y los mercenarios no son tantos. Podremos con ellos sin esfuerzo.

Rowan ladeó la cabeza.

—Igualmente, no me fío de ellos. Debemos tener cuidado.

Su esposa asintió.

—Lo tendremos. ¿Crees que Cora está bien? Si pretendía ir al castillo Ross, seguramente ya habrá llegado.

Rowan rechinó los dientes y asintió.

—Sí, y mucho me temo que Alasdair no habrá llegado a tiempo.

Gillian se separó de él y lo miró con los brazos cruzados.

—Sigues sin contarme qué pasó con él para que se marchara así del castillo.

Rowan chasqueó la lengua y se alejó de ella.

—Quiero que sea él quien os cuente todo.

—Y yo quiero que seas tú porque parece que sufres desde entonces.

El laird dudó un instante. Se retorció los dedos ligeramente y respiró hondo para intentar alejar de él los mismos pensamientos que le llegaban a la mente cuando leyó aquella carta y habló con Alasdair.

—Voy a contártelo, pero espero que no se te ocurra decirle nada a Sloan o Morag.

—¿Tan grave es?

—Demasiado —sentenció.

Cora no sabía en qué momento de la noche se había quedado dormida. De hecho, se había prometido a sí misma aguantar sin cerrar los ojos, pero supuso que el cansancio del viaje hasta allí y los golpes habían provocado que finalmente se dejara vencer por el sueño.

La joven se despertó cuando, desde el ventanuco, logró escuchar voces y ruidos de lo que parecían ser hierros. Rápidamente, se frotó los ojos para alejar el sueño y se obligó a incorporarse y prepararse para lo que estaba por venir.

En ese momento, su mente volaba a gran velocidad y repasó todo lo que había visto en el patio de los Ross y lo que había escuchado. Si el laird pretendía matarla con juegos, ella daría todo de sí para morir victoriosa y ser recibida con honores en el infierno. Se preguntó qué habría pensado para ella, pero no quería dirigir su mente hacia ese camino. Al contrario, esta voló hacia una información que había dejado guardada en su memoria y que no había podido repasar después de quedarse sola.

Cora se incorporó y caminó por la celda mientras se estiraba para desentumecer los músculos. Necesitaba pensar algo antes de que los Ross acudieran a ella para llevarla al cadalso.

Se pasó las manos por las sienes y las masajeó al tiempo que el apellido MacGillivray aparecía en su mente. Desde que su madre había contado todo lo que sabía de la guerra, siempre habían pensado que un MacGillivray la ayudaría al tener estos un gato como emblema, pero después de que Ross le confirmara que estos también estaban metidos en todo eso se dijo que no sería así, que en su familia siempre habían estado equivocados.

Y si los MacGillivray aparecían esa misma noche allí, cuando ella ya estuviera muerta, tal vez podrían llevar a los demás nuevamente a la guerra y nadie sabría que ellos también estaban implicados.

Cora se apoyó en los barrotes de la celda y renegó entre dientes. Se preguntó cómo y de qué manera podría llevarle esa información a Rowan, pero no podía salir de allí. La joven suspiró largamente y volvió a caminar por la celda. Su nerviosismo apareció de nuevo a pesar de haberse prometido que iba a mantener la calma. A medida que pasaban los minutos, se preguntó si su hermano Rowan y los MacBean habrían salido ya del castillo rumbo a esas tierras, pero Cora se recordó que para el momento en el que ellos llegaran, ella ya estaría muerta.

La puerta de las mazmorras chirrió cuando la abrieron, provocando que Cora diera un respingo. Mientras escuchaba los pasos del recién llegado, la joven respiró hondo y soltó el aire lentamente para calmarse. No podían verla en el estado de nerviosismo en el que se encontraba. Y cuando lo logró, Cora lo recibió con una sonrisa ladina.

El segundo al mando de los Ross la observó desde el otro lado de los barrotes y apoyó las manos sobre estos para observarla mejor.

—¿Estás preparada para morir?

—Desde el día en que nací.

Lo vio sonreír aún más y torció ligeramente la cabeza.

—Te veo muy predispuesta a ello.

—Cuanto antes muera, antes caminará entre vosotros la destrucción —dijo para comprobar si todos los Ross eran igual de supersticiosos.

Sin embargo, con él no le sirvió ese truco, ya que dejó escapar una risa.

—No eres tan especial, muchacha. Tan solo los dioses son los únicos capaces de enviar embrujos a los clanes.

—Tranquilo. Los enviarán al ver que sucumbís al miedo por esa maldita profecía.

El hombre sonrió y sacó un manojo de llaves del *sporran*.

—Los Chattan sois muy aburridos. Al menos, podremos disfrutar de algo divertido antes de verte morir.

—¿Y qué haréis?

—Ahora lo verás…

El guerrero abrió la puerta de la celda y entró en ella para agarrarla del brazo, sin embargo, Cora estaba preparada para recibirlo y, en lugar de mantenerse quieta como esperaba que iba a quedarse, la joven lo recibió con una fuerte patada en la pantorrilla, logrando que el guerrero se doblara sobre sí mismo para después propinarle un fuerte puñetazo en la mejilla.

Sin perder tiempo, Cora se lanzó contra la salida de la celda. Sabía que no podría llegar demasiado lejos, pero al menos dejaría varios heridos en el camino. Y tal y como pensaba, el guerrero del clan Ross se recuperó antes de que ella pudiera llegar a las escaleras, por lo que se vio impulsada hacia ellas, cayendo de boca sobre los primeros escalones.

La joven lanzó un gruñido de dolor, pero sobre todo al sentir contra su estómago el fuerte puño del guerrero, que lo estrelló con fuerza. Sintió cómo se cortaba toda conexión con el aire, pues este dejó de entrar a su pecho. Y sin darle tregua, la golpeó también en la mejilla, pero ella se obligó a responder con rapidez y le devolvió el golpe, pateando su

entrepierna con fuerza y sacándole una fuerte queja que no pudo reprimir.

—Maldita zorra.

—Tienes ante ti a una mujer que ya no tiene nada que perder —le gritó—, ni siquiera el miedo porque hace tiempo que lo perdí.

La rabia con la que la joven pronunció aquellas palabras llegó a sorprender al guerrero, pero este se mantuvo firme con la orden que le habían dado aquella mañana, así que la aferró del brazo con fuerza, tiró de ella para incorporarla y la empujó escaleras arriba. Apenas conocía a los Chattan, más que en la guerra, pero estaba seguro de que, si todos eran como aquella joven, era un clan que había perdido el juicio por completo. Pero si también habían perdido el miedo, era el clan más peligroso contra el que podrían haber cruzado sus espadas.

La arrastró por el pasillo hacia la salida del castillo. La joven tosía a veces por la fuerza del golpe que él mismo le había propinado en el estómago, pero no le dio tregua alguna. En el momento en el que ambos salieron de la fortaleza, Cora miró hacia el cielo. Sus ojos se entornaron ligeramente para habituarse a la luz del día, pero también por la enorme cantidad de gotas que caían con la lluvia que se había desatado esa mañana.

El cielo estaba completamente encapotado y no parecía haber un final claro para esa lluvia. Cora sonrió con cierta tristeza. Iba a morir en un día verdaderamente hermoso, en el que habría agarrado su caballo para cabalgar lejos de allí al tiempo que sentía el viento en el rostro.

Cora bajó entonces la mirada hacia el resto del patio. Vio que varios guerreros del clan se encontraban preparando varias cuerdas con cuatro caballos en medio del patio, y Cora supo al instante lo que pretendían hacer con ella. La iban a desmembrar o al menos intentarlo mientras le rompían los huesos y rasgaban sus músculos. Sin lugar a dudas, iba a ser una muerte demasiado dolorosa para ella. No obstante, se obligó a no mostrar sentimiento alguno por ello y elevó el mentón con orgullo.

—¿Te gusta?

—Me encantará cuando te vea a ti siendo arrastrado por todos esos caballos —le respondió con voz segura de sí misma.

El guerrero sonrió y la empujó hacia el laird Ross, que la esperaba junto al resto de guerreros.

—Supongo que ya imaginas una de las cosas que tengo preparadas para ti, muchacha…

—¿Hay más sorpresas? —preguntó.

—Ya lo irás descubriendo, pero me temo que tú no lo disfrutarás tanto como nosotros.

Cora no le respondió, sino que se limitó a atravesarlo con la mirada. Este la observó de la misma manera, pero los ojos de la joven eran tan penetrantes que fue el primero en apartar la mirada y dirigirla hacia el resto de sus hombres.

—Siempre he tenido la curiosidad de saber de qué material están hechos los Chattan para ser elegidos por el destino.

El mercenario que acabó con la vida de su madre la miró con una sonrisa y respondió a Ruairidh.

—La familia del laird muere igual que el resto de su clan. Tienen poco aguante. ¿Habéis enterrado ya a la furcia de tu madre y a tu hermano?

Cora tragó saliva antes de cambiar su mirada y dirigirla hacia él. Aún podía recordar el terror que pasó al ver cómo este segaba la vida de su madre y la dejaba como si no tuviera valor alguno en el mundo. Todavía le dolía esa escena de sus recuerdos, pero se obligó a no mostrarlo en su rostro.

—¿Y tú, has enterrado a los tuyos y por eso tienes que ofrecer tu culo a esta gente?

La sonrisa de los labios del mercenario se borró de golpe. Sin lugar a dudas, Cora había dado en el clavo, por lo que no pudo evitar sonreír. El laird Ross tenía razón en algo: parecía ser la elegida del destino y lograba adivinar los flancos débiles de sus enemigos, aunque tarde.

—No te imaginas lo que voy a disfrutar escuchando tus gritos.

Cora lo observó en silencio, haciéndole ver que no le importaban sus palabras. Al instante, la joven llevó sus ojos hacia los guerreros apostados en la muralla. En lugar de mantenerse vigilantes hacia el exterior, tenían sus ojos puestos sobre ella, en lo que iban a hacerle en cuestión de minutos. Y entonces regresó su mirada hacia Ruairidh Ross.

—Tranquila, muchacha, no temas que no morirás con esto. Solo queremos romperte los huesos…

Pero la joven no le respondió. Tragó saliva y elevó el mentón ligeramente, provocando que Ross diera una palmada para prepararse. Desde la distancia, la presencia de la joven en su castillo, a pesar de que era lo que más deseaba, le resultaba incómodo, casi abrumador. Por ello, deseaba terminar con ella lo antes posible.

—Atadle las manos y los pies a las cuerdas que cuelgan de los caballos.

En ese instante, Cora sí notó de nuevo el nerviosismo y rezó en silencio para que el sufrimiento fuera poco y muriera cuanto antes. Sin embargo, cuando el primer guerrero se acercó a ella para atar una de sus muñecas, los guerreros apostados en la muralla se giraron de golpe y una potente voz rompió el silencio del páramo que había justo fuera de allí.

—¡Ruairidh Ross! En el nombre de Dios y del destino, reclamo tu presencia si es que te atreves.

Los ojos de Cora se abrieron desmesuradamente al reconocer aquella voz. Lo habría hecho aunque estuviera bajo tierra, y en silencio esperó a que cualquiera de ellos dijera la siguiente palabra.

El aludido la miró a ella antes de dirigir sus ojos hacia el portón aún cerrado. A una señal suya, uno de sus hombres apartó el arcabuz para abrirlo. La ira se reflejó en sus ojos al descubrir que alguien lo había interrumpido en un momento tan clave ese día.

La mirada de todos se dirigió hacia el hombre que, con precaución y sobre el caballo, cruzó el portón. Los ojos de este volaron hacia Cora para comprobar cómo se encontraba. Y al ver que aún seguía viva, aunque con golpes en la cara, paró el caballo y desmontó.

—¿Quién se atreve a interrumpirme y a reclamar mi presencia en nombre de Dios y el destino?

El aludido soltó las riendas del caballo y se acercó unos pasos a él, aunque rápidamente los guerreros del laird desenvainaron sus espadas, por lo que se quedó quieto con su penetrante mirada clavada en él. Y, con voz profunda y ronca por la rabia, respondió:

—Alasdair Mackay.

El laird Ross frunció el ceño y lo miró con verdadero interés.

—¿Mackay? ¿Tú eres el desgraciado que se casó con mi hija?

Este dio otro pasó hacia él, pero de soslayo vio que había varios guerreros

al otro lado del castillo, sobre la muralla, y lo apuntaban con sus flechas directamente al corazón. Por ello, se quedó parado en el sitio, intentando mantener una calma que realmente no sentía al estar rodeado de enemigos y sin esperanza de salir de allí con vida. Al no encontrar a Cora durante el viaje hasta allí supuso que la joven había logrado llegar antes que él al castillo y se encontraba en su interior.

Lo que no esperaba al penetrar en este era encontrarla a punto de ser descuartizada por sus enemigos. ¿Cómo era posible que la joven tuviera esa serenidad en el rostro en lugar de estar llorando al ver que iban a matarla? Debía de estar preocupada, desolada y, sin embargo, se la encontró tranquila, como si era lo que realmente quería en la vida. Y eso lo preocupó aún más a él.

—Sí, soy el hombre con el que se casó tu hija. Y hasta el momento de su muerte, la traté con el respeto que merecía.

Ruairidh se acercó a él y lo miró de arriba abajo, dando una vuelta alrededor de Alasdair para comprobar qué clase de persona era el hombre con el que se había casado su difunta hija.

—Que la trataras con respeto no hará que yo haga lo mismo contigo, muchacho. Te has presentado en mi castillo reclamando mi presencia, pero no creo que estás en condiciones de hacer algo así.

—Estoy aquí para solicitar la liberación de Cora Chattan y la paz entre los clanes —respondió Alasdair.

Desde su posición, Cora arqueó una ceja y lo miró con interés. ¿Por qué se atrevía a presentarse allí y echaba a perder su propio plan? ¿Acaso se había propuesto amargarle la vida por siempre? Ella solo deseaba que todo eso acabara, y la única manera que había para ello era con su muerte. ¿Por qué ahora se presentaba Alasdair y se creía capaz de acabar con la guerra de otra manera?

Después de lo que le había dicho en su dormitorio, pensaba que se iba a alejar de ella para siempre, pero, como en otras ocasiones, Alasdair aparecía en su vida para ponerla patas arriba, y lo odió una vez más.

La joven lo observó con el ceño fruncido y negando ligeramente con la cabeza. Quería que se marchara, que la dejara en paz, que se olvidara de ella, que dejara de hacerle daño. ¿Por qué demonios tenía que presentarse allí ahora que había encontrado la serenidad suficiente para enfrentarse a la

muerte? Con él allí sentía miedo, que el suelo bajo sus pies se movía, que no había nada claro. Y eso no le gustaba, ya que la hacía sentir pequeña.

—Pero ¿tú quién demonios te crees que eres para pedir semejante estupidez?

—Soy uno de los guerreros del clan Chattan, protector de esta joven y solo estoy pidiendo su liberación. Ella no os ha hecho nada.

—Vivir para intentar hacernos daño. ¿Te parece poco motivo para matarla? Además, ella misma ha venido a entregarse…

—Sí, jamás entenderé semejante estupidez por su parte —dijo Alasdair con rabia mirando directamente a los ojos de la joven.

—Vete de aquí, Alasdair —le pidió Cora—. Soy un estorbo, ¿recuerdas?

Lo vio apretar los puños y tragar saliva. Incluso desde la distancia, la joven habría jurado que escuchó rechinar sus dientes. Pero no le respondió. Tan solo se dedicó a mirarla durante unos segundos que parecieron una eternidad, y volvió a dirigir su mirada a Ross, que sonreía bajo la barba.

—Los Chattan nunca han intentado haceros daño, Ross —dijo Alasdair —. Han deseado vivir en paz.

—No me importa lo que tus amigos han hecho a lo largo de su vida. Hay una profecía…

—¡Las profecías pueden no cumplirse, Ross! —exclamó el guerrero, cortando al laird—. Son solo visiones de un futuro probable, pero no firme. No hay nada escrito en esta vida, Ross. Somos creadores de nuestro propio destino.

Fue tal la seguridad con la que Alasdair habló que Ross se acercó a él, quedándose a un metro escaso de distancia. Sus hombres se tensaron al ver la cercanía entre ellos, pues Alasdair podría cortarle el cuello si lo deseaba, así que se pusieron en guardia.

—Da igual lo que digas. Esta muchacha es un peligro para mi clan y va a morir ahora que está en mis manos.

—No mientras yo siga vivo. Soy su protector.

Ross se echó a reír. El corazón de Cora saltó de golpe. Aquellas palabras las dijo con tanta vehemencia que, durante unos segundos, la joven creyó ver el mismo sentimiento amoroso que le había demostrado la otra noche en su dormitorio mientras la hacía suya. Sin embargo, se obligó a sacudir la

cabeza y apartar esos pensamientos a los que no debía darle fuerza.

—¿Su protector? ¿Tú? —lo miró de forma despectiva—. ¿Acaso crees que eres el hombre del que hablaba la profecía? No eres nadie, tan solo un hombre sin clan que lucha para los Chattan porque seguramente lo expulsaron del suyo.

Alasdair apretó los puños con fuerza, pero no respondió a su provocación, sino que prefirió quedarse callado con su penetrante mirada azul clavada en él.

Vio sonreír a Ross, que los miró alternativamente, hasta que le dijo a Alasdair:

—Voy a explicarte una cosa, Mackay. Antes de que llegaras a las puertas de este castillo, pensaba desmembrar a tu querida protegida —dijo señalando las cuerdas que habían estado a punto de atar en las muñecas de la joven—. Sin embargo, acabo de cambiar de idea.

—¿Vas a soltarla?

Ross lanzó una carcajada.

—¿De verdad eres tan ingenuo? He perdido a una hija en esta guerra y me pienso cobrar su muerte con la de esta muchacha, así que no me hagas reír. Jamás la soltaré. Pero ahora que te has presentado aquí voluntariamente, aceptando una muerte segura entre mis muros, he pensado en otra forma de hacerla sufrir…

—Deja que se vaya —intervino Cora por primera vez, hablando directamente al laird Ross.

Escuchar que iban a matar a Alasdair para hacerle daño a ella había logrado que se le retorcieran las entrañas. Estaba preparada para su propia muerte, pero no para ver que le hacían lo mismo a Alasdair. Se había marchado del castillo para escapar de él, odiándolo por lo que le había dicho. Sí, pero la llama de su amor por él no se había apagado en ningún momento. No podría soportar verlo sufrir o morir, así que haría lo posible para que lo dejaran libre.

Ruairidh Ross la miró por encima del hombro y sonrió.

—¿Te preocupa la vida de tu protector?

—Era mi vida la que querías, no la suya. Deja al resto en paz y mátame a mí.

—Pero ¿qué demonios dices, Cora? —saltó Alasdair con furia.

La joven lo miró, pero rápidamente cambió su mirada hacia Ross, que estaba realmente interesado en aquella conversación.

—Alasdair respetó y cuidó a tu hija por encima de todo durante el tiempo que estuvo en el castillo. Creo que merece ser liberado y perdonado por ello.

Lo vio fruncir el ceño y renegar entre dientes. Mientras tanto, Ross fingió meditarlo, pero acabó negando con la cabeza.

—Este hombre ha tenido los arrestos de presentarse en mi castillo para exigirme algo. ¡A mí! Merece el mismo destino que tú, muchacha.

La joven resopló y dio un paso hacia él, pero uno de los guerreros la aferró del brazo, empujándola de nuevo hacia atrás y haciendo que Alasdair se tensara de golpe.

—Todo condenado a muerte merece una última petición y la mía es que lo liberes.

—¡No, Cora! —exclamó Alasdair intentando dar un paso también hacia ella, aunque lograron frenarlo a tiempo.

El laird Ross se acercó a ella lentamente.

—Veo que tu preocupación por él es demasiado excesiva.

La joven tragó saliva.

—Jamás me preocuparía por alguien que me considera un estorbo —dijo con firmeza, ignorando la expresión en el rostro de Alasdair—, pero quiero ser justa. Soy yo quien apareció en esa profecía. Es a mí a la que debes matar. Ya ha muerto mucha gente en mi nombre.

—Nunca pensé que la pequeña de los Chattan fuera la que más valentía demostraría a lo largo de su vida… —murmuró Ruairidh Ross mirándola a los ojos—. Pero te has equivocado de enemigo, muchacha. Yo no soy justo ni clemente con nadie, y este guerrero morirá hoy contigo.

—Eres un maldito cobarde, Ross —le espetó la joven.

Al instante, este le respondió con una bofetada que logró cruzarle la cara. Alasdair intentó lanzarse sobre él, pero lo pararon entre varios guerreros.

Ross se giró hacia él con una sonrisa.

—Cambio de planes. Llevaos estos caballos y haced un círculo grande

alrededor del patio. No seremos nosotros quienes mataremos a estos desgraciados, sino que lo harán ellos.

—No voy a enfrentarme a nadie —respondió la joven, ganándose de nuevo una mirada del laird Ross.

—Mackay te matará y tú a él. El protector matará a su protegida y la protegida matará a su protector.

—¡Me niego! —exclamó Cora de nuevo.

Pero Ross sonrió al tiempo que sus hombres llevaban a cabo su orden. Rápidamente, el círculo se formó alrededor del patio. Y uno de los guerreros del clan se acercó al laird para llevarle la espada de Cora. La tomó entre sus manos y los miró con una sonrisa.

—Mis hombres estarán pendientes de cada movimiento vuestro. Si pretendéis hacer daño a alguno de nosotros, una lluvia de flechas caerá sobre vuestras cabezas, así que espero que nos entretengáis unos minutos.

En lugar de entregarle la espada a Cora en sus manos, la tiró a sus pies y los hombres que aferraban tanto a la joven como a Alasdair los soltaron. Ross se alejó de ellos y en el centro del círculo quedaron únicamente ellos.

Ambos miraron a su alrededor con la esperanza de encontrar alguna salida, pero estaban totalmente rodeados de enemigos sedientos de sangre.

Cora miró de reojo a Alasdair y le espetó:

—¿Se puede saber qué demonios haces aquí? Mira la que has liado.

El guerrero le devolvió una mirada irónica.

—¿De verdad has tenido los cojones de echarme en cara todo esto? Si te hubieras quedado en el castillo…

Le respondió en voz baja para evitar que el resto los escuchara.

—¿Para qué? Aquí al menos podía haber salvado a mi familia.

—Es la mayor tontería que has hecho en tu vida.

—Dar mi vida por los que amo no es una estupidez.

—No te hagas la tonta, Cora. Esto lo hiciste después de…

Alasdair se obligó a callarse, pero ya era demasiado tarde.

—¡Dilo! —exclamó la joven—. Después de rechazarme de nuevo. Y sí, lo hice también para alejarme de ti.

Alasdair apretó los puños y la miró.

—Has perdido el juicio. Moriremos todos igualmente.

—No pienso coger esa espada para luchar contra ti.

—Entonces, vamos a morir antes de lo que esperaba… Cobarde.

Al tiempo que se dibujaba una expresión sorprendida en el rostro de la joven, Alasdair desenvainó la espada.

—Vamos a ganar algo de tiempo —le pidió el guerrero—. Los MacBean seguramente ya habrán llegado a tu hogar y estarán de camino hacia aquí.

Cora negó con la cabeza y dio un paso atrás, alejándose de él.

—¡Vamos! —vociferó el laird Ross—. ¿A qué esperáis para comenzar?

—No voy a luchar contra ti, Alasdair. Quieren que te mate.

El guerrero la apuntó con la punta de su arma.

—Coge tu puta espada ahora mismo, Cora —siseó—. No voy a permitir que te dejes morir.

—No voy a luchar contra ti —repitió la joven con el terror reflejado en sus ojos.

—Y yo no pienso permitir que nos maten sin haber luchado primero por nuestra vida. Te quieres dejar morir, y eso tiene un nombre: cobardía.

Cora apretó los puños y se agachó lentamente a agarrar su espada, aunque no pretendía usarla contra él, sino contra el resto de guerreros Ross.

—No me llames así, Alasdair.

—Aún no sé cómo tu padre decidió nombrarte guerrera si ni siquiera te atreves a luchar contra uno de los tuyos para sobrevivir.

La joven negó con la cabeza.

—Quieren que luchemos para morir, no para vivir.

—¡Vamos! —comenzaron a exclamar sus enemigos.

La mirada de Alasdair barrió el patio hasta clavarse en los arqueros que había apostados en la muralla y los apuntaban directamente con las flechas. Después, bajó la mirada de nuevo hacia Cora, que seguía negándose a luchar contra él.

—Aún no entiendo por qué me encamé contigo la otra noche —comenzó diciendo para provocarla—. Es algo de lo que me arrepentiré toda la vida.

Cora frunció el ceño y sintió un profundo dolor en el centro de su pecho ante sus palabras.

—Un verdadero guerrero no debería meterse en la cama de aquella que se cree guerrera, pero sigue siendo una mocosa sin valor para ningún hombre.

Al instante, Cora rugió de rabia y levantó su espada para cruzarla con él. Alasdair estuvo a punto de sonreír ante ese gesto. Le había costado un mundo pronunciar aquellas palabras, pero eran necesarias para evitar que los mataran antes de tiempo. Había visto la intención en los ojos de los arqueros. Tenían la orden de disparar y lo harían si no comenzaban a luchar entre ellos. Y al menos así ganarían algo de tiempo. Estaba seguro de que los Chattan no llegarían a tiempo para salvarlos, pero mientras tuvieran un mínimo de esperanza, debían luchar. Y Cora parecía haber perdido todo rastro de esperanza tiempo atrás.

No le gustó ver la desilusión en sus ojos, la tristeza, la pena, la entrega al mundo de los muertos. No estaba dispuesto a permitir que la joven se dejara matar por nadie. Y si debía sacrificarse por ella, lo haría sin dudarlo. Lo había hecho toda la vida. Esa era tan solo la última vez que tendría que hacerlo. Y moriría con el pecho henchido de amor por ella. Era la única mujer a la que había amado y por la que daría su vida. Su padre estaría orgulloso de él.

Alasdair paró todas y cada una de las estocadas de la joven. En un momento dado, ambas espadas se quedaron cruzadas por encima de sus cabezas y los rostros de ambos, a escasos centímetros el uno del otro:

—Prefiero que seas tú quien me atraviese con tu espada a que lo haga uno de estos desgraciados… —le susurró.

La joven torció la cabeza.

—Vete al infierno, Alasdair.

—Ya estoy en él… —le respondió.

Cora levantó una pierna y lo golpeó en el costado, provocando que el guerrero se viera impulsado hacia atrás. Las espadas de ambos dejaron de tocarse y ganaron unos segundos de descanso. La joven estuvo a punto de girarse hacia el laird Ross, a quien veía sonreír de lado, y lanzarle la espada directa al corazón. Pero logró contenerse debido a que Alasdair se aproximó de nuevo a ella para seguir luchando.

—No hagas ninguna tontería, Cora —le dijo.

—Déjame en paz. Recuerda que no tengo valor para ningún hombre, Alasdair.

El aludido sonrió ligeramente y giró sobre sí mismo cuando Cora intentó herirlo con la punta de la espada, en ese instante, la mano libre del guerrero aferró el brazo de la joven y la obligó a girarse también. Llevó la mano hacia el cuello de Cora y la besó con fiereza, provocando que los hombres del clan Ross lanzaran vítores.

Los brazos de la joven cayeron a ambos lados de su cuerpo cuando sintió los labios de Alasdair contra los suyos. Estos se habían unido a los suyos de forma tan salvaje que no tuvo tiempo de reprimir un gemido. El guerrero la mordió ligeramente y con la misma brusquedad con la que la había besado, la apartó de él.

Cora lo miró sin comprender qué demonios le estaba pasando. Minutos antes le había espetado que no tenía valor para nadie y, de repente, la sorprendía con un beso tan salvaje que le dejó las piernas temblorosas y el aliento entrecortado. A su alrededor, todo eran vítores y gritos, pero ella solo podía escuchar los rápidos latidos de su corazón. Sus ojos estaban puestos sobre Alasdair. El pelo de este estaba totalmente revuelto, podía ver el sudor asomando por su frente y su fuerte pecho subía y bajaba al tiempo que las gotas caían del cielo con parsimonia, como si estuvieran esperando a descargar sus nubes con fuerza una vez alguno de ellos estuviera muerto y tuvieran que limpiar la sangre del patio del castillo.

—¿Por qué has hecho eso?

—¿De verdad hace falta explicártelo, Cora?

Alasdair no le dio tiempo a responder, sino que se lanzó contra ella de nuevo. A duras penas, Cora logró parar su estocada, pues lo único que de verdad necesitaba y quería hacer era hablar con él seriamente. Pero no podían. El tiempo corría en su contra y solo les quedaba luchar.

Con un movimiento de espada, y sin querer, la joven le abrió una herida en el brazo. El guerrero siseó de dolor, pero Cora estuvo a punto de insultarlo, pues claramente se había puesto a propósito para ser herido. Al ver la sangre, los Ross comenzaron a gritar de placer, pero en el rostro de la joven se dibujó una expresión de auténtico horror. Lo miró a los ojos y descubrió que se había dejado herir.

—¿Por qué no te has movido?

—Porque quieren sangre, Cora.

—¿Y tiene que ser la tuya?

—¿Te preocupas por mí? Pensaba que ya me odiabas…

—Y lo hago, maldita sea.

Alasdair le guiñó un ojo y sonrió.

—Entonces, sigue odiándome y abre más heridas o lanzarán sobre nosotros una lluvia de flechas —le dijo abriendo los brazos y dejando el camino libre.

—Estás muy equivocado si crees que voy a herirte —le dijo mirando la sangre que ya corría por la hoja de su espada.

—Entonces, tendré que repetir que me arrepiento de haberme encamado contigo…

Cora lanzó un rugido y volvió a atacarlo, pero con cuidado de no abrirle más heridas. Sin embargo, en un momento dado, giró sobre sí misma para moverse hacia un lado de Alasdair y fue ella la que esta vez se puso en el recorrido de la espada del guerrero. La afilada hoja le abrió una herida en el costado.

Cora gruñó por lo bajo y provocó que Alasdair la mirara con odio.

—No vuelvas a hacer eso, Cora —le advirtió.

Pero la joven acabó sonriéndole.

—Si tú derramas tu sangre, yo también lo haré con la mía.

Alasdair rugió de rabia.

—A ti te quiero con vida.

—Pues tenemos un problema porque yo deseo lo mismo que tú —respondió intentando ignorar el nerviosismo que se posó en su estómago al escuchar esas palabras.

—¿No se supone que nos odiamos?

Cora no respondió, sino que se limitó a observarlo al tiempo que daba un paso hacia atrás. Necesitaba poner distancia con Alasdair o acabaría volviéndose loca ante la situación tan extraña y particular que estaba viviendo. Cuando salió del castillo, habría deseado enfrentarse a él y

herirlo, pero ahora solo quería darle una oportunidad para vivir. Que el guerrero apareciera en el castillo Ross implicó que todos sus planes se trastocaran y no fuera capaz de pensar con claridad. Por una parte, lo odiaba terriblemente, pero, por otra, sentía que lo amaba más que nunca, ya que se había arriesgado al llegar allí él solo. Por ella…

—Lo que se supone es que hoy es el día de mi muerte. Vete de aquí.

Alasdair negó con la cabeza al tiempo que dibujaba un círculo lentamente y giraba la espada en su mano.

—No mientras yo siga vivo, Cora. No vas a morir.

—Tú y tu maldita protección, Alasdair —le espetó—. Siempre en medio.

El guerrero sonrió con tristeza.

—Aún no te has dado cuenta, ¿verdad? Ni tú ni nadie.

—Darme cuenta ¿de qué?

—De que si estaba ahí no era porque lo ordenara Rowan… —respondió sin especificar nada.

Cora lo miró sin comprender.

—No me importa dar mi vida para salvar la tuya, pelirroja.

La joven sintió un nudo en la garganta al ver que Alasdair tiraba al espada a un lado y se ponía de rodillas frente a ella con los brazos abiertos. Cora lo miró con auténtico horror mientras los demás gritaban de alegría.

Ella dio un paso atrás y negó con la cabeza.

—Apúntame con tu espada, Cora, y mátame.

Esta estuvo a punto de desmayarse. Las piernas le temblaban como nunca, su corazón latía a una velocidad que parecía querer salir por su boca, la mano que aferraba la espada dudó y todo comenzó a girar a su alrededor al pensar en que Alasdair podría morir por su culpa. No. Él no. A pesar de todo, del odio, del rencor, del rechazo… seguía amándolo. Su alma clamaba por él, por salvarlo, por ser libre y poder decirle que no lo odiaba, que realmente lo amaba y que solo era una fachada que había tenido que imponerse para evitar sufrir. Que deseaba acabar con todos únicamente para salvarlo.

—Levántate y agarra tu espada, Alasdair —susurró con insistencia.

Pero el guerrero siguió de rodillas y con los brazos abiertos. Su mirada

azul estaba puesta en ella, pero Cora intentaba evitar mirar a ese mar embravecido que tenía en sus ojos.

—No pienso hacerlo. Tus hermanos no llegarán a tiempo y vamos a morir. Prefiero que seas tú quien me mate…

Cora no pudo evitar que las lágrimas se derramaran de sus ojos, corriendo por sus mejillas. Con respiración acelerada, siguió negando.

—Levántate —insistió.

—Todo lo que he hecho ha sido por y para ti, Cora —susurró Alasdair—. No porque te odie, sino porque te amo.

El labio inferior de la joven tembló al escuchar esas palabras y no pudo evitar que más lágrimas corrieran por sus mejillas.

—No… no me digas esto ahora, Alasdair.

—Quería protegerte, pero he fallado. Siempre has sido tú, Cora. Y aún no te has dado cuenta…

La joven frunció el ceño. Tenía la impresión de que Alasdair quería decirle algo, pero ella no lograba entenderlo. Había una expresión extraña en su mirada que no llegaba a descifrar.

—¿Qué quieres decir?

—Que solo quise alejarte de mí para evitar esto…

La joven abrió la boca para responder, pero la voz de Ruairidh Ross rompió el silencio del resto del patio. Cora se sobresaltó. Durante un instante, había olvidado por completo que estaban rodeados de sus enemigos, por lo que elevó la mirada hacia él.

—¡Mátalo! —le exigió Ross.

Cora negó con la cabeza y se acercó ligeramente a él, dejando a Alasdair aún de rodillas en el suelo.

—Haré lo que sea, pero déjalo marchar.

—¡No, Cora! —pidió Alasdair sin moverse.

—Escúchame a mí. Puedo darte tierras. Una parte del clan Chattan me pertenece por herencia. Puedo hacer un escrito para que sea tuyo, pero déjalo marchar.

Ross la miró de arriba abajo.

—¿Tanto te importa su vida?

—Solo quiero que me deje aquí. Él no pinta nada en todo esto. Por favor…

Cora sentía que apenas podía respirar.

—Puedo ofreceros mi cuerpo —le susurró.

Pero a pesar de que intentó que solo la escuchara Ross, Alasdair también lo logró oír y se puso en pie. Desde allí pudo escuchar cómo se tensaban aún más los arcos que los apuntaban, por lo que se mantuvo quieto.

—¿Qué demonios haces, Cora?

—Déjalo libre, Ross, y me entregaré a todos tus hombres. Tú incluido. Haré lo que sea, pero que él viva…

Ruairidh fingió meditarlo.

—Sería algo que me gustaría mucho, muchacha. Pero me divierte más la idea de veros morir… ¡Disparadle!

—¡No! —vociferó Cora, horrorizada.

La joven se giró hacia Alasdair, que estaba a varios metros de ella, mirándola con el ceño fruncido. Esta lo miró con el terror reflejado en el cuerpo y, aunque intentó correr hacia él para protegerlo con su cuerpo, una de las flechas silbó cerca de ellos y se clavó de forma certera en el pecho de Alasdair. Este se vio impulsado ligeramente hacia atrás con los ojos muy abiertos.

Los pies de Cora se quedaron clavados en el suelo, incapaz de moverse, pero sin poder apartar la mirada de él. No vio sangre, no escuchó un gemido de dolor, ni siquiera lo vio temblar para caer de rodillas al suelo, sino que Alasdair se quedó de pie, con la mirada ligeramente más abierta, pero vivo.

Todo a su alrededor se quedó en silencio. Los guerreros del clan Ross no sabían qué había pasado ni por qué seguía vivo. Incluso el propio laird Ross se quedó de piedra al ver la flecha clavada en su pecho.

Con lentitud, Alasdair miró hacia abajo y descubrió lo que había pasado. Sus manos se elevaron hacia la flecha, la cual agarró con fuerza y la extrajo del lugar en el que se había clavado. Ni quisiera le había rozado, sino que se había clavado en su colgante; el mismo que su padre le había dado aquella fatídica noche en la que fue llevado al castillo Chattan.

Alasdair sacó el colgante de entre su ropa y lo examinó. La punta de la flecha se había quedado grabada en la madera, provocando que el emblema de su clan quedara ligeramente borroso, aunque aún podía verse claramente el animal grabado en él.

Cuando levantó la mirada, profunda, casi provocadora, vio el terror dibujado en el rostro de Cora y la estupefacción en el del laird Ross, y supo que su momento había llegado.

Alasdair tragó saliva y aferró con fuerza la flecha y el colgante en su mano. Después, dio un paso hacia ellos, quedándose parado al lado de Cora, que aún lo miraba como si fuera un fantasma que había regresado de entre los muertos.

—Hay un detalle que se me ha escapado confesar cuando he llegado aquí, Ross —dijo con voz profunda.

Este lo miró con intención de hablarle, pero seguía tan sorprendido que no pudo decir nada, por lo que el guerrero siguió. Cuadró los hombros y llevó sus manos a la espalda, como si estuviera ante su propio laird. De repente, Cora vio que algo había cambiado en la mirada de Alasdair.

—Antes has dicho que no soy más que un simple guerrero que carezco de clan, pero me temo que debo aclararte algo… Mackay era el apellido de soltera de mi madre. Mi nombre real es Alasdair MacGillivray, hijo primogénito del laird James MacGillivray, asesinado por sus propios hijos menores, traidores a la sangre, para hacerse con el poder y aliarse contigo. Soy el único heredero de la jefatura de mi clan, por encima de los usurpadores que llevan mi propia sangre. Yo soy el “gato mayor” al que habéis estado buscando durante años junto a la pequeña de los Chattan. Pues bien, aquí me tienes después de clavarme una flecha en el pecho…

CAPÍTULO 15



La cara de Ruairidh Ross era todo un poema. En el patio, todo el mundo se quedó estupefacto ante la declaración sobre la verdadera identidad de Alasdair. Todo el mundo conocía a los hermanos MacGillivray, pero nadie sabía dónde estaba el hermano mayor, desaparecido años atrás. De hecho, todos pensaban que había muerto, incluso sus propios hermanos de sangre.

Pero ahora que Alasdair MacGillivray había dado la cara y había descubierto su identidad, todo cambiada de repente. La profecía decía que él ayudaría a Cora Chattan a acabar con el clan Ross, por lo que tenían ante ellos a los dos culpables de su posible muerte. Y no había nadie para salvarlos.

Por ello, a pesar de la sorpresa inicial, el laird Ross sonrió ligeramente y se acercó a Alasdair y Cora, que seguía mirando al primero como si le hubieran salido dos cabezas.

—Así que tú eres el hijo pródigo.

—Soy el heredero que tuvo que huir de su hogar porque sabía que sería perseguido de por vida hasta darle muerte. Y lo peor de todo es que lo harían mis propios hermanos.

Ross sonrió.

—Y te escondiste entre los Chattan. Qué gran idea… Ocultar a los protagonistas de la profecía en el mismo castillo…

Alasdair elevó el mentón con orgullo.

—Gentileza de mi padre.

—Un desgraciado.

El guerrero rechinó los dientes.

—Tú lo eres más —replicó enseguida.

Ross se acercó a él, quedándose a un escaso metro de distancia. Volvió a mirarlo de arriba abajo, como si algo en él hubiera cambiado después de conocer su verdadera historia.

—Ahora entiendo la protección que sentías hacia ella… Lamento decepcionarte, pero no te ha servido para nada.

—Nunca se sabe…

El laird los miró a ambos.

—Está previsto que tus hermanos vengan esta noche. Teníamos pensado atacar de nuevo a los Chattan, pero ahora que os tenemos aquí las cosas han cambiado… Estoy seguro de que se alegrarán de saber que su hermano sigue vivo y que lo tengo apresado.

—No te servirá de nada. Mis hermanos mataron a nuestro propio padre, Ross, cuando tuvieron fuerza suficiente como para sostener una espada. ¿De verdad crees que son leales a ti?

—Lo han sido hasta ahora.

Alasdair sonrió de lado.

—Dales tiempo…

Ruairidh Ross miró a varios de sus hombres.

—Aún no quiero matarlos. Apresadlos y llevadlos a las mazmorras. Metedlos en celdas diferentes.

Y mirando de nuevo a Cora, le dijo:

—Has tenido suerte, muchacha. Gracias a MacGillivray vivirás un poco más.

Y a pesar de que esperó un tiempo para que la joven le respondiera, esta se encontraba tan sorprendida por la verdadera identidad de Alasdair que no encontró las palabras para ello.

—Y tú no cantes victoria, muchacho —le dijo a Alasdair—. Cuando tus hermanos lleguen, desearás no haber salido de tu escondite.

El silencio se había hecho en las mazmorras cuando fueron llevados allí. Cora se encontraba de espaldas a los barrotes, por lo tanto, también le daba la espalda a Alasdair. Aún seguía sin encontrar las palabras para hablarle. Su corazón latía demasiado deprisa a medida que llevaba de nuevo a su

mente todos los recuerdos que tenía de Alasdair desde que era pequeña. En todos los momentos más importantes de su vida había estado él: siempre vigilante, siempre atento, pero nunca inmiscuyéndose demasiado. La había rechazado, la había rehuido, pero siempre aparecía cuando ella necesitaba a alguien. Ahora comprendía el motivo de todo. Sin embargo, le surgían tantas cuestiones que no lograba ordenarlas para comenzar a preguntar.

—Estás enfadada conmigo…

No fue una pregunta, sino una afirmación. Cora se sobresaltó al escuchar su voz, ya que hizo eco en aquellas celdas y pareció aún más profunda de lo que ya era.

Lentamente, la joven se giró hacia él. Levantó la mirada hacia aquel mar revuelto que tenía por ojos y frunció el ceño. Cora dio un par de pasos hacia adelante para acercarse más y tocó los barrotes. Sintió en la palma de su mano el frío de estos, pero no era tan poderoso como el frío que recorría su interior en ese instante.

Lo vio con los brazos apoyados contra los barrotes de su propia celda y la frente apoyada sobre estos. Desde allí, la observaba con interés y totalmente arrepentido. Su mirada había cambiado por completo a una muy diferente. No era el Alasdair que ella conocía, pero tampoco el que se había enfrentado a Ruairidh Ross en el patio. Era un hombre diferente. Ya no era Alasdair Mackay. Ahora se trataba de Alasdair MacGillivray.

—La verdad es que no sé qué decirte —dijo lentamente—. Por una parte, estoy sorprendida de haber descubierto que todo el tiempo has estado a mi lado a pesar de que me devanaba la cabeza pensando quién demonios sería ese "gato mayor" y dónde estaría. Y siempre has estado ahí, conmigo. Ahora entiendo por qué aparecías siempre, como si supieras todo sobre mí.

Alasdair sonrió con tristeza y apartó ligeramente la mirada, pero Cora siguió mirándolo.

—Sin embargo, por otra parte, sí, estoy furiosa contigo, Alasdair. ¿Por qué nunca me has dicho nada? Nos has engañado a todos…

El guerrero la miró de nuevo y suspiró.

—Eso no es cierto, Cora. Tus padres sí lo sabían.

Los ojos de la joven se abrieron desmesuradamente y dio un paso atrás, como si la hubiera golpeado.

—¿Qué? —preguntó en un hilo de voz.

Alasdair carraspeó y miró hacia otro lado mientras ordenaba sus pensamientos.

—Siento mucho no haber podido contarte nada —fue lo primero que le dijo, nervioso.

Cora resopló y se apartó de los barrotes, mientras llevaba las manos a sus sienes y las masajeaba.

—Esto es demasiado… No puede ser real… —murmuró incapaz de creer lo que había escuchado.

La joven paseó por la celda bajo la atenta mirada de Alasdair, que deseaba arrancar los barrotes para cruzar junto a ella y poder estar a su lado. Por primera vez en su vida se sentía tan frustrado que no sabía manejar la situación, por lo que se golpeó ligeramente la cabeza contra los barrotes.

—Si me dejas que te lo explique, Cora… —suplicó.

La joven renegó entre dientes y se quedó quieta en medio de la celda, mirándolo. Lentamente, se acercó de nuevo a los hierros y clavó su mirada en él.

—Hazlo… porque si no lo haces ahora mismo y muero sin saber por qué tantos años de mentiras, pienso perseguirte toda la eternidad.

Alasdair respiró hondo, intentó ordenar sus pensamientos y comenzó:

—Mi padre tuvo que sacarme de nuestro castillo cuando yo solo tenía seis años porque sabíamos que iban a matarme por esa profecía. A pesar de que era el primogénito del clan y heredero de la jefatura, mi padre decidió alejarme de él para que tuviera la oportunidad de poder sobrevivir que no tendría en mi propio clan. Tu padre nos recibió porque era amigo de mi padre, aunque parezca mentira que los MacGillivray tuvieran buena relación con tu padre.

Cora arrugó el rostro, sorprendida.

—¿Entre ellos no había problemas como ahora?

—No. De hecho, mi padre le había hecho favores al tuyo y por eso acudimos a él aquella noche. Mi padre le contó todo lo de la profecía y lo pusimos en alerta sobre ti. Fue entonces cuando decidieron que usara el apellido de soltera de mi madre, por seguridad. Tu madre también sabía quién era yo, pero le juró a tu padre que jamás os diría nada. Incluso sé que

tu padre no le había contado ciertas cosas para evitar preocuparla, así que no se lo tengas en cuenta.

—Pero ella nos habló de ti, del "gato mayor". ¿Por qué no nos dijo que eras tú?

—Por esa promesa hecha a tu padre y porque no quería condicionarte sobre mí. Sabía que nuestra relación no era la mejor, así que no quería obligarte a cambiar lo que pensabas de mí.

—¿Y nunca has tenido la necesidad de contar quién eras?

Alasdair rio suavemente y se atusó la barba.

—Todos los días de mi vida desde que llegué al castillo. Pero has tenido muchas oportunidades de descubrir mi identidad. Nunca me he quitado el colgante de los MacGillivray.

Cora rodó los ojos.

—Por favor, Alasdair, nunca me has dejado tocarlo.

El guerrero sonrió.

—No podía ser demasiado evidente. De todas formas, pensaba que acabarías descubriéndolo. Desde que tu madre contó la profecía a todos he ido dejando pistas, Cora, pero no eras capaz de verlas. Te repetía una y otra vez que era tu protector y aparecía cuando menos lo esperabas.

La joven lo miró, incómoda.

—Pensaba que lo hacías para alejarme de Nic.

Alasdair dejó escapar una risa al tiempo que se mordía el labio inferior, provocando que Cora llevara su atención hacia ese gesto.

—Ese era el segundo motivo. No podía verlo revoloteando a tu lado.

La joven tragó saliva y desvió su mirada.

—¿Con mi madre nunca hablaste de la profecía o de lo que debías hacer?

—Lo hice una vez hará unos diez años. Nunca me preguntó, pero cuando fui lo suficientemente mayor, sí lo hizo. Le expliqué lo justo y nunca volvió a hacer mención a eso.

—Podríais habernos dicho algo cuando comenzó la guerra.

—¿Para qué preocuparos?

Cora arrugó el rostro.

—¿Para qué vivir preocupado tú solo?

La joven se pasó las manos por el rostro. Su mente era un hervidero de preguntas que no sabía cómo ordenar.

—Antes, has dicho que tus hermanos mataron a tu propio padre. ¿Cómo te enteraste?

El rostro de Alasdair se tornó más serio y ligeramente triste.

—Me lo contó tu padre. Fue él quien recibió la noticia de su asesinato y no tardó ni un minuto en buscarme para contármelo. Fue el mismo día en el que te vi en la sala de armas y te insulté por llevar ese muñeco de trapo.

Cora se quedó sin palabras en ese instante. Su boca se abrió por la sorpresa y, rápidamente, su mente viajó a ese momento. Lo había espiado en la oscuridad de la noche, pensando que no había sido vista, pero después él la descubrió y ella decidió mostrarle su nueva espada de madera. Esa misma noche, quemó su muñeco en el fuego de la chimenea para demostrarle que era una guerrera y ya había dejado de ser una niña.

—Pero tú en ese momento no eras tan mayor, Alasdair. ¿Cuántos años tenían tus hermanos para matar a tu padre?

—Imagínatelo… Los suficientes como para dejar que Ross manipulara su mente y los convenciera de ello.

Cora suspiró. Tenía tanta información de golpe que no sabía cómo procesarla. La joven volvió a dejar su puesto junto a los barrotes y caminó de un lado a otro de la celda. Le dolía terriblemente la cabeza, pero mucho más el alma y el corazón ante todo lo que estaba viviendo.

Finalmente, acabó en el mismo lugar, bajo la atenta mirada de Alasdair, que no se había movido ni un solo centímetro.

—Sigo sin entender cómo has podido fingir todos estos años sin volverte loco.

—Porque al final tus hermanos eran mi familia.

Cora lo miró y se tragó un resoplo. Durante años, la joven se había metido con él, lo había insultado, le había pedido que se marchara, se habían enfrentado… y él había aguantado por el bien de ella.

Las lágrimas acudieron a sus ojos y necesitó apartar la mirada.

—No te guardo rencor por nada, si es lo que te preocupa —dijo Alasdair

como si hubiera adivinado sus pensamientos.

La joven arqueó sus cejas, provocando la risa del guerrero.

—Te conozco demasiado…

—La parte que está furiosa contigo no acepta tus palabras, pero la que siente lástima… Lo siento, Alasdair.

El guerrero se encogió de hombros y le sonrió.

—Hay algo que aún me sorprende de todo esto —acabó diciendo Cora después de esperar unas palabras del guerrero y ver que no iban a llegar—. Tus hermanos han acudido muchísimas veces a nuestro castillo, ¿por qué nunca os habéis cruzado? ¿Y en la batalla?

—Tu padre era un gran estratega, y muy inteligente. Yo nunca fui a ninguna batalla. Tu padre siempre ponía la excusa ante los demás de que debía dejar a alguien al mando del castillo y de la protección de su familia. Por eso, nunca fui a esas batallas entre los clanes. Y en cuanto a mis hermanos, no sé si recuerdas que cada vez que había una reunión en tu castillo, yo desaparecía con la llegada de todo el mundo…

Cora asintió y dejó escapar una risa.

—Y cómo es posible que ninguno nos diéramos cuenta de ello…

—Ahora Rowan lo sabe. Vio una carta de mi padre entre los papeles del vuestro. Me pidió explicaciones y tuve que dárselas justo antes de salir en tu busca…

—Vaya, supongo que ha debido de ser muy difícil para él.

—Tanto como para cualquiera…

Cora clavó su mirada en él y vio el sufrimiento en sus ojos. Ella misma debía de tener la misma cara, pues toda esa información no era fácil de asimilar.

—Puedes seguir haciendo preguntas. Esta vez, te contaré toda la verdad sin ocultar nada.

Cora lo miró durante unos segundos, hasta que una pregunta se escapó de su garganta.

—¿Por qué me rechazaste?

Alasdair arqueó una ceja, sorprendido. Había esperado una pregunta sobre la profecía o sobre lo que había pasado a lo largo de esos años, pero

esa lo pilló desprevenido. Su rostro se tornó serio y suspiró largamente antes de responder.

—No quería hacerte daño.

La joven lo cortó con un resoplo.

—Oh, por favor, Alasdair, has dicho que serías ser sincero.

El guerrero dudó un instante con la mirada puesta sobre ella y respiró hondo.

—Hay una parte de la profecía que nadie conoce. Tan solo mi padre y yo…

El guerrero se apartó de los barrotes por primera vez y caminó por la celda mientras ponía sus pensamientos en orden. Finalmente, acabó apoyándose de nuevo contra ellos con la mirada sobre la joven.

—Según la profecía, si yo me enamoraba de ti, ambos acabaríamos muertos. Por eso siempre te alejaba de mí. Te trataba mal para que me dejaras en paz y sintieras miedo u odio hacia mí, no otro sentimiento. Veía tus ojos y se notaba a leguas el cariño que sentías por mí. Por eso, para evitar que te acercaras más, te insultaba o te decía algo hiriente. Pero… con el paso de los años yo ya sabía que había algo más que no podía controlar. Algo despertó en mí y sentía la imperiosa necesidad de estar contigo, de ser visto por ti, de que me miraras como un hombre, no como un hermano, pero después recordaba la profecía y volvía a intentar alejarte.

Alasdair dejó caer la frente contra los barrotes y la miró con ojos desolados, casi suplicantes, tanto que Cora imitó su gesto.

—¿Cómo la otra mañana después de acostarnos juntos?

—Exacto. Recordé lo que habíamos hecho y la profecía y estaba seguro de que acabaríamos muertos.

La joven se quedó estupefacta. De toda la información que Alasdair le había dado en cuestión de minutos, aquella sin lugar a dudas era la más sorprendente de todas. Acababa de descubrir que nunca la había odiado, que solo lo hacía para salvarla, y eso provocó que le doliera terriblemente el pecho.

—Cora, sería capaz de destruir este castillo piedra por piedra tan solo para salvarte —dijo con suavidad.

—Alasdair —suspiró la joven con un nudo en el pecho, cerrando los ojos.

—Mírame, Cora.

La joven dudó un instante, pero acabó abriéndolos. Vio que el guerrero había alargado una mano a través de las celdas y reclamaba la suya. A pesar de sus dudas, Cora alargó también la suya y se tocaron por fin. Lo que ambos sintieron en ese momento fue tan brutal que se sobresaltaron, como si todo lo que hubieran vivido hubiera adquirido otro sentido diferente.

—Eres la única mujer a la que he amado en mi vida. Si he hecho todo esto ha sido para protegerte porque no podría soportar la vida si tú no estás a mi lado. Toda mi existencia ha girado en torno a ti, a tu protección, a tu conocimiento, al amor que te profeso… Pero no quería que acabaras muerta. Tal vez las formas no fueron las correctas, pero es que nadie me dijo cómo debía sobrevivir con seis años en un castillo desconocido, con personas a las que tampoco conocía, ocultando mi identidad y con una profecía que nos perseguiría toda la vida. Yo…

Alasdair suspiró largamente con un nudo en la garganta.

—Sé que no merezco nada de ti porque te he hecho daño, pero yo solo era un niño protegiendo a una bebé. Estaba tan asustado… Y ese miedo jamás ha desaparecido. Al contrario, cuando la guerra estalló, sabía que estabas en medio, pero no se lo podía contar a nadie. Tu padre te puso a mi cargo sin que lo supieras y cuando este murió, sentí que no podía fallarle. Nunca he tenido la oportunidad de poder fallar a nadie. Siempre debía estar ahí, como si yo no tuviera sentimientos, como si todo esto no fuera conmigo, Cora. Y sé que no he actuado como merecías.

Las lágrimas corrían por el rostro de la joven, que apretó los dedos de Alasdair antes de dejar caer la mano con el alma hecha pedazos.

—No me digas eso, Alasdair.

—Es lo que siento.

—Pero es lo que me hace arrepentirme de lo que hice… Hacía tiempo que pensaba en entregarme, pero siempre aparecías tú y con tu sola presencia desaparecían las dudas. El otro día, cuando me rechazaste, sentí que ya no tenía nada por lo que ocultarme y por eso vine aquí. Ahora por mi culpa estamos atrapados y nos van a matar. Si hubiera sabido esto…

La joven apartó la mirada y se limpió las lágrimas con rabia.

—Hace tantos años que te amo, Alasdair, que me duele terriblemente.

Desde el momento en el que me llamaste mocosa por primera vez sentí que me estabas retando en la vida, y eso me gustó. Tú me gustaste. Y deseaba incansablemente llamar tu atención, como fuera.

—Te aseguro que lo hacías.

—Las cosas podrían haber sido diferentes. Habríamos ideado un plan para cambiar la profecía.

—Tomé todas las precauciones posibles y aquí estamos.

Cora resopló y lo miró a través de los barrotes.

—Me niego a aceptar la muerte.

—Antes te habrías dejado morir —replicó el guerrero.

—¡Por salvarte! —exclamó la joven con ira renovada—. ¿Preferirías que te hubiera ensartado en mi espada?

Alasdair sonrió y negó con la cabeza.

—No puedes imaginar ni por un segundo lo preciosa que eres cuando te enfadas.

Cora no pudo evitar sonrojarse.

—Eres tan hermosa… Cualquiera que estuviera en mi lugar también se habría enamorado de ti. Eres verdaderamente especial y aún no lo sabes. Te brillan los ojos cuando te hacen un requiebro, pero también cuando te enfadas. Tus mejillas se sonrojan cuando algo se sale de lo que tú esperabas. Llevas siempre el pelo suelto para demostrar tu rebeldía; pisas fuerte cuando llegas a un lugar que desconoces y tienes que mostrarte orgullosa; te muerdes el labio cuando estás nerviosa y miras hacia arriba cuando piensas… Nunca he dejado de mirarte o de protegerte, pero tampoco de amarte, Cora. Y si morimos, al menos lo haré después de haberte dejado las cosas claras.

—Es una pena que no hayamos podido tener al menos una oportunidad… ¿Sabes que a veces te espiaba escondida detrás de un arbusto mientras tú te bañabas en el lago?

Alasdair frunció el ceño.

—¿Me espiabas?

Cora sonrió entre lágrimas.

—Al menos tú no eras el único que lo hacía. ¿Nunca pensaste en

abandonar y hacer tu vida en otro lugar?

Alasdair negó con la cabeza.

—¿Y dejar a la mujer que amaba en manos de quien pudiera hacerle daño? Jamás.

Cora se sonrojó de nuevo y apoyó la cabeza contra los barrotes.

—Si salimos de esta, pienso obligarte a casarte conmigo, Alasdair MacGillivray.

—Si salimos de esta, no pienso perdonarte que nos metieras en esto por haber estado tan ciega y no darte cuenta de que te llevo amando durante años…

Cora suspiró y negó con la cabeza.

—La verdad es que jamás imaginé que alguien me declararía su amor metido en una celda…

—Para que veas que soy un hombre original…

Cora lanzó una carcajada y se limpió el resto de las lágrimas.

—Entonces, ¿puedo decir libremente que amo a Alasdair MacGillivray? Mi gatito…

—Si me vuelves a llamar así, puede que solo intente salvar mi culo de este castillo.

La joven sonrió y lo miró en silencio durante un largo rato. Ambos se sostuvieron la mirada sin añadir nada más. Habían hablado mucho de lo sucedido durante los años anteriores y debían guardar para sí es información, además de gestionarla. A pesar de que el día solo había llegado al mediodía habían ocurrido demasiadas cosas. Estaban cansados, heridos y doloridos. Solo deseaban regresar a su hogar para intentar iniciar la vida que deseaban. Pero era muy complicado conseguirlo.

—Debería seguir odiándote por haberme hecho pensar que me odiabas.

Alasdair sonrió de lado.

—Tú no me odias. Me amas.

Cora arqueó una ceja.

—Aún me lo estoy pensando…

El guerrero dejó escapar una risa profunda que llenó el espacio en las

mazmorras. Pocas eran las veces que lo había escuchado reír o que lo había visto sonreír, pero desde que estaban allí metidos había visto más que nunca esos gestos a pesar de la situación en la que se encontraban. Todo le parecía que formaba parte de un sueño, pero el dolor de su cuerpo le recordaba que no estaba soñando, sino que era real. Por fin se habían confesado sus sentimientos y ambos se habían sorprendido de lo que el otro había dicho. Pero aún rondaba una pregunta más en la mente de Cora, que no tardó en formular:

—Por cierto, ¿cómo os enterasteis de la profecía? ¿Quién tuvo esa visión?

—Pensaba que no harías nunca esa pregunta —respondió Alasdair—. Fui yo.

CAPÍTULO 16



Si Cora pensaba que las sorpresas del día habían llegado a su fin estaba muy equivocada. La joven dio un paso atrás sin perder la conexión con la mirada de Alasdair. Sintió aquellas palabras como un golpe, como una extraña sensación de estar delante de una persona a la que no conocía en absoluto a pesar de haber pasado con él toda su vida.

Alasdair la miraba desde su celda con serenidad, más que nunca, pero también con cierto tormento reflejado en sus ojos. Era como si haber guardado ese secreto fuera una de las peores cosas que había hecho en su vida. Numerosas preguntas más se agolparon en la mente de Cora, pero no quería agobiarlo. Sin embargo, aquella frase no podía quedarse tal y como el guerrero la había dejado. Tenía que haber una explicación que ella quería saber, aunque no sabía cómo formular la pregunta.

—Creo que no te he entendido bien, Alasdair.

El aludido sonrió brevemente y chasqueó la lengua.

—Yo creo que sí.

—¿A qué te refieres con que fuiste tú quien tuvo la visión?

—A que durante toda mi vida he tenido una clase de sueños que no eran normales y al final acababan cumpliéndose.

—Pero mi madre jamás dijo que fuiste tú. De hecho, dio a entender que alguien de otro clan lo había visto.

Alasdair negó con la cabeza.

—Había muchas cosas que tus padres desconocían. Mi padre no quiso contarlas para evitar que me miraran de forma extraña. De hecho, nadie habría sabido nada de esa visión de no ser porque una sirvienta de mi castillo lo escuchó mientras yo se lo contaba a mi padre. Por ese motivo, mi padre decidió que lo mejor era esconderme y no contarle a nadie dónde me

encontraba. A partir de ahí, nos dimos cuenta de que no solo yo corría peligro, sino también la niña pelirroja a la que había visto con el emblema de los Chattan. Lo demás ya lo conoces…

Cora suspiró y arqueó ambas cejas, sorprendida. Se pasó las manos por el rostro y caminó de un lado a otro, hasta pararse frente a él.

—Entonces, ¿todo este tiempo sabías que eran los Ross los culpables de esta guerra?

—Sí y no.

—Explícate.

Alasdair contuvo una sonrisa al escuchar su vehemencia.

—Después del ataque al castillo, en el que murió Kester, entendí una parte de la visión que hasta ese momento no había logrado discernir. Ni siquiera mi padre se dio cuenta de ello porque pensábamos que simbolizaba una victoria. En la visión logré ver una corona de laurel. Como te digo, pensábamos que simbolizaba nuestra victoria sobre el enemigo, porque yo nunca logré ver con claridad a quién atacabas. Sin embargo, tras el asalto al castillo y descubrir que habían sido los Ross, me di cuenta de que esa corona de laurel era el emblema de su clan. Todos estos años he tenido la respuesta en mi mente, en mi recuerdo, pero nunca la he visto. Lo confundí por completo.

Alasdair suspiró y renegó entre dientes.

—Si mi padre y yo hubiéramos descubierto que se trataba del emblema de un clan, habríamos evitado muchísimas muertes, pero nos confundimos… y ahora todos están muertos.

—Eras solo un niño, Alasdair. No podías tener respuestas para todo.

—Pero contaba con la ayuda de mi padre. Y él tampoco supo ver el emblema de los Ross. Nuestras vidas habrían sido tan diferentes… No puedo dejar de culparme de ello…

Cora lo miró largo rato en silencio. Observó su dolor y sufrimiento por haber confundido el emblema de los Ross en su visión y no pudo evitar lanzar un largo suspiro que llenó el espacio en las mazmorras.

—No es culpa tuya, Alasdair.

El guerrero la miró profundamente.

—No todo lo que pasa por nuestra mente sale perfecto. A veces, también fallamos.

—No podemos fallar si hay vidas de por medio, Cora.

—Ni siquiera eso podemos controlar… ¿De verdad has podido guardar todo esto sin perder la cordura? Es mucha responsabilidad, Alasdair.

El guerrero se encogió de hombros.

—Es un peso que porto desde los seis años. Me he acostumbrado.

—Podrías haber confiado en mí para contármelo.

—No. Preferí dejar que tu padre te preparara para todo esto sin que tú te dieras cuenta de ello.

—Lo tenías todo pensado, ¿eh?

—¿Para salvarte? Siempre.

Cora sonrió mientras lo observaba.

—¿Y en algún otro momento has tenido sueños de ese estilo?

—Sí, muchas veces.

—¿Y cómo los distingues de los demás?

Alasdair se encogió de hombros.

—Simplemente, sé que son diferentes, reales.

—Cuéntame alguno.

Alasdair se puso nervioso de golpe y desvió su mirada. Cora, que lo conocía demasiado bien, arqueó una ceja y sonrió ligeramente. Era la primera vez que veía a Alasdair en ese estado, y saber que lo había provocado una simple pregunta suya, la sorprendió. Por ello, su curiosidad aumentó aún más.

—Quiero que me cuentes ese en el que estás pensando ahora mismo y te ha provocado eso…

Alasdair se rascó la barba.

—Eres carroñera.

La joven le guiñó un ojo.

—Las posibilidades de que sobrevivamos a esto son prácticamente nulas. Piensa que me llevaré el secreto a la tumba…

Alasdair dejó escapar el aire en forma de risa y negó con la cabeza.

—Te pareces a Kester más de lo que piensas…

El guerrero carraspeó y terminó por contarle el sueño que había tenido.

—Tampoco hay mucho que contar, pero una vez, hace unos meses, soñé contigo.

—Por tu cara deduzco que era una pesadilla.

—Al contrario, era el sueño más hermoso que he tenido nunca. Estábamos en la capilla del castillo y había muchas flores alrededor. Estabas realmente preciosa. Me mirabas y sonreías. Llevabas un ramo de flores en las manos, pero lo sujetaste con una y me tendiste la otra para que me acercara a ti. Después… nos casamos.

Alasdair apartó la mirada, ligeramente avergonzado.

—Te vas a reír de mí por soñar esas cosas.

—Te equivocas. Eso es lo que deseo, Alasdair. Llevar un anillo con tu nombre grabado en él es la ilusión de mi vida. Pero siempre he pensado que era imposible.

—Estamos apresados.

—Sí, sigue siendo igual de imposible, pero al menos si esta vez no se cumple no es porque tú me hayas rechazado.

Alasdair asintió con seriedad.

—Hay más… —dijo la joven como una afirmación.

El guerrero suspiró.

—Es otro sueño… Una semana después soñé que moríamos.

Alasdair se apartó de los barrotes y se dejó caer contra la pared hasta llegar al suelo. Apoyó la cabeza contra esta y apretó los puños.

—Y mira dónde estamos.

—Las profecías pueden cambiarse.

—Tienes razón. Vamos a morir sin habernos casado. Me habría encantado pedírtelo y haberlo cumplido.

Cora frunció el ceño.

—No me refería a esa, sino a la que morimos. Ese sueño me da la razón en lo que yo siempre he pensado, que todo se puede cambiar. Puedes tener

una visión sobre un futuro nuestro, pero también sobre nuestra muerte cuando aún no ha pasado esa boda. Eso quiere decir que podemos cambiar el destino, Alasdair.

—No lo sé. Yo solo puedo decirte que he intentado evitarlo alejándote de mí y no he conseguido nada.

—Pues déjame decirte que ahora no te va a funcionar alejarme porque pienso quedarme a tu lado, aunque tú no quieras.

Desde el suelo, el guerrero sonrió bajo la barba y suspiró largamente.

—Y espero que te quede clara una cosa, gatito. Esa boda se va a celebrar quiera el destino o no. No me pienso morir sin tener el honor de ser tu esposa, aunque seas un MacGillivray…

Alasdair rio por lo bajo y se levantó de nuevo.

—Y yo estaré encantado de casarme contigo, aunque seas una Chattan salvaje, malhablada, escurridiza y antipática.

Cora se encogió de hombros.

—Reconoce que forma parte de mi encanto.

—Siempre.

Justo antes del anochecer, un grupo numeroso de jinetes se acercó al castillo del clan Ross. En el estandarte portaban el emblema de los MacGillivray, por lo que Ruairidh Ross esbozó una sonrisa. Estaba tan nervioso durante todo el día que él mismo se había apostado en la muralla de su castillo para ver llegar a sus aliados.

Y cuando por fin lo hicieron, dio una palmada de alegría.

—La verdad es que va a ser una sorpresa —dijo su segundo al mando.

Ruairidh asintió y se frotó las manos.

—Estoy deseando ver la cara que ponen cuando se enteren de que su hermano desaparecido sigue vivo y lo tengo en nuestras mazmorras…

—Querrán matarlo…

Ruairidh se encogió de hombros.

—Eso no me preocupa. No es mi problema. Ordena que abran el portón.

El laird se dio la vuelta para descender por las escaleras y esperar a sus

invitados en mitad del patio. Minutos después, el grupo de jinetes atravesó el portón y paró cerca de él. Bajaron el estandarte y se acercaron a saludar a Ruairidh, que los esperaba con una amplia sonrisa.

—Creo que es la primera vez que te veo sonreír, amigo —dijo Adam al estrecharle la mano.

Ruairidh torció la cabeza e hizo lo mismo con Neil, el hermano menor de los MacGillivray.

—Lo que os tengo preparado es algo me excita sobremanera.

Neil se cruzó de brazos y arqueó una ceja.

—¿Vamos a atacar a los Chattan entre todos tus aliados? ¿Volvemos a la guerra abierta?

Ruairidh negó con la cabeza.

—Es algo mucho mejor.

Adam suspiró y miró a su alrededor, interesado, pero no vio nada extraño o diferente a la última vez que estuvieron allí.

—Nos tienes en ascuas…

—Ayer se presentó en el castillo la pequeña de los Chattan.

Ambos hermanos arquearon las cejas al mismo tiempo.

—¿Cora Chattan vino aquí?

—Exacto. Se entregó para intentar acabar con los ataques a su clan.

Adam sonrió.

—Vaya, esa muchacha tiene más arrestos que muchos hombres que conozco…

—Sí, me cuesta reconocerlo, pero tienes razón. No obstante, no es la única sorpresa.

—Tú dirás.

—Esta mañana, cuando pensaba torturarla, hemos recibido otra visita que no solo ha sido inesperada, sino también reveladora y sorprendente que me ha obligado a cambiar de planes y esperar a que llegarais para que vosotros mismos pudierais ver con vuestros ojos al susodicho.

Ruairidh se relamió los labios.

—¿De quién se trata? —preguntó Adam.

—De vuestro hermano mayor, Alasdair MacGillivray.

Adam y Neil se quedaron estupefactos, mirando a Ruairidh, que sonrió aún más al ver su reacción. Durante un segundo, ambos se miraron entre sí, incapaces de creer lo que habían escuchado.

—No puede ser. Alasdair desapareció cuando nosotros éramos muy pequeños. Nadie sabía dónde estaba.

—Vuestro padre lo escondió bien para protegerlo de la profecía.

—¿Estás seguro de que es Alasdair? —preguntó Neil cada vez más pálido.

—Él mismo lo confirmó. Además, llevaba un colgante con el emblema de vuestro clan que, por cierto, quedó casi irreconocible después de que una flecha se clavara en él.

—¿Intentaste matarlo?

Ross torció la cabeza.

—Lo hice antes de saber quién era. Esa zorra Chattan lo defendía con uñas y dientes y quería que lo soltáramos. Ahora están en las mazmorras.

Adam asintió y miró a Neil.

—Nos gustaría verlo.

—Uno de mis hombres os acompañará. Por cierto, no se parece en nada a vosotros. Ni siquiera parecéis hermanos…

Ross le hizo una señal a varios de sus hombres. Cuando estos se acercaron, les dijo:

—Lleva a los MacGillivray a las mazmorras a ver a su hermano y a la zorra Chattan. Ya sabéis dónde están las llaves.

Estos asintieron y Ruairidh les mostró el camino. Por primera vez en su vida sentía que todo está yendo a pedir de boca y estaba a punto de dar fin a media vida de preocupación. Aún recordaba a la sirvienta de los MacGillivray que acudió a su castillo para contarle lo que el niño había visto en un sueño y que no habían logrado adivinar al ver la corona de laurel. En un primer momento, no le dio crédito alguno, pero después su miedo aumentó y comenzó a idear su maquiavélico plan.

Ahora tenía encerrados a los dos guerreros que la profecía decía que iban a matarlo y a acabar con su jefatura en el clan. Nadie iba a arrebatarle el

placer que le producía pensar en matarlos de una vez por todas, pero primero dejaría que sus aliados vieran a su hermano por primera vez en mucho tiempo.

Adam y Neil avanzaron por el pasillo, siguiendo a los tres guerreros Ross que les marcaban el paso. En silencio, se miraron, ligeramente preocupados y con la sorpresa aún reflejada en sus ojos. En el momento en el que llegaron junto a las mazmorras, el corazón de ambos hermanos MacGillivray se sobresaltó. Descendieron las escaleras en silencio y lentamente. Por una parte, deseaban ver de nuevo a ese hermano que perdieron muchos años atrás y que no sabían a dónde lo habían llevado, pero también querían acabar con la única persona que podría reclamar el puesto que ostentaban ellos ahora, ya que, aunque el laird era Adam, realmente eran los dos quienes daban las órdenes.

Alasdair y Cora se habían sumido en un silencio después de haber hablado durante horas sobre lo que había sucedido en esos años. Ambos necesitaban asimilar todo antes de seguir hacia adelante y pensar en la manera de salir de allí.

Lo que Alasdair no imaginaba era que tendrían una visita que le sobresaltaría el corazón de esa manera. Cuando escuchó el sonido de la puerta de la mazmorra, se puso en pie y se apoyó contra los barrotes, pero aquellos rostros que aparecieron ante él despertaron recuerdos que creía haber olvidado para siempre.

Los rostros que él guardaba en su memoria eran los de dos niños que tan solo eran dos y tres años menores que él, pero apenas habían cambiado por el paso del tiempo. Eran los mismos. Y a pesar de que ahora eran enemigos y querían su muerte, Alasdair no pudo evitar que un pinchazo de dolor surcara su pecho. Aquel día que se despidió de ellos los abrazó y les dio un beso a cada uno a pesar de saber lo que estos harían en un futuro, pero los amaba.

Adam y Neil lo miraron con auténtica curiosidad, tan sorprendidos como él de que el destino los hubiera unido de nuevo en bandos diferentes. Desde su celda, Cora lo miraba con atención, preguntándose quiénes eran, aunque el recuerdo de Ruairidh Ross hablando de ellos le indicó que eran los hermanos de Alasdair.

—Cuánto tiempo sin vernos, Alasdair —dijo Adam.

El aludido arqueó una ceja al ver el hombre en el que se había convertido su hermano mediano y su voz, ligeramente parecida a la suya. Alasdair se apoyó en los barrotes y los observó alternativamente.

—Me sorprende que me recuerdes. Eras muy pequeño.

—Era lo suficientemente mayor como para recordarte durante todos estos años. Igualmente, todo el puñetero mundo se ha empeñado en recordarme que tengo un hermano mayor que puede reclamar lo que es mío en caso de que aparezca.

Alasdair le respondió con una sonrisa.

—¿Lo que es tuyo? Creo recordar que para conseguir eso tuviste que matar a nuestro padre… Lo hiciste a la fuerza, por lo que no te pertenece.

Adam se lanzó contra los barrotes, pero Alasdair no se inmutó. El rostro de ambos quedó a escasos centímetros, provocando que Cora diera un paso más hacia los barrotes, preocupada por lo que pudieran hacerle a Alasdair.

—Soy el laird de los MacGillivray, te guste o no, querido hermano.

—Por nacimiento, yo soy el jefe, no tú.

Neil carraspeó y miró a los guerreros Ross, que fueron hacia las llaves de la celda para abrirla.

—Cuando hay dos personas que reclaman algo como suyo, solo hay una solución. Uno de ellos sobra…

—Ese eres tú, claramente —le espetó Cora desde su celda.

Neil y Adam se giraron hacia ella, que elevó el mentón con orgullo. La joven cuadró los hombros y carraspeó, preparándose para los insultos que seguramente llegarían después.

—Tú eres la furcia de los Chattan —dijo el actual laird MacGillivray.

Desde su celda, Alasdair siseó, pero dejó que fuera Cora quien le respondiera.

—Y tú la de los MacGillivray… —replicó la joven, provocando la risa de los guerreros Ross.

Adam apretó los puños.

—Te muestras demasiado orgullosa a pesar de la situación en la que te encuentras…

—Si lo piensas, mi situación es mejor que la tuya. Ostentas un cargo que

no te pertenece y, de repente, aparece el hermano que creías perdido para reclamarlo… Yo no tengo nada que perder. Tú lo vas a perder todo…

Adam rugió y miró a los guerreros Ross.

—Abrid la celda de mi hermano —Después, la miró a ella—. Eso ya lo veremos.

Cora hizo todo lo posible para que la preocupación no surcara su rostro, pero sus ojos fueron directamente hacia la celda de Alasdair, desde donde este le dedicaba una mirada de despedida. La joven comenzó a negar y se dirigió hacia la puerta para intentar abrir como fuera.

Al ver que Adam y Neil penetraban en la celda de Alasdair, este se alejó ligeramente de ellos. Cuadró los hombros y clavó su mirada en ellos. Ahora que estaban casi al lado de él, sus hermanos eran más bajos y menos musculosos, por lo que seguía estando en ventaja respecto a ellos.

—¿Cómo te atreves a reclamar algo que no es tuyo?

—De no haber tenido que esconderme, ese puesto sería mío. No obstante, te aseguro que ser laird no es el sueño de mi vida. Puedo vivir sin ese cargo, y mucho más tranquilo. Pero los MacGillivray no se merecen a dos tiranos traidores como vosotros capaces de matar a vuestro propio padre para conseguir ese puesto.

—Tú no sabes nada de nuestra vida.

Neil arrugó el rostro.

—No te imaginas lo que es crecer con el recuerdo del fantasma de tu hermano mayor pululando por cada esquina del castillo. Todo el mundo nos recordaba tu existencia, como si nosotros no valiéramos nada.

—Y le demostrasteis a todo el mundo que realmente no valéis nada porque sois dos cobardes, Neil. Un cargo como el de laird no se consigue por la fuerza, traicionando a tu padre.

—No vamos a permitir que nos quites lo que tanto nos ha costado tener —le espetó Adam—. Debiste morir allá donde estuvieras.

Alasdair los miró alternativamente y siguió viendo a aquellos niños de los que se despidió. Ya no eran los mismos, pero seguían comportándose como tal.

—Os aseguro que vengaré a padre quitándoos del lugar que nunca debisteis tomar —le espetó Alasdair.

—Primero tendrás que acabar con nosotros.

—Eso está hecho… —aceptó Alasdair.

Lanzándole una última mirada a Cora, el guerrero se preparó para luchar con sus propias manos contra sus hermanos. Pero los guerreros Ross no pensaban quedarse quietos ante ese gesto y la joven vio cómo uno de ellos sacaba una pequeña daga de entre su cinturón. No era muy larga, pero sí fina y mortal.

—¡No! —exclamó Cora lanzándose contra él.

A través de los barrotes, la joven sacó los brazos y logró pasarlos por el cuello del guerrero, que estaba casi apoyado contra los barrotes de su celda. Rápidamente, apretó con fuerza para estrangularlo mientras los demás, que aún no se habían dado cuenta, fueron directamente hacia Alasdair para golpearlo.

Junto a ella, el guerrero Ross intentaba respirar por todos los medios, pero ella no pensaba soltarlo, ya que estaba segura de que acabaría con la vida de Alasdair en cuestión de segundos. La pequeña daga cayó al suelo, junto a la celda, y Cora sacó ligeramente el pie para meterla dentro de ella y agarrarla después. Cuando pudo, apretó un poco más y rompió el cuello del guerrero.

Los demás solo fueron conscientes de la muerte de este cuando su cuerpo chocó contra el suelo y Cora ya se levantaba con la daga entre los pliegues de su camisa.

—¡Dejad en paz a Alasdair! —vociferó dando un par de pasos atrás, alejándose del cuerpo muerto del guerrero.

Los rostros de los compañeros de este se mostraron horrorizados al ver que lo había matado mientras ellos sujetaban a Alasdair para que Adam y Neil pudieran golpearlo. Lo miró con dolor y vio que le habían partido una ceja, el labio y su nariz goteaba sangre.

—No volváis a tocarlo, traidores.

—Pero ¿tú quién te crees que eres, muchacha, para exigir eso?

—Soy la que va a provocar la muerte de todos vosotros tal y como dice la profecía —le aseguró con vehemencia.

A pesar del miedo que sentía Cora, tenía que mostrarse firme y decidida para que ninguno los viera decaer, pero también debía hacer lo que fuera para salvar al hombre al que amaba y al que le había jurado que sería su

esposa.

Sin embargo, Adam y Neil se carcajearon al escucharla.

—¿Tanto te importa la vida de mi hermano? —El hermano mediano se relamió después de formular su pregunta—. ¿Por qué?

—Ha vivido toda la vida en mi castillo. Es como mi hermano —mintió descaradamente.

Pero Adam la miró de forma penetrante, tanto que le recordó al propio Alasdair, pues el color de sus ojos era idéntico.

—No, lo amas.

Cora tragó saliva, pero negó rápidamente con la cabeza.

—Dejadlo en paz y viviréis…

Adam sonrió y miró a los guerreros que sujetaban a su hermano mayor.

—No lo soltéis. Dadme las llaves de su celda.

En ese instante, Alasdair perdió la razón. Intentó soltarse por todos los medios, rugió de rabia e intentó levantarse, pero lo sujetaban con tanta fuerza que apenas podía moverse.

—¡No te atrevas a acercarte a ella! —vociferó.

Adam y Neil se miraron con una sonrisa.

—Así que nuestro querido hermano mayor está enamorado de la zorra Chattan.

—Adam, ¿qué te parece si le hacemos daño para ver hasta dónde llega el amor de Alasdair?

El aludido logró ponerse en pie, pero se ganó un fuerte puñetazo en el vientre que logró doblegarlo.

—¡No la toquéis!

—Creo que me divierte más la idea de tocarla. ¿Tú ya la has visto sin ropa? Siento curiosidad por saber si en la cama es tan salvaje como parece…

Cora lo miró con asco, mientras Alasdair intentaba soltarse de los guerreros que lo aferraban. Ella los vio acercarse y simplemente dio un par de pasos hacia atrás, escondiendo la mano y aferrando con fuerza la pequeña daga entre sus manos. Sin embargo, Alasdair no era consciente de

lo que ella guardaba entre su ropa, por lo que seguía vociferando.

—¡Dejadla en paz!

—Espero que no te importe que la compartamos. Al fin y al cabo, somos hermanos, Alasdair.

El que abrió la puerta de su celda fue Neil, que dejó entrar primero a Adam. Este se acercó lentamente a ella. Cora elevó el mentón aún más y dobló ligeramente las rodillas, preparándose para atacar en cualquier momento.

—No merecéis el cargo que ostentáis.

Adam chasqueó la lengua.

—Son diferencia de opiniones, pero la tuya no me importa, zorra. ¿Has gozado con mi hermano en la cama? Te aseguro que yo soy mucho mejor.

—Antes me acostaría con mi caballo —le espetó la joven.

Adam frunció el ceño, contrariado.

—Es una pena. Habría sido mejor si no te hubieras resistido, pero igualmente te probaremos antes de que mueras. Y será frente a mi querido hermano Alasdair…

Este gritó de nuevo, ganándose otro golpe durante el forcejeo. Cora esperó quieta a que Adam hiciera otro movimiento. El laird MacGillivray se acercó a ella y la tomó del rostro.

—¿Qué tal si empezamos por un beso?

—¡No la toques! —gritó Alasdair.

Y en el momento en el que se acercó a Cora para besarla, la joven movió rápidamente la mano y clavó la daga en el corazón de Adam. Este abrió los ojos desmesuradamente y bajó la mirada hacia su pecho. Allí, Cora sacó la daga que le había clavado y un reguero de sangre salió de la herida. Un solo gemido escapó de la garganta de Adam, sorprendido, dejando incluso estupefacto a Alasdair, que no se movió para intentar soltarse.

El laird MacGillivray dio un paso hacia atrás llevándose las manos al pecho al tiempo que su hermano pequeño gritaba de terror.

—¡No, Adam!

Este lo recibió en sus brazos cuando sus piernas dejaron de sostenerle y, en cuestión de segundos, estaba muerto.

Neil lanzó un rugido al levantarse, pero Cora ya estaba preparada.

—¡No! —vociferó Alasdair—. ¡Mátame a mí!

Pero Neil estaba ciego de rabia. Desenvainó su propia daga y se lanzó contra la joven. Esta arqueó ligeramente la espalda cuando el hermano pequeño de Alasdair realizó un arco con la mano para cortarle el cuello y aprovechó para patearlo en el costado. El guerrero era ligeramente más bajo que ella y estaba costumbrada a entrenar con hombres mucho más corpulentos. No obstante, no podía fiarse de él, ya que el dolor por la pérdida de su hermano podría obligarlo a hacer locuras.

Desde su celda, Alasdair retomó sus fuerzas para intentar soltarse, pero los guerreros Ross lo golpearon con fuerza, arrancándole el aliento mientras la mujer a la que amaba luchaba contra Neil.

—Te voy a rajar entera, maldita zorra…

Pero Cora no le respondió, pues toda su atención estaba puesta en los siguientes movimientos del guerrero. Este logró golpearla con la empuñadura de la daga en la cara, pero se recuperó rápidamente y se lanzó hacia un lado para sortear la punta de la misma. Durante varios minutos que parecieron eternos para Alasdair, la joven demostró sus habilidades con la lucha cuerpo a cuerpo y, cuando Neil estaba comenzando a cansarse, Cora giró sobre sí misma y logró, para sorpresa de todos, clavar la daga en el cuello del hermano pequeño de Alasdair. Este se quedó estupefacto al verla, pero se obligó a reaccionar rápido o acabarían matándola.

Logró ponerse en pie, pero los guerreros que lo aferraban comenzaron a golpearlo con fuerza y lo empujaron hacia un lado antes de que pudiera recuperarse.

Cora, al ver eso, intentó salir de su propia celda para ayudar a Alasdair, pero se topó con el primero de los guerreros, que la golpeó en el rostro. La joven dejó escapar un gemido de dolor mientras el otro guerrero dejaba encerrado de nuevo a Alasdair. Rápidamente, ambos se enzarzaron con ella en una pelea para volver a meterla en la celda y avisar al laird Ross de la muerte de los hermanos MacGillivray.

Uno de ellos logró arrebatarle la daga tras un nuevo golpe en el rostro. La joven les devolvió cada golpe, pero la falta de alimento y el cansancio acumulado provocaron que se viera en desventaja bajo los gritos desesperados de Alasdair.

En un momento dado, cuando este se encontraba aferrado a los barrotes, intentando arrancarlos con sus propias manos, uno de los guerreros logró aferrar a Cora por la ropa e hizo chocar su cabeza contra los barrotes de Alasdair. Este intentó aferrarla para alejarla de los demás, pero no fue tan rápido.

Cora sintió correr la sangre por su frente y su mejilla. Le dolía terriblemente la cabeza cuando fue empujada de nuevo hacia la celda y, aunque intentó defenderse de nuevo, tomaron ventaja y la golpearon hasta que la oscuridad se cernió sobre ella y los gritos desesperados de Alasdair quedaron lejos.

CAPÍTULO 17



Alasdair estaba a punto de volverse loco desde su celda. No sabía cuánto tiempo había pasado, pero estaba seguro de que hacía ya más de una hora que Cora estaba inconsciente. Desde que la habían dejado tirada, con la cabeza sangrante, los guerreros Ross habían recogido los cuerpos de los muertos y los habían sacado de las mazmorras. Y Alasdair apenas miró por última vez a los que habían sido sus hermanos y a los que había matado la mujer a la que amaba.

Su interés estaba puesto, únicamente, en Cora, que yacía de espaldas a él, por lo que no podía verla. Sin embargo, sabía que estaba viva, pues veía cómo su cuerpo subía y bajaba con la respiración, pero no respondía a sus ruegos.

El propio laird Ross había descendido a las mazmorras para comprobar con sus propios ojos el desastre provocado por Cora y cuando vio la sangre en el suelo y el hedor a muerte que se respiraba en ese lugar, se limitó a elevar la mirada hacia Alasdair para advertirle:

—Mañana a primera hora acabaré con vosotros.

Alasdair no se había molestado en contestarle. Su mente estaba puesta en la joven, a la que quería despertar como fuera. Había observado incluso las paredes en busca de un lugar donde poder arrancar los barrotes, pero estaban bien sujetos. El guerrero tiró de ellos con todas sus fuerzas, pero no había manera de moverlos.

La frustración estaba pudiendo con él tras el paso del tiempo y rugió hasta llenar con su voz el hueco en las mazmorras. Hacía ya varias horas que había anochecido y no entraba luz por el pequeño ventanuco de las celdas. Alasdair se llevó las manos a la cara y se paseó por la celda como un animal enjaulado. Sentía correr el sudor por su espalda mientras su corazón latía a una velocidad vertiginosa. No podía más. Estaba a punto de explotar

por dentro y no podía hacer nada para salvar a la mujer a la que amaba.

Se apoyó en los barrotes y cerró los ojos un instante. Sabía que, aunque Cora despertara, él no podría hacer nada para ayudarla desde su celda, pero al menos la vería respirar, moverse, hablar… Lo que fuera para saber que estaba bien.

—Cora, por favor, despierta —dijo en voz baja como una súplica, una oración lanzada al cielo que solo pretendía sanar su corazón.

Cuando Alasdair abrió los ojos nuevamente, los tenía empañados. No recordaba haber llorado nunca, pero estaba seguro de que era la primera vez. El destino lo tenía atado de pies y manos para ayudarla y no sabía qué hacer.

—¿Por qué me ha pasado esto a mí, padre? —murmuró al tiempo que una solitaria lágrima descendía por su mejilla y se perdía en su barba—. ¿Por qué tengo este maldito don? ¿Por qué tiene que ser Cora la que está al otro lado? ¿Por qué el destino quiso que la amara? No he podido protegerla, padre. He fallado a todos. A los MacGillivray, a los Chattan, al resto de clanes… a usted. Ni siquiera pude salvarlo.

Alasdair cerró los ojos de nuevo y siguió hablando con la esperanza de que su padre pudiera escucharlo allá donde estuviera.

—No puedo más con este peso. ¿Cuándo va a acabar? Yo solo era un niño… —murmuró con la voz consumida por el llanto—. He intentado hacer todo de la mejor manera, pero todo se ha torcido. Únicamente deseo salvarla y vivir plenamente a su lado. La amo, padre. Lo siento. Sé que no debería, pero no he podido evitarlo. Es extraordinaria. Por eso el destino nos castiga con la muerte…

Alasdair abrió de nuevo los ojos y fijó su mirada en la espalda de Cora.

—Despierta, Cora, por favor. No puedo más. Voy a morir si no lo haces, despierta. Hazlo solo por mí, aunque después decidas alejarme de tu lado, pero despierta. Insúltame, grítame, golpéame, pero abre los ojos.

El guerrero la miró con agonía. Apretaba con tanta fuerza los barrotes que estaba seguro que acabaría fundiéndolos o rompiéndolos.

—¡Cora! —vociferó con todas sus fuerzas—. ¡Escúchame! No sabes lo orgulloso que estoy de lo que has hecho. Has conseguido matar a aquellos con los que yo no habría tenido valor de hacerlo por llevar mi misma

sangre. Eres la mujer más valiente e indomable que he visto jamás. Por eso te amo, porque tú nunca te rindes, porque sabes seguir adelante a pesar de todo, porque sacas el coraje que a otros nos falta, porque con tu sola presencia sabes llenar espacios, por el fuego que arde dentro de tu corazón, por la llama que nunca se apaga, por tu insistencia… Te amo por todo lo que representas. Te amo porque eres la única que ha logrado calmar el miedo del niño que tuvo que ser adulto antes de tiempo. Te amo porque, sin pretenderlo, curaste las heridas de mi corazón y mi soledad. Me diste vida cuando me creía muerto. Me diste sosiego cuando pensaba que no podría con la carga sobre mis hombros. Tu sonrisa, tu voz, tus palabras, incluso tus insultos lograban sacarme del pozo en el que se había sumido mi vida después de abandonar mi hogar. Despierta, Cora, por favor. Hazlo tan solo para volver a calmar mi terror.

Alasdair se limpió las lágrimas.

—Tengo miedo, Cora. Miedo por ti. Miedo por ver que desaparece la luz en tus ojos. Miedo por no poder sacarte de aquí… Pero al menos despierta y mírame…

Y en ese momento, la joven gimió de dolor. Alasdair se sobresaltó al instante y llevó su mirada hacia la espalda de la joven. Vio que esta se movía ligeramente y que parecía despertar poco a poco. Su corazón se hinchó de esperanza y se aferró con más fuerza a los barrotes.

—Vamos, eso es —le dijo para que lo escuchara—. Regresa, Cora…

La joven se despertó poco a poco y se llevó una mano a la cabeza. Esta le dolía terriblemente y todo parecía dar vueltas a su alrededor. No sabía si había muerto o seguía viva, pero lo que sí sabía era que la había traído de vuelta la voz de Alasdair. Lo escuchó decirle palabras bonitas desde muy lejos, pero ella no podía responder a pesar de que lo intentaba. Lo llamaba, pero no podía seguir su voz. Ahora sí, y estaba regresando de ese lugar. La joven abrió los ojos y parpadeó varias veces para intentar enfocar la mirada.

Gimió de nuevo al sentir el dolor en su cabeza, pero se obligó a seguir la voz de Alasdair, que la llamaba con insistencia. Se giró hacia él y elevó su mirada. Lo vio lanzar un suspiro de alivio. Apoyó la frente contra los barrotes y la miró con insistencia.

—Has tardado demasiado en despertar, pelirroja. No te lo pienso perdonar…

Cora sonrió, pero un fuerte dolor en la frente la hizo gemir.

—Pensaba que no me perdonarías por matar a tus hermanos.

Alasdair se encogió de hombros.

—A ellos ya los tenía perdidos desde hacía muchos años. A ti no te quiero perder.

La joven sonrió y se llevó una mano a la cabeza.

—Me duele todo…

—Has matado a tres hombres tú sola en cuestión de minutos y con tan solo una simple daga. Por cierto, ¿cómo la conseguiste?

A pesar de que Alasdair sabía que Cora no estaba del todo bien para hablar, se obligó a hacerla reaccionar. No quería que volviera a dormirse, y la única manera que le vino a la mente fue hacerle preguntas para que lograra recuperar la conciencia del todo.

Cora gimió de nuevo y se obligó a incorporarse lentamente. Todo le daba vueltas, pero no iba a mostrarse débil. Se quedó sentada en el suelo y lo miró.

—Vi al guerrero Ross sacarla de entre su ropa. Lo hizo para matarte, así que me adelanté a sus planes y lo maté yo.

Alasdair sonrió.

—Supongo que entonces debo darte las gracias.

—Después me he llevado muchos golpes por salvarte… qué menos…

Cora sonrió a pesar de que solo deseaba dejarse caer de nuevo sobre el suelo y dormir para siempre.

—Espero que no estés pensando en dormirte de nuevo.

Cora entrecerró los ojos.

—Oye, ¿tú lees los pensamientos?

Alasdair negó con la cabeza.

—Te conozco mucho…

—Ya…

Cora respiró hondo para calmar la angustia que le provocaba el mareo que sentía, pero las siguientes palabras de Alasdair la obligaron a dejar a un lado ese sentimiento para cambiarlo por el de la rabia.

—Ruairidh Ross me ha dejado claro que mañana vamos a morir. Se ha quedado sin la alianza con los MacGillivray.

Cora se aferró a los barrotes para levantarse.

—Entonces, tenemos poco tiempo para salir de aquí.

—Lo he intentado todo y no podemos. Estos barrotes están muy bien clavados a la pared. Será lo único bueno que sabe hacer Ross…

Cora miró los barrotes de su celda y comprobó que Alasdair tenía razón. La joven entrecerró sus ojos y se llevó la mano de nuevo a la sien. Esta le palpitaba tanto que temía que se le cayera la cabeza en cualquier momento, pero su orgullo y la necesidad de supervivencia le impidió quejarse de nuevo.

—Tenemos que salir de aquí como sea —le dijo al guerrero—, pero antes quiero saber algo…

Alasdair la miró con interés.

—¿Es cierto que estás orgulloso de mí a pesar de haber matado a tus hermanos?

El guerrero sonrió y dejó escapar el aire contenido en su pecho.

—¿Me estabas escuchando?

—Muy lejos, pero sí. Has dicho cosas realmente preciosas, Alasdair. Y cuando salgamos de aquí, pienso responder a todas ellas.

—Podrías decírmelas ahora.

—Si te digo ahora cuánto te amo no tendríamos un motivo por el que luchar hasta el final para salir de este maldito lugar. Si no te digo nada ahora, lucharemos con todas nuestras fuerzas para poder decírtelo más tarde.

El guerrero asintió.

—Está bien. Te tomo la palabra. Y no se me va a olvidar…

Cora abrió la boca para responderle, pero los goznes de la puerta que llevaba a las mazmorras chirriaron de nuevo. Lo hicieron despacio, como si temiera que alguien pudiera escucharlo en mitad del silencio de la noche.

Cora y Alasdair se miraron entre ellos en silencio, con todos sus sentidos puestos en la visita a esas horas de la noche, y temieron que hubieran cambiado de opinión y en lugar de acabar con sus vidas al día siguiente, lo

hicieran en ese momento.

Unos pasos lentos y calculadores bajaron las escaleras. Apenas hacían ruido y no llevaba ni un solo halo de luz, por lo que la persona que se acercaba a ellos tenía pleno conocimiento de cada escalón de las mazmorras. En unos segundos, un rostro desconocido apareció junto a ellos, tan solo iluminado por la pequeña antorcha que había a un lado de las celdas.

Ambos miraron al recién llegado con interés, pero cierto temor. Se trataba de un hombre con ropas ligeramente raídas por el paso del tiempo. Tenía el pelo despeinado, ya canoso, unos ojos poderosamente azules y dos cicatrices surcaban su rostro, afeándolo e impidiendo ver con claridad cómo fue su antigua cara. Estas se escondían bajo una frondosa barba antaño morena. Durante un segundo, el hombre miró a Cora con curiosidad, pero después fijó su mirada en Alasdair. Y, al instante, este dio un paso atrás.

—No puede ser… —dijo en apenas un susurro.

Era la primera vez que Cora veía a Alasdair sin palabras, tan sorprendido que negaba con la cabeza y sus ojos estaban demasiado abiertos, horrorizados, como si estuviera viendo un fantasma salido de su tumba.

Alasdair sintió que estaba a punto de vomitar. Su estómago le dio un vuelco al ver esos ojos y ese rostro, casi irreconocible. Su corazón se aceleró y necesitó llevarse una mano al pecho para intentar calmar los furiosos latidos de su corazón.

—Pensaba que no me reconocerías… —le dijo el recién llegado.

Y aquella voz. Hacía tantos años que no la había escuchado que creía no recordarla. Pero fue escucharla una sola vez y saber que era él. Durante años, creyó que jamás volvería a oírla, a sentirla en cada poro de su piel, como una caricia. Pero ahí estaba. Irreconocible, envejecido y casi andrajoso, pero era él.

—Padre… —tartamudeó Alasdair con los ojos llenos de lágrimas.

Se había sentido tan solo durante todos esos años que solo habría deseado un abrazo suyo para darle ánimos. Pero lo creyó muerto.

Desde su celda, Cora sintió que la boca se le abría hasta el suelo.

—¿Qué? —preguntó la joven sin poder creerlo.

Alasdair la miró, como si fuera la primera vez que la veía en ese lugar.

Sus lágrimas cayeron de sus ojos, incapaz de contener la emoción del momento.

—Es mi padre…

Cora frunció el ceño y miró al recién llegado. Este la observó con una leve sonrisa en los labios.

—¿Eres James MacGillivray? —El hombre asintió y Cora pudo ver que sus ojos, efectivamente, eran exactamente iguales que los de Alasdair—. Pero es imposible. Estás muerto…

—Me temo que tengo que daros muchas explicaciones sobre cómo pude sobrevivir al ataque de mis propios hijos, pero ahora no es el momento.

James miró a su hijo. El orgullo se reflejaba en su mirada, y Alasdair no pudo evitar que las lágrimas cayeran de nuevo por su rostro. Siempre se había preguntado qué sentiría su padre al verlo ahora, ya mayor, y ver ese sentimiento en su mirada lo emocionó hasta lo más profundo de su alma.

—No puedo creer que esté aquí, padre.

—Soy yo quien no puedo creer que los Ross no me hayan descubierto durante todos estos años.

Alasdair se aferró a los barrotes de la celda cuando vio que su padre se dirigía hacia el lugar donde estaban guardadas las llaves para liberarlos.

—¿Lleva todos estos años aquí?

James asintió.

—Sí, esperándote. Sabía que tarde o temprano acabarías apareciendo aquí para cumplir con la profecía.

Alasdair boqueó, sin palabras. Estaba tan sorprendido que todas las palabras se le arremolinaban en la mente y era incapaz de formular frases con las que dirigirse a él.

James liberó primero a Cora, a quien puso una mano en el hombro, mostrando también su orgullo.

—Yo… siento mucho haber matado a tus hijos antes. Dios santo, de haberlo sabido, no lo habría hecho.

Cora sentía casi terror al pensar en que James pudiera vengarse de ella, pero lo vio encogerse de hombros.

—Esos muchachos dejaron de ser mis hijos en el momento en el que

decidieron traicionarme e intentar matarme. Yo no los crie para eso… No me alegro de sus muertes, pero es el destino que ellos mismos eligieron hace años.

Cora asintió, aún incómoda, y lo observó mientras liberaba a Alasdair. Este tardó unos segundos en recuperar la movilidad del cuerpo tras la estupefacción de volver a ver vivo a su padre después de muchos años creyendo que había muerto y sin verlo desde hacía veinte años.

El guerrero caminó lentamente hacia la puerta y se quedó parado frente a su padre, mirándolo con devoción e incapaz de lanzarse a sus brazos por temor a descubrir que era tan solo un sueño o una visión. Sin embargo, James sonrió y levantó los brazos para atraer a Alasdair hacia él y estrecharlo entre ellos. Al instante, el guerrero rodeó a su padre con los suyos y cerró los ojos, apretándolos con fuerza para evitar seguir llorando por la emoción.

Cora necesitó desviar su mirada, pues sus ojos se llenaron de lágrimas que no pudo evitar derramar. Ver cómo el hombre al que amaba parecía recuperar parte de su vida en unos instantes era algo que nunca creyó ver. Y realmente la emocionaba, ya que, después de todo lo que le había contado Alasdair, sabía que se lo merecía. Había trabajado duro desde los seis años y esto parecía compensar todo el dolor.

—No te imaginas la de veces que te he hablado pensando que estabas muerto —le dijo cuando se separaron.

James sonrió.

—Y espero que me lo cuentes, aunque primero tenemos que salir de aquí. Todos están durmiendo, pero no me fío de que alguien pueda bajar a las mazmorras para comprobar vuestro estado.

Alasdair asintió y parpadeó para apartar las lágrimas. Carraspeó y lo miró con preocupación.

—Habrá guerreros apostados en la muralla. Nos verán salir.

James sonrió y negó.

—Llevo tanto tiempo en este castillo que me conozco cada recodo del mismo. Me he hecho amigo de mucha gente que conoce los pasadizos secretos, así que tengo todo preparado fuera del castillo.

Cora arqueó una ceja.

—¿Cómo has podido hacerlo en tan poco tiempo?

—En poco tiempo no. Lo he meditado muchas veces. Un amigo me ha preparado un par de caballos fuera para que podamos huir. Tendremos comida y agua suficiente para llegar al castillo Chattan, pero tenemos que hacerlo ahora. Antes de cenar han preparado dos piras para quemaros vivos en ella.

Alasdair y Cora se miraron entre ellos, aterrados.

—¿Y dónde está el pasadizo por el que podemos escapar?

James señaló hacia un hueco debajo de las escaleras.

—Ahí mismo. Vamos.

El padre de Alasdair fue el primero en caminar hacia el lugar mientras que su hijo y Cora se miraron entre ellos. El guerrero sonrió y acortó la distancia para besarla con rapidez, pero Cora se apartó, sonrojada.

—Tu padre…

—No hace falta que finjáis delante de mí —dijo el aludido sin mirarlos —. Ya vi la vehemencia con la que os defendíais mientras os obligaron a luchar.

Cora no pudo evitar sonrojarse totalmente, provocando la sonrisa de Alasdair, que la instó a caminar hacia adelante cuando un pequeño agujero se abrió junto a la puerta.

—Parece pequeño, pero dentro es más amplio… —les indicó antes de mirarlos con una sonrisa traviesa—. Hace tantos años que necesitaba abrazarte, hijo, que no te imaginas lo feliz que estoy por saber que amas y eres amado…

Alasdair esperó a responderle hasta que los tres se internaron en el pasadizo y este se cerró a su espalda.

—¿No le molesta que no haya podido cumplir mi promesa?

James negó y comenzaron a caminar. Cora era la que inició la marcha, mientras padre e hijo la siguieron, hablando.

—Nadie puede mandar en el corazón. Y esta muchacha es la correcta para ti, aunque posea el mal carácter de los Chattan.

Cora lo miró por encima del hombro con una ceja enarcada.

—Te he oído…

James le guiñó un ojo.

—Solo he dicho la verdad.

Cora torció el gesto.

—Me habías caído bien solo por ser el padre de Alasdair, pero tal vez cambie de opinión.

—Os he liberado.

Cora gruñó, provocando la risa de James MacGillivray. Este le dio una palmada en la espalda a Alasdair, que le sonrió con verdadero alivio al saber que no estaba enfadado con él por haberse enamorado de Cora.

—¿Puedes explicarnos ahora cómo sobreviviste?

James asintió.

—Sí, además, tenemos tiempo de sobra hasta que podamos salir del pasadizo…

El padre de Alasdair respiró hondo y carraspeó antes de comenzar.

—Como supongo que te contó el laird Chattan, fui atacado en medio del bosque por una emboscada de tus propios hermanos. Estos se habían aliado con varios mercenarios y atacaron el grupo que cabalgábamos de vuelta al castillo. Era algo para lo que estaba preparado, pero siempre pensaba que tal vez esa parte de la profecía no se cumpliría nunca. Me dejaron malherido y me rajaron la cara. Sin embargo, uno de mis hombres se había quedado retrasado y logró alcanzar nuestro grupo después de que los mercenarios y tus hermanos se hubieron marchado.

James torció la cara.

—Vio que yo seguía con vida y me llevó a una curandera que conocía en la frontera del clan, no sin antes cortarle la cara a mi segundo al mando para hacerlo pasar por mí. Incluso le puso el broche de laird. Como la cara estaba desfigurada, nadie se dio cuenta de que no era yo. La curandera y ese guerrero lograron ocultar mi identidad y pude sobrevivir, aunque me quedaron estas marcas que embellecen mi rostro.

Alasdair sonrió y Cora lo miró brevemente con la misma sonrisa en los labios.

—Sabía que la noticia iba a entristecerte, pero no podía hacerte llegar una misiva en la que te explicara que seguía vivo. Sin embargo, siempre estuve

pendiente de todos tus logros, Alasdair. No te puedes ni imaginar lo orgulloso que estoy de ver lo que mi primogénito ha logrado.

Alasdair apartó la mirada, visiblemente emocionado.

—Me habría gustado que todo fuera diferente, padre. Hemos perdido veinte años de nuestra vida…

—¿Perdido? —preguntó James—. Eso no es cierto, hijo. Nada se ha perdido. Yo he estado preparando el terreno para salvaros ahora mientras que tú lo has estado preparando para salvar a la mujer que amas. Todos ganamos.

—¿Y cómo llegaste aquí?

—Decidí que tenía que hacer algo mientras tú cumplías con tu misión, así que me disfracé de mendigo y solicité ayuda al laird Ross. Para mi propia sorpresa, me aceptó como sirviente sin darse cuenta de que era el verdadero laird de los MacGillivray. Y después de eso, tampoco hay mucho que contar…

—Ahora el verdadero laird retomará su puesto.

James sonrió con tristeza y negó con la cabeza.

—No, hijo, yo ya perdí hace años ese puesto y estoy demasiado viejo para volver a él. Es tu turno.

Alasdair resopló, contrariado.

—No estoy preparado para ser laird, padre.

James rio.

—Estás más que preparado. Y sé que esta muchacha te ayudará en todo lo que necesites.

Cora tropezó con sus propios pies por la sorpresa. Se dio de bruces contra la pared de piedra y carraspeó, incómoda. Los miró por encima del hombro e intentó sonreírle a Alasdair cuando este puso una mano en su cintura, preocupado por su estado.

—No he visto esa piedra —dijo para disimular.

James arqueó una ceja.

—No hay ninguna piedra, muchacha.

—Porque la he pateado… —mintió descaradamente, haciéndolo reír.

—¿Te asusta el hecho de ser la esposa de un laird? —le preguntó mirándolos alternativamente y comprobando, con sus propios ojos, la buena pareja que hacían.

—No… yo… Es que aún no puedo creer todo lo que me contó Alasdair, y mucho menos que de repente vaya a convertirse en laird… Y yo en su… esposa.

James dio una palmada y puso una mano en el hombro de cada uno.

—Tenéis mi bendición. Estáis hechos el uno para el otro. Estoy seguro…

Alasdair y Cora se miraron y la joven no pudo evitar sonreír tontamente, por lo que apartó la mirada.

—¿Seguimos? —preguntó cuando sintió que la vergüenza le ganaba terreno.

Los tres continuaron el camino mientras James les iba contando algunos episodios de su vida con los Ross. Y en cuestión de minutos, una puerta de hierro se abrió delante de ellos. Alasdair adelantó a Cora, protegiéndola con su cuerpo, para observar el exterior.

—¿Dónde estamos?

—Lejos del castillo, en medio del bosque. A nuestra derecha deberían estar los caballos.

El primero en salir fue Alasdair y, tras comprobar que no había nadie allí, les hizo una señal para que abandonaran el pasadizo. Rápida e inconscientemente, la mano de Alasdair buscó la de Cora, la cual aferró con todas sus fuerzas para evitar perderla en medio de la noche. Su padre los condujo hacia la derecha y, en cuestión de segundos, encontraron los dos caballos.

Desde allí podían verse las antorchas del castillo, pero estaban a mucha distancia como para ser vistos por los vigilantes.

—Marchémonos cuanto antes —susurró James—. Tenemos que abandonar estas tierras.

El antiguo laird MacGillivray montó sobre un caballo. Después, Alasdair ayudó a Cora a montar sobre el otro y él lo hizo detrás de la joven. Rodeándola con los brazos, agarró las riendas y escaparon del lugar que había estado a punto de matarlos, pero con la esperanza y la promesa de regresar para acabar con ellos y cumplir la profecía.

CAPÍTULO 18



El sol ya había comenzado a salir por el horizonte cuando por fin cruzaron la frontera con los Chattan y pudieron suspirar tranquilos. Aunque el peligro no se había marchado por completo, los tres sabían que al estar en tierras aliadas gozaban de una esperanza de vida que no habían tenido durante toda la noche en la que habían cabalgado sin descanso para escapar de los Ross.

Estaban seguros de que ya habrían descubierto que habían huido, por lo que probablemente habían preparado a sus hombres para salir tras ellos.

Alasdair no pudo evitar mirar al cielo mientras su mano libre sujetaba fervientemente a Cora y la estrechaba contra él. Podía sentir en su pecho la espalda de la joven. Aún seguía tensa, pero al menos estaba viva. La pelirroja mantenía una mano sobre la suya, proporcionándole calor, pero también el amor que tanto deseaba y del que aún no había podido disfrutar por culpa de sus enemigos.

Alasdair inspiró con fuerza mientras metía su nariz entre los mechones de pelo de Cora. Durante varios minutos en la celda había llegado a pensar que estaba muerta y la había perdido para siempre, pero el destino quiso darles un descanso para disfrutar el uno del otro.

Una sonrisa surcó los labios de Alasdair. El labio inferior aún le dolía por los golpes recibidos el día anterior, pero no le importaba. Había recuperado a las dos personas más importantes de su vida. Una de ellas era la mujer a la que amaba. Se había confesado con ella y habían logrado enterrar el hacha de guerra con la esperanza de vivir una vida juntos. El otro era su padre, a quien creía muerto desde hacía años y que se había internado entre enemigos para prepararle el camino de vuelta a casa.

Los ojos azules de Alasdair se dirigieron hacia su padre. Este cabalgaba ligeramente adelantado a ellos. Su espada, ligeramente encorvada, se

mantenía firme sobre el caballo. Incluso parecía haber rejuvenecido varios años ahora que se había alejado de los Ross. Portaba una pequeña espada, que él mismo había dejado en las alforjas de los caballos, y el guerrero sonrió al recordar que había visto su propia espada y la de Cora entre ellas. Aún no podía creer cómo había cambiado su vida en cuestión de días. Y aunque el peligro no había pasado del todo, estaba seguro de que el destino le iba a sonreír a partir de ese momento.

Alasdair bajó ligeramente la cabeza para apoyar la barbilla en el hombro de Cora. Esta giró levemente la cabeza y le sonrió. Elevó una mano para meter los dedos entre los mechones de su pelo y lo acarició con ternura. Hacía tantos años que había soñado con tenerla entre sus brazos, siendo suya y siendo amado por ella, que ahora le parecía un sueño que fuera así.

La estrechó aún más entre sus brazos, disfrutando de su calor, de su cuerpo y de su viveza mientras seguían avanzando. Aprovechó que su padre no se encontraba mirándolos en ese momento y depositó un suave beso en el hombro de la joven. Quería abrazarla más, sentirla en toda su plenitud y desnudez, pero aún les quedaba una prueba más para poder vivir su vida.

Cuando Cora lo obligó a mirarla a los ojos, la besó en los labios lentamente. Sus brazos la rodearon aún más y deseó tener al menos unos minutos a solas para hacerla suya.

—¿De verdad quieres ser mi esposa? —le preguntó contra sus labios.

Cora sonrió y asintió.

—Quiero ser tuya para siempre, Alasdair.

—No será fácil. Seré laird en un clan donde me creían desaparecido…

—Quiero ir a donde tú vayas, estar donde tú quieras estar y vivir feliz a tu lado. Me parece tan increíble que a veces pienso que estoy soñando.

Cora se alejó ligeramente de él.

—Espero que no vuelvas a rechazarme ahora que me he hecho ilusiones…

Alasdair rio y la besó fugazmente, mordiéndole el labio inferior.

—Te amo demasiado como para rechazarte de nuevo. Por cierto, creo recordar que me ibas a responder a lo que yo te había confesado mientras estabas inconsciente. ¿O ya no te acuerdas?

Cora fingió no recordarlo, pero cuando los dedos juguetones de Alasdair

descendieron por su vientre hasta su entrepierna, se sobresaltó y apartó la mano de un manotazo para evitar que James los viera.

—¿Estás loco? —murmuró—. Tu padre puede vernos…

Alasdair le mordió una mejilla con suavidad.

—Es que te deseo desde hace tantos años que no puedo resistirme, pelirroja. Y menos después de haberte visto luchar contra tres hombres en las mazmorras.

—¿Así que te excita mi manera de luchar?

Alasdair lo meditó.

—Sí, pero también me excita todo lo demás. Toda tú…

Cora sonrió y fijó su mirada en el frente.

—Respondiendo a lo que tú dijiste mientras estaba inconsciente, yo también tengo miedo. Miedo de lo que aún está por llegar con los Ross y que uno de nosotros acabe muerto. Incluso miedo de que finalmente decidas dejarme a un lado…

Los ojos de Cora se llenaron de lágrimas al tiempo que sonreía, pero Alasdair la abrazó más fuerte.

—Cora, si te alejé de mí era para protegerte, pero a pesar de mis esfuerzos, el destino tenía su propio plan. Así que ya da igual todo eso. Te amo y no pienso volver a alejarte. Y espero que tú no me dejes tampoco o tendré que secuestrarte y llevarte a mi clan… Recuerda que seré laird y tendré tanto poder como Rowan…

Cora rio y dejó caer la cabeza contra su hombro. Durante unos segundos, se sintió incapaz de hablar. El nudo en su garganta era demasiado grande y estaba segura de que volvería a llorar si Alasdair le repetía sus bellas palabras.

—¿Sabes, Alasdair? Mientras estaba inconsciente dijiste que era valiente, pero creo que el más valiente de todas las personas que he conocido has sido tú. Y creo que esa es una de las cosas que me hizo enamorarme de ti. No sabía el peso que cargabas sobre tus hombros, ni siquiera sabía tu historia, pero había algo en ti que me lo decía. Podría verlo en cada mirada, en cada gesto y en cada palabra. Cargabas con el mundo sobre tu espalda y, aun así, seguías levantándote una y otra vez. Me protegías incluso a pesar de estar destrozado por dentro, fingiendo tener una vida normal cuando

llorabas internamente al pensar que tu padre había muerto. Habías abandonado tu clan, a tu gente y a tu familia para sobrevivir, pero también para protegerme. Y eso solo lo hacen los valientes.

Cora lo miró con lágrimas en los ojos.

—La vida que te había tocado vivir era perfecta para convertirte en un monstruo, como tus hermanos. Y, sin embargo, te transformó en el mejor hombre que he conocido nunca.

Cora apretó la mano de Alasdair que había regresado a su cintura.

—Cuando discutíamos, una parte de mí moría porque no quería hacerlo. Yo deseaba besarte, pero me alejabas de ti y era frustrante. ¿Y sabes algo? No importa cuánto tiempo estemos juntos, si morimos en la batalla o si tenemos una larga vida. Tampoco me importa cuántas veces nos separe el destino. Siempre volvería para encontrarte, para abrazarte, para enamorarme de nuevo de ti. Volvería una y otra vez para luchar por nosotros, porque nos merecemos una oportunidad. No solo eres el hombre al que amo; eres el hombre que cambió el rumbo de mi destino, el que dio sentido a mis heridas, a cada batalla interna y a cada victoria. Mientras me rechazabas, me limitaba a sobrevivir en la vida; pero desde que reconociste que me amabas he podido entender el motivo que me había llevado a seguir luchando y viviendo. Ese motivo eres tú. Siempre has sido tú.

Alasdair la besó lentamente, relamiendo cada centímetro de sus labios. Quería tenerla así siempre, entre sus brazos, segura, pero sabía que no era posible, y eso lo molestaba. La amaba tanto que dolía. Siempre había sido un fruto prohibido para él, pero había caído en la tentación y ahora no podía arrancarla de su alma.

—Cuando me di cuenta de que te amaba, Cora, fui consciente de que eras la mujer que le había dado sentido a mi vida. Toda mi existencia ha girado alrededor de ti y sería capaz de desafiar al mundo entero y al destino una y otra vez porque prefiero la guerra y la desolación a mi alrededor antes que pasar una vida alejado de ti.

Cora le sonrió y lo besó de nuevo. Algo le decía que era definitivo, que Alasdair no se separaría de ella jamás. Por eso, se dejó caer contra su pecho y cerró los ojos un instante para relajarse. El guerrero aprovechó para depositar un suave beso en su cabeza, sin embargo, cuando abrió sus ojos se sobresaltó, gesto que no pasó desapercibido a Cora, que se incorporó y

llevó la mano a la empuñadura de la espada.

El propio James también desenvainó la suya, pero fue Alasdair quien entrecerró los ojos para intentar ver mejor al contingente de guerreros que se aproximaba a ellos a gran velocidad.

—¡Es el estandarte de los Chattan y los MacBean! —exclamó.

Cora imitó su gesto y vio con claridad a Rowan capitaneando la marcha. A su lado, Jacob MacBean también cabalgaba sin perder velocidad. Tras ellos, un enorme contingente de guerreros se acercaba a su posición.

James y Alasdair pararon los caballos y esperaron a que llegaran a su posición.

Cora los recibió con una sonrisa y saltó del caballo para acercarse a Rowan, quien la abrazó con fuerza en silencio.

—Como vuelvas a hacer algo así pienso azotarte hasta que el trasero se te quede totalmente desollado… —dijo Sloan acercándose a ella para arrebatársela a Rowan de entre los brazos.

La joven rio y lo abrazó con fuerza, besándole la mejilla una y otra vez, hasta que en su rostro se dibujó una expresión incómoda y de asco.

—No hace falta demostrar tanto cariño —gruñó Sloan colocando su ropa.

—Reconoce que me has echado de menos…

—De hecho, guardaba la esperanza de que Ross se quedara para siempre contigo…

Cora le dio un manotazo en el hombro y corrió a abrazar a Morag.

Mientras tanto, Rowan detuvo su mirada en Alasdair, que se quedó en discreto segundo plano, ligeramente incómodo.

—¿Pensabas que os dejaríamos a vuestra suerte? —le preguntó su amigo.

Alasdair se encogió de hombros.

—Reconoce que no me querías mucho cuando abandoné el castillo.

—Acababa de descubrir que eras el MacGillivray que buscábamos —respondió atrayéndolo hacia él para abrazarlo.

—¿Qué? —preguntó Sloan, estupefacto—. ¿Qué has dicho?

Alasdair se separó de Rowan y lo miró.

—¿No te lo ha contado?

—Dijo que me lo contarías tú… ¿No eres Mackay?

Alasdair negó con la cabeza.

—Es una larga historia que no tengo tiempo de contar, pero yo soy el MacGillivray de la profecía.

Sloan se acercó a él.

—¿Desde cuándo lo sabías?

—Desde que llegué al castillo con seis años.

Los ojos de Sloan se abrieron desmesuradamente, provocando que Alasdair sonriera. Sin embargo, al ver ese gesto le propinó un fuerte puñetazo que Alasdair no esperaba recibir por su parte. El joven se vio impulsado hacia atrás y lanzó un leve gemido de dolor.

—Esto es por ocultarme siempre todo, maldita sea. Creía que éramos como hermanos…

—Muchacho, si yo fuera tú, pensaría dos veces volver a golpear a Alasdair. Ahora ya no está solo…

Sloan y Rowan lo miraron con curiosidad, pero fue el primero el que le respondió:

—¿Y tú quién eres?

El aludido sonrió y le puso una mano a Alasdair en el hombro mientras este se acariciaba la mejilla.

—Tú no debes de ser muy simpático, ¿verdad? —le espetó. Sloan le gruñó—. Soy su padre.

Tanto Sloan como Rowan fruncieron el ceño, sorprendidos.

—¿El padre de Alasdair? ¿James MacGillivray?

—Exacto.

—Pero tú estabas muerto… —intervino Jacob MacBean desmontando de su caballo para acercarse a él, mirándolo como si fuera una aparición.

James sonrió.

—Pues a menos que me haya convertido en fantasma durante la noche, creo que estoy muy vivo.

Le dio una palmada en el hombro con camaradería a pesar de haberlo visto un par de veces en toda su vida.

—Creo que hay mucho que contar, pero no es el momento —dijo Cora—. Los Ross nos estarán siguiendo. Hemos podido escapar gracias a James. De no ser por él, ahora mismo estaríamos ardiendo en el patio del castillo.

Cora se acercó a Alasdair y este, inconscientemente, le colocó una mano en la cintura, provocando que Sloan frunciera el ceño.

—¿Y esa mano tan larga, Mackay? Quiero decir, MacGillivray…

Alasdair sonrió y, en lugar de apartarse, atrajo más a Cora.

—Tu hermana y yo nos vamos a casar cuando todo esto acabe.

—Primero habrá que cederte su mano.

—Se la he dado yo que para eso es mía —replicó Cora con una sonrisa.

Morag dejó escapar una risa, que rápidamente cortó cuando Sloan la miró de reojo. Y entonces decidió intervenir Rowan, que se adelantó a ellos.

—¿Tenéis la certeza de que os siguen o es solo una suposición?

Alasdair se encogió de hombros.

—Nosotros pudimos escapar por un pasadizo y supongo que hasta esta mañana no se han dado cuenta de que hemos escapado. Tal vez tenemos tiempo de llegar al castillo en lugar de luchar en campo a través. Son sus tierras y se conocen cada recodo. No podemos fallar esta vez.

Rowan asintió.

—Gracias a los MacBean somos muchos guerreros. Vosotros habéis visto a los Ross. ¿Tienen muchos hombres bajo su poder?

James torció la cabeza.

—Puede que con los que tú llevas sea suficiente, pero es cierto que por allí pululan mercenarios y no sabemos si llegarán más.

—Eso sin olvidar los hombres que llevaban mis hermanos… —añadió Alasdair.

Rowan frunció el ceño.

—¿Adam y Neil están en el castillo Ross?

Cora sonrió.

—Estaban… ahora ya no están en ningún lado.

Sloan arqueó una ceja.

—¿Los habéis matado?

Alasdair señaló a Cora con la cabeza.

—Ha sido ella.

Sloan silbó.

—¿En serio?

—Cuando quieras, puedo hacerte lo mismo.

Su hermano resopló.

—No, gracias —respondió con tono falso.

Cora le guiñó un ojo.

—De todas formas, llevaban a varios hombres con ellos —dijo James—. Y claramente son aliados de Ross, así que se habrán quedado allí.

—Podremos con ellos —sentenció Rowan—. Montad sobre vuestros caballos si aún tenéis ganas para regresar al castillo Ross.

—Para eso siempre quedan fuerzas, amigo —le dijo Alasdair.

Todos volvieron a sus caballos y montaron para volver por donde habían venido, rumbo al castillo Ross a declararles la guerra y con la única intención de ganarla.

CAPÍTULO 19



En tan solo medio día recorrieron la distancia que habían atravesado durante la noche Alasdair, Cora y James. Al tener luz en el camino y poder ver por dónde cabalgaban, lograron deshacer la marcha en cuestión de horas. Sin embargo, el tiempo no los acompañó en ese momento, pues cuando la silueta del castillo Ross se dibujó al final del bosque, se desató una borrasca sobre sus cabezas.

El primero en resoplar fue Sloan, que aún no había logrado superar del todo su miedo a las tormentas. Y ese sentimiento se fue extendiendo poco a poco entre los demás, que preferían luchar sin lluvia en un terreno que desconocían.

Los guerreros de ambos clanes comenzaron a ponerse nerviosos y en guardia. Todos se habían sorprendido de no haberse encontrado a los MacGillivray y los Ross por el camino, así que supusieron que o bien no habían salido aún en busca de Cora y Alasdair o tal vez lo habían hecho por otros caminos.

—La maldita lluvia puede ser una ventaja para ellos, que conocen el terreno —se quejó Jacob MacBean.

Rowan torció la cabeza.

—En eso tienes razón. Pero no podemos escondernos en el bosque hasta esperar a que aparezcan.

—Puede que estén nerviosos al ver que nos hemos escapado —intervino Alasdair—. Pero lo que no esperan es ver que hemos vuelto con vosotros en tan poco tiempo.

—Y seguramente tampoco esperan al clan MacBean —terció Morag con una sonrisa ladina en los labios.

Se notaba a leguas que la joven estaba deseando entrar en batalla para

devolverle a Ross parte del daño que le hizo no solo a su familia, sino también a ella y a su maltrecha alma que le había costado años recomponer.

—Nos esperen o no, debemos estar preparados para lo que sea —señaló Rowan mirando a todos, especialmente a su esposa—. Ya sabemos cómo es Ruairidh Ross y no le gusta el juego limpio. Estoy seguro de que tiene a muchos mercenarios bajo su mando, además de sus propios hombres. Y si también hay algunos MacGillivray, debemos tener los ojos muy abiertos.

Rowan miró a los que se habían añadido a ellos, pero realmente no eran guerreros.

—Para los que es su primera batalla, no os separéis de los que sí están acostumbrados a ella. Seguramente, intentarán llevaros hacia un extremo para mataros, así que unid vuestras espaldas a los veteranos.

El guerrero miró a Alasdair y Cora.

—Vosotros sois el objetivo principal de la batalla. Si vosotros caéis, estaremos perdidos. Debéis cuidaros las espaldas el uno al otro y no os separéis de la familia. Nosotros seremos quienes os protegeremos de quien intente acercarse demasiado a vosotros, especialmente a Cora.

La joven frunció el ceño.

—Sé defenderme tan bien como Alasdair, no me nombres solo a mí.

Rowan sonrió de lado.

—Lo sé, hermana, pero Ross lleva toda la vida obsesionado con tu persona. No puede hacerse contigo bajo ningún concepto. Alasdair es su enemigo más reciente y estoy seguro de que lo verá más complicado de matar.

La joven torció el gesto y Alasdair apretó los dedos alrededor de su cintura mientras Rowan seguía dando instrucciones a los demás. En voz baja, y contra su oído, le dijo:

—Eres una de las mejores guerreras que he visto en mi vida. Pero, aunque sepas luchar y sientas seguridad en ti misma, por favor, no te separes de mí, Cora. No podría soportar volver a verte en sus manos.

La joven giró la cabeza y lo observó unos segundos en silencio.

—¿Sabes qué es lo que más me gustaría en este instante, Alasdair?

El guerrero arqueó una ceja al ver que Cora no le había respondido a su

petición.

—¿Qué?

—Bajarte del caballo, llevarte a un lugar donde nadie nos vea y quitarte la ropa para hacerte mío. Si tenemos en cuenta que ahora mismo no podemos hacerlo por motivos obvios, tendrá que ser a nuestro regreso a casa. Así que sí, me quedaré a tu lado tan solo para sobrevivir a esta mierda y poder darte un beso en cada zona de tu cuerpo que ahora mismo está escondida…

Alasdair se mordió el labio al sonreír y la miró de arriba abajo.

—No me tientes, Cora, porque soy capaz de secuestrarte en mitad de la batalla para llevarte a ese lugar escondido y arrancarte la ropa de cuajo.

—Pues espero que sobrevivas para poder hacerlo. Tienes que cumplir la profecía, ¿no? Dice que tienes que ayudarme a acabar con los Ross. Hagámoslo, gatito.

Alasdair frunció el ceño.

—¿Por qué demonios me llamas así? —preguntó entre dientes al escuchar de nuevo ese apodo con el que Cora lo había llamado en varias ocasiones y cada vez le gustaba menos.

Sus dedos se apretaron contra la cintura de la joven, que sonrió ampliamente ante su contacto.

—Miau —respondió contra sus labios.

Alasdair gruñó por lo bajo y le mostró los dientes. Después, apartó su mirada y volvió a poner atención en lo que Rowan estaba diciendo, sin embargo, una mirada risueña captó su atención, y era la de su padre. Este le guiñó un ojo y Alasdair estuvo a punto de sonrojarse como un crío que acaba de salir de entre las faldas de su madre. Se sintió descubierto en algo y se limitó a sonreír.

Jamás había tenido la presencia de alguien con su sangre tan importante a su lado, por lo que ser descubierto hablando de esas cosas con la mujer a la que amaba le resultaba ligeramente incómodo.

—Desenvainad las espadas —ordenó Rowan— y marchemos a luchar. Hoy será el día en el que el enemigo aprenda que la tierra tiembla cuando los clanes nos aliamos para luchar codo con codo. Que le quede claro que, si alguien nos traiciona como ellos, acabarán muertos bajo el filo de nuestras espadas. Pero quiero que vosotros mismos recordéis algo: debéis

sobrevivir para seguir defendiendo con honor nuestras tierras y hacer que nuestros clanes sean temidos por todos para evitar que vuelvan a traicionarnos de esa manera. Recordad a todos los que murieron en vano durante esta guerra, a aquellos que sucumbieron por la locura de un laird que se dejó llevar por el miedo a una profecía. Han muerto nuestros padres, hermanos, primos, vecinos… Haced que alcancen la gloria cuando venguemos sus muertes. Vamos a vencer y a demostrarles a los Ross que no hay nada más poderoso que el respeto y el amor verdadero por nuestros clanes.

Rowan desenvainó la espada, provocando que los demás también lo hicieran.

—Luchad sin descanso. Luchad hasta el último aliento de vida y, después, nos reuniremos al otro lado.

Los guerreros vitorearon e iniciaron la marcha hacia la muralla del castillo. A medida que se iban acercando, vieron la cara de sorpresa de los Ross, aunque no parecieron sorprenderse al descubrir que se aproximaban. Uno de ellos se giró para llamar a Ruairidh, pues este apareció en la muralla en cuestión de segundos, repartiendo órdenes a todos sus hombres.

—¿Qué trae por mi castillo a los Chattan y a los MacBean? —preguntó con voz serena.

Rowan arrugó el rostro y se adelantó ligeramente. Al instante, una flecha se clavó en el suelo, justo al lado del caballo de este.

Al verlo, Cora se sobresaltó y tembló. No deseaba que ningún hermano más muriera a manos de sus enemigos, pues no se lo perdonaría nunca. Y al notar ese sentimiento bajo la palma de su mano, Alasdair intentó calmarla. Su dedo pulgar la acarició lentamente y le susurró al oído:

—Todo saldrá bien.

La joven tragó saliva y lo miró por encima del hombro.

—Dijiste que habías visto que moríamos.

Alasdair clavó su mirada en ella.

—Y tú afirmaste que toda profecía se puede cambiar.

Cora sonrió ligeramente.

—A veces, sigues siendo un poco insufrible.

—No sabes lo que disfruto viendo ese rastro de furia en tus ojos…

Rowan carraspeó y le respondió con firmeza.

—Venimos a cobrarnos las deudas que nos debes, Ross.

El aludido sonrió.

—¿Deudas? Yo no os debo nada.

—Creo que olvidas todas las muertes que han sucedido por tu culpa. Son deudas bastante caras.

—Todas esas personas que han muerto lo han hecho en la batalla.

—¡Mataste a mi madre y mi hermano Kester!

Ross se encogió de hombros.

—No debieron ponerse en mi camino. Solo quería a tu hermana.

Y entonces la mirada del laird Ross se dirigió hacia Cora, que le devolvió una expresión asqueada.

—La que, por cierto, me debe la vida de uno de mis guerreros… Aunque diría que también me debe la vida del laird MacGillivray.

Alasdair frunció el ceño.

—El laird MacGillivray sigue vivo. Esos eran unos impostores.

—El antiguo laird murió y ellos eran sus únicos sucesores… —insistió Ross.

Alasdair sonrió y miró hacia su derecha, donde se encontraba su padre. Este apartó la capa que cubría su rostro y se adelantó unos pasos.

—El antiguo laird MacGillivray sigue vivo gracias a Dios y a las manos de una curandera. Tal vez no reconoces el rostro que me dejaron mis propios hijos, pero soy James MacGillivray y soy yo quien decide que mi sucesor sea mi hijo Alasdair.

La expresión en el rostro de Ruairidh Ross era indescriptible. Por sus ojos pareció pasar la sorpresa, la ira, la frustración, la traición… cualquier sentimiento era válido al darse cuenta de que uno de sus sirvientes había sido el mismísimo laird MacGillivray.

—Sois todos unos desgraciados…

—Al parecer, no eres el único que enviaba a su gente a otros clanes para espiar —sentenció Rowan con una sonrisa.

—Pienso enviar a alguien para avisar al rey de que habéis roto el tratado de paz.

Rowan arqueó una ceja.

—¿Nosotros hemos roto el acuerdo? ¿Quién es el que no ha dejado de atacar durante años? ¿Quién es el que comenzó todo esto? Tenemos la prueba de tu delito con la presencia de los MacGillivray.

Ross miró a Alasdair y James.

—Ellos serán los primeros en caer —sentenció.

—Primero tendrás que atreverte a luchar, Ross —lo retó Alasdair.

Ross esperó unos segundos para responder, hasta que acabó sonriendo de lado, seguro de sí mismo.

—Habéis venido hasta mi castillo para luchar, ¿no? ¿Quién soy yo para negaros eso que tanto anheláis?

Ruairidh miró detrás de él, hacia donde ellos no podían ver.

—¡Preparados! Los Chattan y los MacBean están deseando morir en el día de hoy. ¡Vamos a concedérselo!

Desde donde se encontraban, Alasdair y Cora escucharon los gritos de júbilo de los guerreros Ross. La joven se puso ligeramente nerviosa, pero se aferró con fuerza a la mano de Alasdair, que no se separaba de ella. Todos los Chattan y los MacBean descendieron de sus caballos y se prepararon para luchar.

Dentro del castillo se escuchaban fuertes ruidos, golpes con los que intentaban someter su valentía. A pesar de encontrarse ligeramente separados ahora que no estaban sobre el caballo. Alasdair apretó la mano de Cora para llamar su atención.

—Pase lo que pase hoy aquí quiero que sepas que te amo con toda mi alma desde hace mucho tiempo.

Cora frunció el ceño.

—Eso suena a despedida, Alasdair, y no te consiento que te despidas de mí.

El guerrero sonrió de lado.

—Últimamente tienes la mala costumbre de hablar como si fueras a morir —siguió la joven mientras el portón del castillo se abría para dejar salir a

los guerreros Ross—. ¿No te das cuenta de que yo ya he hecho planes contigo para el resto de nuestras vidas? Así que será mejor que sobrevivas para llevarlos a cabo…

—¿Despedirme de ti? —le respondió el guerrero—. Ni se me ocurriría. Si el destino se atreviera a arrebatarme de tu vida descubriría que hay una fuerza más terca que la propia muerte: el corazón de un guerrero enamorado. Así que lucha tú también, pelirroja, porque pienso besarte cuando todo esto termine.

Cora sonrió y se mordió el labio. No tuvo tiempo de responderle, pues los guerreros del clan Ross atravesaron la muralla. Sin embargo, no eran los únicos. Entre ellos se encontraban también los mercenarios que Cora había visto al llegar al castillo. El líder de estos era el mismo que había entrado en su hogar para matar a los suyos, y la joven clavó su mirada en él. No pensaba en buscar a ningún otro guerrero, sino a él. Y este pareció sentir sobre su cuerpo la mirada de Cora, a la cual observó y sonrió de lado, relamiéndose mientras pensaba en las diferentes formas de acabar con ella.

A su lado, Alasdair fue consciente de esa mirada y gruñó, enseñándole los dientes al mercenario desde la distancia.

—No voy a dejar que se acerque a ti.

Cora lo miró de reojo.

—No se trata de dejarlo a él, sino de dejarme el camino libre para ser yo quien llegue a él…

Alasdair la miró fijamente.

—Dime que no vas a enfrentarte a ese desgraciado. Es un monstruo…

—Es quien mató a mi familia. Me debe su vida. Y me la pienso cobrar…

El guerrero suspiró.

—Está bien. Protegeré tu flanco...

—Gracias.

En ese momento, el propio laird Ross siguió hablando desde la muralla, sin intenciones de bajar de ella para luchar junto a sus hombres.

—Queríais luchar, ¿verdad? Espero que toda vuestra maldita sangre se derrame hoy en esta tierra para que mis árboles crezcan aún más.

—Crecerán con vuestra sangre, gilipollas —murmuró Cora, ganándose

una sonrisa de Alasdair.

En cuestión de segundos, todo a su alrededor fue un caos. Los Chattan y los MacBean esperaron a que fueran los Ross quienes dieran el primer paso, y cuando los mercenarios se lanzaron contra ellos, antes que el resto de guerreros, ya estaban preparados para luchar.

Cora aferró su espada con fuerza y dobló ligeramente las rodillas. El momento para el que su padre la había preparado ya había llegado, y solo necesitaba demostrar por qué la había elegido como guerrera.

Varios mercenarios se dirigieron directamente hacia ellos. Tal y como habían dicho, ellos eran el centro de todas las miradas, aquellos a quienes querían conseguir a toda costa, por lo que sabían que irían directamente a por ellos. Alasdair fue el primero en cruzar su espada con uno de los mercenarios, mientras que Cora lo hizo segundos después.

El poderoso brazo del hombre contra el que luchaba provocó que la joven tuviera que emplear toda su fuerza en frenar los ataques. Cora gimió de dolor cuando en uno de ellos, su brazo se vio impulsado hacia atrás en un extraño giro que hizo que todos sus músculos protestaran. Sin embargo, se recuperó rápidamente y logró patear al mercenario para ganar tiempo. Y en el momento en el que preparó su espada para luchar de nuevo contra él, del pecho de este salió el filo de una espada.

El rostro de Alasdair surgió de detrás del mercenario cuando cayó a sus pies y la joven refunfuñó.

—Este era mío… —se quejó.

Alasdair le guiñó un ojo.

—De nada, pelirroja.

Cora resopló y se lanzó hacia él con la espada en alto, asustándolo, pero al instante comprendió que justo tras él había un mercenario más que estuvo a punto de atravesarlo con la espada. Se giró con la misma rapidez y, juntos, dieron fin a la vida del guerrero.

—De nada, gatito…

Alasdair sonrió.

—Lo hemos matado entre los dos.

—Mi espada ha llegado antes —replicó la joven.

Alasdair rodó los ojos y, rápidamente, se enzarzaron en una nueva pelea.

A su alrededor, todo era un caos. Los mercenarios luchaban contra los Chattan y los MacBean, provocando algunas bajas entre sus hombres. Luchaban con una brutalidad que lograron separar ligeramente a ambos clanes. Sin embargo, estos se habían preparado para luchar contra ellos.

Morag tenía un profundo corte en su mejilla que no dejaba de sangrar y que había hecho renegar a Sloan al verlo. Este luchaba con la misma fiereza de los mercenarios, logrando tumbar a varios de ellos con el cuello rajado, y en el momento en el que se lanzó a ayudar a Morag, cercenó la cabeza del que le había hecho ese corte.

—¿Estás bien? —le preguntó a la joven.

—Esto no es nada, pero espero que tu amor no se acabe si me queda una cicatriz en la mejilla.

Sloan negó con seguridad.

—No te imaginas lo que me excita verte luchar… —le dijo antes de volver a la lucha.

Morag tardó un segundo más, pues esbozó una sonrisa que rápidamente borró para seguir peleando. Poco a poco, los guerreros del clan Ross comenzaron a luchar contra ellos. A ellos se unieron los pocos guerreros MacGillivray que habían acudido con Adam y Neil, provocando que el grupo de Chattan y MacBean fuera ligeramente menor.

Desde la muralla, Ruairidh Ross observaba absolutamente todo. Tenía localizados a aquellos a quienes deseaba matar él mismo, como Alasdair y Cora, pero también a James MacGillivray, a quien miraba con interés e incapaz de creer cómo era posible que no lo hubiera reconocido con el paso del tiempo. Ross tenía la certeza de que iban a vencer en esa batalla, por lo que comenzó a formar en su mente las frases que debía decirle al rey cuando este pidiera cuentas de lo que había pasado entre ellos para romper el tratado.

Sonrió al ver la sangre en el rostro de la muchacha a la que había tomado prisionera muchos años atrás después de matar a su familia en la frontera. Morag luchaba con una valentía y una fuerza que llamó su atención y, al contrario de lo que pensaba, comenzó a excitarse al preguntarse si seguiría siendo igual en la cama, como años atrás.

—¿Qué estará pensando? —preguntó Cora a Alasdair en un momento de calma.

El guerrero miró hacia la muralla, a Ruairidh, y torció el gesto.

—Nada bueno. Esa seguridad no me gusta nada… No parece preocupado por la batalla, como si ya la tuviera ganada.

—¿Por qué crees que es?

—No lo sé, pero no me fío de él.

A pesar de lo que en un principio pensaba Ruairidh, poco a poco, los Chattan y los MacBean comenzaron a tomar cierta ventaja respecto a los demás, sin embargo, la sonrisa del laird Ross no desapareció.

Prácticamente todos los guerreros de su clan habían salido del castillo para luchar. Muchos de ellos estaban heridos, pero seguían en pie, enfrentándose a sus enemigos mientras la tormenta sobre sus cabezas seguía descargando con la misma fiereza con la que luchaban.

El tiempo fue pasando y parecía que la batalla nunca tendría fin. Ambos bandos estaban comenzando a cansarse, pero ninguno iba a pedir ni un momento de piedad o misericordia. Todos seguían con la misma fuerza del principio, y con la necesidad de vencer.

Alasdair y Cora no se separaron ni un solo segundo. Luchaban codo con codo, como si de una danza se tratara, como si hubieran estado ensayando ese momento durante años. Y eso los salvó de la muerte en más de una ocasión, ya que todos se lanzaban contra ellos. Su familia intentaba detener a gran parte de ese contingente de guerreros que querían atraparlos, pero los que llegaban hasta ellos no tenían mucha suerte, pues morían a sus pies.

La sangre ya había comenzado a regar la tierra Ross, tal y como había predicho Ruairidh, pero pertenecía a ambos bandos. No obstante, en un momento dado, gran parte de los mercenarios yacían muertos en el suelo, provocando que la sonrisa del laird Ross menguara ligeramente.

Pero la fortuna dejó de estar del lado de los Chattan y los MacBean cuando, desde el otro lado del bosque, parecieron rugir los árboles. Los guerreros Ross sonrieron y se apartaron ligeramente, provocando que la batalla quedara en suspenso durante unos segundos. Y en ese instante, los Chattan comprendieron a qué se debía la seguridad y la sonrisa de Ruairidh.

Todos se giraron hacia el bosque y vieron aparecer a una enorme cantidad

de guerreros del clan Comyn, liderados por el hermano de Gillian, Caleb. La propia esposa de Rowan se quedó estupefacta al verlo y estuvo a punto de perder la espada por la sorpresa. Su corazón se sobresaltó aún más al ver a su propio hermano cabalgando hacia ella no como aliado, ni como familiar, sino como enemigo sediento de sangre.

Nadie había podido imaginar que Ross había solicitado la ayuda de los Comyn días atrás para luchar contra los Chattan. Y llegaban justo a tiempo para la batalla.

Los Chattan y los MacBean comenzaron a ponerse ligeramente nerviosos. En ese instante, la mirada de Caleb chocó contra la de Gillian, que se encontraba justo al lado de Rowan. Esta escuchó maldecir a su esposo, pero no lo miró. Sus ojos estaban totalmente embebidos por la presencia de su hermano en ese lugar, mostrando su verdadera lealtad. Y eso le dolió terriblemente.

—El muy desgraciado parece orgulloso de su traición… —murmuró Rowan.

Gillian dejó escapar el aire que había contenido en su pecho. Sintió un pinchazo al pensar en su padre, siendo traicionado por su propio hijo, pero rápidamente se obligó a pensar en James MacGillivray y cómo había gestionado este la traición de Adam y Neil años atrás. Lo que tampoco imaginaba era que los guerreros de su padre hubieran decidido seguir a Caleb, pero estaba segura de que su hermano los había amenazado con expulsarlos del clan, y allí tenían a todas sus familias.

—Dejádmelo a mí —pidió Gillian con la rabia reflejada en su mirada—. Caleb es mío.

—Es tu hermano, Gillian —murmuró Rowan—. ¿Estás segura de que podrás matarlo si llegas a él?

La joven rompió el contacto visual con Caleb para fijar su mirada en su esposo.

—Él ordenó matar a nuestro padre. Mi deber es vengarlo.

Desde su posición, Alasdair miraba preocupado a un lado y a otro y protegía con su cuerpo a Cora, que observaba con estupefacción la llegada de más enemigos.

—No lo puedo creer —murmuró la joven.

Alasdair renegó. Sus peores miedos se confirmaban y temía que otra de sus visiones se cumpliera: la muerte de ambos. Y, en ese instante, era más cercana que nunca.

—Esto se pone feo, Cora —susurró por encima del ruido que hacían los recién llegados.

El guerrero miró hacia atrás, a Ruairidh Ross, y lo vio sonreír como nunca, con el orgullo de haber ganado una batalla que aún se estaba librando, pues era evidente que tenía todo a su favor para ganar aquella pelea.

—No nos vamos a rendir —le respondió la joven.

Alasdair la miró entonces, preocupado.

—Eso es lo que me preocupa, que nos van a matar por no rendirnos.

La joven frunció el ceño y tragó saliva ruidosamente.

—Si te fijas bien, a tu izquierda hay un pequeño sendero al que podrías dirigirte en cuanto los Comyn se nos echen encima.

Cora lo miró con brusquedad y furia.

—¿Sugieres que huya?

—Sugiero que sobrevivas, Cora. Me temo que esta vez no podré protegerte contra tantos enemigos.

La joven resopló.

—No voy a huir y a dejaros aquí mientras lucháis y morís por mí. Si he de sucumbir hoy, lo haré luchando junto a mi familia y junto al hombre al que amo, Alasdair —dijo con vehemencia—. No me marcharé sin ti porque no podría vivir sabiendo que moriste por mi culpa. Acabaría ahorcándome como Judas.

Alasdair suspiró largamente.

—Solo quiero que tengas una oportunidad, Cora.

—La oportunidad ya la tengo aquí a tu lado, no lejos.

Alasdair la miró fijamente y rechinó los dientes.

—Está bien, pelirroja. Sabes que hoy seremos recibidos con honores en el inferno, ¿no?

Cora le devolvió una sonrisa.

—Y lo celebraremos para toda la eternidad, gatito.

Alasdair acabó sonriendo.

—Si me vuelves a llamar así, seré yo mismo quien te entregue a los Ross.

—Sabes que no es cierto…

El guerrero le guiñó un ojo y volvió su atención a los recién llegados. Caleb Comyn se acercaba lentamente, disfrutando de ese momento de gloria para él que provocó que la seguridad de los Chattan y los MacBean desapareciera de sus rostros.

Con lágrimas en los ojos, Gillian se adelantó al resto de guerreros con la mirada puesta sobre su hermano.

—¡Caleb! ¿Por qué haces esto?

Su hermano levantó una mano para frenar al resto a una veintena de metros de ellos. Los Chattan y los MacBean estaban atrapados en medio de sus enemigos.

—Hola, hermana. Me alegra ver que aún estás viva…

Rowan gruñó entre dientes y se paró al lado de Gillian, haciendo sonreír a Caleb.

—Es una pena que hayas decidido estar del lado equivocado de esta guerra.

—No es el lado equivocado, Caleb, sino el más justo. Has visto sufrir a muchos de los nuestros. Incluso nuestro propio hermano murió hace dos años en esta guerra.

—Yo no tengo la culpa de todas esas muertes. Lo único que me importa es tener el mando del clan, que ahora me pertenece.

—¡Pero tienes las manos manchadas de la sangre de nuestro padre! No hagas esto, por favor. Aún estás a tiempo de redimirte.

Caleb sonrió y negó con la cabeza.

—Lo siento, querida hermana. Los Ross me ayudaron a conseguir la jefatura del clan, así que ahora les tengo que devolver el favor. Lamento que no te hayas quedado en tu nuevo y querido hogar porque habrías sobrevivido. Pero estás en mi camino y no haré excepciones para acabar con vosotros.

—Tus ancestros deben de estar revolviéndose en su tumba al ver el

traidor que eres —le espetó Rowan.

Caleb se encogió de hombros.

—No me importa. Tan solo queda viva mi hermana para poder ver mi traición. En cuanto Gillian muera, nadie volverá a llamarme traidor.

Desde la muralla del castillo se escuchó la risa del laird Ross. Todos se giraron hacia él y lo vieron regodearse en el orgullo.

—¡Parece que estáis un poco preocupados, Chattan!

—Eres un maldito hijo de perra, Ross —vociferó Cora fuera de sí al ver que todos iban a morir por su culpa.

Las lágrimas pugnaban por subir a sus ojos, pero ella las obligó a mantenerse a raya. El laird le respondió con una carcajada.

—Me han dicho cosas peores. Pero descuida, me queda la tranquilidad de saber que soy el que logró acabar con dos clanes al mismo tiempo. Mi hazaña será recordada durante años y nadie se atreverá a cruzar mi frontera para atacarme.

—No deberías cantar victoria antes de tiempo, Ross —le advirtió Alasdair.

Este le respondió con una nueva sonrisa.

—Es que no hace falta cantar victoria. Solo hay que ver que vuestro número de guerreros es mucho más reducido que el nuestro…

Después, fingió una expresión de tristeza.

—Es una pena, muchacho, que no hayas tenido tiempo de volver a tu clan para ser laird. Pero, tranquilo, me quedaré con todas tus tierras y aumentaré las mías. Es el mejor negocio que he hecho en mi vida.

Luego, Ruairidh Ross levantó la mirada hacia el hermano de Gillian.

—¡Caleb! Mis hombres estaban esperándote. ¿Estás preparado para matar a toda esta chusma?

El aludido desenvainó su espada.

—Más preparado que nunca.

Alasdair miró a Cora y arrugó el rostro al tiempo que su corazón se preparaba para la muerte.

—Te amo, pelirroja.

La joven le apretó la mano con auténtica devoción.

—Ojalá hubiéramos tenido más tiempo para amarnos…

El guerrero asintió. Y en el momento en el que Ross daba la orden de atacar, un eco ensordecedor rompió el silencio entre todos los guerreros. Todo el mundo se quedó paralizado. Incluso el propio Ross perdió su sonrisa orgullosa y segura.

Todos tenían la sensación de que el suelo se rompía bajo sus pies tras aquel estruendo. Alasdair y Cora se miraron entre ellos sin saber qué estaba pasando. Y ese mismo sonido volvió a escucharse incluso con más fuerza y ferocidad.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Cora—. Parece un sonido salido de las profundidades del infierno…

Alasdair se encogió de hombros, pero cuando su mirada se dirigió hacia la izquierda, más allá de la mirada de Cora, vio aparecer un estandarte y sus ojos se abrieron desmesuradamente. Y ese sonido volvió a escucharse de nuevo, provocando escalofríos en todos los allí presentes.

—Es un cuerno vikingo.

CAPÍTULO 20



Todo el mundo dirigió su mirada hacia los guerreros que se acercaban a ellos. Tanto un bando como otro no entendía qué estaba pasando ni sabían si eran aliados o nuevos enemigos, pero el sonido del cuerno vikingo era claro. Este retumbaba entre los muros del castillo y en el pecho de los guerreros, provocando que más de uno se quedara totalmente pálido.

Antes de poder verles la cara, Alasdair contó un centenar de guerreros que cabalgaba a ellos con seguridad, liderados por un hombre de pelo claro y recogido en trenzas. Este era quien hacía sonar aquel cuerno, y Alasdair lo reconoció enseguida.

—Es Gaven MacPherson.

—¿El laird que se enfrentó al mismísimo rey por amor? —preguntó Cora, estupefacta.

Alasdair asintió y entornó los ojos para ver mejor desde la distancia. Las gotas de lluvia se le metían en los ojos y no podía ver con claridad a aquellos que se acercaban. Y sus cejas se arquearon con estupefacción.

—No solo viene su estandarte, también el Sinclair. Cameron Sinclair cabalga al lado de MacPherson.

En ese momento, Cora sintió que su corazón se paraba de golpe. Ella también había entornado los ojos para ver mejor y al lado de Gaven y Cameron cabalgaba un rostro que conocía a la perfección y que llegó a pensar que no volvería a ver jamás. Lo vio más serio que nunca y aferrando las riendas de su caballo con fuerza. Su ceño estaba fruncido y guardaba una seguridad aplastante que no había visto nunca en él.

—¡Es Arran! —vociferó Cora dirigiendo su mirada a Alasdair—. ¡Arran viene con ellos!

Poco a poco, el rostro de su hermano se fue dibujando de forma más clara

a medida que el grupo de guerreros se iba acercando.

—Pero ¿qué hace con los MacPherson y los Sinclair? —preguntó Alasdair, impresionado.

—No tengo ni idea, pero me alegro de que estén aquí.

Cora miró a Alasdair con cierta esperanza dibujada en sus ojos. Hasta entonces, habían creído que iban a morir, y si los recién llegados habían llegado hasta allí tal vez era para ayudarlos en la batalla.

Vieron a Arran adelantarse a los demás y colocarse al lado de Cameron y Gaven. Estos desenvainaron las espadas y miraron a sus hombres por encima del hombro.

—¡Los Chattan necesitan nuestra ayuda! —vociferó Cameron—. ¡Luchad sin descanso!

Un fuerte rugido escapó de los guerreros que iban con ellos, pero Gaven hizo sonar de nuevo el cuerno vikingo, provocando que Caleb Comyn y los guerreros Ross se miraran entre ellos con cierto temor ante la brutalidad de los guerreros MacPherson, conocidos por el entrenamiento vikingo al que este solía someterlos.

Y cuando estos cabalgaron hacia ellos para ayudarlos, pudieron reaccionar y se lanzaron de nuevo contra sus enemigos. Alasdair empujó a Cora hacia un lugar en el que había menos guerreros con la intención de protegerla. Hacia ellos corrió el mercenario que había atacado el castillo Chattan, pero Alasdair y Cora lo recibieron con sus espadas.

En cuestión de segundos, el páramo frente al castillo se había convertido en un campo de batalla en el que los colores de los tartanes se entremezclaban y apenas podía verse quién era quién. Los lamentos entre los guerreros se elevaron, pero esta vez no pertenecían a los Chattan o MacBean, sino a los Comyn o los Ross, al igual que los mercenarios que trabajaban para este último.

El sonido de las espadas provocaba que el de la lluvia apenas se escuchara. El suelo bajo sus pies estaba completamente embarrado, haciendo que el color de la sangre derramada se confundiera con el de la tierra.

Poco a poco, los recién llegados lograron que la diferencia entre los Chattan y los Ross comenzara a disminuir. Los primeros estaban a punto de

vencer en la batalla y, en cuestión de segundos, los guerreros Ross, Comyn y los mercenarios vieron muy reducidas sus filas, quedando únicamente Caleb Comyn y el laird Ross.

La tierra a su alrededor estaba llena de muertos cuando Cora mató al último guerrero que se había lanzado contra ellos. Tanto su rostro como el de Alasdair se encontraba manchado de sangre fresca de sus enemigos, pero no les importaba su imagen en ese momento, ya que la batalla había dado un giro importante en cuestión de minutos y habían logrado vencer a sus enemigos.

De no ser por la ayuda de los MacPherson y los Sinclair, habrían muerto sin remedio. Los recién llegados siguieron luchando durante unos minutos más mientras Alasdair agarraba a Cora del brazo y la protegía de quien pudiera querer hacerle daño. Desde donde se encontraban, se habían quedado sin enemigos, por lo que pudieron darse un ligero respiro mientras observaban cómo caían los últimos combatientes.

—Aún no puedo creer lo que ha pasado —murmuró Cora con el aliento entrecortado y la cara manchada de sangre enemiga.

Alasdair asintió.

—Yo tampoco. Realmente pensaba que íbamos a morir…

La joven lo miró de reojo y le sonrió.

—¿Ves como sí se pueden cambiar las visiones?

—Ahora mismo me importan una mierda las visiones. Solo quiero abrazarte y besarte.

Cora rio y se lanzó a sus brazos. La joven sintió sus labios como si fuera la primera vez que podía degustarlos. Habían pasado auténtico terror al pensar en que jamás volverían a besarse o abrazarse, por lo que ese primer beso después de la batalla le supo a gloria, a cielo, a algo indescriptible que no podía dejar de sentir.

Lo necesitaba para siempre. Alasdair la estrechó con fuerza entre sus brazos, levantándola del suelo, y profundizó el beso. La penetró con la lengua mientras no podía evitar que lágrimas de felicidad escaparan de sus ojos. Jamás pensó que alguna de sus visiones pudiera cambiar y no llevarse a cabo. Por ello, necesitaba sentir a Cora más que nunca. A pesar de que la batalla había durado menos de lo que imaginaba, para él parecían haber

pasado años. Pensar en que alguien pudiera hacerle daño y no llegar a salvarla era algo que lo carcomía por dentro.

La dejó en el suelo y se separó ligeramente de ella para mirarla. Tenía el rostro manchado de la sangre de sus enemigos, pero estaba más hermosa que nunca.

—Te amo, Cora.

—Yo también, Alasdair. Gracias por tu protección todos estos años.

El guerrero asintió y la soltó mirando hacia el cielo y agradeciendo que hubieran salido indemnes. Cerca de él, su padre se acercó ligeramente cojeando. Había sido herido en su pierna derecha, pero el resto del cuerpo parecía estar en perfectas condiciones.

Más lejos de ellos, Rowan abrazaba a Gillian, mientras que Sloan regañaba a Morag por haberse interpuesto entre el filo de una espada y él, logrando ganarse un corte en el brazo.

Desde su posición, Cora no podía dejar de sonreír. Habían logrado sobrevivir y habían acabado con sus enemigos. Vio cómo el laird MacPherson agarraba con fuerza a Caleb, el hermano de Gillian, y lo ponía de rodillas frente a Rowan. Rápidamente, Alasdair y ella se acercaron para ver qué ocurría.

—Me parece que tenéis una deuda entre vosotros… —dijo el vikingo clavando su mirada penetrante en Rowan.

Sin embargo, fue este quien señaló a su esposa.

—Es ella quien debe hacerlo.

Gillian miró a Rowan antes de levantar la espada que portaba en su mano. Caleb la observaba arrodillado frente a ella mientras el propio laird MacPherson y uno de sus hombres lo sujetaban con fuerza para que no se moviera.

—Vamos, hermanita. Muéstrame que tienes cojones para hacerlo… ¿O eres tan simple como pensaba?

Gillian lo miró con tristeza.

—Es una pena que te encuentres en esta situación, Caleb. Realmente te quería. Pensaba que nos protegíamos de verdad, no que era puro fingimiento.

Su hermano escupió a sus pies.

—Luego tuviste que casarte con tu propio enemigo.

—Fueron las circunstancias.

—No pareces muy amargada a su lado. Te has convertido en su furcia.

—Ten cuidado con la forma con la que te diriges a mi mujer, Comyn. Puede que pierdas la lengua antes que la vida.

El aludido lo miró y sonrió.

—Ninguno tenéis los suficientes arrestos para acabar con…

La voz de Caleb se entrecortó cuando Gillian clavó la espada en su vientre. La propia Cora desvió su mirada hacia otro lugar mientras Alasdair la apretaba contra sí. Vieron lágrimas en los ojos de Gillian, pero también determinación.

Al instante, Gaven y su guerrero soltaron a Caleb y le estrecharon la mano a Rowan.

—Me ha dado la impresión de que estabais en problemas… —le dijo el vikingo con cierto tono irónico y burlón.

Rowan torció la cabeza.

—La verdad es que debo reconocer que si ahora estamos vivos es gracias a vosotros.

Gaven torció la cabeza y miró hacia Arran, que se había quedado parado ligeramente alejado de ellos, incapaz de acercarse de nuevo a su familia.

—Debéis darle las gracias a tu hermano. Fue él quien llegó al clan Sinclair y nos dijo que estabais en problemas con los Ross. Cameron y yo no lo pensamos y vinimos en cuanto nos organizamos. Yo estaba de visita en su clan cuando Arran llegó, y siempre me apunto a una buena pelea…

Rowan le dio una palmada en el brazo para agradecérselo.

—Pues no te imaginas lo que agradezco que te guste tanto una batalla.

Gaven dejó escapar una risa y señaló hacia la espalda de Rowan.

—Creo que aún tenéis algo más que solucionar.

Todos se giraron hacia el portón del castillo, donde apareció Cameron Sinclair y uno de sus hombres, arrastrando, literalmente, a Ruairidh Ross. Este gritaba intentando liberarse, pero Cameron lo aferraba con fuerza y lo

empujó a los pies de Rowan.

—Aún queda una rata que matar —dijo el laird Sinclair.

Rowan asintió, pero dio un paso atrás y miró a Alasdair.

—No hay nada que me gustara más que ser yo quien lo pisoteara para arrancarle la vida, pero creo que hay alguien que ha sufrido más que yo a lo largo de su vida por culpa de este desgraciado.

Cameron tiró del pelo de Ross para levantarle la cabeza y, en ese instante, todas las miradas de los supervivientes se dirigieron hacia Alasdair. Durante toda su vida había soñado infinitas veces con ese momento. Siempre había deseado quitarle la vida a la persona que había provocado que la suya cambiara radicalmente, que estuviera solo, lejos de su familia y que no hubiera podido disfrutar del calor de su gente. Y ahora que había llegado, casi debía darle las gracias por ello, pues de no ser por él, tal vez jamás habría conocido a Cora ni se habría enamorado de ella.

El guerrero se adelantó, tomado de la mano de su futura esposa, y ambos se situaron frente a Ross, que dejó escapar una risa lacerante.

—Qué pareja más bonita… —escupió sangre.

—Hay algo que quiero que te quede claro ahora que vas a morir, Ross —comenzó diciendo Alasdair—. Si hubieras escuchado simplemente la profecía y te hubieras quedado parado, tal vez jamás se habría cumplido. Yo habría vivido tranquilo en mi hogar, junto a mi familia, y Cora no habría sufrido las pérdidas de su familia. Sin embargo, decidiste que era mejor perder el juicio y llevar a todos a la guerra. Aquí tienes tu última batalla. Aquí tienes el final de esa visión en la que tú morías. Aquí tienes nuestra victoria sobre los Ross.

El laird volvió a escupir a los pies de Alasdair y elevó su mirada hacia Cora.

—Hagas lo que hagas, siempre serás la furcia de MacGillivray. Nunca podrás quitarte esa deshonra de encima. Serás la culpable de la caída de mi clan, de los Comyn y los MacGillivray, porque tu querido amante jamás sabrá hacerlo.

Alasdair lo golpeó, provocando que perdiera el aliento. Mientras Ruairidh tosía, Cora miró hacia atrás, concretamente hacia Morag. Esta observaba con atención la escena y totalmente en silencio. Sin embargo, Cora le hizo

un gesto para que se acercara a ellos.

—Nosotros no somos los únicos que hemos sufrido por tu maldita culpa, porque tú eres el único culpable de todo, no yo —comenzó diciendo la joven—. Aquí está la mujer a la que le arrebataste a su familia, pero también su inocencia y su infancia. Lograste romperla tanto que dejó de ser ella para convertirse en la guerrera que hoy ha luchado aquí.

Ross miró a Morag y sonrió con los dientes llenos de sangre.

—Eras tan dulce, muchacha… —le dijo con saña.

Morag lo pateó en la boca, arrancándole un gemido de dolor. Le partió el labio y varios dientes cayeron de su boca cuando la abrió para dejar salir la sangre que manó de esta.

—No hay suficientes demonios en el averno para recibirte, Ruairidh Ross, pero al menos podrás reunirte con la zorra de tu hija.

El aludido sonrió al cabo de unos segundos y miró a los tres.

—¿Cuál de vosotros tendrá los arrestos para matarme? ¿Tal vez ninguno?

Tanto Alasdair como Cora y Morag se miraron entre ellos, pero fue el primero quien respondió.

—Tranquilo, podemos hacerlo los tres.

Morag rodeó a Cameron y se puso a su lado, entre este y su guerrero, justo a la espalda de Ross. Después, Cora y Alasdair se colocaron a cada lado del laird y los tres lo apuntaron con sus armas.

—Recibe el único castigo que merece la gente como tú, Ruairidh Ross, por todo el daño que nos has hecho.

Y cuando este levantó la mirada a Alasdair para responderle, los tres lo atravesaron con sus espadas.

En ese momento, Cameron y su guerrero lo soltaron y dieron un paso atrás. El laird Ross apenas tuvo un instante en el que poder seguir regando veneno en la tierra, pues sus ojos se cerraron de golpe, cayendo a los pies de todos.

Después, Cameron le estrechó la mano a Alasdair.

—Así que tú eres el heredero que desapareció hace años… La que has liado…

Alasdair acabó sonriendo y señaló tanto a Gaven como a Cameron.

—Vosotros lo hicisteis peor…

Gaven se acercó a Cameron y le dio una palmada en la espalda.

—En eso tiene razón. Debe de ser algo más grave para que alguien logre superarnos.

Su amigo le dedicó una sonrisa, pero rápidamente señaló a Arran con la cabeza.

—Vuestro hermano acudió al clan Sinclair para solicitar asilo y allí nos contó lo que estabais pasando.

—Yo ya me he adelantado a la explicación, amigo —bromeó Gaven.

En ese momento, Cora se acercó al laird MacPherson y miró el cuerno vikingo de cerca.

—¿Cómo es posible que algo tan pequeño provoque ese ruido infernal?

Gaven soltó una carcajada.

—Supongo que parte de mi sangre viene del infierno, muchacha.

La joven lo miró arqueando una ceja.

—Mucha gente os admira.

Gave miró a Cameron y ambos se encogieron de hombros.

—No hemos hecho nada para ganarnos semejante admiración.

La joven sonrió y se alejó de ellos para dejarlos hablar con Rowan, que se había acercado.

Alasdair y ella se hicieron a un lado para evitar respirar la sangre del laird Ross y poder reponerse ligeramente de la batalla. Sin embargo, Cora sentía sobre ella una poderosa y fría mirada acerada.

—No dejaré que vuelva a golpearte —murmuró Alasdair con sus clavados sobre Arran.

Su hermano la miraba con atención desde el lugar donde se había quedado parado. Apenas se había movido más que un par de metros, y fueron para alejarse de ellos y evitar a Sloan cuando este lo miró una vez.

En los ojos de Arran se pudo leer la tristeza que manaba de ellos, pero también el arrepentimiento más profundo que podía habitar en el interior de una persona. No obstante, era tal la vergüenza que sentía que no quería acercarse a ninguno de ellos, sino comprobar que se encontraban bien

después de la batalla.

Cora fue la única que tuvo los arrestos para aproximarse a él, con Alasdair pegado a su espalda y la mirada de Sloan puesta sobre ellos, ya que aún recordaba lo que había sucedido en el castillo antes de que este se marchara.

—Gracias, Arran. Sin vuestra ayuda no habríamos sobrevivido.

El aludido la miró con seriedad y asintió.

—Algo me dijo que tendríais problemas, así que por eso decidí contárselo al laird Sinclair.

La voz de Arran sonó demasiado extraña, diferente, más parecida a la de Sloan, tan seria y profunda, que a la del difunto Kester. Sin lugar a dudas, su corazón no había sanado a pesar del paso de los días, pero Cora lo aceptó.

—Igualmente, gracias.

Arran se encogió de hombros, restándole importancia.

—Estáis juntos…

No fue una pregunta, sino una afirmación de su hermano.

Alasdair asintió y lo miró cuadrando los hombros. Aún recordaba lo que le había hecho a Cora en el entrenamiento y no había podido perdonárselo.

—Sí.

—¿Y tú eres el nuevo laird MacGillivray?

—Sí, al fin vais a poder libraros de mí.

Arran sonrió con tristeza.

—Eso se lo tendrás que decir a los demás. Yo no voy a volver a mi clan.

Cora frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Porque ya no está Kester.

—Quedan los demás.

—Junto con los recuerdos. Prefiero irme con los Sinclair. Allí viviré lejos de la nostalgia.

Cora intentó no mostrar su decepción.

—Como gustes.

Arran asintió y se alejó de ellos para acercarse a sus nuevos compañeros. La tristeza sí se reflejó entonces en los ojos de Cora, que se giró hacia Alasdair. Este puso las manos en sus hombros y los frotó ligeramente.

—Es su decisión.

—Lo sé.

Alasdair posó una mano bajo su barbilla y le elevó el rostro.

—No podemos pensar en las decisiones de los demás, pero sí en las nuestras. Estamos vivos y eso solo quiere decir una cosa…

—¿Qué? —preguntó la joven.

—Que espero que te cases conmigo en cuanto regresemos a casa…

EPÍLOGO



Una semana. Ese era el plazo que Alasdair le dio a Rowan para casarse con Cora cuando llegaron a su casa, y por fin se había cumplido. Durante los días anteriores, los clanes Chattan, MacBean y MacGillivray se habían dedicado a reconstruir el clan Comyn y el Ross. Habían elegido al que podría ser un buen laird para ambos clanes y así evitar problemas futuros con ellos.

De la misma forma, Rowan había enviado una misiva a los Gunn y los Urqhart para explicarles qué había sucedido en los años anteriores, indicándoles que todo era culpa de Ruairidh Ross y que este ya estaba muerto. Habían pedido disculpas por todas las muertes injustas durante ese tiempo y habían solicitado la unión por fin de todos los clanes y la disolución de la guerra de una vez por todas.

Igualmente, Rowan había enviado también una misiva al propio rey para indicarle qué había sucedido con los Ross y el motivo por el que se habían enfrentado, matando a este, al nuevo laird Comyn y a los impostores Adam y Neil MacGillivray. Le habían indicado que el antiguo laird seguía vivo y que había cedido la jefatura de su clan a su hijo perdido, Alasdair.

Aún no habían recibido noticias de los diferentes clanes o del rey, pero todos confiaban en que las rencillas llegaran a su fin de una vez por todas.

Por su parte, Alasdair había cabalgado sin descanso hacia su clan para presentarse allí a informarles de que los traidores habían sido asesinados y que una nueva etapa llegaba al clan MacGillivray. Junto a su padre y la propia Cora, habían recorrido aquellas tierras que hacía años que no había vuelto a pisar, y la emoción los dominó a ambos.

Alasdair siempre había creído que jamás volvería a su verdadero hogar, por lo que cuando vio el castillo a lo lejos, no había podido evitar parar a admirarlo. No había cambiado absolutamente nada y sintió un pinchazo en

el pecho al ver que regresaba por todo lo alto, con su verdadera identidad por delante y sin esconderse. Pero lo mejor de todo era que regresaba junto a su padre y al lado de la mujer que amaba.

Durante un par de días, estuvieron arreglando las cosas e intentando averiguar si sería bien recibido como jefe del clan, pero lo que no esperaba era la acogida que iba a tener. Como si todo el mundo lo hubiera estado esperando durante años, Alasdair recibió el cariño de todos. Descubrieron que sus hermanos habían sido unos auténticos tiranos en el clan, llegando incluso a matar a los suyos por placer.

Alasdair le enseñó a Cora lugares que conocía de cuando era pequeño, y la joven se dejó imbuir por él en toda esa maraña de sentimientos. Lo observó contarle todo y parecía volver a ser un niño. Incluso tuvo la impresión de que el guerrero era una persona totalmente diferente a la que conocía, pues sonreía a cada instante y había dejado la seriedad tan solo para los momentos en los que se presentaba ante los señores del clan.

Cora descubrió que le gustaba demasiado aquella nueva personalidad de Alasdair. Parecía que el guerrero se había quitado un peso de encima después de la muerte de Ross, y su relación con él había cambiado por completo, llegando a sentirse aún más enamorada frente a esa versión tan encantadora.

Y después de todas las gestiones que habían tenido que llevar a cabo durante esa semana de tregua a Rowan para permitirle casarse con Cora, el día de la boda había llegado.

Los novios se encontraban en la capilla del castillo Chattan después de que todo el mundo se hubiera acercado a darles la enhorabuena. A pesar de que Cora había echado terriblemente de menos a su hermano Arran, le había sorprendido saber que este le había enviado un ramo de rosas, pero seguía sin poder ir al castillo, ya que los numerosos recuerdos se agolpaban en su mente.

En el momento en el que todos se marcharon de la capilla para ir al salón y dar comienzo a la celebración, Alasdair y Cora se miraron un segundo en silencio. La joven se había puesto un vestido precioso que guardaba su madre en lo más profundo de su baúl. Muchas veces le había recordado que le gustaría que se lo pusiera el día de su boda, pero Cora estaba segura de que jamás lo llevaría, ya que no pensaba casarse con nadie. Sin embargo, lo había buscado para la ocasión y, por la expresión de Alasdair al verla, sabía

que le quedaba como un guante y realzaba su belleza. Se trataba de un vestido de color verde esmeralda, a juego con sus ojos. Tenía el cuello en forma de barco y ribetes dorados en los bordes. El cinturón que llevaba atado a la cintura era de color marrón y hacía resaltar la impresionante figura de la joven. Su pelo rojo estaba suelto y caía por su espalda como una cascada, pero, al contrario que en otras ocasiones, ya que esa era muy especial, llevaba una corona de flores que la propia Gillian le había hecho expresamente para la boda.

Tal y como Alasdair la había visto en sueños, Cora llevaba un ramo de flores en las manos. Las heridas de su cuerpo y su rostro casi habían desaparecido tras esa semana, dejando únicamente una ligera marca que se quitaría con el tiempo. Sin embargo, Alasdair la vio más hermosa que nunca.

La emoción lo dominaba por completo. Jamás en su vida se había sentido tan pleno y feliz. Tenía el pecho repleto de amor por ella. La amaba tanto que no podía dejar de mirarla. Durante años había soñado con ese momento, deseando que pudiera convertirse en realidad, pero la relación que habían tenido hasta entonces casi lo hacía imposible. No obstante, desde que descubrió que ella también lo amaba sabía que ese amor sería para siempre.

Alasdair tocó su rostro y sonrió ampliamente. Todo a su alrededor se había quedado en silencio, por lo que acercó sus labios a los de la joven y la besó lentamente.

—Olvidas que estamos en la capilla… —le dijo la joven cuando se separó levemente.

Alasdair sonrió aún más y se encogió de hombros.

—Creo que, después de todo lo que el destino nos ha hecho pasar durante estos años, tenemos derecho a besarnos donde nos plazca. Ahora nos debe una vida larga y llena de buenos momentos, pues ya hemos pasado por los malos.

Cora asintió y se aferró al manto que cruzaba su hombro. Alasdair estaba realmente atractivo ese día. Desde que se había descubierto su verdadera identidad, llevaba los colores del clan MacGillivray. Lo hacía con orgullo, pero siempre aceptando su etapa en el clan Chattan. Por ello, su kilt llevaba los colores MacGillivray, aunque su manto portaba los del clan Chattan. Su

pelo había intentado ser domado durante la mañana, pero Alasdair perdió la paciencia después de media hora intentando peinarlo. Había recortado su barba y llevaba una camisa nueva que parecía hincharse cada vez que se movía, pues sus músculos llenaban cada espacio de tela. Sus ojos azules se mostraban pícaros, nada que ver con la seriedad que solía acompañarlo siempre. Había cambiado por completo y en ellos había un brillo especial que indicaba que, por primera vez en su vida, se sentía pleno y feliz.

Y se lo demostró besándola de nuevo, aunque un carraspeo cerca de ellos los interrumpió. Ambos llevaron la mirada hacia el recién llegado y Cora sonrió ampliamente.

—¡Nic!

Desde la batalla en tierras Ross, la joven no había vuelto a verlo, pues había sido herido en una pierna y había perdido mucha sangre. No obstante, durante esa semana parecía haberse recuperado ligeramente para acudir al final de la ceremonia y así felicitarlos.

Cora se acercó a él y lo abrazó. El rostro del guerrero seguía ligeramente pálido después de todos esos días convaleciente, pero no se habría podido perdonar nunca el hecho de no acudir a la boda, aunque solo fueran unos minutos.

—Me alegro mucho por vuestra unión. Os lo merecéis.

La voz de Nic sonó ligeramente incómoda, pero verdaderamente feliz. Cora se separó de él y le dio un beso en la mejilla.

—Muchísimas gracias por venir. Pensaba que aún no te habías recuperado del todo.

Nic se encogió de hombros y se apoyó en uno de los bancos de la capilla.

—No podía perderme este momento. Estás preciosa…

Cora sonrió en el momento en el que Alasdair carraspeó para llamar la atención sobre él. A pesar de las diferencias entre ellos por el amor de la joven, el nuevo laird MacGillivray no podía evitar sentirse agradecido al guerrero por haber luchado por ellos. Y, aunque nadie lo sabía, se había acercado a su casa para ver cómo se encontraba.

Nic se aproximó a él cojeando y le estrechó la mano.

—Enhorabuena, MacGillivray.

Alasdair asintió.

—Gracias. Me alegro de verte mejor.

Nic se encogió de hombros.

—Esto no es nada. Me quedará una bonita cicatriz en el muslo, pero estoy vivo.

—Si alguna vez te cansas de los Chattan, tienes un hueco entre los míos en el clan MacGillivray.

Nic sonrió.

—¿Después de haber golpeado a su laird me quieren entre los suyos? Vaya, sí que es blando su nuevo jefe…

Alasdair sonrió y torció la cabeza.

—Ten cuidado, porque puede ser que su nuevo laird te golpee, aunque sigas convaleciente, porque has abrazado demasiado fuerte a su esposa…

Cora resopló y puso los ojos en blanco.

—¿Vais a empezar de nuevo?

Nic negó con la cabeza y dio un paso atrás.

—Bueno, tal vez no está mal que tu esposo comience vuestro matrimonio con un labio partido…

Cora negó con la cabeza.

—No tenéis remedio…

—Lo que no tengo son muchas fuerzas para seguir aquí en pie. Tengo que irme.

Alasdair le dio una palmada en la espalda.

—¿Necesitas que alguien te acompañe a casa?

—¿Para que después presumas de que soy un hombre débil? Ni hablar…

Nic se despidió de ellos y se alejó cojeando de la capilla, dejándolos solos de nuevo.

En ese instante, Alasdair la miró con una sonrisa y señaló hacia la puerta.

—Creo que nos esperan en el salón para celebrar nuestra boda.

—Vayamos entonces, laird MacGillivray.

Alasdair dejó escapar una risa.

—No sé si me gusta que tú me llames así.

—¿Prefieres que te llame “gatito”?

El guerrero puso los ojos en blanco.

—Oh, Dios mío, esto no empieza bien.

La carcajada de Cora retumbó entre las paredes de la capilla mientras salían de allí rumbo a la celebración. Por fin eran marido y mujer, y no podía creérselo. Había soñado con eso durante tantos años que ahora que podía llamarse su “esposa” no lo podía creer. Y a medida que recorrían el pasillo, sus recuerdos asolaron su mente. Infinidad de veces se había encontrado con Alasdair en ellos, donde habían discutido, peleado, incluso se habían insultado… Pero jamás creyó que todo eso formaba parte de un plan del propio Alasdair para protegerla y evitar que muriera por su culpa.

La vida de ambos había dado un giro tan inesperado que aún se sentía como si estuviera sobre una nube.

En cuestión de minutos llegaron al salón, donde los recibieron con vítores y levantando sus copas para brindar por ellos, pero cuando Alasdair tuvo la suya entre sus manos, pidió a los demás que callaran unos segundos.

Después, miró con una sonrisa a Cora. Frente a ellos se encontraba la familia que la vida había decidido entregarle a pesar de no poseer la misma sangre. Había vivido junto a ellos numerosas situaciones, algunas mejores que otras, pero siempre los llevaría en su corazón. Ahora debía volver a su clan y formar allí su propia familia junto a Cora y, aunque era algo que deseaba desde hacía tiempo, no podía evitar sentirse triste por su inminente marcha a tierras MacGillivray. El castillo Chattan siempre sería su hogar y esa familia siempre sería la suya propia, pero ya era hora de que tomara las riendas de su propio camino.

Cerca de él también se encontraba su padre. Él había sido su pasado y ahora sería su futuro. Nunca había sido su presente, ya que el destino les tenía preparado algo diferente, pero se lo había devuelto para sanar lo andado anteriormente.

—En este día tan especial quisiera brindar no solo por mi boda, sino por algo que llevo en mi corazón y que seguirá ahí con el paso del tiempo.

Alasdair tragó saliva para apartar la emoción que lo asolaba.

—Este clan me acogió siendo apenas un niño, me cuidó, me enseñó a luchar y me trató como alguien más sin preguntar de dónde venía. Aunque

me quitó la presencia de mi propia familia por circunstancias que ya conocéis, me dio todo lo demás, incluida a la mujer que amo.

Cora sonrió y apretó su mano con fuerza.

—Aquí he sido feliz a pesar de lo que sabía que me esperaba. He hecho amigos que llevaré conmigo en el corazón, pero también estará la familia que se queda hoy aquí. Rowan, Sloan… tengo que alejarme de los verdaderos hermanos que el destino decidió regalarme. Muchísimas gracias por todo lo que me habéis dado, por vuestro respeto, por el cariño, por la amistad… Sois todo lo que deseaba en la vida.

Tanto un hermano como otro levantaron la copa, aunque Sloan apartó la mirada al notar que la emoción podría notársele en los ojos.

—A los demás, gracias por lo mismo. Nunca me he sentido diferente a vosotros y siempre he sido uno más, sin distinción por mi anterior clan.

Alasdair se quedó callado un instante cuando sus compañeros lanzaron vítores por él y levantaron sus copas con una sonrisa.

—Sin embargo, sobre todo quiero dar las gracias a Cora, la mujer que amo y que durante años intenté alejar de mí. Toda mi vida ha girado en torno a ella, a su protección y felicidad, y cuando sentí que todo temblaba bajo nuestros pies y parecía que se volvería en contra de nosotros para acabar con nuestras vidas, ella surgió como la guerrera que es. A ella no solo le debo mi vida, también la jefatura de mi clan. Ella acabó con aquellos que me habían traicionado y me hizo creer que las profecías pueden cambiarse. Pero también quiero dar gracias al destino, ese mismo que me trajo aquí y me obligó a conocerla. Sin ese problema, no habría conocido a la mujer más impresionante y hermosa que he visto nunca.

Cora sonrió y apartó ligeramente la mirada, llena de lágrimas.

—Hoy brindo por ella y por nuestro nuevo camino, para que todo esté lleno de la felicidad que por fin nos merecemos.

A su alrededor, todo el mundo comenzó a gritar y a brindar. La música comenzó a sonar y el interés de todos se volvió hacia la necesidad de pasarlo bien y despejar la mente de la anterior batalla.

Mientras tanto, Alasdair aferró la cintura de Cora y la atrajo hacia él. La joven aún tenía la mirada empañada en lágrimas, pero estaba más feliz que nunca. Posó sus manos sobre el amplio pecho de Alasdair y sonrió.

—No sé qué te ha pasado estos días, pero tú nunca has sido así de elocuente…

Alasdair sonrió y la besó tiernamente.

—Eso no es cierto. Siempre lo he sido, solo que me odiabas tanto que nunca te has dado cuenta.

—No mientas. Siempre estaba pendiente de ti, pero pensabas que te odiaba. Lo hago bien, ¿verdad?

El guerrero asintió.

—Yo también lo hacía bien. Cuando te insultaba y te sonrojabas de ira parecía sonar música celestial.

—¡Eh! —exclamó la joven dándole una palmada en el pecho.

Alasdair se carcajeó y dejó la copa a un lado para atrapar su cintura con ambas manos.

—No te enfades, porque ya es tarde para alejarte de mí, pelirroja. Ahora eres mi esposa.

Cora sonrió de lado.

—Y tú mi esposo… Tampoco puedes escapar de mí.

Alasdair ronroneó contra sus labios y miró a su alrededor con disimulo.

—¿Qué te parece que nos ausentemos unos minutos de la celebración y vayamos al primer salón que encontremos? Solo quiero tranquilidad, ¿vale?, no pienso arrancarte la ropa y hacerte mía una y otra vez sin descanso mientras gimes de placer y me tiras del pelo como tú sabes…

Cora sintió que sus mejillas se tornaban rojas por la vergüenza.

—Es usted demasiado desvergonzado para ser laird.

Alasdair se encogió de hombros.

—Me crie como un guerrero normal. Puedo ser laird cuando sea necesario, pero también me puedo permitir ser un guerrero enamorado, apasionado y fogoso con mi esposa si así lo deseo. ¿No crees que este vestido tiene demasiada tela?

Cora levantó los brazos hasta posarlos en sus hombros y rozó sus labios levemente.

—Quítamela, laird MacGillivray. Me temo que tengo fiebre y necesito

dejar a un lado las vestimentas…

Alasdair sonrió y, sorprendiéndola, se separó de ella y se agachó para subirla sobre su hombro. Cora lanzó una exclamación de sorpresa y vergüenza al ver que todo el mundo se giraba hacia ellos y los observaba mientras se dirigían hacia la puerta de salida del salón. Al instante, los guerreros del clan gritaron palabras obscenas que lograron arrancarle una expresión avergonzada a Cora, que se tapaba la cara.

Y en el momento en el que salieron del salón y Alasdair caminaba por el pasillo con ella sobre su hombro, Cora comenzó a insultarlo y golpearlo en la espalda.

—¡Bajame ahora mismo, Alasdair MacGillivray, o sufrirás las consecuencias!

—¿Sí? Me temo que eres tú quien va a sufrirlas ahora. ¿Cómo se atreve una señora como usted a golpear a un laird? Eso merece un castigo.

—¡Nos ha visto todo el mundo, por Dios!

Alasdair le propinó un suave cachete en el trasero.

—Así sabrán que deseo aumentar la familia desde el primer día. Eso sin contar con que ahora serán conscientes de que la mujer más hermosa del clan es mía. ¡Mía!

Cora resopló y volvió a golpearlo en la espalda.

—Eres un salvaje, Alasdair MacGillivray.

—Tan salvaje que mañana mi querida esposa no podrá sentarse en una silla…

Y con una carcajada, Alasdair la llevó hasta el que había sido su dormitorio hasta entonces con la intención de cumplir su promesa no solo ese día, sino todos los de su vida a partir de entonces.

AGRADECIMIENTOS



Quiero dar las gracias a todos los lectores que siempre estáis ahí, apoyándome, leyendo y viviendo la historia conmigo; a todos los que dedicáis un instante en vuestras redes a compartir mis libros, a promocionarlos y a recomendarlos. Vosotros sois el motivo por el que estoy aquí con una nueva novela. Sois quienes me permitís dedicarme a lo que me gusta, lo que me llena, lo que hace que pueda vaciar mi mochila de sentimientos guardados y no expresados nunca. Gracias, de verdad. Os leo en los comentarios de Amazon.

Os dejo un código QR para quienes tengáis dudas sobre vuestra próxima lectura y os hayáis quedado con ganas de más libros:

BIOGRAFÍA



Emma G. Fraser, pseudónimo de Ana B. López, es una prolífica escritora de más de cuarenta novelas de género romántico, especialmente el romance histórico escocés.

Nacida en Ciudad Real (España) en 1988, desde la adolescencia supo que quería dedicarse a la escritura.

Es Licenciada en Filología Hispánica y especializada en Diseño y Producción Editorial. Durante varios años fue editora hasta que decidió dedicarse en exclusividad a la escritura, por lo que es la correctora y editora de sus propias novelas.

Sus libros han alcanzado numerosos puestos entre los más vendidos de Amazon con títulos como El demonio MacLeod, la trilogía Mackenzie o la saga Indomables, entre otros, como Jamás seré tuya, con el que alcanzó el número uno en la plataforma. En sus libros puedes conocer historias apasionantes que poseen unos protagonistas que son puro fuego.

Si quieres saber más sobre la autora, puedes seguirla en Instagram: emma_g._fraser, y en su TikTok: @emma_g_fraser

Índice

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS
BIOGRAFÍA